

ISABEL SANFELIU

AMAR-SE

ECOS ACTUALES DE NARCISO



BIBLIOTECA NUEVA

AMAR-SE

Ecos actuales de Narciso

ISABEL SANFELIU

AMAR-SE
Ecos actuales de Narciso

BIBLIOTECA NUEVA

Ilustración de cubierta: Isabel Sanfeliu

Composición y diseño de cubierta: Edinnova Taller Editorial

© Isabel Sanfeliu, 2016

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2016

Almagro, 38

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16647-43-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO. NARCISO

1.1. UNA MIRADA A LA MITOLOGÍA

1.2. RAÍCES Y VARIANTES DE NARCISO

1.2.1. Cefiso y Liríope: los orígenes

1.2.2. Eco: la alteridad

1.2.3. Narcisos

1.3. ALGUNOS ELEMENTOS SUSTANCIALES

1.3.1. Androginia

1.3.2. Simetría

1.3.3. Castigo

1.3.4. Muerte

CAPÍTULO SEGUNDO. EL NARCISISMO EN LA EVOLUCIÓN

2.1. VIDA

2.2. HOMO: SOBREVIVIR, EVOLUCIONAR...

2.3. CAMINO HACIA EL SUJETO: EL VÍNCULO PERMITE DESCUBRIRSE A SÍ MISMO

2.4. UTOPIÁS: LO PERFECTO FUERA DE SÍ

2.5. ACTUALIDAD DEL MITO

CAPÍTULO TERCERO. NARCISISMO Y CULTURA

3.1. CULTURA COMO DIVERSIDAD

3.2. CONDICIONANTES RACISTAS DE LA CULTURA

3.3. AUTORRETRATOS: APOTEOSIS DEL NARCISISMO

3.3.1. Algunos encuentros...

3.3.2. Últimos retoques

3.4. PERSONAJES NARCISISTAS DE LOS CLÁSICOS CUENTOS MARAVILLOSOS

3.5. NARCISO Y LA LITERATURA

3.5.1. Autobiografías, las peripecias del espejo

3.5.2. Narciso en otras voces

CAPÍTULO CUARTO. LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

4.1. DESARROLLO DEL CONCEPTO

4.1.1. Primeros pasos

4.1.2. Referencias al narcisismo en la obra de Karl Abraham

4.1.3. Evolución posterior

4.2. LO ORIGINARIO

4.2.1. Ternura originaria

4.2.2. Violencia, Devoración

4.3. EL CAMINO A SER SUJETO: EL VÍNCULO

4.3.1. En el narcisismo secundario: hacia el complejo de Edipo

4.3.2. Vericuetos del Narcisismo

4.3.3. Transferencia

4.4. EL NARCISISMO DEL ANALISTA

4.4.1. Autoanálisis

4.4.2. Contratransferencia

CAPÍTULO QUINTO. EL NARCISISMO EN PSICOPATOLOGÍA

5.1. DÉFICIT Y CONFLICTO

5.2. CUADROS NEURÓTICOS, EL CONFLICTO, NARCISISMO VELADO, CUANDO LO DIÁDICO DEVIENE EN TRIÁDICO

5.2.1. Núcleo depresivo: neurosis histérica y neurosis obsesiva

5.2.2. Núcleo confuso: neurosis fóbica

5.2.3. Núcleo esquizoide: hipocondría

5.3. TRASTORNOS DE LA PERSONALIDAD O PSICOPATÍAS

5.3.1. Algunas reflexiones previas

5.3.2. La Personalidad esquizoide

5.3.3. Personalidad narcisista

5.3.4. Personalidad histriónica y Personalidad rígida

5.3.5. La Personalidad límite, borderline o fronteriza

5.4. CUANDO LA PSICOPATOLOGÍA SE ENCARNA EN EL CUERPO

5.4.1. Anorexia

[5.4.2. Lo psicossomático](#)
[5.5. EL ESPACIO DEL DÉFICIT. PSICOSIS, LO DIÁDICO](#)
[5.5.1. Paranoia](#)
[5.5.2. Esquizofrenia](#)
[5.5.3. Depresión y psicosis maniaco-depresiva](#)
[5.5.4. Autismo](#)
[CAPÍTULO SEXTO. CÓMO MODELA EL NARCISISMO LAS RELACIONES SOCIALES](#)
[6.1. EL DESEO IMPOSIBLE DE SER SIN EL SER DE LOS DEMÁS](#)
[6.1.1. Lo íntimo: un peculiar espacio compartido](#)
[6.1.2. Los otros: un modo de alteridad social](#)
[6.1.3. El otro inexistente: la pulsión de muerte](#)
[6.2. ORDEN SOCIAL Y LIBERTAD DEL SUJETO: DOS PROCESOS NECESARIOS](#)
[6.2.1. Fronteras creadas y atravesadas por el hombre](#)
[6.2.2. La permanente oscilación Sujeto-Estado](#)
[6.2.3. Libertad y Derechos fundamentales](#)
[6.2.4. La ficción narcisista de libertad del sujeto actual](#)
[6.3. Tensión necesaria y generadora de conflictos](#)
[6.3.1. Violencia](#)
[6.3.2. Guerras, siempre las guerras](#)
[6.3.3. El peso de la religión](#)
[6.4. RECUPERANDO A NARCISO](#)
[6.4.1. Filiación. Hacia nuevas estructuras familiares](#)
[6.4.2. Narciso enamorado](#)

*A mi madre, la autora de mi autoestima
Y siempre... por ti y para ti, Nicolás*

INTRODUCCIÓN

El mito de Narciso es de nacimiento y muerte, es el mito de lo falso, de lo ilusorio; al borrar al otro, ese otro necesario para ser, la existencia se desvanece. También Narcisismo: totalidad sin límites, negación de la diferencia, noción enigmática llena de contradicciones. En el principio era lo anobjetal: Narciso envuelto por el objeto que no alcanza a discriminar, vida que se impregna de psiquismo, paso a paso, para adaptarse a un medio adverso. Así se sedimentan los cimientos de culturas que se extrañan entre sí para consolidarse a través de la diferencia, obviando sus raíces comunes. El narcisismo primario es lo que acostumbramos a llamar un concepto límite. En pocos casos resulta tan evidente la característica básica de este tipo de nociones: no pertenecer por entero a un nivel de integración determinado.

Es así que comprende aspectos propios del nivel de integración biológico: el bebé comienza su andadura tras el corte del cordón umbilical provisto de los recursos necesarios, pero no suficientes, para convertirse en humano. Al mismo tiempo, para que esto suceda, es necesario que se desarrolle en un medio específico que, como tal, es del dominio del nivel de integración social. La dupla neonato-madre se convierte en un sistema complejo adaptativo, tanto en su vertiente sincrónica como diacrónica. El rasgo esencial de todo sistema complejo adaptativo consiste en que el individuo se desarrolla y modifica en su necesario medio —la madre en este caso— pero, al mismo tiempo, el mencionado medio es modificado por el individuo que en él se desarrolla.

Desde la perspectiva diacrónica sabemos, por ejemplo, que una determinada interacción con la madre de una época concreta —el paso de la selva a la sabana— produjo cambios en la dieta que provocaron un aumento del volumen cerebral que llevó a una mayor inmadurez del feto en el momento del parto; como consecuencia, cambiaron las atenciones que el neonato habría de recibir de la madre para alcanzar su pleno desarrollo. Madre y bebé han evolucionado de forma solidaria en el curso del desarrollo.

De este encuentro *emerge el individuo concreto que representa la expresión inicial de nivel de integración psicológico*. Todo un bucle en el que intervienen los tres niveles ya mencionados. El individuo o protosujeto es así el producto de esta compleja relación muy lejos de las habituales consideraciones de lo lineal. La biología no *causa* la psicología ni tampoco la sociología.

El protosujeto representa un momento de esa estructura procesual que puede ser vista desde tres perspectivas complementarias: como sustrato biológico con maduración suficiente para admitir el proceso vital discontinuo que marca la vida extrauterina; como sujeto de una necesaria humanización que precisa del concurso social imprescindible que encarna la madre y, para terminar, como primera expresión del psiquismo desde el costado psicológico. A esta última perspectiva la llamamos

narcisismo primario.

Narcisismo primario, ni plenamente biológico, ni enteramente social, ni tampoco propiamente psíquico. Es esta la dificultad básica que impide capturarlo. El narcisismo primario es el preludio de la diferencia y sin esta, la vida psíquica no es tal. Matte Blanco se refirió a los diversos estratos de lo inconsciente y situó en el nivel más primordial a lo que llamó *modo indivisible*, colapso de la lógica, ausencia del pensamiento, donde todo resulta ser igual a todo. Imagino que el espacio del narcisismo primario es algo así, incapaz de auto-gestionarse sin el concurso de las diferencias que procura el ciclo necesidad-satisfacción desde la biología, y la participación no reflexiva de la madre, ese otro-sí mismo que ignora serlo. El narcisismo primario es un concepto indispensable; de no contar con él habríamos de admitir ora un preformismo biológico plenipotente que solo aguarda un escenario apropiado —el medio— para expresarse, ora una *tabula rasa* donde el medio escribe e inscribe a su antojo en una biología maleable por completo. El narcisismo secundario es ya otra cuestión.

Lo que hemos dado en llamar en psicoanálisis narcisismo y objeto, no deja de ser un encuentro inevitable. En su momento abordé las relaciones objetales, el encuentro con el otro, considerando a Karl Abraham pionero en su estudio; emprendo ahora un recorrido por el otro margen del vínculo.

Nuestra propuesta transita diversos terrenos y la psicopatología se adentra en ese laberinto, identidades quebradas que se abren paso en un contexto social al que desgarran desgarrándose.

El grupo se forja en la interdependencia de sus miembros, se cede algo propio a cambio de beneficios no siempre evidentes. Pero las sociedades modernas han erigido la innovación como regla de conducta y resulta más difícil identificarse en un mundo incierto que en la mullida quietud de las tradiciones, en la coherencia de esquemas culturales heredados del pasado. El individuo trata de paliar un sentimiento oceánico de soledad o quizá intente hacer frente a una soledad no lograda en plenitud. La elección de objeto de amor, también la búsqueda de sí, de la imagen favorable que el otro devuelve de uno, se resienten con ello.

Lo que urge la sociedad occidental es satisfacción y éxito (con lo que la frustración se ve así impulsada, censurada y desfigurada al mismo tiempo). La libertad implica un individuo social con capacidad reflexiva y de deliberación, con posibilidad de valorar lo que se le ofrece a partir de una serie de reglas o leyes estables como marco de referencia. Uno de los deseos del humano es simbolizar sus experiencias para poderlas compartir.

El tipo de vida de los neandertales, con un sistema de comunicación primario, exigía rápida toma de decisiones y cooperación en grupo para sobrevivir y conseguir logros culturales sin precedentes; «poseían un grado de control respiratorio tan preciso como el requerido para el lenguaje humano moderno, pero faltaban circuitos neuronales para segmentar enunciados holísticos en unidades discretas combinables entre sí —el acceso al pensamiento simbólico y, en última instancia, a la expresión hablada—» (I. Sanfeliu, 2013b).

El proceso emocional que acompaña el desarrollo cognitivo atraviesa distintos niveles de elaboración, del instinto más irracional a la cooperación; podría

considerarse la relación como concreción de un mensaje. No nos comunicamos meramente para transmitir, sino para simbolizar nuestra vida psíquica a través de representaciones encarnadas, imaginadas o habladas.

La huella digital de nuestro pasaporte es única, somos impares al incorporar matices irrepetibles en otros dada la ingente cantidad de variables que nos modela y modula (genética, familia, escuela, cultura, época, país, vínculos y sucesos cotidianos...) y en las que incidimos de forma irremisible en mayor o menor medida.

Así queda esbozado el recorrido que propongo en estas páginas. Espero que las múltiples perspectivas desde las que abordo el concepto, contribuyan a romper con el estereotipo que confunde narcisismo con prepotencia o vanidad, características ambas que, como iremos viendo, son más propias de un narcisismo frágil o doblegado. Demos entrada al personaje...

CAPÍTULO PRIMERO. NARCISO

No recibir nada del otro sino lo que está en mí, como si desde toda la eternidad yo tuviera lo que me viene de fuera

SÓCRATES

¡Qué alejada está la imagen del «narciso» que se pavonea en un patético intento de seducir, sediento de objetos que le reconozcan para reconocerse, de aquel otro Narciso mitológico condenado a no ver ni desear más objeto que a sí mismo! Atrapados en el estanque de la primera mirada de la figura materna, los llamados narcisistas no alcanzan a divisar otros paisajes objetales.

Al emprender esta aventura narcisista y a fuer de ser iterativa (Sanfeliu, 1992 y 2013), quiero partir de una de las primeras y más sencillas formas de pensamiento representativo: el mito. Para desembocar en el océano diagnóstico de patologías narcisistas actual, considero prudente reparar en los arroyuelos que, desde lugares variopintos y tiempos diversos, lo alimentan.

No es casual la alusión al agua; nuestro *excelso protagonista* tiene su origen en la violación de la ninfa Liríope por el enamoradizo río Cefiso, como veremos...

1.1. UNA MIRADA A LA MITOLOGÍA

No existe cultura sin mitos; terreno goloso, atractivo, pero también resbaladizo sobre el que casi cualquiera y desde cualquier ángulo, nos atrevemos a escribir. Se dice que Platón es el padre del término *muthologia*, que alude al relato de cuentos; pero estos relatos cobran perfiles muy distintos en función de la época o el lugar en que surgen, y de la formación de quien los «interpreta». En este sentido, seguimos a G. S. Kirk (1970) que desconfía de teorías o análisis universales si no son acompañados de un contexto cultural, cronológico y geográfico, ya que muchos mitos contienen distintos sentidos con el mismo patrón estructural.

Desde que *homo* puede considerarse como tal, erigió imaginarios seres sobrenaturales que con el tiempo fueron cumpliendo distintas funciones. Cosmogonías que organizan lo ignoto para conjurar el terror que provoca, dioses contra la muerte, demonios contra la vida, titanes liderados por Cronos, poderosos héroes con los que identificarse veladamente frente a la cotidiana impotencia, ídolos de usar y tirar... En general se alejan de la realidad del sujeto que los instituye, quién sabe si para eludir un contacto que podría destruirle o destruirles a ellos mostrando su vacuidad. Otros pertenecen al entorno más cercano; de hecho, en un momento del desarrollo, idealizar a los padres es requisito necesario para —en espejo omnipotente— vencer el vértigo de la separación.

Los mitos ejercen como alegorías para interpretar la naturaleza, median entre contradicciones, estructuran las relaciones sociales, expresan con simplicidad sentimientos compartidos por toda la humanidad... podrían considerarse como sistema de símbolos que racionaliza necesidades. En la Grecia clásica, ya se contemplaban como metáfora: «contenían tantos elementos absurdos y repugnantes, que los filósofos juzgaron indigno de la inteligencia humana otorgarles crédito»

escribe Arnold van Gennep (1914, pág. 284). Otros se hallan ligados a la religión: fuerzas de la naturaleza transmutan en familias de dioses a los que se anhela moderar con ofrendas y sacrificios; luego perviven sin estas raíces, dejando un terreno abonado para la imaginación. Podría decirse que en cada mito late en potencia una religión (Cassirer, 1944).

Se dan muchas categorías: cosmogónicos, teogonías, historia primitiva de los hombres, heroicos... Al concepto *mito* se le adscriben orígenes y funciones muy variadas. Aparte de las referencias tradicionales, es fácil detectarlos solapando leyendas, tradiciones o cuentos populares. Kirk (1974, pág. 115) distingue los de culturas primitivas obsesionados por normas de organización social —«ingeniosos ensayos explicativos con fines prácticos para mantener el orden»—, frente a los clásicos griegos más limitados en sus temas. Como apunta Nicolás Caparrós: «El mito antecede a la historia, pero es también la historia posible de un tiempo remoto; la historia engendra sus mitos.» (Caparrós, 2015, pág. 18).

Un narcisista mito cosmogónico: Gea (la tierra, femenina), surgida del seno del Caos (vacío, sin sexo), es el suelo del mundo, la base del cosmos. Gea solo puede amarse a sí misma; pare sin concurso de nadie a Urano (cielo). Urano es igual a ella; una extraña simetría une a estos contrarios (masculino y femenino). Gea se preña de manera incesante por criaturas que no pueden salir de su seno, que no tienen espacio entre cielo y tierra (son los Titanes —encabezados por Cronos que crea el proceso, el tiempo— y sus hermanas). Por fin, Cronos ayuda a su madre a liberarse de Urano castrándole y el cielo se separa de la tierra.



Figura 1.—Narciso. Fresco de Pompeya

Muchos mitos de Oriente serán recogidos por Grecia a través de Fenicia, pueblo al que los griegos consideraban su maestro; también se detecta influencia de la mitología hindú, aunque restringida a ciertos temas. Se aventura que la principal preocupación de los pueblos mesopotámicos era la creación del hombre; de hecho, Mircea Eliade (1976, pág. 93) se hace eco de cuatro versiones suyas. Por otra parte, el gran diluvio (que solo pudo originarse en las condiciones brindadas por el valle del Tigris y el Éufrates y no en Egipto), lo retoman los griegos cuando Zeus planea «reducir la población de la faz de la tierra» (G. S. Kirk 1970, pág. 225).

Todo mito es producto de la imaginación humana, tras el relato se ocultan deseos comunes a la infancia de la colectividad que sortean a la represión por mantener suficiente distancia respecto al sujeto concreto (Sanfeliu, 2006). Es interesante el paralelo que plantea Karl Abraham (1909) entre pueblo e individuo: el primero crea deseos vinculados a mitos de su prehistoria, el sujeto conforma los suyos a medida de los que se construyeron en sus primeras relaciones de objeto, su propia prehistoria. En este autor, como en los hermanos Grimm, lo inconsciente es el motor que forja mitos.

Los antropólogos que defienden el mito como antecedente de la filosofía parecen entender «espíritu» como estructura del ser humano con el mismo perfil en todo el mundo, tanto en tribus iletradas como en la supuesta civilización, como si revelaran la verdad de la naturaleza, sustenta Kirk (1970). Por eso reprocha a Lévi-Strauss su planteamiento de que los mitos primitivos tienen la función de mediar entre contradicciones (deseo/realidad, individuo/sociedad...), describiendo en todos funciones semejantes aunque pertenezcan a distintas culturas, en lugar de interpretar una estructura de relaciones en cada caso. Malinowski por su parte, acentúa la necesidad del mito en lo tocante al control de las emociones.

Un antecedente: el etnólogo Adolph Bastian (1869) mediante el concepto *Völkergedanke*, describe estos *pensamientos populares* como representantes de contenidos latentes reprimidos, aunque establece una ley general del desarrollo de las sociedades que obvia el énfasis de cada cultura. Este autor distingue leyendas que explican el mundo natural (astros, cielos, tierra, aguas y animales totémicos que instauran normas), de las que aluden al mundo sobrenatural (quien tiene potestad para hacer el bien, la tiene para hacer el mal) y de las leyendas históricas.

En última instancia, dos corrientes dominan el pensamiento: la que establece que el «mundo de las ideas» es ontológicamente anterior a la «naturaleza» y la que considera que las «cosas materiales» generan las ideas. De esta forma quedan separados dos espacios que no dejaron nunca de litigar entre sí; en el decir de Caparrós (2015, pág. 178): del costado del Mito, lo imaginario acompaña Creencias, Arte o Filosofía —ese campo no roturado donde las transgresiones y las licencias son aún posibles— y del otro costado la Ciencia, el modelo científico-positivo con su ambición de desdeñar lo que le es ajeno. Como juez supremo López Eire (2012) señala el curso de la historia.

En otro orden de cosas, hay quien, como Clyde Kluckhohn (1942, *Myths and rituals*, Harvard Univ. Press) relaciona este sistema de símbolos (narrado) con el de los ritos (donde impera la acción), una actividad repetitiva que dramatiza necesidades de la sociedad que el mito racionaliza. Cierto que se detectan puntos de contacto, pero

en el ritual late la necesidad de sujetar, de reprimir y de fijar (no olvidemos las neurosis obsesivas y su sinnúmero de ceremoniales), mientras que el mito es el reino de un imaginario que conjura peligros irracionales aún mayores, mediante el pensamiento mágico con creativas maniobras. Como recuerda Cassirer (1944, pág. 264) el mito pertenece a la esfera de la afectividad, no es intelectual ni alegórico, la imagen no representa la cosa, es la cosa.

Si el mito se gesta en la fantasía, que puede permanecer latente mucho tiempo, no deja de evolucionar. En la prehistoria sumeria, cazadores y ganaderos inician los primeros asentamientos hace unos 9.000 años. Luego, bruscos cambios climáticos que se adjudican a luchas entre dioses, convulsiones en las que se percibe la presencia del *mal*... Muchos son los cambios que sufren los mitos en las sucesivas adaptaciones a los entornos que encuentran en su camino y Caparrós (2015) relata, por ejemplo, cómo la desaparición de una deidad que representaba las sequías produjo, en Eleusis —en las inmediaciones de Atenas—, el mito de Deméter y Perséfone; conocemos también un relato paralelo en Mesopotamia donde Innana (Reina del Cielo y de la Tierra), es una de las causantes de la sequía.

Karl Abraham tampoco admite que el mito sea simple expresión de ideas filosóficas o religiosas, ni mero resultado de la observación de la naturaleza: «Toda colectividad modifica los mitos que adopta» (Abraham 1909, pág. 93), afirmación que desde el Paradigma de la Complejidad mantiene absoluta vigencia. Los mitos no son prehistoria sino actualidad viva y mutante; el mito que no sirve se transforma, y en ese movimiento se percibe la huella inequívoca de lo inconsciente, del proceso primario. Mircea Eliade (1976) supone que representan la era creativa, el momento anterior a la historia en el que las cosas se desarrollaron, en contraposición a la idea de que suponen la historia posible en una época determinada.

1.2. RAÍCES Y VARIANTES DE NARCISO

Una vez bosquejado el mapa sobre el que movernos, permitamos a la intuición y la fantasía ocupar por un momento el lugar de la reflexión analítica. Hacer referencia a Narciso es evocar agua. Nace de río y ninfa, fenece prendido en su cristalina superficie. Del agua surge la vida y las primeras civilizaciones buscan la fertilidad de los grandes ríos para asentarse. Fertilidad que, en el caso Narciso, troca en falta de descendencia y muerte.

1.2.1. *Cefiso y Liríope: los orígenes*

Comenzaremos indagando acerca de sus progenitores Cefiso y Liríope. El nombre de Cefiso hace referencia a dos ríos de Grecia: uno en Beocia (corto, brioso, costero, cerca del santuario de Delfos y que nace en el Parnaso a partir de múltiples fuentes); otro, más amable, cruza la llanura de Atenas recogiendo las aguas del sistema montañoso que la circunda para alimentar un sistema de canalización al que ya Sófocles hacía referencia en *Edipo en Colono* (su ciudad natal).

Leemos en Eurípides (431 a. C., págs. 835-840): «Y cuentan que Cipris (Afrodita), alcanzando las bellas corrientes del Cefiso, difunde sobre su tierra las auras dulces y suaves de los vientos». Además, sus aguas se revelan dotadas de cualidades

prodigiosas; por ejemplo, Plinio relata que la oveja que beba en él se volverá blanca. Anna Ferrari (2011) refiere una cita de Pausanias (IX, 38, 7) donde se describe «la bella corriente del Cefiso que vierte sus aguas en Lilaia (¿Liríope?) en hermosas olas»; idílico y acariciador relato alejado de la impetuosa violación en la que, se dice, engendró a Narciso. En su *Descripción* de Grecia, el geógrafo griego relata una tradición según la cual, el río Cefiso fue desviado por Heracles hacia la llanura de Orcomenia convirtiéndolo en laguna. Un osado apunte si así fuera: Heracles condenó a Cefiso a detener sus aguas, Narciso estancó su transcurso vital atrapado por su imagen. Aunque, si creemos a Homero en el canto 5 de *La Ilíada*, Cefisis ya era lago sin intervención del dios.

Pero parece que la referencia mitológica en nuestro caso, concierne al impetuoso Cefiso de Beocia; se le adjudica ser hijo de Frasio y Diogenia (en Apolodoro de Atenas) o, en otras fuentes, de Océano y la ninfa del mar Tetis (hermanos entre sí). ¿Qué hubiera sido de Narciso con padres más sosegados?

En la *Metamorfosis*, Ovidio (III, 19) recuerda que en las orillas del Cefiso se hallaba el templo al que acudieron Deucalión y Pirra después del diluvio, únicos humanos que se salvaron de la profunda capa de agua que cubrió de muerte el mundo para purificarlo; su frágil embarcación encalló en la cima del Parnaso. Cuando se retiraron las aguas y se vieron solos, siguieron la corriente del Cefiso para pedir a la diosa Temi que les dijera cómo repoblar el mundo. Todo cataclismo se adjudicaba a la ira de los dioses, ¿quién movería por aquel entonces los hilos de la información que mantenía el poder a través del miedo?

Cefiso violento, acariciador, cicerone... también mortífero cuando envuelve a Arginino, apuesto joven amado por Agamenón, que perdió la vida ahogándose en él (Propertio en sus *Elegías*). Considerado río sagrado, es citado por Eurípides como «padre Cefiso taurino» por el ímpetu de sus aguas y porque la tradición recuerda entre su descendencia varios personajes míticos. También Cefiso hace referencia a un hombre transformado en monstruo marino por Apolo, cuando se estaba lamentando por la pérdida de su nieto.

Más osado sería vincular Cefiso a la Cefisia de Luis Camoens (en el noveno canto de *Os Lusíadas*) cuando describe la isla que Venus ofrece a los portugueses como «mágico lugar poblado de ninfas en el que la flor Cefisia inclina su cabeza sobre un estanque lúcido y sereno...» ¡Evoca tanto la imagen pictórica que tenemos de Narciso que no resisto la tentación de incluirlo!

En cualquier caso, Cefiso ciñe sin recato a Liríope, de la que sabemos muy poco. Tanto Higino como Estacio, en la *Tebaida*, afirman que la madre de Narciso era Liríope, náyade o ninfa azul, un ser femenino de gran longevidad. Liríope, forma latinizada de Leiríope, significa literalmente (según la *Encyclopaedia Mythical English dictionary*) «la cara de leiron», nombre que se daba en ocasiones a la flor del narciso en la Antigua Grecia (¿Narciso doble de su madre?!).

Se la identifica con Lilaia, ninfa de la primavera, ¡a la que Pausanias (X.33.2 y X.32.4) cita como hija de Cefiso! ¿Será acaso Narciso un hijo incestuoso? Recientemente escuché al psiquiatra granadino Juan Piñero una nada habitual y refrescante descripción de Liríope quien, como ninfa gozosa y retozona, habría seducido con sus hechizos a Cefiso para engendrar a Narciso.

Puede resultar sugerente aludir a las aguas que rodean al feto cuando el narcisismo parental comienza a tejer el *nido* que ha de acogerle... mundo sin necesidades, genuino narcisismo primario; el útero materno es el lugar del no deseo, por cuanto el deseo apunta siempre a una falta que en este espacio no existe. Somos agua (¡el niño en un 90%!); necesitamos agua y esta engendró la vida. El biólogo Stuart Kauffman (2013, pág. 50) lo expresa así: «Casi todos los científicos están persuadidos de que la vida es un fenómeno que surge en el universo de forma natural, probablemente en miríadas de lugares, y que se despertó espontáneamente de la Tierra hace unos 3.800 millones de años, poco después de que la corteza terrestre se enfriase lo suficiente para poder albergar agua en estado líquido.»



Figura 2.—Eco por Alexandre Cavanel, 1887

1.2.2. *Eco: la alteridad*

Y tras los devaneos sobre su origen, abordemos a quien ansió ofrecer a Narciso un horizonte más amplio. Con Eco (*sonido* en griego), nos adentramos en la tierra y la alteridad. Ninfa de las montañas, favorita de Artemisa, diosa de los bosques y de los seres salvajes, ninfa de cuya boca salían las palabras más bellas jamás nombradas.

Ovidio es quien incorpora a Eco y lo hace con una extensa descripción del personaje. Según los críticos, hasta entonces se daba la conjunción Eco-Pan, narración en la que cuando Pan, favorito de Dioniso, vio a Eco, se enamoró perdidamente, pero esta le rechazó por su amor hacia Narciso. Como venganza, Pan provocó entre los pastores el *pánico* con sus agudos gritos y estos despedazaron a la ninfa; quedó su voz a la que solo le fue permitido repetir las palabras que los demás profieren.

En la versión más conocida, cuando Hera trata de rastrear las andanzas de su esposo Zeus, Eco se interpone y es castigada de forma que solo se le permitirá utilizar la lengua para repetir lo que a ella le digan: «dirás siempre la última palabra, pero nunca la primera». Pequeñas variantes introducen la duda de si Eco es encubridora que retiene a Hera (Juno) con relatos a fin de proteger a las ninfas con las que retoza su esposo, o es ella misma la amante. Duro escarmiento en cualquier caso...

1.2.3. *Narcisos*

Pero vayamos al relato del cautivador Narciso cuyo atractivo aumenta en la medida que se muestra indiferente a los deseos de los demás. Conon, Ovidio y Pausanias, el historiador griego de la época imperial, ofrecen las versiones más conocidas, pudiendo considerarse la de Ovidio como canónica. En las narraciones del primero sobre historias mitológicas encontramos la más antigua; solo se conserva su resumen en la Biblioteca de Focio (S. I d. C.) Patriarca de Constantinopla.

Se dice que la muerte de Narciso en la versión beocia de Conon (30 a. C.) es un tributo al culto a Eros en Thespias de Helicón, lugar en el que las musas se reunían en torno a una fuente. En ella se narra un Narciso joven y muy bello que caza por los bosques; un día vieron a un ciervo y otro efebo, Ameinias, trató de alcanzarlo con su arco; Narciso le detuvo: «es solo una cría, déjala vivir». Su nobleza conmovió al hábil arquero y surgió el amor. Pasaron muchas horas juntos en el bosque, discutían de ética con los faunos o sátiros, perseguidores de las ninfas, pero cuando Ameinias le confía su pasión es rechazado. Cansado de este inoportuno cortejo, Narciso le ofrece una espada para desembarazarse de él; Ameinias comprende y se mata ante la puerta de Narciso con ella maldiciendo a quien le desprecia. Narciso corrió hacia el lago donde Ameinias le había confesado su amor por vez primera. La maldición se cumple cuando Narciso se enamora de su propia imagen reflejada en el agua e intenta seducir a ese hermoso joven, sin darse cuenta de que se trata de él mismo hasta que intenta besarlo. Desesperado cayó al lago. El silencio marcó la salida del sol. Varios días después brotó una flor llamada narciso. Liríope encontró el cadáver, la vida en el bosque se paralizó. Podría decirse que Narciso se suicida por identificación con el objeto perdido que nunca existió.

Contemporáneo a este relato, Benjamin Henry descubre en 2004, entre los *Papiros o Helénicas* de unos antiguos basureros de la ciudad egipcia de Oxirrínco, un fragmento de pergamino con un texto sobre Narciso cuya autoría adjudica a Partenio de Nicea (100 a. C.). Lejos de la estampa contemplativa que ofrece el relato más extendido, aquí un cruel Narciso se da muerte violentamente y en el lugar en que la hierba queda impregnada con su sangre, es donde nace la flor.

Será el romano Ovidio (S. I d. C.) quien retome el hilo de una historia que con él adquiere tintes poéticos y morales que han trascendido más de lo que nunca pudo imaginar. El relato incorpora a la ninfa Eco, con ello, se dan cita dos amantes imposibles. Con anterioridad Eco estaba, como dije, vinculada al dios Pan.

De entre las muchas traducciones de *Las Metamorfosis* (Ovidio, 8, págs. 111-114), destacan la poética de Ana Pérez Vega en la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes o la más coloquial de Ramírez de Verger y Navarro Antolín (en Alianza); aquí sintetizamos e incluimos matices de otros lugares:

El río Cefiso, enamorado, aprisionó a la azulada Liríope, a la que un día en su corriente curva estrechó, y encerrada en sus ondas fuerza le hizo [en Alianza: cautiva en sus aguas la violó; otras versiones añaden «reiteradamente»]. Quedó embarazada Liríope y expulsó de su útero pleno un pequeño que ya entonces podría ser amado. Narciso lo llama. Queriendo saber el destino de su hijo, consultó al adivino Tiresias si habría los tiempos largos de ver de una madura senectud. «Si a sí no se conociera» [vivirá mucho si no se ve a sí mismo], sentencia el agorero. Liríope no se ocupó más del tema. Había ya añadido un año a los quince y podía parecer lo mismo niño que un joven. Mujeres y hombres le perseguían encalienturados por gozarle. Inútilmente. Hubo en su tierna hermosura tan dura soberbia que a todos desdeñaba con una decisión sorprendente. Estando de caza un día, le sorprendió la resonante ninfa Eco —la que ni a callar ante quien habla, ni primero ella a hablar había aprendido—, en una ruta que le resultaba especialmente agradable y repitió en muchas ocasiones. Eco le acecha siempre en la distancia, temerosa de ser vista, hasta que un día, un ruido al pisar una ramita puso a Narciso sobre aviso de su presencia [en otro lugar: como estaba solo grita a sus compañeros y escucha entonces la dulce voz de Eco que repite todo lo que él dice]. En vez de seguir andando, tras doblar un recodo del camino quedó esperándola. Eco palideció al ser descubierta y luego enrojeció cuando Narciso se dirigió a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué me sigues?

—Aquí... me sigues... —fue lo único que Eco pudo decir, maldita como estaba, habiendo perdido su voz.

Narciso siguió hablando y Eco nunca podía decir lo que deseaba. Finalmente, como ninfa que era, acudió a la ayuda de los animales, que de alguna manera le hicieron entender a Narciso el amor que Eco le profesaba. Ella le miró expectante, ansiosa... pero su risa helada la desgarró. Y así, mientras Narciso se reía de ella, de sus pretensiones, de su amor, Eco moría. [también: Eco abraza al ya desilusionado mancebo y este dice terriblemente frío... ¡Permitan los dioses soberanos que antes la muerte me deshaga que tú goces de mí!] Y se retiró a su cueva, donde permaneció quieta, sin moverse, repitiendo en voz queda, en susurro apenas, las últimas palabras que le había oído «qué estúpida... qué estúpida... qué... estú... pida...». Y dicen que allí se consumió de pena, tan quieta que llegó a convertirse en piedra de la propia cueva.

Tras rechazar a Eco continúa altanero su cruel carrera burlándose del amor hasta que alguien —que por la voz anónima podría representar a todos los amantes rechazados— clama a Némesis (también Ramnusia), diosa de la venganza no sometida a los dictámenes del Olimpo. Esta llevó a cabo el escarmiento y le encantó hasta casi hacerle desfallecer de sed; Narciso recordó entonces el riachuelo donde una vez encontró a Eco [fuente de agua que jamás había sido enturbiada ni por el cieno ni por los hocicos de los ganados]. Aquí se postró y «mientras su sed sedar desea, sed otra le creció», y mientras bebe, al verla, arrebatado por la imagen de su hermosura, una esperanza sin cuerpo ama: cuerpo cree ser lo que onda es. Cuántas veces, inútiles, dio besos al falaz manantial. Este yo soy. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía: me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo. [Hadot (1976) adjudica a Ovidio ser el único autor de la antigüedad que imagina a Narciso reconociéndose en su reflejo.] Y hay quien cuenta que ahí mismo murió de inanición, ocupado

eternamente en su contemplación... Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban: en ninguna parte el cuerpo estaba; azafranada, en vez de cuerpo, una flor encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas. Otros dicen que enamorado como quedó de su imagen, quiso reunirse con ella y murió ahogado tras lanzarse a las aguas. En cualquier caso, en el lugar de su muerte surgió una nueva flor a la que se le dio su nombre.

«Se dice que cuando la sombra de Narciso atravesó el río que rodea el mundo de los muertos, se inclinó por encima de la borda de la barca para mirar por última vez su figura en el reflejo del agua». (Hamilton, 1942, pág. 87). Eco estaba a su lado, pero no podía hacer nada; solo cuando al morir se dirigió a su imagen diciendo: *Adiós, adiós...*, ella repitió estas palabras como un último lamento.



Figura 3.—Narciso y Eco. Fresco de Pompeya

Por último, en la que podríamos considerar tercera versión oficial, Pausanias (170 d.C.) aporta una leyenda menos conocida en la que Narciso tuvo una hermana gemela, igual a él en todo hasta en la cabellera. Vestidos iguales ambos, escribe, salían a cazar. Narciso estaba enamorado de su hermana y cuando la niña murió acudía a la fuente a ver su imagen, sabiendo que era la suya propia, pero sirviéndole de consuelo en su amor al imaginar que no veía la suya sino la de ella.

La flor del narciso ya la producía antes la tierra; si damos crédito a los versos de Pamphos, muchos años antes de que cobrara fama Narciso de Tespias, Core, hija de Deméter, fue raptada cuando jugaba y cogía flores, engañada no con violetas, sino con narcisos. Pausanias es más racional, otorga protagonismo al incesto y tacha de absurdo lo anterior. Este relato atenúa la condición engreída del personaje — narcisismo secundario—, para enfatizar la androginia, la bisexualidad más próxima al

narcisismo primario. Narciso tiene tres objetos, señala (1976, pág. 77): dos repulsivos (Eco y Ameinias) y el tercero atractivo, su hermana gemela a la que ama como a su mitad (se ama y la ama).

Otras historias subrayan un primer momento de debilidad de Narciso en un casual encuentro: maravillado de esa voz dulcísima de quien no distingue... Pero al verla la rechaza al punto, como a los otros amantes, no tenía amor para ofrecerla de acuerdo con su naturaleza y su desprecio la llenaba a ella de vergüenza. El encanto se desvanece al irrumpir, con Eco, la diferencia. Su cuerpo también sufrió metamorfosis convirtiéndose en roca (éxtasis/melancolía). Seducción del vacío (voz), rechazo de lo real (presencia). No puede acceder a Eco, ¿la desprecia desde la prepotencia o el rechazo parte de la imposibilidad de conectar con el objeto? impotencia o elección.

Robert Graves (1955) y varios sitios en internet ofrecen apasionadas versiones libres: Lo primero que vio Narciso tras recibir la flecha de Cupido, fue su propia imagen reflejada. Insensatamente creyó que aquel rostro hermosísimo que contemplaba era de un ser real, ajeno a sí mismo. Sí, estaba enamorado de aquellos ojos que relucían como luceros, de aquellos cabellos dignos de Apolo. El objeto de su amor era... él mismo. ¡Y deseaba poseerse! Pareció enloquecer... ¡No encontraba boca para besar! Una voz en su interior le reprochó: «¡insensato! ¿cómo te has enamorado de un vano fantasma? Tu pasión es una quimera, retírate de esa fuente y verás como la imagen desaparece. Y, sin embargo, contigo está, contigo ha venido, se va contigo... ¡y no la poseerás jamás!» También: «Me amo a mí mismo. Atizo el mismo fuego que me devora. ¿Qué será mejor: pedir o que me pidan? ¡Desdichado de mí que no puedo separarme de mí mismo!».

O en *Mitología Universal* (anónimo editado por J. Collado. 1933, pág. 44): «Mis fuerzas disminuyen. Voy a morir en la flor de la edad. Mas no ha de aterrarme la muerte liberadora de todos mis tormentos. Moriría triste si hubiera de sobrevivirme el objeto de mi pasión. Pero bien entiendo que vamos a perder dos almas una sola vida. Poco a poco Narciso fue tomando los colores finísimos de esas manzanas, coloradas por un lado, blanquecinas y doradas por el otro. El ardor le consumía poco a poco. La metamorfosis duró escasos minutos. Al cabo de ellos, de Narciso no quedaba sino una rosa hermosísima, al borde de las aguas, que se seguía contemplando en el espejo sutilísimo».

Narciso, personificación de vanidad y prepotencia, sufre. Soy, pero no puedo *tener* lo que soy. Imposibilidad de ser yo y objeto a un tiempo. Eros, incapaz de alcanzar satisfacción más allá de Narciso, cede su lugar a Thanatos, comenta Caparrós. El amor es trascendente y Narciso realiza el amargo descubrimiento de su incapacidad de transcender. Para Ovidio el amor torturante hacia sí mismo es castigo por su desdén hacia Eco; a diferencia del filólogo F. Wieseler (1856), que se muestra más atento al nacimiento y primera evolución y contempla a Narciso como exponente del puro amor hacia sí mismo, a la representación de sí creada a partir del reflejo de su imagen.

Con Caparrós (2015, pág. 404), hicimos mención de la perspectiva que ofrece Chazarreta (1999, pág. 87) a propósito de la versión de Ovidio: Narciso es objeto de *ilusión* dionisiaca, teniendo en cuenta que Dioniso es el dios que confunde los límites entre ilusión y realidad. El episodio mítico de Narciso está cercado por Dioniso,

omnipresente en *Las metamorfosis*. Estos episodios están contaminados por el mito del nacimiento y rituales báquicos; la vista es el vehículo de ilusión y, en buena parte de los episodios del *Libro III*, es la vista la que provoca la perdición de los protagonistas. Este joven, no concibe que es *su propio* rostro el que observa. Pero al fin reconoce el engaño evidente; destruida la ilusión, comprende la imposibilidad de obtener el objeto amado.

Se aventura que estas narraciones donde mueren jóvenes atractivos, permiten entrever crueles ritos primitivos que reflejaran sacrificios humanos para esparcir su sangre por la tierra en épocas de infertilidad. (Hamilton, pág. 88) Se podría pensar que las elaboraciones del mito de Narciso, se tramaron en torno a esta flor-embrión, portadora de seducción y muerte.



Figura 4.—Eco y Narciso por J. W. Waterhouse, 1903

1.3. ALGUNOS ELEMENTOS SUSTANCIALES

1.3.1. *Androginia*

En el Génesis aparece Adán en el Jardín del Edén en la simbiosis más absoluta con el medio, en la plenitud esencial. Tanto es así que, en el segundo relato de la creación (en el primero Dios crea al hombre a su imagen y semejanza: macho y hembra), ni tan siquiera es *hombre*, porque aún no existe *mujer* que, por oposición, le confiera el sexo masculino. No hay varón si no existe hembra y a la inversa. Este alba de la humanidad es un a modo de narcisismo primario de la especie. La aparición de Isha, la mujer, funda al propio Adán (Ish: hombre), que antes estaba inmerso en una suerte de narcisismo primordial. Con ella se inaugura la finitud frente a la inerte eternidad, el sujeto y el objeto, la diferencia y el deseo. Al punto el Árbol del conocimiento del Bien y del Mal: saber no es ser, saber es ignorar y tener conciencia de que se ignora. Eva es desde un principio humana, porque nunca estuvo sola y es la primera en darse a la tentación del conocimiento (Sanfeliu, 2000). Como comenta J. L. Fernández (2013), Adán y Eva toman conciencia, es decir, se observan desde fuera, se desdobl原因, se ven como si fueran otro, *el otro*.

La tierra madre originaria Gaia no necesitó unión alguna para engendrar. En la mujer, la separación tras el parto, la pérdida del objeto que por nueve meses ella misma encarnó, fortalece el principio de realidad, salvo que una pobre organización psíquica de la parturienta mantenga la ilusión de autosuficiencia con el consiguiente empobrecimiento del sistema inaugurado. La herida narcisista requiere de un proceso de duelo para reincorporar al objeto perdido. Paulatinamente, miradas, caricias, melodías, cenestesias y motricidad delimitarán en el bebé un espacio a descubrir que, a diferencia del anterior, habrá de compartir con nuevos objetos y en el que irá delimitando su propia imagen e identidad. Identidad con la que reconocerse miembro de una especie, con la que significarse y hacerse reconocer miembro de su comunidad.

Con anterioridad (Sanfeliu y Díaz, 2008) apuntamos que la mujer preñada encarna el mito platónico del andrógino, un cuerpo para dos hará más posible que nunca la efímera quimera de bisexualidad como defensa narcisista frente a la angustia de castración aunque, paradójicamente, sea la gestación uno de los hechos que pone más de relieve la diferencia de sexos.

Si Eco y Narciso están divididos, el andrógino simboliza la plenitud inalcanzable para ellos. Narciso, desde su paradójica pureza, no *actúa*, simplemente *es*. Por otra parte, la androginia encarna, desde la antigüedad la fórmula para expresar autonomía, fuerza, totalidad. Una divinidad andrógina (y Tiresias pudo, ocasionalmente, experimentarlo), es un ser absoluto, la realidad última. También aletea el incesto de los gemelos y la homosexualidad vivida como meta imposible de colmar en un diabólico juego especular. Un mito cosmogónico japonés (Mircea Eliade, 1961, pág. 216), lo ilustra así:

Izanagi e Izanami (cielo y tierra), constituían juntos un caos que se asemejaba a un huevo, en medio del cual se encontraba un germen. Todavía no existían los dos principios masculino y femenino. El caos representaba la totalidad perfecta y, por consiguiente, la androginia. La separación cielo/tierra, señala a la vez el acto cosmogónico por excelencia y la ruptura de la unidad primordial.

Asimismo, en boca de Aristófanes Platón (380 a .C., pág. 66) habla de un tercer sexo, el andrógino, que *tenía cuatro brazos e igual número de piernas y dos rostros sobre un cuello circular, iguales en todo*. Descendían de la luna (que también participa del sol —lo masculino— y de la tierra —lo femenino—), eran terribles por su fuerza y su vigor y tenían gran arrogancia, hasta el punto de que atentaron contra los dioses. La altanería de la que aquí se habla, recuerda al pretencioso Narciso, ya escindido, anhelando su otra mitad. Desde hace tanto tiempo, dice, el amor de unos a otros es innato en los hombres y aglutinador de la antigua naturaleza.

El juego de sexos también aparece en quienes piden venganza a los dioses; desde lo femenino Eco en Ovidio y desde lo masculino Aminias, al recibir la espada, en Conon, quien además vincula a Eros con la muerte de Narciso. Versión menos probada la de Pierre Grimal en su *Diccionario de mitología* que alude a las doncellas despreciadas que piden venganza.

Al despreciar la sexualidad para evitar el tabú del incesto, se rechazan las pulsiones que destruyen la mónada y abren la frontera a lo social. Eco y Narciso se necesitan mutuamente para llegar a ser, una y otro; su rechazo implica un retorno a la naturaleza como roca o flor, como defiende Heráclito que postula el movimiento

como un *a priori*, en la lucha entre contrarios se originan todas las cosas.

Plotino reprocha a Narciso su enamoramiento ya que, la *belleza en sí* se encuentra más allá de la belleza material y de su imagen. En cuanto a Filóstrato el Viejo (s. III) refiere:

Sin embargo, a ti, muchacho, ninguna pintura te ha engañado, ni te has disuelto en colores o en cera, sino que el agua te remeda a ti así como la miras y no te das cuenta del engaño de la fuente.

¿Es acaso el mito tardío del narcisismo un emergente de la tendencia a la abstracción sin dioses que caracteriza a la sociedad griega entre el siglo III a. C. y el siglo III de nuestra era?, se pregunta N. Caparrós (2015, pág. 41). El sujeto, en las manifestaciones sociales más sofisticadas, se fue concentrando en el *logos*, abandonando al tiempo el mundo de las pasiones, emociones y afectos, todo lo relacionado con el contexto vital. Vano intento, a fin de cuentas. Ovidio representa la inversión de lo que ese lugar idílico implica para escritores como Virgilio y Horacio donde el retorno a la naturaleza poseía un carácter balsámico.

Y tras el *todo* de la androginia, la réplica, el doble que no ve más allá de sí. Narcisismo y simetría, parece una redundancia...

1.3.2. *Simetría*

Narciso se contempla desdoblado, se ama en tanto sujeto y como objeto. La imagen especular es ambivalente: funda la identidad del yo y, a la vez, la pone en cuestión. Para que se estructure el narcisismo, el sujeto necesita una representación de sí mismo visto desde el exterior, ¿acaso mantiene Narciso una relación especular con la madre? También podemos considerar la idealización de su imagen como intento fallido de Narciso para conseguir la costosa dimensión de la individualidad; desde el Modelo Analítico Vincular defendemos la importancia de la idealización propia de la posición confusa (momento en que el niño comienza a deambular, a alejarse de la madre unos pasos en sus primeros ensayos de autonomía) para superar con éxito el futuro momento de subjetivación. Génesis, reconocimiento, búsqueda de identidad, ilusión de retorno al eterno punto sin dimensiones donde reside una plenitud imaginaria que el destino demuestra trágica e insuficiente.

Son muchas las culturas que depositan en la simetría el canon de la perfección y el equilibrio; resulta tranquilizadora, acalla aunque pueda llegar a ser mortecina. El niño autista se angustia frente a los demás, los ve como amenaza; la tolerancia a lo asimétrico (empezando por la diferencia de sexos) se adquiere poco a poco. Desde el recelo a lo imprevisto no brotan comentarios como el de Noverre (1760, *Cartas sobre la danza*, Aimé de la Roche): «Para ser una copia de la naturaleza, la danza debe dirigirse al alma, evitar la simetría, ofrecer un bello desorden».

Narciso está fragmentado, Eco también, lo mismo que las sirenas del mito celta que pierden su inmortalidad si se enamoran. Eco vive en función de otra voz, no puede vivir sin emisor; no es un azar, es un imposible, contrapunto de Narciso incapaz de existir sin su otro reflejado. Una y otro repiten, mimesis, juego que se agota en sí mismo, círculos concéntricos de los que no es posible salir. A través de Eco, Narciso queda fascinado por primera vez, por el sonido de su propia voz; encanto que se desvanece al irrumpir Eco, cuyo cuerpo también sufrió metamorfosis convirtiéndose

en roca.

El alumbramiento permite que se desplieguen dos parejas de dobles narcisistas especulares: la madre con su bebé y la madre de esta frente al sistema conformado por el par anterior, escribí con mi hija al poco tiempo de que ella diera a luz (Sanfeliu y Díaz, 2008). El *representante afecto* (término propuesto por Green y rescatado por Caparrós) viene descrito como sentimiento resultante de un rastro previo, que se mantiene y actualiza por repetición de una experiencia que activa y recupera la vivencia primitiva.

Los dolores de parto avivan la huella del que nos alumbró, las vías sensoriales transportan estímulos sin representaciones y excitan sensaciones dormidas. Es lo que facilita la autocomplacencia en el primer atisbo de la criatura con la que se compartió un espacio psíquico imaginario, y la irrupción de la ternura que amortigua el flujo de impulsos. Es también lo que invita a recoger la alegoría del doble como figura por excelencia del narcisismo originario. Corresponde a una identificación todavía inestable entre Yo y objeto; R. Kaës (2008, pág. 62) describe al doble narcisista y el gemelo imaginario, sustituto de un objeto perdido, como algunos de los componentes del doble fraterno. El doble también es resultado de una liberación en el hermano de los investimentos destructivos dirigidos a la madre; en otros casos, sustituye a un objeto perdido.



Figura 5.—Narciso por Caravaggio

El «fantasma del doble» ha sido tratado en psicoanálisis por distintos autores y aplicado con diversos matices. Para Freud es esencialmente figura del narcisismo originario, «corresponde a una regresión a épocas en las que el Yo todavía no se encontraba delimitado del exterior» (1919, *Lo siniestro*), es un retorno a la rivalidad y

el odio presentes en el amor al semejante y a los que trata de conjurar. Figura de inquietante extrañeza, suscita angustia de separación y de castración.

La relación especular o *mirroring* tiene un fundamento neurofisiológico; a través de las neuronas espejo se reconoce y diferencia la acción del otro haciendo posible una primitiva comunicación desde los primeros contactos del humano. Luego, esos encuentros compartidos a través de la mirada cargada de emociones de la figura materna, activan la llamada relación especular que ganará complejidad a medida que otros intercambios aporten experiencias. El niño y la madre que se miran mutuamente, miran al sistema nervioso central del otro. Cuanto más dilatada esté la pupila, más íntimo resulta el intercambio (Hess, 1975, *The Role of Pupil Size in Communication*). Las pupilas se dilatan en situaciones de placer y de interés comunicativo. «Los niños prefieren mirar a las personas cuyas pupilas están dilatadas y las suyas propias, que lo están, despiertan un comportamiento de atención y cuidado. La expresión facial animada de una madre que mira gozosa a su bebé, es como un destello que evoca luz en los ojos de este; tal es el interjuego ocular», observa Malcolm Pines (2002, pág. 11).

También un hermano muerto puede incorporarse como intrusa sombra hostil y amenazadora; cuanto más se idealiza, más exigente y persecutorio resultará. En cuanto a los gemelos, son espejos imposibles que simbolizan vida y muerte, el bien y el mal, la mujer y el hombre; siempre la dualidad de los opuestos, la *unidad dual*, en palabras de Caparrós. Son hermanos aglutinados cuya indiferenciación evoca cielos e infiernos, la nostalgia de la unidad perfecta al tiempo que siniestras amenazas.

Otro lugar privilegiado de simetría son los rituales; quizá más de un mito nació para darles sentido, lo mismo que más de una ceremonia pudo surgir al hilo de personajes mitológicos. Mucho podría aclarar Pausanias, quien viajó por toda Grecia descubriendo rituales y cuentos populares para elaborar sus *Crónicas*. Una inquietante creencia hindú: el alma de un muerto ronda antes de ser enterrado y puede llevarse la imagen de quien se mire en un espejo de la casa. ¿Qué quedaría de alguien sin su imagen?, podríamos preguntarnos; sería como el anti-Narciso, siendo este tan solo una imagen desvitalizada.

Espíritus que revolotean o sujetos paralizados... en la tradición de algunos pueblos africanos, sir James Frazer (1910) advierte la idea de que el alma es sombra y reflejo; la reflejada es externa al hombre, por lo que monstruos o animales extraños podrían apropiarse de ella. ¿Acaso uno de ellos hubiera podido liberar una parte de Narciso?, ¿podría alguna bestia haberle incorporado a la realidad?

Narciso se encuentra varado entre el espejo y la diferencia. Espejo símbolo de la ilusión, del engaño y la apariencia, pero también del conocimiento. Dionisos, en el suyo, se mira y contempla e interpreta el mundo, nuestro joven mira sin ver. Juego de antítesis (apariencia / realidad), de identidades y proyecciones (yo en el otro / el otro en mí). Un lejano resplandor de esta frágil y orgullosa figura permanecerá para siempre entre los recovecos de nuestro mundo interno.

En el *Viaje a la complejidad*, Nicolás Caparrós (2013, v. 3, pág. 374) escribe:

La realidad es inclemente, ignora los ecos de la mirada de Narciso, se deja hendir por esa mirada auto-complaciente y Narciso perece, muere anegado en ese lago inmenso, incontenente, que engulle todo lo que posee. La madre proporciona un solo espejo, una única imagen: ahora soy, me conozco y a la vez me reconozco porque el fluir de los sentidos no se interrumpe. La madre se ausenta y los espejos

se velan, entonces la vida real asoma, vacilante.

¿Qué vería Narciso en aquel estanque donde no solo él estaba reflejado? Si en el agua más transparente parece quebrada la rama más derecha, como propuso Séneca, ¿de qué deforme figura se prendó?, ¿por qué se da por hecho que las aguas actuaron como espejos de plata que solo desde el ^{xix} ofrecen fidelidad a quien se contempla? Vemos lo que queremos ver. Quizá nos buscamos en el espejo de los ojos del amado porque embellece nuestra imagen al idealizarla.

En el mito late la maldición, como en las superficies brillantes de una antigua superstición griega recogida por Artemidoro. Sería necesario un libro entero para desarrollar la «psicología del espejo», exclama Bachelard en *El Agua y los sueños* (1942). La fascinación que ejerce es abordada de manera lírica y bajo el bisturí del psicoanálisis, por Lacan y Winnicott, entre muchos otros. El espejo otorga la imagen de un ser inexistente, prolongación vacía de una sombra sin cuerpo.

Veamos ahora qué depara la connotación de escarmiento que cae sobre nuestro protagonista.

1.3.3. *Castigo*

Liríope quiere saber y parece que, como en el Jardín del Edén, ello no es bien visto por los dioses. ¿Tiresias —título común para adivinos en la historia legendaria de Grecia— ve el futuro o lo construye? Las profecías auto-cumplidoras no son solo cosa de nuestros días, ¿tuvo conocimiento Narciso en algún momento del vaticinio? Suponemos que no. ¿Existe acaso una alianza entre Tiresias y los dioses que emitirán más tarde la maldición? Sabemos que este ciego vidente, de origen *spartoi*, estaba establecido en Tebas y Beocia y era hijo de ninfa. Las discrepancias en cuanto a su sexo llegaron a explicarse diciendo que tenía el don de cambiarlo a voluntad. Intérprete de las señales de los dioses, su ceguera parece ser castigo por revelar secretos a los que tuvo acceso.

La Esfinge es, como Eco, roca que habla e inquieta; custodia de los muertos y ejecutora de la justicia divina. Su origen se remonta a Mesopotamia donde proliferan demonios alados con cabeza humana y cuerpo de león que simbolizaban el mal. Piedra lenguaraz e invidente con horizontes inaccesibles a otros; una y otro, Esfinge y Tiresias, me recuerdan ese personaje en la sombra que otorga caprichosamente sus favores forjando envidiosos y envidiados. Escribí sobre ello en 2000; aunque la envidia sea una pasión diádica, un tercero —objeto primigenio— fuera del escenario principal, es el guionista que reparte los papeles.

En nuestro mito el espacio se reduce, la acción se detiene, el tiempo se congela; es la antítesis del brioso Cefiso que se expande sin límites. Narciso, cautivo de su imaginario, cree bastarse a sí mismo, vive hacia dentro —es un mito centrípeto podríamos decir— y debe emprender un arduo recorrido de renunciaciones y duelos para llegar a la triada edípica que da acceso al placer compartido.

Es un mito impregnado de frustración, Narciso está condenado, ¿confinado por los dioses o por sí mismo? Como otros bellos jóvenes —Adonis o Hipólito, por ejemplo—, muere por rechazar la sexualidad; estas narraciones permiten entrever ritos primitivos en los que se esparce su sangre por la tierra en épocas de infertilidad. Existe en Anatolia un mito en lenguaje palaico, en el que los dioses comen y beben

sin poder satisfacer su hambre y su sed; *comida eterna* de Quevedo, *sin principio ni fin*, o vacuo almuerzo de Sancho Panza en Barataria... Narciso evita la vejez sin pretenderlo, Dorian Gray se lo propuso y fracasó, ambos carceleros de sí mismos.

Tras el corte del cordón, la herida narcisista materna requiere un proceso de duelo para reincorporar al objeto perdido que culmina con la aceptación de la alteridad. Ante el neonato, se abre un espacio a descifrar que habrá de compartir y en el que irá delimitando su propia imagen. Identidad con la que reconocerse miembro de una especie, con la que significarse y hacerse reconocer integrante de su comunidad. El entrecruce de las miradas de ambos permite el proceso.

En el padre, ausente en el relato, también podemos fantasear deseos de venganza en Liríope y Narciso. ¿Qué atrae a Narciso? ¿es el retorno a los orígenes, la escena primaria, el deseo de vengar la violación de su madre, la curiosidad por el padre, el inalcanzable cuerpo materno, la ambición de poseer sus propiedades...? Son muchas las posibilidades; la mirada en la fuente como la de Dionisos en su espejo o, en sentido imaginario, la búsqueda de sus ancestros. La mónada, ese espacio virtual que protege del mundo exterior (Béla Grunberger, 1971, pág. 92) está destinada a romperse cuando un sujeto llega al mundo; si la sexualidad se incorpora gradualmente, la mónada se rompe y abre la senda a las relaciones objetales. Narciso muere al no poder aceptar la vida postnatal, la necesaria intervención de los impulsos; la gran frustración que entonces experimenta, despierta su agresividad primaria y la proyecta de forma que la imagen inicial se convierte en terrorífica. Trágica metamorfosis.

Pandora, criatura paradójica bella y destructiva, tiene algo familiar con nuestro protagonista; creada por orden de Zeus para vengarse de Prometeo, recibe de los dioses una mente brillante y astuta, sensualidad, dominio de las artes, un punto de insensatez y... ¡una gran curiosidad! Al enviarla a la tierra Zeus deposita en sus manos un ánfora que no debe ser abierta. Como no podía ser de otro modo, cuando cede a la tentación, escapan de ella todos los males. Pandora y Narciso están predestinados a la condena, prisioneros de ánfora o estanque, ambos son títeres en manos de los dioses.

El juego de sexos también está presente en quienes piden venganza a los dioses: desde lo femenino Eco en Ovidio y, desde lo masculino, Aminias, al recibir la espada en Conon. Pierre Grimal alude a doncellas despreciadas que piden venganza. Pero, ¿desprecia Narciso realmente a sus pretendientes o no puede acceder a ellos, hay rechazo o impotencia? En cualquier caso la ausencia de vínculos conduce a nuestro siguiente apartado.

1.3.4. Muerte

La ilusión de completud conduce a la muerte, sin el otro no hay vida; la simetría, el espejo, conducen a la muerte. Vida imposible sin un otro que se desconoce. Narciso entraña Eros y Thanatos, merece la pena recordarlo. Pero Eros, además de encarnar al amor, en la Grecia Clásica es responsable de la creación y el orden del cosmos, quedando contrapuesta a Thanatos. Se adjudica su origen al Caos primordial (*Teogonía*), a un huevo puesto por la noche (en Aristófanes), a la unión de Ares (pujanza) y Afrodita (seductora), o a la de Céfiro e Iris —que pudieron ser hermanos

(incesto fraterno)—. (Caparrós 2015, pág. 401).

En paralelo a Eco, Narciso se vuelve insensible al mundo; no es un suicidio, es una renuncia a vivir. Violencia al engendrarle y muerte amargamente dulce:

Moriría triste si hubiera de sobrevivirme el objeto de mi pasión. Pero bien entiendo que vamos a perder dos almas, una sola vida (Ovidio, pág. 114).

Morir para alcanzar la inmortalidad, otra forma de verlo desde la rabiosa actualidad de las personas-bomba. Conjurar la muerte es una de las funciones de la religión, teñida primero de magia y más tarde de política.



Figura 6.—Narciso por Salvador Dalí, 1947

Agua también relacionada con destrucción o muerte. El Corán vaticina que en el fin de los tiempos los océanos rugirán e inundarán la tierra; el *Diluvio* cristiano hincra raíces en mitos arcaicos similares originados sin duda tras inundaciones y que pueden hallarse en lugares y creencias muy alejados entre sí.

El narciso, flor húmeda y fría, era propia de las divinidades subterráneas, asociándose a ritos funerarios; Plutarco cita sus propiedades narcóticas que seducen y fascinan pudiendo conllevar la muerte. El agua irrumpe en el agua, versión menor de la hierogamia cósmica en la que el cielo se une a la tierra. Agua siempre vinculada a la reproducción, al nacimiento.

La fusión de las aguas (Cefiso violando a Liríope) conduce a lo aglutinado cuya ruptura forjará lo narcisista, primitiva agresividad devorando al objeto gratificante, que desaparece como objeto interno para integrarse en el Sí mismo; es el asesinato básico para constituirse, donde Narciso y Anubis van de la mano. *La pureza trae crueldad lo mismo que las nubes la lluvia* (Grunberger, 1989, pág. 95); Dostoievski también estaba obsesionado por este par de opuestos.

En Grecia, como en otras zonas mediterráneas de nuestra costa, tierras pedregosas dan lugar, en determinadas épocas del año, a una eclosión de flores de infinitos colores; no es de extrañar que inspiraran a los narradores griegos y las emparentaran con los dioses. Edith Hamilton (1942) relata que *Narciso* designaba también a una flor púrpura y plata creada por Zeus para ayudar a su hermano, soberano del imperio

de las sombras, a apoderarse de Perséfone (hija de Deméter), de la que se había prendado. Un día, cuando en un prado del valle del Enna cogía flores con sus compañeras, ella descubrió esta planta única y desconocida. Verse sola la atemorizaba, pero no pudo resistir la tentación de cortar esa flor radiante. Pero estas eran, precisamente, las previsiones de Zeus. Cuando ya extendía su mano hacia aquel objeto se abrió en la tierra una enorme grieta de la que surgieron dos caballos azabache que arrastraban un carro conducido por un ser de sombrío esplendor, majestuoso y terrible a la vez que la agarró y estrujó contra sí, arrastrándola al mundo de los muertos. El amor mata, también engendra... El mito de Narciso es de nacimiento y muerte, de simetría, es la paradoja sempiterna que mantiene la tensión entre uno mismo y los otros a lo largo de toda vida humana. Al borrar al otro, ese otro necesario para ser, la existencia de Narciso se desvanece. Muerte real que culmina una vida irreal.

Con Hadot (1976, pág. 84) seguimos el hilo de los abismos infernales: el narciso, flor húmeda y fría, era propia de las divinidades subterráneas, asociándose a ritos funerarios; Plutarco cita sus propiedades narcóticas que seducen y fascinan pudiendo conllevar la muerte. Flores de muerte, sangre que da vida a la flor... jacintos, crisantemos, violetas y anémonas, nacen, en manos de Ovidio, de sangre de dioses a modo de *reencarnación*. En el mito de las Moiras, la diosa muerte se convierte en su antítesis, la diosa del amor; también Freud en *Psicoanálisis aplicado* advierte que todas las grandes divinidades maternas de los pueblos orientales, parecen haber sido tanto genitricas como destructoras.

Los dioses griegos se configuran como los pares antitéticos mencionados por Freud. La muerte y su extraña acompañante, la inmortalidad, tienen un amplio eco en la mitología: barqueros que transportan almas (como el de Utnapishtin o Caronte), trasmigración o reencarnación que en los *Vedas* de la India escamotean a la muerte. A este respecto me gustaría citar al premio Nobel chino Mo Yan (2006), que humilla el narcisismo de Ximen Nao reencarnándole sucesivamente en burro, buey, cerdo y perro de su familia, en un condado remoto de la China durante la *Revolución cultural*; magnífico despliegue de ternura, humor y cruel ironía a lo largo del relato. Por cierto, el seudónimo que adoptó significa «no hablar», un silencio más rotundo aún que el de la ninfa Eco.

La Noche engendra siniestras sombras: la muerte, el sueño, la vejez y el dolor que se entrecruzan. Interesa señalar ante todo la naturaleza de Thanatos, «la muerte sin violencia, que llega callada, en contraposición a la que proporcionan las Keres, amantes de la sangre, que acuden a los campos de batalla». Caparrós (2015, pág. 224). Hipnos, gemelo de Thanatos, es igualmente sosegado y eterno competidor de su hermano. ¡Morir... dormir, tal vez soñar!, dirá Hamlet, como humano escenario de esta silenciosa pugna.

Otro mito conduce a un tiempo en la Tierra en el que ningún ser —humano o animal— deseaba aparearse; ocurrió al morir Inanna tras enfrentarse con su hermana en el inframundo. Ausencia de pasión, muerte del deseo, en este caso para justificar los distintos tiempos que atraviesan las cosechas.

Muerte psíquica en Narciso en la ilusión de inmortalizar su imagen. Pero esta también se desvanece. En el lugar donde murió se erige el santuario de Tespías,

dedicado a Eros, que parece ser en la primera versión una fuerza cohesiva de la naturaleza. En el *Libro IX*, dedicado a Beocia, Pausanias sitúa la fuente de Narciso en la zona del río Lamas denominada Donacón.

CAPÍTULO SEGUNDO. EL NARCISISMO EN LA EVOLUCIÓN

El enunciado de este capítulo se presta a diversas interpretaciones; la que aquí propongo ambiciona ofrecer una amplia perspectiva diacrónica de la incidencia que el narcisismo, o desde la metáfora sus equivalentes biológicos, ha tenido en el desarrollo de la vida a lo largo del tiempo. La perspectiva que atañe a la construcción del psiquismo queda, en lo fundamental, trabajada en nuestro capítulo cuarto.

El concepto *evolución*, en el sentido más extenso del término, viene atravesado por diferentes niveles de integración, es lugar de cruce de diversas ciencias y puede convenir por tanto a procesos dispares. Este enfoque abre nuevos interrogantes para el conocimiento del proceso evolutivo gracias a la observación conjunta y articulada de un proceso que sobrepasa los ámbitos de la biología, la etología o el psicoanálisis.

Las alusiones al narcisismo que salpican el capítulo han de ser entendidas como metáfora: de dónde emerge, no de dónde procede. No pretendemos *causar* el narcisismo en la biología, sino asentar las bases biológicas de ese nivel de integración que, cuando alcance un determinado nivel de complejidad, hará emerger el narcisismo en el registro que le es propio: lo psicológico.

2.1. VIDA

La noción de *evolución creadora* anuncia su carácter discreto al tiempo que asesta un golpe al determinismo estricto. Sigamos unas líneas de la mano de Nicolás Caparrós (2012-2013, V.1, pág. 285): «en el estado actual de conocimiento, nuestro universo surge de una singularidad que se conoce popularmente como *Big Bang*; lo que quiere decir que procede ante todo de la energía. Esa energía evoluciona a materia y en ese curso aparece un proceso de aumento de orden. Orden y desorden, tal es la propuesta frente a las obsoletas tablas reduccionistas (materia inerte, organismos vivos, conciencia animal, conciencia del yo, lenguaje, arte y tecnología) que hacen gala del principio de causación ascendente».

No existe y tal vez no exista nunca, una hipótesis incontrovertible acerca de cómo emerge la vida; los signos más tempranos de los que tenemos noticia se remontan a 3.800 millones de años. Lo que sí parece cierto es que, en primer lugar, fue necesario que la corteza terrestre se enfriase lo suficiente para poder albergar agua en estado líquido y que la lluvia de meteoritos cediese en su inicial intensidad. Habrá que esperar al Cámbrico para que comiencen a existir, hace unos 800 millones de años, los organismos pluricelulares. El nivel biológico de integración incluye organismos mono y pluricelulares: las relaciones entre ellos recorren el camino que media entre la célula y el órgano y más tarde alcanza al organismo; también se ocupa de las transformaciones de los mismos.

La necesidad de un continuo aporte de energía define a los sistemas abiertos, bien alejados de la imagen Narciso condenado a contemplarse en un universo en que la exterioridad no tiene cabida. Aunque en la actualidad casi todos los científicos están persuadidos de que la vida es un fenómeno que surge en el universo de forma natural, las disputas sobre el tema a lo largo de los años, oscilan entre lo que podríamos considerar un costado abiertamente narcisista (soplo de los espíritus para los

vitalistas) a otro reduccionista como al que antes hicimos alusión. En ese contexto, la doctrina del emergentismo se abre paso.

La *emergencia* es una cualidad nueva en relación con los constituyentes del sistema. Del núcleo al átomo, del átomo a la molécula, de la molécula a la célula, de la célula al organismo, del organismo a la sociedad, una fabulosa arquitectura sistémica que no se puede concebir más que introduciendo la noción de emergencia. En palabras de Edgard Morin —en su contribución al *Viaje a la complejidad* (Caparrós y Cruz Roche, 2012-2013, V. 1, pág. 64)—:

Queremos ver esas virtudes exquisitas como esencias inalterables, como fundamentos ontológicos, cuando son los últimos frutos. De hecho, en la base no hay más que constituyentes, tierra para macetas, abono, elementos químicos, trabajo de bacterias. La conciencia, la libertad, la verdad, el amor, son frutos, flores. Los encantos más sutiles, los perfumes, la belleza de un rostro o una obra de arte, los fines sublimes a los que nos entregamos, son eflorescencias de sistemas de sistemas de sistemas, emergencias de emergencias de emergencias... representan lo más frágil de lo que existe, lo más alterable: cualquier cosa los desflora; la degradación y la muerte les golpearán primero cuando los creíamos o queríamos inmortales.

Noción de emergencia que, tras estas magníficas líneas, conduce al prepotente humano a sentirse como insignificante pieza de bucles de carácter sinuoso, que se entrecruzan con un orden fuera del alcance de nuestras leyes conocidas.

Faustino Córdón uno de los pioneros de la evolución puntuada cuyas aportaciones recogí en el aquí muy citado *Viaje a la complejidad* (Sanfeliu, V. 2, pág. 73), indagando sobre la inmunidad llegó a concebir un hilo conductor que vincula todo lo viviente a partir de la existencia de un primer nivel de seres vivos, el *protoplasma*, y un modo especial de *cooperación* entre individuos protoplasmáticos. Quiero subrayar cómo la cooperación, ese prestarse a un entorno y tomar prestado algo de lo que circunda —metáfora de la objetividad como contrapunto narcisista—, es requisito para el desarrollo ontogenético. La primera condición para que surja el protoplasma es ser precedido de la fuente de energía que pueda mantenerlo vivo: su alimento (requisito que seguirá cumpliéndose en los sucesivos niveles de complejidad). Pero el protoplasma va agotando sus reservas de vida hasta terminar enfrentándose con su desaparición; la única solución posible es encontrar una nueva fuente de energía, ajena al proceso de origen y aprovecharla gracias a la aptitud de síntesis conseguida. Cuando llegue un momento del desarrollo en el que la asociación celular no solo se mueva como un todo, sino que saque *experiencia* de esta acción conjunta suya, podrá decirse que ha surgido el animal.

En la consideración evolucionista que describe Córdón, el *organismo* es el concepto clave en el que radica la individualidad de cada ser vivo. El organismo animal ha de surgir de una actividad coordinada: reposo (nunca absoluto), actividad celular, sucesión ininterrumpida de acciones ligadas por la *experiencia* que las corrige y compensa. Acción y experiencia que percibe y persigue el alimento: el animal se alimenta para alimentar a sus células, al tiempo que nutre a sus células para mantenerse él como individuo.

También la biología batalla contra la ambición del reduccionismo —vestigio del narcisista ensayo infantil de crear una realidad a su medida—, que no deja lugar a la aparición de estructuras nuevas cuando las organizaciones se complican. Sirva de ejemplo este comentario sobre ciertas investigaciones actuales:

Crear vida experimentalmente puede que nos proporcione las claves del origen de la vida, pero eso no significa que hayamos establecido la ruta histórica real de la vida en la Tierra. Mientras la definición de vida esté sujeta a debate, crearemos una biología general conectada a la física, química, matemáticas y biología en algún lugar del universo. A partir de las formas de vida extrañas que evolucionan por selección natural, tendrán funciones (como el bombeo de sangre del corazón) que son subconjuntos de sus características causales; esta biología general se encuentra más allá del reduccionismo (Stuart Kauffman, en Caparrós y Cruz Roche, 2012-2013, V. 2, pág. 72).

La diversificación de los animales en especies, hubo de ser consecuencia de la diversificación de los alimentos y del modo de acceder a ellos. En el segundo acto de la evolución de los mamíferos, grupos especialmente fuertes sobrepasan a los reptiles terrícolas y se animan a bajar al suelo impidiendo el descenso a cualquier otro primate. Al cabo de un tiempo, pudo producirse una segunda invasión del suelo por un nuevo grupo de primates, más robusto y de evolución más rápida, que acabará por suplantarse a los primeros invasores (sobre los que la *Complejidad* diría que quizá sufrieron una hiperadaptación). Probablemente, los últimos invasores son los grandes monos antropomorfos.

El macho del pavo real, es desde la antigüedad el animal que por antonomasia encarna al protagonista de nuestro mito. *Pavonearse* podría ser una estrategia adaptativa con origen en la prehistoria, que subyace en el empeño de la mujer por aparentar menos años (mayor fertilidad) o en el hombre por mostrar su fortaleza, aunque hace ya tiempo que la procreación dejó de ser el objetivo primordial. Frente a las lentas mutaciones de la selección natural, la selección sexual es competitiva. La selección natural, que tiende a prescindir de lo superfluo, debería haber eliminado la cola del pavo real hace mucho tiempo, no es coherente, declara Denis Dutton retomando a Darwin (2009, pág. 193): «Nunca debió permitir su crecimiento, pero es una señal de salud y genes de alta calidad. La dificultad de crecer y vivir con semejante monstruosidad demuestra que el pavo real en cuestión está en buena forma». Es cierto que en general un animal muestra su aptitud genética a la hembra malgastando recursos (vuelos llamativos o cantos interminables, rojo intenso de un pez espinoso, avutarda macho emulando un girasol...); ¿podría inferirse a partir de aquí el modo ostentoso con que algunos humanos dilapidan su riqueza?

A pesar de que nunca ha habido un paso de «monos» a *Homo sapiens*, es un enunciado habitual en el que acaso subyace la necesidad de conocer qué se esconde en la semejanza, tan atractiva e inquietante, que existe entre ciertos monos y los humanos. La andanza comenzó con un gran estallido cósmico, luego la *vida* célula a célula que se abre paso y diversifica, siempre cortejada y limitada por la *muerte* (apoptosis). Saltos evolutivos, movimiento y reestructuración tras quebrantos, potenciando un creciente nivel de complejidad: evolución prebiótica, vida pre-celular (*sopa primordial*), célula, organismos pluricelulares, explosión cámbrica (especiación-extinción), extinción del Pérmico (245 mill.), Primates, Australopitecos (conciencia, herramientas, organización social), Homo (Habilis, Erectus, Sapiens)... Un largo recorrido al que podríamos añadir matices desde el abanico cultural costosamente desplegado por Sapiens; culturas —todas y cada una— que se consideran a sí mismas especiales y privilegiadas. Concluamos este apartado con el *Viaje a la complejidad*:

La naturaleza muestra una absoluta indiferencia hacia los procesos de pensamiento; son estos los que la hienden y atraviesan disponiéndola, acaso de forma artificial, en magnitudes discretas

progresivamente inteligibles, sesgadas por nuestra manera de percibir (Caparrós, V. 2, pág. 149).

2.2. HOMO: SOBREVIVIR, EVOLUCIONAR...

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza y ejerza dominio... *Génesis, 1:26*.

La cultura humana es el modo particular de realizarse la evolución biológica de ese animal, cualitativamente distinto a todos los demás, que es el hombre. La seguridad ofrecida por el árbol fue reemplazada por la que brindaba la ayuda recíproca, la acción coordinada que requiere el desarrollo de la comunicación. Erguidos, gregarios y desplegando una cooperación que, en última instancia, culminará en su rasgo distintivo: la capacidad de la palabra. Lenguaje como experiencia social, lenguaje interiorizado que establece la continuidad del medio humano.

Vida y muerte, tan intrincadas, tan inseparables como sujeto y grupo, nunca pares antitéticos como a veces se pretende. Una necesita, se apodera y destruye a la otra, ambas se suceden en pertinaz alternancia. «La vida es el conjunto de funciones capaces de utilizar la muerte» (Henry Atlan, *Entre le cristal et la fumée*, 1979). Los seres humanos y su grupo de pertenencia son producto de la *emergencia simultánea* de propiedades que nacen de otros tantos sistemas de complejidad creciente: biológico, psicológico y social. Son sistemas que se auto-organizan como *redes* con una dinámica no lineal de la que surgen propiedades inesperadas. Su decurso es muy sensible a las condiciones iniciales y su proceso de desarrollo no es predecible, aunque *a posteriori* quepa explicar el camino seguido. En diversos lugares, Nicolás Caparrós ha insistido en cómo este planteamiento refuta los postulados científico-positivos y las tesis reduccionistas a las que con su sempiterno deseo de control se aferran ciertas escuelas.

Pero Homo sigue sufriendo heridas narcisistas. La racionalidad positivista que sentencia y no requiere argumentos para perseverar, debe seguirse replegando conforme la inteligencia ofrece nuevos sentidos a la realidad, aunque para ello deba adentrarse sin cesar en tierras incógnitas. Copérnico con la teoría heliocéntrica y Newton, que aporta la ley de la gravitación universal, ubican al ser humano en el universo. Luego, en el siglo XIX, Darwin publica *El origen de las especies* y Freud desarrolla el psicoanálisis. Conocidas como las grandes heridas narcisistas, pueden sintetizarse en lo que la astrofísica enuncia como la Ley de la Mediocridad: somos un planeta mediocre, incluido en un sistema solar mediocre, en un lugar mediocre de una galaxia igualmente mediocre...

La patética lucha entre la muerte y la supervivencia ha requerido para nuestra especie de disparejas maniobras; nunca fue tan imprescindible para el individuo formar parte de un colectivo como en el arranque de la humanidad. En «Hovering death» escribo:

La muerte entonces es concreta, cotidiana, insistente; quizá la reflexión no alcanza ni para temerla como tal, todo es efímero. Se trata de sobrevivir en un entorno natural hostil, se huye de peligros inminentes, ante el ataque de una fiera, el vecino amenazador... se mata para poder seguir cazando al día siguiente. El estilo de caza al acoso necesita organización; para los primeros homínidos un grupo más numeroso pudo implicar mayor seguridad y disponibilidad para realizar funciones distintas... a cambio menudearán más peleas ante la posible insuficiencia de alimentos, lo que provocará a su vez alianzas que podemos contemplar como esbozo de las relaciones sociales. Si los huesos rotos y las tapas de los sesos agujereadas de ciertos restos descubiertos, hicieron afirmar a los antropólogos en el

período de entreguerras que la naturaleza humana siempre estuvo presidida por la brutalidad —quizá en un intento de justificar su presente—, estudios posteriores detectaron la intervención de otras especies animales en tamaños desaguisados. Matar / ser matado era en cualquier caso la alternativa que aventuramos tenían nuestros antecesores; de hecho, otros descubrimientos testimonian homicidios en masa desde la época de los pueblos cazadores (Sanfeliu, 2016).

Omnipresente paisaje grupal, sin él, *homo* no es. Por otra parte, agazaparse, replegarse sobre sí mismo no es solo una actitud defensiva corporal refleja, la introspección (momento narcisista, acto de la conciencia con distintos niveles de complejidad en cada época), acompaña puntualmente de forma instrumental esta maniobra. La expansión cerebral, la capacidad para utilizar herramientas, la bipedestación que provoca en cascada otras transformaciones como las de la pelvis, los cambios acaecidos en la dieta con la consiguiente evolución en la morfología de los dientes... son grandes pasos que sellan nuestra identidad como humanos.

Lo psíquico aflora como propiedad emergente en un momento dado del proceso evolutivo. El anterior organismo biológico, calificable hasta ese momento de *ente en sí*, se transforma en *ente para sí*. El psiquismo se forma y manifiesta en el doble encuentro de lo biológico con lo social, el entorno de los otros; ambas esferas traban una relación recursiva.

Las maniobras adaptativas eficaces que conducen a la supervivencia son el primer motor de nuestra evolución. Quizá podríamos entrever su huella en nuestro regusto por desafíos de todo tipo, por los obstáculos que ofrecen excusas para retarse y desplegar el ingenio... Se buscan dioses, héroes o ídolos que desde la identificación refuercen el sentimiento de omnipotencia. El nacimiento de los dioses es un estallido maníaco tras un período de oscuridad y padecimientos; con ellos se aquietan los miedos y se crean imaginarios interlocutores con los que negociar detalles de conciencia, a los que someterse o enfrentarse. Narcisismo y objetalidad continúan, intrincados, su proceso.

Luego héroes como Gilgamesh, de padre mortal y madre divina (ver Caparrós 2015), pudieron ser modelo para los griegos. Los personajes mitológicos que podrían conectarse con Narciso abarrotan Olimpo y narraciones: poemas sumerios unen muerte con vida y fertilidad, mitos acadios ponen en la tesitura de tener que escoger entre muerte o inmortalidad (¿escogió acaso Narciso o cumplió su destino?). En Egipto los dioses tienen poca relación con los héroes, imperan mitos funerarios a partir de la divinidad del rey y el destino de su alma.

¡Qué solos se quedan los muertos!, se lamentó Bécquer, pero el cadáver —sin importar épocas o lugares— recibe gran atención por parte de su grupo de pertenencia. Los nómadas entregan en el camino sus muertos a la tierra madre con ceremonias más o menos sofisticadas; el sedentario los mantiene cerca de sí, más presentes en un territorio impregnado de ancestros a los que defenderán con las armas si fuera necesario.

El sedentarismo conlleva mucha población humana en proximidad con animales lo que contribuye sin duda a desencadenar epidemias adjudicadas en muchos casos a fuerzas sobrenaturales; el mortal (sinónimo acaparado por el hombre) ensaya justificar la muerte con variopintos argumentos a lo largo de siglos en los que el individuo se irá constituyendo poco a poco como sujeto con conciencia de sí y de su finitud.

Una forma atávica para combatir esta herida narcisista es diseñar un espíritu inmortal. Todas las culturas buscan trascender. El Antiguo Egipto abre camino a la cultura funeraria occidental (dioses que resucitan, juicios y lugares de purificación). Será luego la vida monástica cargada de cielos e infiernos, de meditaciones y rumiaciones, la encargada de garantizar la paz inmortal a cambio de duros sacrificios terrestres; Dios en manos de unos pocos que administran venturas y sufrimiento con astucia, muerte dibujada por ellos a su servicio. Sacerdotes, guerreros y artesanos, como permanente modo de desarrollo.

En otro contexto, para los Mapuches americanos la vida es una espiral que se expande como un cosmos y la muerte el término de un ciclo para pasar a otro superior; una muerte más democrática...

También hay pueblos que toman al pie de la letra la devoración descrita por el psicoanálisis en una temprana etapa del desarrollo; así, Michel de Montaigne (1580) afirma que los Tupinamba de Brasil amazónico, transforman al enemigo capturado en compañero por el hecho de matarlo y comer su carne. Otros pueblos practican la antropofagia para apoderarse de la fuerza del rival; el canibalismo de los nativos de Borneo al servicio de interiorizar a un ser querido, ¿debe considerarse un acto violento?

Las múltiples interpretaciones de la muerte despliegan otros tantos ceremoniales para acompañarla. Las primeras especies que nosotros extinguimos fueron otros humanos, y seguimos en ello, elaborando muertes con apellidos de toda laya: honor, dolor, vergüenza, triunfante, terrorífica, absurda, apacible, heroica...

Cada época y nivel de integración tienen sus leyes de supervivencia: ¿hablamos de la especie, de una cultura, de un sujeto, de su psiquismo...? En cuanto a lo primero, una forma que tienen los individuos para asegurar la de su material genético es asegurar su propia preservación.

El hombre ya no es la medida de todas las cosas, pero sí artífice de su sentido —o del sinsentido que a veces desencadena—. La naturaleza dejó de ser tan amenazante como en nuestra prehistoria; ahora, alejada de lo cotidiano en el mundo occidental, se la añora, se la idealiza y se proclama la necesidad de retornar a ella (que, si tuviera opción, dispararía todas sus alertas). Karl Abraham (1924) describía cómo el melancólico se empobrece cuando devora lo que desea incorporar; en la devoración el objeto desaparece, no se asimila... ¿estamos sumidos acaso en una especie de melancolía generalizada?

El grado de ansiedad experimentado marca la diferencia entre la alerta que dispara la anticipación de una auténtica amenaza y el vértigo que se persigue por ejemplo en los llamados deportes de riesgo, donde la descarga de adrenalina que colma el narcisismo al vencer el reto, crea cierto modo de adicción. La saturación que puede provocar nuestra sufrida y disfrutada sociedad de consumo, puede socavar la imaginación de forma que para salir del tedio o mostrar la crítica, se recurre cada vez más a estímulos desmedidos y amenazadores. El afecto no ligado a una representación suele ser descarga de la pulsión en un objeto.

Las huidas precipitadas del hombre moderno en busca de su individualidad, no se realizan con equipaje ligero, como quiso Machado, sino con el vacío por equipaje (Véase más en Sanfeliu, 2011).

No solo se mantienen incógnitas sobre las condiciones iniciales de nuestro sistema, las que conciernen al devenir se vislumbran quizá aún con más turbulencias y van parejas con las condiciones que creamos en nuestro entorno. En la medida en que dejamos de ser naturaleza, nos convertimos en cultura. La separación concierne primero a la biología, luego, consumir cierto grado de emancipación abrirá las puertas a la conciencia plena.

2.3. CAMINO HACIA EL SUJETO: EL VÍNCULO PERMITE DESCUBRIRSE A SÍ MISMO

Si el primer paso del proceso es reconocerse como perteneciente a una especie, ahora apuntamos al momento de dotarse de individualidad respecto a los congéneres. El bebé se succiona el dedo gordo de un pie al que agarra como perteneciente a la exterioridad; a la vez va descubriendo la mirada materna que hurga en la suya regodeándose al verse reflejada en el neonato al que todavía no concibe como álgter ego, sin saberse ambos espejo uno para el otro. Narcisismo de la madre que ciñe al bebé para que no se desparrame (en muchas culturas ese ceñido es literal). Pero este pequeño chapotea en el estanque de Narciso haciéndole perder su inicial tersura, entra y sale, retozón, cada vez más robusto, cada vez más insensato. La vida se elabora, es una construcción en equipo, no viene dada; uno se hace sujeto cuando, consciente, es capaz de romper y establecer vínculos y ser, cuando accede a la fantasía, una actividad real aunque no motora.

La noción de *narcisismo* es la piedra de toque para comprender la reflexión ética de Freud comenta Savater (1993). Ya entonces, para el psicoanálisis el narcisismo no es una perversión sino complemento del egoísmo del instinto de conservación. Existe un apego hedonista a sí mismo, cierta benevolencia al contemplarse, un amor propio previo a la implantación de la ley moral que pondrá freno a las inclinaciones más vehementes que causan dolor (en Kant, la razón práctica formula imperativos que determinan la acción del hombre). ¿Asumir el propio desasosiego o provocar el ajeno?, eterno dilema. Narciso no está sumido en la anobjetalidad, sino fascinado por un objeto que, solo más tarde, descubrirá que es su propio sí mismo idealizado; él y la imagen que admira, forman una doble unidad. Anobjetalidad no significa ausencia de sujeto sino de la estructura psíquica que lo perciba como tal.

Todo lo por suceder tiene una doble lectura, según se contemple desde la perspectiva del bebé (nivel de integración psicológico que comienza) o con la visión del observador (personificación del nivel de integración social que existe desde siempre). Los seres humanos abandonan su condición singular de sujetos (expresión última del nivel psicológico), para devenir en elementos por y para la relación, un ser social.

En su momento, *Homo* presenta un marcado dimorfismo sexual con funciones muy diferenciadas entre machos y hembras y una significativa asimetría tanto en lo biológico como en la estructuración social. Los vínculos se mantienen estables y se conforman unidades domésticas que, con una lentitud exasperante, van evolucionando hacia una simetría de derechos —que no igualdad— todavía muy lejos de consolidarse en la mayoría del mundo habitado. Aventuramos la hipótesis de que tanto la caza-recolección primero, como la agricultura después, deparan para quienes las practican —normalmente los hombres— unas posibilidades de acceso al poder,

que la crianza de los niños y el mantenimiento de la estabilidad tribal no proporcionan. Ese poder deriva en unas prebendas que, más tarde, devienen en derechos; si bien estos tuvieron origen en una división del trabajo probablemente necesaria en aras a la supervivencia inmediata, más tarde se convirtieron en un binomio dominador/sometimiento desde donde arranca la innegable desigualdad social que todavía separa los sexos.

Si Narciso representa el ensimismamiento, con Antígona nos adentraríamos en el mundo de los objetos, objetos a los que ama (Polinices), por los que es amada (Hemón) y contra los que se revela (Creonte encarnando la ley humana). La potente figura de Antígona permite rastrear otro aspecto del andrógino en su confrontación con la ley de los varones de su tiempo. Sepultar a los muertos se consideraba un deber sagrado y Antígona, al no poder enterrar a su hermano, tras arrojar sobre el cuerpo tres puñados de tierra, declaró que debía una obediencia mayor a las [leyes](#) de los dioses que a las de los hombres. Irritado por tal desafío, Creonte ordenó que su sobrina fuese enterrada viva, pese a los intentos de su enamorado o del adivino Tiresias, para que tuviera clemencia. Todo en vano, Antígona terminó cumpliendo su condena, pero a la vez rebelde, se colgó en la tumba y su desconsolado amante se suicidó también. «Cuando Eros invade al amor fraterno, el narcisismo amenaza y la muerte acecha...» Con Caparrós (2015, pág. 446) rastreamos a fondo su figura:

Narciso es vida incipiente que se agota en insensato autoerotismo; Edipo, hijo imposible, paternidad impensable, héroe de filiación incierta. Queda Antígona, que comparte espacios con ambos. La heroína personifica la figura-límite entre la vida y la muerte, entre el abandono de los dioses y una justicia venidera. Hija de Edipo, personifica la tradición familiar, la religión y la voz interior que se opone a la ley... No se somete a la ley del padre, que ni Edipo antes, ni Creonte después imponen con su presencia. La lejana matriarca, deviene mujer, pero no mujer sometida como su hermana Ismene, sino mujer heroica, donde el deseo concreto se sustituye por un anhelo que, por su indefinición, oscila entre la totalidad y el vacío. Antígona es la insensatez que conduce a la muerte. Sófocles carga a Antígona a través de numerosas mediaciones con la culpa del padre, tarea en la que ofrece una faceta radicalmente nueva de la condición femenina.

Mujer de madre incierta (¿Yocasta, Eurigania?) y desprovista de función materna; tampoco es mujer sometida. Mujer impar. El amor fraterno fue quizá pretexto para mantener su condición de doncella revolucionaria. «Ese es el lugar de Antígona, lugar que no existe ni en la tradición familiar, ni en el orden de la polis. Orden que pertenece al futuro aún por escribir» (Caparrós). No existiría el ser humano sin combates en el conflicto originario que enfrenta la violencia narcisista con el objeto que encarna la ley. Si uno de los dos extremos vence, el psiquismo y su delicado e inestable equilibrio se pone en peligro, como tendremos ocasión de mostrar en las respectivas patologías que suceden al respecto.

Génesis, reconocimiento, búsqueda de identidad tan dilatada como pueda serlo la vida de un sujeto. Narciso, atrapado en un objeto amoroso inalcanzable, confunde imagen especular con objeto real. Y cuando —en Ovidio—, tome conciencia de que es él mismo, surgirá la tragedia. Ver y saber se oponen no solo en la tragedia griega; para los *baule*, mirar resulta un acto privilegiado y arriesgado, de forma que observar una escultura por parte de la persona equivocada puede ser más peligroso y contaminante que tocar o ingerir algo, relata Susan Vogel en una obra sobre el arte africano (1997). Y el hombre estuvo solo para mirarse a sí mismo... el deseo es invisible, sin alteridad no hay deseo.

Una de las manifestaciones más antiguas que acreditan el talante arcaico de la capacidad de representación del humano, es el arte rupestre. Luego, arte teñido de connotaciones religiosas en variadas épocas o autores, arte que se despliega lo mismo en la propia piel que en lienzos o mármoles, que se nutre del orden y de lo oscuro e inquietante, que conoce juicios estéticos opuestos que optan por simetrías o rupturas y movimiento. También a su través se busca trascendencia. Las virtudes humanas no son, la mayoría de las veces, más que vicios encubiertos o equilibrados entre sí porque todas provienen del amor propio —ese apego hedonista a sí mismo—, declaró ese aventurero que devino en moralista: La Rochefoucauld.

El bebé topa con el objeto, lo recrea y se contempla en él; descubrirse a sí mismo, apuntábamos en este apartado. Para ello hay que confrontar primero la diferencia: no yo, luego yo y, solo más tarde, los otros que estaban ahí para con sus ausencias provocar el primer movimiento. Pronto cobrarán perfil peculiar los pares: soy niño y me doy cuenta de que lo soy porque te conozco a ti que también lo eres y luego termino de darme cuenta de quién soy cuando conozco a las niñas... Construir la identidad; Andersen se lo puso complicado al *Patito feo*; lo que somos depende de lo que nos adjudican, ¿y si no hubiera encontrado a los cisnes? Para su madre no era *feo* sino tal vez único, no deja de tener algo de hijo pródigo: es el que más tarda en salir del cascarón, el más intrigante, pero al que ella mira más, también el que corre más riesgo de quedar atrapado en esa mirada al no disfrutar alternativas.

El vínculo desarrolla su propia historia en progresiva complicación estructural

Es el producto subjetivo y subjetivante de una operación intrapsíquica realizada con ayuda del pecho social y de la necesidad biológica, cuyo primer tiempo es imaginario y da lugar a la especularidad narcisista. El segundo tiempo, también imaginario, termina en relación objetal, seguido de un tercer y último tránsito: la relación intersubjetiva de carácter simbólico, que representa la cima estructural del desarrollo psíquico (N. Caparrós 2004, *Ser psicótico. La Psicosis*, Madrid, Biblioteca Nueva, pág. 100).

Objeto y narcisismo son constituyentes del vínculo, punto de arranque de la vida psíquica. La relación de amor primaria une separando, une en la medida que diferencia y distingue en cuanto que reúne; es la paradoja original de la seducción narcisista. El sujeto se ama a través del objeto, a su imagen y semejanza fabrica el ideal con el que deambular en su tiempo vital. *Tiempos*, que no tiempo, sino la vivencia de este, ordenación de universos legales que se disponen de manera distinta en cada biografía. El camino para ser sujeto atraviesa saltos evolutivos... ¿Qué devenir puede intuirse en lo que venimos denominando evolución?

2.4. UTOPIAS: LO PERFECTO FUERA DE SÍ

Utopía abre un nuevo escenario en nuestro mapa quizá en el momento en que los mitos flaquean a medida que *logos* gana terreno. El narcisismo entraña lo individual, la utopía es el equivalente social. Si los paraísos se desvanecen, algo debe ocupar su horizonte; la ambición de mejorar nuestras condiciones acompaña desde el nacimiento de *Homo*. La utopía implica reconocer el ideal fuera de sí; tras esta especie de anti-narcisismo, late la ambición de alcanzar algo supuestamente admirable que, en espejo, permitiría la reconciliación con nuestra especie, recuperando cierto orgullo de pertenecer a la misma.

Si al niño se le limita la acción, con los años se domestican también pulsiones en aras de la convivencia; cierto, perdurar conlleva asumir ciertas frustraciones y no dejar de batallar contra otras para mejorar lo que vivenciamos como incorrecto. Esa aspiración es tan necesaria como inútil la que reclama una armonía perfecta que acabe con el sufrimiento y la injusticia. Se trata de abrir diálogos y elaborar conflictos, no se puede extirpar sin más todo lo que incomoda a una ética que conoce tantas caras como culturas existen.

Prometeo provocó la separación inevitable entre hombres y dioses, pero seguimos pretendiendo emular a estos. El paraíso es universo común a gran número de religiones: como cielo búdico, ciudad de oro cristiana, Aaru egipcio de Osiris, Valhalla nórdico o Campos Elíseos de los antiguos griegos, el Paraíso tiene algo de utopía. Es una invitación a soñar la armonía perfecta, un lugar donde no existe el sufrimiento, una utopía que parece no tener principio ni fin, que antecede y excede al hombre. Ambos conceptos parecen solaparse en ocasiones, aunque en la utopía, ese lugar de ninguna parte (*outopía*) al que paradójicamente se trató siempre de ubicar con coordenadas geográficas, quizá no se enfatice tanto ser lugar de ningún tiempo como sucede con los paraísos.

Comparten lo imaginario en cualquier caso y, por tanto, son «no lugares» que tienen algo de proceso primario, oniroide, donde caben tanto las fantasías más sombrías y espeluznantes como las más deliciosas o seductoras. Este topos irracional, «nació de la astucia de su autor, quien jugaba con los términos griegos para eludir la censura de su época»; curiosa afirmación de Michèle Riot-Sarcey (*Le Monde*, 2014) sobre la que no tenemos qué añadir.

La censura conoce tiempos muy antiguos, sin duda. De hecho, las primeras comunidades cristianas denuncian y condenan las utopías de forma radical, suponemos que por amenazar a su propio paraíso... También San Lucas (Hch 4, 32-35): «La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. [Buenaventura sin trascendencia, más propia de la tradición budista]. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos...» Claro que el final tiene su moraleja y establece firmes límites a tanta bonanza: Ananías y Safira, su mujer, acusados de engaño y traición, caen muertos a los pies de Pedro de forma que todo aquel que tuvo noticias del suceso, fue preso de temor reforzándose el sometimiento. Así parece fracasar este proyecto comunitario... ¡ambiciones, las justas!

Mesías, el Mahdi prometido para los últimos tiempos, Maitreya o Avatar (que se manifiesta para restablecer el orden socio-cósmico), todos anuncian la llegada de un mundo mejor y son poderosos impulsores de la transformación social. Utopía y mesianismo se basan en la insatisfacción con las condiciones actuales y comparten una función de anticipación, describen un orden más justo (Raphaël Voix en *Le Monde* 2014). Ambos se fundamentan en la creencia de que el hombre puede cambiar su destino: narcisismo (yo) al servicio de lo social (el otro) para, en última instancia, sentirse también uno mismo fortalecido.

La Reforma que Martín Lutero reclama, concierne tanto a la religión como a la política; la posibilidad de descifrar antiguas lenguas hace viable una nueva interpretación de las lecturas bíblicas y no solo nace la iglesia protestante, el Renacimiento abre además un nuevo paraje a la libertad de conciencia. El dominico

Tommaso Campanella defiende la necesidad de conocerse a sí mismo aunque la realidad exterior se mantenga inexpugnable —ejemplo de conciencia reflexiva frente a la imposibilidad de alcanzar lo real—, un anticipo de Kant. Diseña además un templo de plano circular, al uso de la obsesión de perfección de la época que arranca en los ideales griegos de plenitud. Pico della Mirandola, en un alarde narcisista, está convencido y quiere convencer de que Dios concedió al hombre una pequeña cantidad de todas las cualidades. Descubrimiento del hombre frente a la borrosidad del medievo, descubrimiento de sus límites y, al tiempo, canto a su importancia y posibilidades que, por momentos, parecen ilimitadas.

Late lo utópico asimismo en la masonería, las logias de la cultura se presentan como hijos de la luz en busca de la verdad. Se habla de su posible filiación con sociedades iniciáticas de la Antigüedad, pero la gran mayoría apunta a las cofradías profesionales formadas en Occidente en el siglo ^{xv}; gozaban de la protección del clero, se libraban de la influencia señorial y participaron en la emancipación de la mujer. Escuadra sinónimo de rectitud; como apunta Isabelle Francq, transformaron el arte de construir en el de tallar la piedra interior: conócete a ti mismo; así pasó de ser operativa a ser especulativa. Todas las mentes iluminadas de la época eran masónicas.

Cuando Tomás Moro crea un estado justo en su *Utopía* (1516; el sagaz Quevedo prologó su primera edición castellana en 1637), lo hace inmerso en la paradoja: descubre una nueva isla de la que se desconocen las coordenadas geográficas pero describe su localización. A. Hatzenberger (*Le Monde*, 1914) lo justifica por el hecho de ser contemporánea del descubrimiento de América. Los hombres de las antípodas se convirtieron en el soporte de todos los fantasmas de la alteridad (Robert Owen, defendiendo la fraternidad humana).

Otras utopías clásicas: el jardín de Siduru en Gilgamesh (héroe en busca de la inmortalidad), la nueva Atlántida de Francis Bacon (1624) o El Dorado, en el *Cándido* (1759) de Voltaire... La Tierra de Jauja o la Cucaña —en versión de Lope de Rueda o Brueghel el viejo— nutren también el género en la Modernidad. Merece mención la reciente *Utopía de un hombre que está cansado* (Borges, 1975), en la que un sujeto de gesto severo comenta impávido desde un horizonte ácrata:

Queremos olvidar el ayer, salvo para la composición de elegías. No hay conmemoraciones ni centenarios ni efigies de hombres muertos. Cada cual debe producir por su cuenta las ciencias y las artes que necesita... ¿Qué sucedió con los gobiernos? Según la tradición fueron cayendo gradualmente en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba. La prensa dejó de publicar sus colaboraciones y sus efigies. Los políticos tuvieron que buscar oficios honestos; algunos fueron buenos cómicos o buenos curanderos. La realidad sin duda habrá sido más compleja que este resumen.

La dimensión política de la utopía es esencial; en última instancia hace referencia a *La República* de Platón, un tratado sobre la mejor forma de gobierno con la aparición de la figura del ciudadano. El recorrido no es lineal, está enmarañado con distopías, contrautopías o ficciones distópicas apocalípticas; la promesa de felicidad puede esconder graves amenazas para la humanidad como anunciaron Aldous Huxley (*Un mundo feliz*), Georges Orwell (*1894*) o Ray Bradbury (*Fahrenheit 451*), por ejemplo. De hecho, y sin ponernos demasiado dramáticos, la buena voluntad ecológica ha armado más de un desaguado: en los bosques de Yosemite (por concretar un lugar),

se vienen provocando desde hace un tiempo incendios controlados ya que se detectó que el exceso de protección en este sentido, estaba ahogando la vegetación. La vida emerge de las cenizas y las tormentas contribuyen al inestable equilibrio de la naturaleza.

Las quimeras se renuevan y ambicionamos tenerlas cada vez más cerca, al ritmo que marca el avance exponencial de investigaciones en múltiples disciplinas (sobre todo en las que atañen a tecnología de la comunicación, biología sintética o industria armamentista). No puede decirse lo mismo en el terreno de la utopía, la polis, lo social; las contradicciones entre intereses públicos y personales escinde a la población de forma cada vez más tajante. Desacelerar parece necesario pero complicado, la eugenesia seduce con su pretensión de mejorar el patrimonio genético y reverdece racismos; ¿eludir la enfermedad, perfeccionar la especie humana, la vieja ambición de inmortalidad...? Narcisismo desmesurado que ya no alimenta la mirada de la madre sino los sutiles hilos sociales de la publicidad.

Las verdaderas utopías ofrecen perfiles precisos y superficies tan impecables como las aguas en las que Narciso se refleja. El humano proyectó su imaginación sobre la tierra cuando el planeta era suficientemente desconocido, una vez que hemos tomado posesión brutalmente de toda la tierra, la imaginación debe migrar. Queda la provocadora contundencia que caracteriza a Edgard Morin (2011):

La democracia necesita que el individuo no sea totalmente transparente para los demás. En mi opinión, la idea de una sociedad de ensueño, donde la desgracia quedaría excluida, es una simple y absoluta estupidez.

2.5. ACTUALIDAD DEL MITO

Los mitos se actualizan con extraños atavíos, el hombre sigue edificando ficciones que se acomodan a cada época y cultura. Un pueblo agricultor entrevé dioses en cambios climáticos o figuras de la naturaleza, los pueblos guerreros se avituallan de héroes y en la Antigua Grecia la pederastia como rito de paso pedagógico nutre de efebos a los dioses para que la épica se sustente en ellos...

Siempre habitó el hombre lugares que no existen y es bueno que sigamos preservando su espacio. Los avances cognitivos desprovistos del orden de lo imaginario y de sus consiguientes emociones, nos harían correr el riesgo de que el hombre biónico abandonase el espacio de la ciencia ficción. El progreso científico devora el reino de la fantasía a pesar de los esfuerzos de Atreyu, Fújur y Bastián en *La historia interminable*; también el vanidoso Peter Pan pierde *Nunca Jamás*. Tierras tan engañosas como las de los cuentos fantásticos expresan deseos y temores ancestrales, representan el orden y el caos para domesticar al miedo, actúan como escenarios del eterno conflicto dialéctico de la cultura. La ideología es omnipresente, acompaña tanto al progreso como a las situaciones involutivas.

El tema de los objetos maravillosos existe por doquier. No hay cosa que no pueda ser utilizada para hacer el bien o el mal; todos los pueblos en algún momento de su evolución utilizaron la magia como técnica. En su forma de abordar el mito sobre el origen del brebaje divino —fecunda pócima que asegura la reproducción—, Abraham (1909) señala cómo el contenido sexual patente en los orígenes, padece censuras al transformarse la semilla sexual en brebaje donado por dioses para alcanzar la

inmortalidad. Eros se disipa en el trueque, pero no muda en Thanatos —como en el caso de Narciso—. Aquí, el agua de vida permite la omnipotencia; las aguas de Narciso fueron de muerte.

Recuerda también Abraham abundantes mitos paganos que, a medida que se impone el monoteísmo, entran al servicio de la nueva religión. Así también un mito puede llegar a desaparecer si la sociedad rechaza sus viejas creencias y modifica sus aspiraciones. ¿Qué protegen las censuras de cada época?, ¿funciones adaptativas?, ¿defensa del principio de realidad que subraya la imposible existencia del andrógino?, ¿réplicas a un alarde de omnipotencia? Bien puede tratarse del tabú del incesto; existe un instintivo rechazo de las pulsiones que destruyen la mónada —eterno e inmutable anhelo narcisista—, la realidad se impone como freno a la omnipotencia, a una idealización que no acepta pérdidas.

Narciso desprecia lo sexual tanto en sí mismo como en los otros; ausencia de placer en un relato que, en Ovidio, surge al disputar Júpiter y Juno acerca de cuál de los dos sexos goza más en el momento de hacer el amor. Un himno homérico del siglo VIII a. C. describe la flor del narciso como símbolo de muerte prematura. Se dijo también que muere de sed por no deformar su imagen; belleza efímera que la maquinaria actual de los laboratorios farmacéuticos también trata de preservar hacia una utópica inmortalidad...

Quizá los finales de los cuentos fantásticos podrían considerarse utópicos. El niño vive un tiempo omnipresente, un presente eterno que trasciende las fronteras del tiempo, como el tiempo de los dioses y desdeña la existencia concreta. «Cronos discurre veloz cuando la realidad irrumpe con más intensidad que la fuerza del propio deseo», escribió Nicolás Caparrós (*Tiempo, temporalidad y psicoanálisis*, 1994, pág. 193). Pero la espera, que dota de sentido, también es consustancial con la angustia: ¿llegará al fin el príncipe?, ¿caerá la bruja en el caldero? Sin ese adarme de inquietud el final de la odisea no sería tan festejado.

En las crónicas medievales escritas por monjes a principios del siglo XII, hay cuentos con creencias mágicas que subrayan la diferente forma de transcurrir el tiempo en el País de las Hadas. En realidad no existe una rígida frontera entre sacro y profano, en ocasiones depende de que sea contemplado como algo ajeno o uno se sienta inmerso para que se le adjudique valor de fantasía o de realidad. Cuento y mito piden lo iterativo para poder predecir y que disminuya la angustia.

Recordemos los eslabones de la cadena que diseña Gennep (1914): tótem → héroe civilizador animal → héroe civilizador humano → dios con función especializada → dios. Y, acompañándolos, un despliegue de creaciones en las que cada pueblo, cada grupo, inserta los bienes más preciosos que posee, engarzados, esculpidos o tañidos por las manos más hábiles y las mentes más privilegiadas. Muchas obras de arte están hechas de materiales caros, debe tardarse tiempo en crearlas, requieren habilidad, ser inútiles, fugaces y creativas, reforzando la sensación de derroche.

¿Por qué somos tan reacios a las falsificaciones?, se pregunta Dutton (2009); la diferencia puede no ser perceptible para el profano, la garantía de originalidad pasa por un largo proceso. Incunables, primeras ediciones... el coleccionismo permite hacer ostentación de algo que nadie más posee y ser admirado a través de lo que uno tiene, de lo que a uno le adorna; persistente fuente narcisista de placer. Por eso

también se paga, para disfrutar algo impar; contemplar lo único, en cierto modo, nos hace únicos también.

A la hora de crear una estructura estética la memoria juega un importante papel; a modo de sueño semiconsciente, condensa recuerdos —algunos primigenios, sin perfiles definidos, que tan solo dejaron una huella sonora, un aroma—. Al crear se repite y se incorpora, lo novedoso se nutre de introspección (narcisismo) y experiencia (con el otro), de lo que se vivió, lo que se observa y lo que se busca, lo que falta. Lo bello y lo trágico conmueven y ambas emociones reconocen su origen; es precisamente la ausencia de emoción en el humano lo que provoca mayor sobrecogimiento, lo que hizo enloquecer a Eco y al protagonista de *La reliquia viviente*:

Me fijé más detenidamente en aquella figura: el rostro no solo era deforme, sino que era incluso bello, pero resultaba estremecedor, era algo fuera de lo común... Pero lo que más me espantó de esa cara fue que, según pude advertir, en aquellas mejillas metálicas no consiguió abrirse paso, a pesar de todos sus esfuerzos, una sonrisa (Turguénev, 1852, en Atlanta, 2007, pág. 88).

Lukeria «se secó» al caerse siguiendo la voz de su amado; su rigidez pétrea recuerda la parálisis de Narciso contemplándose... «A veces, cuando estoy sola, me parece como si no existiera nadie más en el mundo, ¡como si solo yo estuviese viva!». Juegos míticos o literarios que detienen la vida aunque siga palpitando, instantes que apresan la acción y la fijan de manera imposible.

En el estudio moderno de los mitos, G. S. Kirk (1970, pág. 42) describe tres posiciones que N. Caparrós matiza (2015, pág. 185) y aquí examino:

— *Funcionalista*, con Malinowski a la cabeza, estudia el mito en el contexto en que se produce; se le adjudica la labor de reforzar la cohesión social (la creencia en la inmortalidad vigoriza la moral de la tribu, por ejemplo). Contribuyen antropólogos como Tylor (animismo), Frazer (*La rama dorada*) o Durkheim (hechos sociales frente al individualismo; el mito presenta una perspectiva dual: ser a un tiempo tradicional y colectivo, social y singular).

— *Estructuralista*, a partir de Lévi-Strauss. Indaga las estructuras que producen un significado dentro de una cultura, toma prestados signos lingüísticos y los utiliza como significantes. Las estructuras —y el mito se compone de ellas—, se sitúan en un contexto: la cultura. Localiza elementos contrarios o complementarios en el mito y su forma de relacionarse. «La cultura no está ni simplemente yuxtapuesta, ni simplemente superpuesta a la vida. En un sentido la sustituye, en otro la utiliza y transforma para realizar la síntesis de un nuevo orden» (entrevista de Lévi-Strauss con D. Éribon, *De cerca y de lejos*, Alianza, 1990).

— *Simbolista*. El símbolo trasciende a la simple correspondencia, no es autosuficiente, no significa por sí mismo de manera aislada, exige un contexto y articulación con otros símbolos para alcanzar el significado. Se encuentran aquí, entre otros: Freud (relación inconsciente con los sueños), K. Abraham, Jung (símbolos que remiten a arquetipos), Bachelard (renacimiento eterno de Narciso), Boas (cumplimiento de deseos). La propuesta incumbe a su estructura. Histórico no se contrapone a simbólico, el simbolismo añade un nuevo valor.

La naturaleza del mito es polisémica y el narcisismo es un concepto lleno de

posibilidades y contradicciones. La gran aportación del psicoanálisis actual es contemplarlo con las posibilidades que ofrece el paradigma de la complejidad. Por ejemplo: «La auto-organización acaba con el narcisismo y, el ser humano como sistema complejo adaptativo, le sitúa entre estrechos límites, más allá de la marea alta que impulsa el sentimiento oceánico» (Caparrós en el vol. 3 del *Viaje a la complejidad*, pág. 360).

En la pugna entre jansenismo (estado natural de gracia del hombre en la hipótesis agustiniana) y hedonismo ilustrado, en la que se constituye la figura de Freud como moralista, la noción esencial es la de *narcisismo* —afirma Fernando Savater (1993)—. Para el moralismo jansenista (por ejemplo, el cristianismo) todas las virtudes humanas no son más que vicios encubiertos o equilibrados entre sí, porque todas provienen, a fin de cuentas, del amor propio que degrada la aparente bondad a simple estrategia vanidosa. Ningún moralista antiguo vio jamás contradicción entre ser virtuoso y actuar por amor propio, todo lo contrario. Pero si los paganos pudieran ser virtuosos, ¿en qué consistiría la superioridad moral del cristianismo?, cuestiona San Agustín; desde el agustinismo militante *estamos predestinados a la salvación o la condena*. Este impulso jansenista subyace al sentido comúnmente aceptado de las éticas contemporáneas: ser *moral* consiste en preferir el interés ajeno al propio, tramposa renuncia narcisista que tras esa aparente generosidad instala su autoestima.

Una posible lectura de tamaño sarcasmo podría hacerse desde la perspectiva de la envidia; el narcisismo genera envidia; la persona frustrada asume una omnipotente destructividad y minimiza a los demás, «un Superyó extremadamente severo es un envidioso interno» (Berke, 1985, pág. 444). El aspecto más peligroso de la envidia es su negación: si el impulso no puede modificarse a través del amor, el sujeto se disocia y destruye una parte de sí mismo; el resultado es el empobrecimiento interior que reforzará el sentimiento envidioso.

Kant jamás postuló el dislate de una moral basada en postergar el interés propio de cada cual en beneficio del ajeno, recuerda Savater (1993, pág. 338):

Tal renuncia solo podría basarse en: *a)* una fe religiosa que considerase la naturaleza como una abismal *caída* negando en cada individuo sus impulsos básicos naturales (Schopenhauer); *b)* el propósito de supeditar la *moral* a un mecanismo de cohesión social (Comte); *c)* el descubrimiento en el humano de un impulso natural de abnegación o benevolencia general y el decreto de que solo aquello que derive de tal impulso merece ser designado como *moral*.

En ninguno de los tres casos hay lugar para la ética como opción personal deliberada, queda anulada bajo el dogmatismo religioso, societario o naturalista. «El immoralismo antijansenista de Nietzsche estriba en su ataque ilustrado a los tres tipos de justificaciones antes señaladas, desculpabilizar la voluntad», concluye Savater. Cuando Freud adopta a Narciso, lo hace teniendo en cuenta lo universal del instinto que invita a permanecer en la ficticia completud de uno mismo, algo que probablemente no pudieron intuir conscientemente quienes idearon originalmente su figura mítica; propone:

Cuando se hace necesario separar el cuerpo del pecho y arrojarlo al exterior dado que el niño lo encuentra tantas veces ausente, se lleva con él como objeto una parte del investimento narcisista libidinal originario (Freud, *Esquema del psicoanálisis*, 1938).

Narciso rechaza la dimensión pulsional, llega a amar a su yo corporal hasta

despojarlo de sexualidad, incluido el autoerotismo; solo podía admirarse a sí mismo de forma orgullosa, sumergido en ese estado de felicidad, pero sin el adecuado soporte psicosexual. «Para ser absoluto, se alejó del universo material, de lo finito, y no pudo (no es que no quisiera) efectuar la necesaria síntesis entre narcisismo e impulsos» (Grunberger, 1971, pág. 31).

El autoerotismo es una práctica del cuerpo indispensable en la evolución del niño; al investir su propio cuerpo en tanto que objeto de deseo y placer, abre caminos a las relaciones de objeto que cada zona erótica va a connotar con su marca específica. Esto puede incidir, por ejemplo, en alteraciones del proceso psicosomático que reflejan un trastorno subyacente más o menos intenso del narcisismo.

También podemos preguntarnos cómo modula el narcisismo las relaciones sociales, aspecto que retomaremos en nuestro sexto capítulo. El instinto de autoconservación recibe energía libidinal a través del narcisismo. Además, el narcisismo parental impacta en el hijo, lo mismo que los pequeños logros del niño potencian el suyo. La adolescencia es una etapa en la que las negociaciones que han tenido lugar a lo largo del desarrollo, alcanzan una marcada tensión. La conflictiva edípica se reactualiza y la confrontación narcisista llega a su apogeo; se requiere un gran esfuerzo por ambas partes para alcanzar un estado de tolerancia y respeto en esta renovada y necesaria maniobra de desapego.

El proceso —compartido en lugares y tiempos heterogéneos— adquiere connotaciones específicas en cada caso. Grupo, vínculo e identidad componen una red sin jerarquías que da cuenta de nuestra evolución desde *Homo*. La *identidad* (permanecer idéntico a sí mismo) representa la evolución más acabada del narcisismo, sin ella no habría sujeto. Desde el *grupo*, el narcisismo ambiciona una identidad cerrada, donde la pertenencia al mismo genere la seguridad de la totalidad perdida. Por su parte, el *vínculo* es causa y efecto a un tiempo de la complejidad del sujeto en interrelación inseparable con el entorno; sujeto y objeto se modifican permanentemente por el vínculo que los crea y es creado por ellos. En el narcisismo de los integrantes de grupos pequeños se da cierta autocomplacencia acrítica, lo justifica el sentimiento de pertenencia que compensa la incompletud.

Entre las turbulencias actuales patriarcado y matriarcado subyacen en la narcisista batalla de sexos —explícita (feminismo) o implícita (machismo)—; quienes se abren camino a tientas son los hijos en un espacio de límites imprecisos, ejerciendo una tiranía que redundan en su contra.

Nuestro protagonista está de rabiosa actualidad ataviado ahora con diagnósticos al uso y sin saber en qué estanque contemplarse. Hemos centrado nuestra atención en Narciso porque su drama está en la entraña de cada nuevo nacimiento de un sujeto, y digo bien, sujeto, ya que solo alcanzará esta categoría si logra desprenderse del espejo materno y posar la mirada en otros semejantes. Lo iremos viendo en futuros apartados; de momento, solo avanzar que para adentrarnos en las patologías narcisistas, para abordar el peso que posee este concepto psicoanalítico, es importante penetrar —como venimos defendiendo desde el Paradigma de la Complejidad (Caparrós y Cruz Roche, 2012-2013)— desde terrenos aparentemente alejados entre sí.

En 1927, Eco y Narciso sirven de excusa a Max Aub para reflexionar sobre la

incomunicación y las paradojas de las clases sociales. Un Narciso con indumentaria moderna se halla perdido en la búsqueda de la verdad, sumido en un aislamiento del que le es imposible salir. Cada vez que Eco se acerca, aquel se recluye y queda desconectado afectivamente; esto acabará por empujarla, cansada de ser solo voz, a abandonar a Narciso por Juan, un viejo amante, ofreciendo así la obra un panorama que podría parecer un avance del contrasentido que condena al aislamiento en la globalidad de nuestros días.

Pasamos la vida jugando al escondite con nosotros mismos; los mecanismos intrapsíquicos de defensa escamotean o deforman afectos y recuerdos que ensayan aflorar a través de sueños o actos fallidos, por ejemplo. Es una dinámica que podríamos conceptualizar como global, vestida con ropajes que la sesgan y determinan. Hay quienes plantean el multiculturalismo como una utopía posmoderna, otros lo denostan como forma sutil y perfeccionada de discriminación social, racial, sexual o religiosa, un apoyo teórico para perpetuar el atraso de buena parte de la humanidad. La escena se transforma bajo el influjo de la ideología dominante, aunque se mantengan los mismos actores; las mitificaciones actuales siguen cumpliendo funciones de legitimación, apaciguamiento e integración psicosocial que recuerdan las de los mitos antiguos. La utopía, sin embargo, es un compromiso opuesto dentro del pesimismo actual generalizado: cuestiona jerarquías, brinda una mirada crítica al orden social y sus fronteras —¿dinámicas, digitales, derecho a la migración, mundo sin fronteras...?— y a su diseño de expansión económica.

Los genios de Silicon Valley caminan tras la inmortalidad: se invierten millones en el transhumanismo, la fusión del hombre con la máquina. Se ha llegado a afirmar que en 2029 (siempre el hechizo de los números), los ordenadores adquirirán conciencia de sí mismos y que en 2045 (¿por qué justo dieciséis años después?), el ser humano habrá cambiado para siempre y el progreso tecnológico escapará de nuestro control... ¿*Robo sapiens*, próximo salto evolutivo?

En cualquier caso, conviene pensar que el mejor momento de la especie humana está por venir, no tras nosotros. Podrá buscarse en la perfección del orden social, en los seres híbridos que ofrecen los tecno-profetas, en ausencia de sufrimiento, ganancia de placer, organismos cibernéticos (*cíborgs*), post-humanos, trans-humanos, superhombres...

En cualquier caso, lo que nos hace *Más que humanos*, como en la inmortal novela de fantasía-ficción de Th. Sturgeon, es el grupo. Lone, el vagabundo idiota, sabe de sus poderes para someter a los otros; alto y chato, de rostro inexpresivo, los hombres se apartan de él, las mujeres evitan mirarlo y los niños se detienen a observarlo. Él no se preocupa; nada espera de ellos. Vivía apartado en algún lugar secreto de sí mismo. Distinguía con rapidez una sonrisa de un gesto colérico; pero nada impresiona a una criatura que carece de simpatía afectiva. Nunca había reído y nunca se había enojado, y no podía comprender la alegría o la ira de los demás. Después de algunos problemas, Lone se instala en el bosque y a él se unen Janie —niña de 8 años con poderes telequinéticos—, los gemelos Bonnie y Beanie —quienes no hablan pero poseen capacidad de teletransportarse— y Bebe, con aparente Síndrome de Down pero de extraordinario intelecto. Juntos conforman el *Homo Gestalt* que busca una moral: «¿Sabes qué es una moral? Obedecer reglas establecidas por ciertos hombres

para ayudarte a vivir entre ellos.» (Sturgeon 1953, Minotauro 1986, pág. 256). Pero no puede seguir las reglas de su especie pues no existen otros semejantes a él, de forma que construirá un *etos*, un código basado en la sabiduría para sobrevivir una vez calmadas las heridas narcisistas.

Incorporar al extraño, al extranjero, otorgó a Lone la posibilidad de ser *humano*, más allá de la supervivencia. Quizá si Eco y Narciso hubieran llegado a compenetrarse, dioses, ninfas y hombres se hubieran desvanecido...

La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos más. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la voy a alcanzar. ¿Para qué sirve la utopía? Sirve para eso: para caminar (Fernando Birri, *Utopías*, 2014, pág. 13).

Nuestro mito es actual porque se sumerge en aguas atemporales...



Figura 7.—Narciso por Benczúr Gyula, 1881

CAPÍTULO TERCERO. NARCISISMO Y CULTURA

La autocomplacencia de Narciso no precisaba de la cultura

N. CAPARROS

Si la miseria de nuestros pobres no es causada por las leyes de la naturaleza, sino por nuestras instituciones, cuán grande es nuestro pecado (Ch. Darwin, *El viaje del Beagle*).

3.1. CULTURA COMO DIVERSIDAD

Todas las culturas se consideran a sí mismas especiales y privilegiadas; narcisismo al servicio del instinto de autoconservación del sujeto singular y de su grupo. Pero, como evidencia la disparidad de civilizaciones, hay muchos posibles desarrollos que conducen hacia lo humano. El bebé no tiene *a priori* un código compartido con su familia, nace extranjero. La lengua materna comienza siendo un ruido, pero debe hincarse muy hondo desde el comienzo para que las emociones reverberen en ella con más fuerza que en idiomas aprendidos más tarde.

Emociones y cognición posibilitan el proceso de dar sentido a la estructura lingüística en la que se nace; a través de la imitación y ensayos cargados de errores, cuajan representaciones internas que se almacenan y reorganizan en complejidad creciente; desde el momento en que el humano se siente *uno*, inicia su lucha contra el otro que le limita. El peso que esa estructura interna (narcisismo más objeto interno) concede al afuera (objeto externo), conforma la manera de sentir, pensar y actuar de un sujeto, su forma de comunicarse.

Cultura y comunicación son sistemas interdependientes e inseparables; el sujeto es un ser social que necesita compartir información manteniendo una región de intimidad para no diluirse en el entorno.

El lenguaje es también incierto, opaco, revela y esconde en su función mediadora. Las lenguas existen allí donde hay comunidades humanas. Veamos qué dice al respecto Denis Dutton (2009, pág. 50):

A pesar de las diferencias gramaticales y de vocabulario que convierten las aproximadamente seis mil lenguas del mundo en códigos ininteligibles entre sí, los idiomas nunca llegan a ser mutuamente incomparables: pueden ser traducidos entre sí. Ello es posible porque las culturas comparten una estructura lingüística y porque las lenguas están vinculadas a unos intereses, deseos, necesidades y capacidades universales pre-lingüísticos.

Existe un denominador común en el desarrollo psíquico de un sujeto cualquiera que sea su cultura: el vínculo —requisito indispensable para *ser*— que surge de la diferenciación dentro del estado de narcisismo primario que carece de estructura; es decir, deben surgir interferencias (propioceptivas o del exterior) que rompan la simbiosis con la madre. Luego, elementos tan variopintos como la economía, tradiciones, número de hermanos o un clima concreto, introducen diferencias.

Por cierto, la primera relación afectiva con la madre parece guiada por la temperatura. Essedik Jeddi introduce el *factor termo-táctil* en sus trabajos de investigación sobre las respuestas de comportamiento del neonato para regular la temperatura y compensar su déficit de autoprotección frente al frío y la hipotermia, instantes antes incluso de que entre en juego la oralidad. Podríamos decir que el

citado factor impera en los tiempos sin tiempo del narcisismo primario. Lo observado en la primera etapa de la vida, hizo cuajar la triada «calor-satisfacción-afecto» y pueden verse pacientes muy desestructurados o seres afectos de profundas regresiones, que llegan a producirse quemaduras por su forma de aferrarse a un radiador. El bienestar térmico marca y permite el desarrollo de los primeros afectos y de una conducta tan básica como la alimentación.

En un psiquismo más acabado, represión, racionalización, sublimación, inhibición en cuanto al fin, todas ellas presentes en cualquier forma cultural, difieren en la intensidad de su injerencia y en la índole de la pulsión sobre la que actúan.

3.2. CONDICIONANTES RACISTAS DE LA CULTURA

El darwinismo social defiende que la teoría de la evolución de Darwin tiene aplicaciones sociales en instituciones humanas; está basado en la idea de la supervivencia del más apto, son interpretaciones planteadas teóricamente por Herbert Spencer en un inicio y posteriormente usadas para fines políticos, recibiendo numerosos adherentes. Insiste en la idea de competición étnica, nacional, de clase, por recursos naturales. Defiende la eugenesia para depurar la especie humana. Tuvo gran influencia en países imperialistas a finales del ^{xix} y en la primera mitad del ^{xx}. El paleontólogo Stephen Jay Gould denunció duramente las bases del darwinismo social, considerando que la «falsedad científica» de sus argumentos condujo a la matanza de millones de personas y perpetuó injusticias sociales con el argumento de la supuesta inferioridad innata de algunos seres humanos.

Para Jay Gould (1981) la inteligencia, el cociente intelectual, es un mito necesario para la justificación del racismo. El equilibrio puntuado propone que la mayoría de procesos evolutivos están compuestos por largos períodos de estabilidad, interrumpidos por episodios cortos y poco frecuentes de bifurcación evolutiva. La teoría contrasta con el gradualismo filogenético, la idea generalizada de que el cambio evolutivo se caracteriza por un patrón homogéneo y continuo.

En todo grupo existe en algún momento de su historia, la posibilidad de inclinarse hacia una posición intransigente opuesta al proceso, al cambio. El racismo no requiere razones éticas, pertenece al ámbito donde todo está permitido. Desde un punto de vista histórico y social debe ser considerado como un factor universal de las sociedades humanas que refuerza el narcisismo. Además, definir como amenazante a quien ocupa la tierra vecina (o es de otra raza o religión, por ejemplo), renueva el sentimiento de pertenencia, salvaguarda la identidad de un colectivo. Mi identidad se fundamenta no solo en la diferencia *con* el otro (vínculo), también en la diferencia *contra* el otro (residuo del narcisismo primario).

Un contrasentido señalado por Mario Polanuer (2000, III Jornadas de intercambio de psicoanálisis. Barcelona, Gradiva): «Siglo de racismo y de intolerancia por un lado y de promoción y florecimiento de la autoestima y la autoayuda... existe una estrecha relación entre la promoción del amor a sí mismo y el surgimiento del odio al extraño» (pág. 178). El racismo de la vida cotidiana acerca de manera más directa a la verdadera extensión del problema. Como toda tendencia primaria es irracional, se actúa no se piensa, está nutrido por emociones que apenas precisan justificación, aniquila sin ira.

Según Caparrós (2010, pág. 19):

El racista no pretende asimilar, ni convertir, ni tan siquiera someter a ese otro que, por serlo, es distinto y diferente y peligroso y enemigo, en fin, de su existencia más esencial. Su impulso lleva, en última instancia, a la extinción, a la muerte de ese ser amenazador que se dibuja sobre el entorno de lo familiar.

En determinadas culturas se sigue antojando impensable que la condición femenina o masculina pueda albergar sensaciones o afectos comunes; ninguna discriminación ha sido históricamente más intensa que la diferencia entre los sexos. Tan solo un apunte: pensemos en el rostro (seña básica de identidad): congrega el exhibicionismo y lo recóndito, muestra y oculta, traiciona y obedece a un tiempo. El rostro es el patrimonio humano más distintivo y, siendo propio, es sobre todo para el otro. ¿Qué somos sin cara? Quizá tendrían que responder las mujeres a las que *niqab* o burkas privan de luz y aire... En una ocasión, Emilio Rodríguez me comentó: «Me pregunto por qué las mujeres más bellas de la tierra deben ocultar su cara.» Como todo lo que solo se entrevé, a modo de incierto claroscuro, aviva la curiosidad y el deseo.

No entraremos aquí en ningún tipo de valoración, solo libramos ocurrencias en torno al aspecto narcisista que subyace. La cara es escaparate y mirilla, la mímica retoza más libre de censura que el verbo y así ellas se escabullen, miran sin ser vistas; podría entreverse un punto de voyerismo en las que lo escogen libremente. Aunque tras esa libertad se advierte la presión de una cultura que por su fanatismo no merecería ser considerada como tal. Por ejemplo, Chadia, con quince años, dice sentirse orgullosa de llevarlo, «me ha dado luz y ahora sé que estoy en el camino recto». La dinámica entre el aparato psíquico y la realidad exterior está ahí, podríamos inferir que Chadia, proyecto de mujer, entrega su Ideal al de su fe desde un narcisismo no bien nutrido. El Islam fue más tolerante en sus orígenes. Mahoma consiguió sus primeros adeptos entre las masas más pobres, al tiempo que se enemistaba con los ricos; eso lo condenó a condición de secta, la que antes había correspondido al cristianismo en época de Tiberio.

Odios y fanatismos salpicaron siempre gobiernos y religiones de cualquier signo pero, nos preguntamos con Guy Laval (comentado en un debate de la Int. Psychan. Asoc. en *Linkedin grupos* sobre racismo, diferencia o mismidad): «¿no será que el odio antecede y escoge luego su diferencia? ¿Por qué odiaríamos a alguien a quien casi no conocemos? Es más, ¿por qué odiar a su grupo al que en muchas ocasiones somos nosotros quienes inventamos? Colocamos en ellos características que nos desagradan pero, ¿se demostró alguna vez que la causa del racismo es externa al sujeto?». Ha quedado muy claro que no es así, pertenece al ámbito de lo cotidiano como señalaba Caparrós. El racista teme lo que en el otro ve de sí mismo, por eso debe enfatizar diferencias, para no ser confundido. Desde una potente asimetría, por ejemplo una clase social privilegiada, podría llegar a ser más fácil definirse como antirracista, aunque el paternalismo no deja de ser una forma encubierta de segregación.

La posición sectaria es una forma de supervivencia, una defensa extrema cuando la vida del grupo se siente amenazada, que conlleva un repliegue a modo de regresión narcisista, atrincherándose con sus propias leyes e instituciones. Chouvier y Morhain (2008) describen dos versiones: los *singulares* (originales, marginales) y los *fanáticos*

(destructores o peligrosos perversos). La armada unifica los cuerpos, la iglesia las almas, apuntan estos autores; dos coherencias, dos procesos en los que hay sometimiento a una autoridad, pero también a la necesidad. Hegel, Sartre o Aulagnier hablan de alienación al referirse a esa extrañeza del sujeto respecto de sí mismo que queda como residuo; entonces el narcisismo subsiste disgregado, sujetándose en el objeto.

3.3. AUTORRETRATOS: APOTEOSIS DEL NARCISISMO

La fascinación por la propia imagen es tan arcaica como la humanidad, nada nuevo con la avalancha de *selfies* que invaden actualmente la red. Pincel, cámara o pluma, todo vale para situarse como espectador de sí mismo o en el ensayo por perpetuarse en cualquier época o lugar. En estas reflexiones sobre el descentramiento imposible que supone el autorretrato, retomaré ideas de mi trabajo editado en 2006. Los semblantes que fluyen de la paleta del pintor, del trazo del dibujante, miran desdeñosos, ausentes, retadores, incapaces... miran a ninguna parte porque su mirada es falsa, como la de un ser clónico que se sabe copia inerte de otro. La mirada del pintor se ha nutrido de un reflejo, de una imagen vacía que mira sin ver.

El narcisismo, guardián del *Self*, dador de consistencia, se tiñe de matices en el autorretrato: ¿búsqueda de la propia imagen para sí, para ser mostrada al otro? El artista se palpa a través del pincel que busca, acaricia o agrede en un intento de troquelar, convertido en cincel, el rostro que devuelve el espejo. Propongo hacer un pequeño recorrido por las imágenes que de sí legaron algunos pintores, *voyeurs* imposibles, inadvertidos exhibidores de su yo-piel.

Narciso ha llegado a ser considerado inventor de la pintura por Leon B. Alberti (1465), uno de los más importantes teóricos del Renacimiento. Concentra en sí una primitiva e ignota humanidad que también revolvería, desconcertada, las aguas en busca de ese doble que se ofrece misterioso. Mucho habrá que esperar, para que *Narciso* se apropie de técnicas pictóricas que le permitan gobernar las aguas del estanque...

Pero con el solo concurso del narcisismo la identidad queda incompleta. El autorretrato adolece del otro, otro del que obtenerse y al que mostrarse, otro rostro con el que cotejar el propio. Ver y ser visto son alternativas que el autorretrato pretende colmar, bien se sabe que sin conseguirlo. El autorretrato es así el testigo insolente de una frustración. ¿Cómo llegar a ser otro sin dejar de ser a un tiempo uno mismo? ¿Cómo gozar del privilegio de ver lo que otros ven?

Rostros grotescos de quienes optaron por investigar la expresión de su semblante deformado o gustaron de la provocación o la sorna; también lienzos que legaron imágenes a modo de ofrenda, recuerdos que anteceden la función de la que les despojará la fotografía y, cómo no, reflejaremos orgullosos y retadores rostros que lograron conceder a su autor la ansiada inmortalidad...

«Todo pintor se pinta a sí mismo», sentenció Cosme de Medicis dando paso al humanismo renacentista. El autorretrato es un trasunto reflexivo de alguien que se pinta, se mira o nos mira. No deja de estar exento de implicaciones sociales, bien por la atmósfera que representa, por la imagen de sí que anuncia al artista en sociedad, o porque siendo una obra libre (no encargada por el mecenas de turno), no deja, como

los diarios, de tener un destinatario imaginario.

Lo más intimista siempre resulta ser lo más expuesto a la mirada no siempre atenta de los demás.

El retrato acaparó constante la atención de los artistas pero con distinta adjudicación de significado a lo largo de su historia. La representación de dioses, mitos o grandes héroes, cuya imagen quedaba sacralizada, fue cediendo paso al anónimo artesano, a la «instantánea» que recoge escenas cotidianas pobladas por rostros vulgares.

El autorretrato tan solo empieza a abrirse paso con el humanismo que caracteriza a Occidente a partir del siglo ^{xv}. Siglo que marca al hombre como sujeto de la Historia y de su historia, tras su largo ostracismo en el medievo.

Los primeros autorretratos se detectan en el ocaso de la Edad Media, aunque antes pudiera percibirse, escabullida en un personaje secundario, la imagen del artista a modo de firma.

El autorretrato en tanto imagen reflexiva que manifiesta conciencia de una singularidad, es poco frecuente con anterioridad a esta época. En el mundo antiguo era práctica excepcional, los pocos de los que ha llegado testimonio en textos de Apelle de Cos y Parrhasius de Éfeso, eran contemplados como ejercicio virtuoso, un paso en el aprendizaje de la técnica.

Además del registro psicosocial, el nacimiento del autorretrato en la pintura occidental está muy ligado a progresos técnicos como el descubrimiento de la pintura al óleo, medio cuya fluidez permite mejor que los frescos o la témpera la precisión de la apariencia. La proliferación a principios del siglo ^{xvi} de estas obras, se debe también en gran parte a la invención y fabricación del espejo plano de cristal de grandes dimensiones, que tuvo lugar en la isla de Murano un siglo antes; sus espejos de cristal permitieron por primera vez, el reflejo de una imagen nítida del mundo exterior.

Por otra parte, las ideas humanistas del Renacimiento, herederas del espíritu griego, inciden en el individualismo del artista. Maestro de su propia imagen, el pintor hace de ella vehículo de expresión privilegiada de sus dudas y aspiraciones personales, de sus ambiciones y de los límites de su arte.

Más prosaica, pero no exenta de peso, la cuestión económica —tanto en lo concerniente al tiempo como al dinero— debió imponerse en muchos casos: ningún modelo más a mano y menos costoso.

Si la práctica del autorretrato cobra vigor sobre todo entre el siglo ^{xv} y finales del ^{xix}, se mantiene viva, a pesar de las abstracciones, hasta nuestra época.

El artista, al autorretratarse, se atisba a través de la mirada del otro, se mira pretendiendo hacerlo del mismo modo en que le contemplan pero, en última instancia, pinta para sí.

En suma, se nutre en los dominios real, simbólico e imaginario, de forma que el gesto, el nivel de abstracción o mimetismo respecto a lo observado, se encuentra inevitablemente ligado a un proyecto, a un deseo surgido de un trayecto vital concreto.

3.3.1. *Algunos encuentros...*

— *Leonardo da Vinci* (1452-1519)



Figura 8.—Leonardo da Vinci

Sobrecoge acercarse a este genio enigmático. Allí donde dirige la mirada, algo cambia: *luthier* con la cítara, botánico y vegetariano, ingeniero con ansias de vuelo que tiende puentes sin necesidad de pilares, condena la guerra pero construye máquinas que la alimentan, disecciona cadáveres y sigue a los condenados recogiendo en su cuaderno sus muecas camino del cadalso. En su *Trattato* (punto 402) aconseja tomar al espejo por maestro, también: «Mide la proporción de tus miembros y si los encuentras defectuosos en algo, ten cuidado de no reproducir este defecto en tus dibujos. Los pintores suelen complacerse en dibujar lo que se les asemeja.»

Freud se identifica y se deja seducir por *el Fausto italiano*: «Sus afectos se hallaban perfectamente domeñados y sometidos al instinto de investigación. No amaba ni odiaba; se preguntaba cuál era el origen de aquello que había de amar u odiar y cuál su significación, de manera que al principio tenía que parecer indiferente al bien y al mal, a la belleza y a la realidad.» (1910, *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci*). Sorprende la descripción freudiana: «Encantador en su trato, elocuente, alegre y afable». Su gesto, las sentencias de su tratado, nos conducían al rigor y la intransigencia. La imagen que quiso legar de sí, invita quizá a situarle en el lugar del Otro, un otro inasequible, grande, sí, muy grande. No es el peso superyoico lo que abruma, es el Ideal del Yo que en él habita.

— *Alberto Durero* (1471-1528)



Figura 9.—Alberto Durero

Fascinado por su propia imagen, llega a utilizarse como modelo para pintar a Cristo en 1522. De su narcisismo dan cuenta más de cincuenta solemnes autorretratos, el primero con trece años. Vive en un momento de consolidación y ennoblecimiento de la profesión de pintor; ya puede ser protagonista de obras reservadas con anterioridad a dioses y monarcas. En 1500 se mostró a sí mismo de frente absoluto, a modo de *imitatio Christi*. Hierático, altivo, mirada perdida, aire trascendente; le enmarcan inscripciones con su nombre a un lado y la fecha y su monograma al otro.

Afirmó que una de las principales misiones del arte es la descripción de la Historia Sagrada y en simetría con el Creador produce sus criaturas, estáticas e inasequibles al paso del tiempo. Su *Libro de recuerdos* y la *Crónica familiar* con anotaciones del padre ofrecen un detallado árbol genealógico, recto, como la postura que adopta en estas imágenes, sobrio, elegante. En su *Autorretrato con guantes* cada trazo está perfilado con extrema precisión. Elegante, con un destello de soberbia en la mirada y adornado con objetos que destilan poder: un trenzado de seda que le cruza el pecho y guantes de cabritilla difíciles de imaginar compatibles con el manejo de colores en su paleta. Buscó las leyes para la ejecución de formas perfectas y, tras dieciséis años, editó su *Instrucción por la medición*.

— Rembrandt (1606-1669)



Figura 10.—Rembrandt

El holandés realizó miles de bocetos de su cara que constituyen un testimonio del transcurso de su vida. Se le adjudica el mayor número de autorretratos en la historia de la pintura occidental (sesenta). Comenzó a pintarse con trece años y siguió haciéndolo hasta poco antes de morir, ¿era su modelo más cercano o buscaba algo de sí? Junto a cambios de fisonomía, registró los de su condición social: joven con ropa vulgar, engalanado luego con ricos ropajes y aislándose empapado de soledad y tristeza en la última etapa. Más cercano que Durero, sin duda, algo conmueve en estas imágenes. Quizá los ojos, siempre muy abiertos, agrandados, entre curiosos y sorprendidos en su juventud, hundidos y melancólicos —¿con un asomo de rabia?— en los sórdidos últimos años. Derrocha vitalidad, vive apasionado y conoce éxitos, reconocimiento y el descrédito que llega por razones más morales que pictóricas. Tres mujeres en su vida y cuatro hijos, pero la muerte le arrebató todo, solo le sobreviven una hija y una nieta.

Junto a escenas religiosas, desfilan por sus lienzos mitos y grandes personajes de la mano de otros anónimos y cotidianos. Potencia, cambio, movimiento parecen brotar de este ávido personaje. Se nos muestra con variopintas imágenes: en 1628 con revueltas mechas de pelo rubio, disfrazado de patriota en 1629, vestido de oriental en 1631, burgués con sombrero blando en 1632, gentilhomme del Renacimiento con cadena de oro —en el 33 y el 34—, en 1640 inspirado en el retrato de Arioste de Tiziano, como el apóstol Pablo en 1661, etc. En el único que se hace de pie, teatral, el perro de caza propio de príncipes, le sirve para ocultar sus pies; no obstante, en los primeros planos, sobre todo en la etapa madura y de vejez, muestra con complacencia su gran nariz.

— *Francisco de Goya* (1746-1828)

Más de quince autorretratos (pinturas, dibujos y aguafuertes) que se extienden a lo largo de cuatro décadas. Del color y el desenfado que desprende la corte, al drama y la oscuridad cuando permite que nos adentremos en sus propios recovecos. Dos curiosas imágenes de sí: en su estudio —el extraño sombrero es el soporte que utilizaba para trabajar de noche—, y en manos del doctor Arrieta.



Figura 11.—Francisco de Goya

¿Es posible adivinar un gesto despectivo en sus labios contra la hipocresía de la época? Recorriendo sus imágenes, hubo a quien escuché: «da miedo». Algo así debió experimentar Vicente López cuando le realizaba el conocido retrato, dos años antes de su muerte, en el que la mirada del maño está cargada de desafío. Drama y oscurantismo tiñeron no solo sus *Desastres*; los *Caprichos* dan buena cuenta de la faceta sardónica a que aludimos.

— *Gustave Courbet* (1819-1877)



Figura 12.—Gustave Courbet

Dejemos hablar al autor sobre su obra:

Tiene treinta figuras de tamaño natural. Es la historia moral y física de un taller. Están todas las personas que me sirven y participan de mi trabajo. La titularé primera serie porque espero hacer pasar por mi estudio a toda la sociedad y expresar mis inclinaciones y mis repulsas.

Ambicioso proyecto, sin duda. Un autorretrato narrativo al hilo de su biografía, quizá exhibicionista pero exento de emociones. El hombre rodeado de su realidad, activo. Y Courbet afronta la suya adentrándose en la filosofía, la moral, la poesía, la religión o la política.

La realidad no es, para el artista, distinta de cómo aparece para el resto de los mortales.

— *Marc Chagall* (1887-1985)



Figura 13.—Marc Chagall

Primogénito de nueve hermanos, nace en el gueto judío de Vitebsk. Su personal universo iconográfico está poblado de recuerdos infantiles, paisajes de su tierra y escenas campesinas.

Buena muestra de ello es su autorretrato: «Yo y la aldea», realizado en 1911. En 1920 trabajó como profesor de dibujo en colonias de niños huérfanos. La intensidad de lo vivido en sus primeros años marca su obra.

— *Vincent Van Gogh* (1853-1890)

La gran diversidad de rostros con los que se mira/nos mira, podría hacer pensar que no pertenecen al mismo sujeto. Veintidós autorretratos en apenas tres años testimonian la intensa lucha interior que le llevó a estallar en los fragmentos de la locura.

Sus transformaciones son a veces tan grandes que desbaratan el intento de reconstruir en nuestra mente una efigie concreta del personaje. Cada estado anímico

parece traslucirse sin decoro al exterior.



Figura 14.—Vincent Van Gogh

Se le tacha de loco, pero sus ojos no están vacíos, reclaman, instan al otro a acercarse mientras su violencia aleja... es la mirada, la demanda que debió atrapar a Theo, a Gauguin... Derrocha oralidad y parece devorar su imagen retrato tras retrato, en una búsqueda sin fin de identidad. ¡Tanto penar para quedarse en nada!, podría haber dicho Miguel Hernández.

— *Pablo Ruiz Picasso* (1881-1973)



Figura 15.—Pablo Ruiz Picasso

¿Etapas de su evolución pictórica?, ¿diario íntimo? Los autorretratos puntúan su transcurso vital. También aquí abruma cantidad y diversidad. De la época monocroma, pesimista y plagada de personajes imaginarios, a la impertinencia del adolescente fácil de reconocer tras un mechón de pelo tan rebelde como él. Después de un revés biográfico, asoma burlón entre enanos y arlequines. Experimenta con caricaturas, desborda imaginación en un ir y venir del intimismo a la explosiva

exhibición, al tiempo que oscila su ánimo en el exilio. Tan paradójico como su deseo de «vivir como un pobre con mucho dinero».

La ironía torna de nuevo en las grotescas imágenes de los mosqueteros de la última etapa. En ocasiones, la imagen cobra movilidad y pone en escena su vida. Disfraz y máscara elementos lúdicos y dramáticos que, aunque son ajenos al paso del tiempo, muestran más de lo que ocultan, es la imagen que de sí nos quiere legar. Picasso se mira con el narcisismo del genio y fija las etapas de su vida y los eslabones de su creación mientras camina al encuentro con su imagen. La auto-representación es a la vez, una necesidad y una demostración que permite exorcizar algo, la angustia, el desdoblamiento de personalidad, los momentos de alegría.

Es un actor que quiere mirarse en el espejo de su creación. Cuenta la historia de su rostro y la historia de su arte. El color en sus lienzos es más que pintura, es proceso, nunca instante, ni imagen ausente de contexto.

— *Frida Kahlo* (1907-1954)



Figura 16.—Frida Kahlo

Un tercio de su obra son autorretratos (unos cincuenta y cinco). Con ellos quizá alivió el intenso dolor que cuerpo y mente le deparaban por las secuelas del trágico accidente que sufrió siendo muy joven —entre otras la frustración de su deseo de maternidad—. «Pensaron que era surrealista, pero no lo fui. Nunca pinté mis sueños, solo pinté mi propia realidad». El cuerpo acapara protagonismo. Un cuerpo abarrotado de símbolos, de sufrimiento.

En la cultura occidental el problema del cuerpo está pervertido por el contencioso con la filosofía. La medicina, la fisiología, toman al cuerpo como objeto de la naturaleza y hacen del soma la expresión de una objetividad exclusiva, otorgando un

espacio físico a los fenómenos sufridos por el cuerpo. Pero, como expresó N. Caparrós (2004): el cuerpo con sus síntomas emite un *grito humano* que el aparato psíquico ha ahogado hasta el momento.

3.3.2. Últimos retoques

El artista se mira antes de pintarse, contemplación inquisitiva, crítica, estética... «Me miré al espejo y empecé a pintar», dijo Oswaldo Guayasamín en 1996, comentando cómo había iniciado su tercer autorretrato. Le bastó hora y cuarto para verse a sí mismo y no dormir durante una semana. Y es que pintar a otros no resulta tan angustiante, pero «cuando se trata de un autorretrato me da miedo, todos tenemos esa parte oculta que es difícil de reflejar» —y a la que no es fácil enfrentarse, añadiríamos.

Una curiosidad: los indios bosquimanos dibujan el interior de la persona al representarse. Lo oculto intuido que siempre remite a otro lugar, a otro instante. «Toda experiencia visual se aloja dentro de un contexto de espacio y tiempo. Lo mismo que en el aspecto de los objetos influye el de objetos vecinos en el espacio, así también influyen las visiones que lo precedieron en el tiempo», comenta ajeno a conexiones psicoanalíticas Rudolf Arnheim (*Arte y percepción visual*, 1985 Alianza, pág. 63). El objeto a representar dicta un mínimo de rasgos estructurales que completarán residuos de pensamientos y experiencias, recuerdos, fantasías y emociones. ¿Adolescencia y vejez invitan con más ímpetu a la introspección? Los objetivos evolucionan y el autorretrato moderno muestra un estilo, un temperamento; el auge de la estética abstracta traerá su declive a partir de 1900.

La imagen de nuestro protagonista se despliega en la imaginación de artistas de todas las épocas; lo mismo se desnuda para admirarse en el agua (fresco de Pompeya), que aparece muerto, retorcido con un rictus espantoso en una pintura de una galería de Nápoles (Filostrato el Viejo, *Imágenes*)...

3.4. PERSONAJES NARCISISTAS DE LOS CLÁSICOS CUENTOS MARAVILLOSOS

Mucho ingenio se ha desplegado desde la *Metamorfosis* de Ovidio —la versión más antigua de *El rey rana* en boca de Bettelheim—. La saga drúidica presente en leyendas bárbaras, rebosante de espíritus que se adueñan de los bosques, deriva de aquel mecanismo de transformaciones constantes. Sobre literatura céltica, Katharine Briggs (1976) hace notar que algunos duendes y hadas trabajaban para los hombres, pero si se los espiaba podían marchar y no volver nunca, eran personajes muy secretos. La gente utilizaba hechizos para defenderse, pero también las hadas dependían de los seres humanos.

Como no podía ser de otra manera, los cuentos de los niños tratan del amor y la muerte, de la angustia y el asombro, ensayan soluciones imaginarias al sentido de la vida, relatan un conflicto y su resolución a partir de un código de fantasías inconscientes. Por eso el que no atraviesa un momento desventurado no tiene sentido para el niño; un tránsito por dolor y un buen final, tal es su síntesis. Y entre la angustia y el festejo, el engaño, la treta, el disfraz permanente... nada es en realidad lo que parece. Tras el sapo se esconde el príncipe y el engaño viene en auxilio de la

ambivalencia, dos personajes en uno. El adulto no vislumbra la idea de ser devorado, mientras que para un niño entra dentro de su realidad mítica inmediata. El cuento es un juego en el que intervienen lo concreto, lo real y lo imaginario. Emoción y acto que anteceden a un pensamiento que aún no los atempera.

El niño es el héroe del cuento; su parte narcisista busca el personaje con el que recorrerá la propuesta de aventura; esta necesaria identificación se ve facilitada porque cada personaje está claramente definido, es fácil de aprehender, tiene su función y compromete la de su *alter ego* (Bruno Bettelheim señala que el niño elige a quien se quiere parecer por empatía, no porque sea bueno o malo).

El héroe necesita contrincante para mostrar su valor, la criatura bondadosa requiere del desgraciado con el que ejercer su generosidad, sin la existencia de fechorías no podría triunfar el bien. He aquí a los indispensables contrarios. Las oposiciones están muy marcadas en evitación de lo ambivalente que encierra excesiva complejidad: aparecen pequeños y grandes, guapos y feos, ricos y pobres, buenos y malos, aquel que come y quien es devorado... Pero no hay nada que temer, siempre hay un final feliz con muchas perdices, fantásticos viajes o prolíficas familias como en Francia. Los finales felices se alcanzan tras un cambio repentino, de pronto... ¡zas!, la tensión da paso al alivio y al regocijo, como debe ser, por eso es tan importante que la amenaza sea tremenda, cuanto más intensa, mayor júbilo al someterla.

Y siempre tres; el tercer hijo/a —de narcisismo más potente y, por tanto, más discreto— suele ser el más pequeño. Como desarrollé en otra ocasión (Sanfeliu, 2006, La colcha azul, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 97), pocas veces encontramos matices que diferencien a los dos mayores (imagen del abusón o envidioso); el menor necesitará aliados, magia e ingenio para vencer. Tras la aparente humildad del más débil, atisba el convencimiento de que llegará a ser el más poderoso. Ya se ha dicho, el cuento da permiso para sentir envidia, el sufrimiento encuentra recompensa, la identificación con el héroe subsana el propio déficit real o imaginario.

Recordemos el comienzo de *El rey rana* de los Hermanos Grimm: «Hace muchos años, cuando el desear aún le ayudaba a uno, vivía un rey cuyas hijas eran todas buenas doncellas, pero la más joven era tan bondadosa, que el mismo sol, que ha visto tanto, se detenía cada vez que iluminaba su camino.» Las embelesadas descripciones de lo bello o lo execrable de los personajes proporcionan al niño claves, sirven para ordenar, ubicarse, calmar y soportar ambivalencias generadoras de conflictos de los que deriva la violencia, esa violencia tan difícil de soportar, que corre pareja con la envidia, con la primigenia y voraz oralidad. La violencia narcisista que, proyectada en ese plantel de actores que ofrece el cuento, se apacigua. La envidia es siempre una gran protagonista: encierra muerte, amenaza, purificación y castigo, desasosiego y, tal vez, paz.

Otra rana —¡abundan en este género!— quiso hincharse como un buey (La Fontaine), el ambicioso sapo de Andersen acaba por perder su piedra preciosa... por cierto, en esta narración, la sobradora cigüeña da un buen rapapolvo al narcisismo del género humano:

El hombre es la más presuntuosa de las criaturas —decía la cigüeña—. Fijaos cómo mueve la boca y ni siquiera sabe castañetear como es debido. Se jactan de sus dotes oratorias, de su lenguaje. ¡Valiente lenguaje! Una sola jornada de viaje y ya no se entienden entre sí. Nosotras, con nuestra

lengua, nos entendemos en todo el mundo, lo mismo en Dinamarca que en Egipto...

Es bastante frecuente que los protagonistas se encuentren abandonados. Se diría que el relato comienza desde la falta, los niños se identifican con ese abandono originario en última instancia. Amar al otro requiere distancia, sufrir cierto abandono es condición para ser sujeto, si no existe un vacío nada puede suceder. El miedo que llega con el vacío es organizador, miedo a que lo conocido no vuelva, miedo a lo extraño que amenaza... Por eso en los cuentos los acompañantes mágicos otorgan al niño fuerza para estar solo. Un tratamiento del tema que alcanzó, gracias a la televisión, gran notoriedad aparece en *De los Apeninos a los Andes*, de Edmundo de Amicis.

Entramos en un terreno preedípico, un tiempo inaugural. Tiempo que prepara al proceso de la vida. Aunque estamos hablando de cuentos que se escriben en la época victoriana, inmersos en una rígida moral de la que al unísono se escabullen. Los niños comprenden pronto que la gente se muere, que desaparece; la muerte no es otra cosa que desaparición. La diferencia y la muerte interrogan al niño. No faltan autores — como los hermanos Grimm — que disfrazan hasta cierto punto las tragedias de su entorno, como es el caso de los niños mineros de Silesia que se trasmutarán en los inmortales siete enanitos.

La Madrastra de Blancanieves, «muy bella, pero orgullosa y altanera», merece aquí sin duda un espacio privilegiado. Carcomida por la envidia, sin posible autocomplacencia si no es a través de la victoria sobre el otro, necesitada una y otra vez del referente externo que su espejo ofrece... No, no es narcisismo lo que despliega, es su carencia lo que proclama a los cuatro vientos. La manzana que ofrece blanca y sonrosada, entraña muerte, lo mismo que la flor de Narciso. Es la manzana de la sabiduría del Génesis que convoca al conocimiento y, con ello, a la conciencia de la muerte. El final feliz de la boda con el príncipe, tiene un sádico colofón que pocas veces se recuerda, el lado oscuro de los hermanos Grimm:

Al entrar en el salón reconoció a Blancanieves, fue tal su espanto y pasmo, que quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Habían puesto ya al fuego unas zapatillas de hierro y estaban incandescentes. Tomándolas con tenazas, la obligaron a ponérselas, y hubo de bailar con ellas hasta que cayó muerta.

La estética está muy cuidada y definida en los cuentos de los grandes autores clásicos. Tras los príncipes guapísimos se adivina bondad, los ogros son horripilantes por encarnar el mal; tan solo licencias pasajeras donde hay que adivinar al héroe tras el sapo o a la princesa tras harapos y cenizas. Podría evocar a los arquetipos de Platón: la verdad, la belleza y la bondad.

El despliegue racional que caracteriza a muchos aleccionadores relatos actuales (proclamas contra todo tipo de discriminación) adolece de un escenario para las esenciales pasiones infantiles. Quizá era inevitable atravesar esta etapa para romper con la tradición machista que los impregnó en su época: bellísimas princesas y aguerridos varones, etc. Tal vez habrá que esperar el discurrir de la cultura y los avances de la técnica, para conocer las nuevas formas —soporte, guion...— que adoptarán para cubrir la indispensable función del cuento maravilloso.

Resulta interesante hacer mención aquí a esa tendencia artística que hoy conocemos como *feísmo* que, con el culto a veces exhibicionista a lo antiestético, se sitúa en el polo opuesto de lo que acabamos de describir. Un antecedente clásico de

este estilo aparece en *La vida del buscón* de Quevedo.

Mucho más tarde, Nietzsche dirá —en *El nacimiento de la Tragedia*—, que la verdad es a veces fea, que existen límites demasiado estrechos al arte tradicional, vehículo de lo bello y equilibrado, como señala en *Humano, demasiado humano*. Y poco antes, el libro de Baudelaire, *Las flores del mal*, ofrece un ejemplo expresivo de exploración de lo repugnante, prohibido y ominoso. En la desmesura, del signo que sea, siempre late un narcisismo herido.

El nuevo traje del Emperador resiste el paso del tiempo: el Soberano que derrocha las arcas públicas en su vestuario, es viva imagen del pavo real desplegando su plumaje y carne de cañón para los dos bribones del cuento que actúan como nuevos lazarillos de nuestra picaresca. Toda la farsante gente del pueblo alabó enfáticamente el traje, temerosos de servir de chanza a sus vecinos, hasta que un niño sin «prejuicios objetales» exclamó: «¡Pero si va desnudo!» El emperador lo escuchó y supo que tenían razón, pero levantó la cabeza y terminó el desfile. Andersen mudó su primera versión en la que lo que se debatía era la paternidad adúltera, por esta donde es la vanidad intelectual y el orgullo lo que están en juego.

Imitación como puerta del aprendizaje, pero también trampa donde alienado, un sujeto puede dejar de serlo al fundirse con el gentío. Aristóteles en el cuarto capítulo de su *Poética* hace referencia a ella:

La imitación es natural para el hombre desde la infancia, y esta es una de sus ventajas sobre los animales inferiores, pues él es una de las criaturas más imitadoras del mundo, y aprende desde el comienzo por imitación. Y es asimismo natural para todos regocijarse en tareas de imitación.

Alude a su universalidad como juego de niños (que con poco más de un año ya son capaces de desplegar creaciones de ficción) y la hace extensiva al placer adulto que quizá habríamos de relacionar con la sátira o el sarcasmo.

Pero el mal llamado narcisismo típico del pavo real, no conoce fronteras. En un cuento africano, un cocodrilo de Namibia, orgulloso de la admiración que causaba su tersa piel a la luz de la luna, empezó a salir del agua durante el día para presumir. Mas he aquí que el sol brillante fue secando su piel hasta cuartearla y quedar cubierta de grandes y duras escamas parduzcas, de forma que perdió la fascinación que ejercía sobre los otros animales. Nunca se recuperó de la humillación, por eso se sumerge rápidamente en el agua cuando alguien se acerca.

El cuento gusta al pueblo y se pretende que es anterior a narraciones preferidas por minorías elegidas. «La producción literaria popular es necesaria para la conservación y el funcionamiento de la organización social... es un elemento orgánico y no una actividad estética superflua», señala Arnold Van Gennep (1914, pág. 16).

Mitos (en tiempos y regiones fuera del alcance humano), Epopeyas (sin modificaciones en el tiempo), Leyendas (un lugar preciso, individuos determinados, actos heroicos), Tragedias (que derivan de mitos), Romances (poemas de tradición oral), Fábulas (moralizadoras) o Cuentos maravillosos (entretenimiento)... relatos todos que quién sabe si, incluso a través de rústicos trazados rupestres, imaginó el *mortal* desde el principio de su tiempo, calderos mágicos en los que bullen todas las aspiraciones e inquietudes humanas.

El país de Nunca Jamás de Peter Pan o el mundo fantástico de Alicia tras el espejo, han sido y serán escenarios que siempre alentarán el narcisismo de nuestros primeros

pasos. Por cierto, el héroe no suele ser narcisista, son otros quienes le idealizan.

3.5. NARCISO Y LA LITERATURA

3.5.1. *Autobiografías, las peripecias del espejo*

El género autobiográfico podría considerarse como relato narcisista por excelencia. Por otra parte, su autenticidad siempre ha sido cuestionada, es un autorretrato para la galería al que conviene maquillar ora disimulando una arruga, ora profundizando la dureza de una expresión que añadirá un tinte dramático a lo que, quizá, cuando discurría, solo sumió en perplejidad.

Claro que estos aderezos no siempre son conscientes, ya se encargará la autocensura de «meter mano» a los recuerdos. Los diarios íntimos, si cumplen con el requisito que enuncian, no esperan más audiencia que uno mismo y podrán ofrecer testimonio de anécdotas concretas, discontinuidad de estados de ánimo... un universo subjetivo probablemente irreconocible, a pesar de todo, si el autor lo escribiera de nuevo. Pero, ¡ay!, se interpone el otro-fantasma, como inmaterial lector de esta obra que anunciaba solipsismo.

A medio camino entre retrato y biografía, se abre paso este fragmento de nuestro Siglo de Oro...

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; de barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y estos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros...

Miguel de Cervantes, en el prólogo a las *Novelas ejemplares*.

El gusto por lo burlesco también interesó a Quevedo; no hay más que echar un vistazo a su *Memorial* para solicitar plaza en una Academia...

... Cofrade que ha sido y es de la Carcajada y Risa; atento a que es hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; puesto en tal estado que de no comer en alguno, se cae del suyo de hambre; persona que si se hubiera echado a dormir, no faltaran mantas con la buena fama que tiene; ha echado muchas veces el pecho al agua, por no tener vino... corto de vista, como de ventura; hombre dado al diablo y prestado al mundo y encomendado a la carne; rasgado de ojos y de conciencia; negro de cabello y de dicha; largo de frente y de razones, quebrado de color y de piernas, blanco de cara y de todo, falto de pies y de juicio, mozo amostachado... Por todo lo cual y atento a sus buenos deseos, pide a vuestras mercedes (pudiéndolo hacer a la puerta de una Iglesia por cojo) le admitan en la dicha cofradía del Placer, dándole en ella alguna plaza muerta, aunque sea de hambre; que con ello recibirá merced y hará carmen con los frailes.

Don Francisco no entendía de halagos y adulaciones, un narcisismo bien sustentado es ajeno a ellas. Quien se retrata, con pluma o pincel, no busca la autenticidad más que como estrategia o mito. La carencia de verdad reprochada tanto a la autobiografía como al autoanálisis es inevitable, proveer de legitimidad a lo objetivo no deja de ser una utopía.

La presencia ininterrumpida de la alteridad convierte al autobiógrafo en un novelista menos fabulador, ¿cuál de los dos relatos muestra u oculta más del autor?, ¿qué legitima al biógrafo de sí mismo a instituir su escrito como real?

La escritura rebosa autobiografía, quizá más honesta que la embaucadora autobiografía que se inviste de verdad. Convenimos con Daniel Oster (en la enciclopedia *Universalis*): «La función protectora de la escritura nunca será tan eficaz

como cuando existe la pretensión de desnudarse en un relato, ni su función de distanciamiento tan presente como cuando parece haberse dicho todo.»

La deconstrucción a la que invita Roland Barthes, podría acercarnos más al sujeto representado, lo mismo que los heterónimos cuyo origen hay que buscar en el tema del doble propio de la lírica inglesa del siglo XIX y la escisión entre la realidad represiva victoriana y la pulsión sexual (Dorian Gray o el Dr. Jekyll y Mr. Hyde). Pessoa llegó a tener más de cincuenta heterónimos que eran sus escenarios; desde ellos, un aristócrata como Reis o Caeiro el contable, le permitieron desplegar estilos de escritura muy distintos. En sus diálogos consigo mismo se entrevera un serio problema narcisista; lo que quizá comenzó como juego, se convirtió en refugio de un mundo que no era de su agrado: «Con una falta de gente con la que coexistir, como hoy existe, ¿qué puede un hombre de sensibilidad hacer, sino inventar sus amigos... sus compañeros de espíritu?»

Goethe también se hizo eco de lo enmarañado del proyecto autobiográfico en las primeras páginas de sus memorias, cuya redacción comenzó a los sesenta años. Recogido por Freud en *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, 1910): «Cuando intentamos recordar lo que sucedió en nuestra primera infancia nos exponemos muchas veces a confundir lo que otras personas nos han dicho con lo que debemos realmente a nuestra experiencia... Los recuerdos infantiles son evocados al cabo de mucho tiempo... aparecen entonces deformados, falseados y puestos al servicio de tendencias ulteriores, de manera que no resultan estrictamente distinguibles de las fantasías», corrobora Freud en su estudio.

El psicoanálisis podría susurrar al pretendido biógrafo de sí mismo: no eres tú quien habla, hablas de otra cosa que no dices, o enuncias una cosa de la que, sin embargo, no hablas. Las palabras se revelan incompetentes para traducir lo imaginario, que impregna emociones ligadas a imágenes, a olores; la palabra claudica ante el afecto... los sueños se desvanecen en cuanto ensayamos atraparlos en un recuerdo, ¿qué quedará de ellos, vagas y abigarradas imágenes, traducidas a palabras! El ejercicio autobiográfico no deja de tener, además, un tinte de confesión mezcla de exhibicionismo y penitencia.

Quien no conoce el bosque chileno no conoce este planeta, rotunda afirmación de Pablo Neruda en el comienzo de sus memorias que continúa: «mi único personaje inolvidable fue la lluvia». *Confieso que he vivido* las llama, autobiografía como confesión a partir de la que quizá uno mismo logre absolverse.

El ser humano no «es», en el sentido que aplica Jean Paul Sartre al grupo al que considera como proceso —no como estructura— mediador entre el individuo aislado y la serialidad que aliena. Una vez superada la serialidad, se establece la relación de reciprocidad entre los integrantes. El grupo *no es*, no niega su existencia sino su conceptualización, es una praxis continua (ver al respecto su obra *Crítica a la razón dialéctica*). Somos un proceso en sempiterno cambio que la autobiografía trata de congelar lo mismo que una cámara fotográfica o un lienzo.

3.5.2. Narciso en otras voces

Giramos ahora la mirada a otras aguas que dieron cobijo a nuestro protagonista a lo largo de distintas épocas. La mitología griega, sin duda la más compleja, constituyó

durante más de un milenio el sustrato sobre el que se apoyaron tanto las creaciones literarias de los eruditos, como los relatos orales del folklore popular. Aquí va una pequeña muestra en la que participa Nicolás Caparrós, de este interminable goteo con Ovidio al fondo:

Son muchos los autores que hacen referencia a Shakespeare en este asunto, entre otros André Green (1976, pág. 78) quien sugiere completar la visión mítica con una trágica simétrica e inversa: la de Lear, el padre narcisista (1605). Este encarna a un desasosegado Narciso, incapaz de recrearse sin suspicacia en el cariño de sus hijas. Cuando pregunta: «¿Cuál de vosotras ama más a su padre?» —que no deja de ser un anticipo del «espejito, dime quién es la más bella»— tratando de evitar el amor interesado de sus hijas, se tiende él mismo una trampa. Cordelia siente más amor en su corazón del que sus labios pueden expresar y, tan impotente como Eco, es rechazada por Lear: «De nada no tendrás nada! Quédate la verdad por dote!». Pero es él quien realmente se condena al romper el vínculo con su hija y acabará solo y maldiciendo a todo el género humano. Otra de sus hijas dirá: «Nunca se conoció a sí mismo». Son muchos los personaje shakesperianos —Ricardo II, Hamlet, Otelio...— que se envanecen sin pudor escamoteando con grandilocuencia su sentimiento de vacuidad.

Mas alcanzada la identidad, el apoderamiento deja paso al deseo, deseo siempre anhelante y nunca satisfecho como ya Quevedo intuye: «Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas de esta vida, y así, con vana solicitud, anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad y diviértese con ella, tiene por ejercicio el apetito y este nace de la ignorancia de las cosas... porque, en llegando cualquiera a ser poseedor, es juntamente descontento.» El agua de Narciso recuerda al infierno de Quevedo (1608). Años más tarde, incorpora abiertamente al efebó con talante ácido:

Comieron una comida eterna, sin principio ni fin. Trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente (*Historia de la vida del Buscón*, 1626).

Crosse, el científico que inspiró a Mary Schelley (1818) *Frankenstein*, en su locura narcisista de lograr un ser perfecto, termina fundiéndose con él. La horrible criatura, el engendro, usurpa el nombre de su creador, nunca tuvo nombre propio.

Sin duda, merece una mención especial *Eco y Narciso*, el drama en verso de Calderón de la Barca (1661); es evidente la huella de Ovidio, pero nuestro dramaturgo otorga un papel decisivo a Liríope —madre de Narciso—; el dios Cefiso no aparece en una obra, donde ilusión y realidad se mezclan. Liríope mantiene encerrado al hijo y es, por tanto, responsable de su desventura:

Liríope.—No has de pasar de aquí.

Narciso.—Como quieres tú que me detenga/ si estos pájaros que escucho/ forman tan extraña y nueva/ música para mi oído/ que arrebatando me llevan tras sus acentos...

Liríope.—Esas voces que has oído,/ y que tu ser aves piensas,/ no lo son.

Narciso.—Pues, ¿qué son, madre?

Liríope.—No conviene que lo sepas,/ porque los hados han puesto/ tu mayor peligro en ellas. [...]

Liríope.—¿Ya no sabes que no puedes llegar más que a esta peña,/ que es pardo cancel que cubre/ los umbrales de esa cueva/ donde vivimos los dos?

Aislado del mundo, es incapaz de distinguir ilusión de realidad. Cuando Eco —Eco

hermosa en quien cifró naturaleza la más singular belleza— está a punto de revelarle su identidad, es Liríope —que no Hera—, quien paraliza su lengua, condenándole a morir ignorante de su verdadero amor. Eco no oculta a la diosa los devaneos de Zeus, sino que aparece como amenaza para la madre posesiva. Al final el escenario se oscurece, al clarear de nuevo surge la flor. Liríope declara a su hijo la trampa del espejo que le ha llevado a enamorarse de su propia imagen. Narciso se percata entonces de que una hermosura —su propio retrato— y una voz —la de Eco— lo han matado. Eco furiosa y Narciso deprimido componen el emblema del caos emocional de estos personajes. La salida de su miseria la contemplan en el suicidio. En este momento dramático intervienen los dioses y ocurre la transformación de Eco en aire y de Narciso en flor.

Y de los grandes dramas pasamos a un aspecto más superficial de Narciso en *El Lindo Don Diego*, de Agustín Moreto (1662): «Tomó el peine y el espejo/ y en su memoria de Narciso/ le dio las once en la luna».

En el auto sacramental *El divino Narciso* (1689), de sor Juana Inés de la Cruz, Narciso es la personificación de Jesucristo, que vive enamorado de su imagen. ¿Podríamos arriesgar una identificación entre Sor Juana y la mitológica Eco?:

¡Alabad al Señor todos los hombres!
¡Aplaudid a Narciso, plantas y flores!
Pues si en tu Narciso, tu
tanta perfección supones...
con cuánta mayor razón
estas sumas perfecciones
se verifican en Dios
a cuya beldad los orbes
para servirle de espejos
indignos se reconocen...

Kant alude al narcisismo en *Crítica de la razón pura*. Es un aspecto que rescata Aurelio García: «El término no aparece como tal, lo denomina *philautia*, expresión que evoca vagamente al autismo y a la que define como excesiva benevolencia hacia uno mismo, situándola como raíz del amor propio (*eigenliebe*). Para Kant, la razón pura práctica viene a ser una herida en ese amor propio al que él considera natural en los seres humanos con anterioridad a la implantación de la ley moral» (III Jornadas de intercambio de psicoanálisis. Barcelona, Gradiva 2000, pág. 172). Doloroso freno de nuestras inclinaciones más vehementes.

El tiempo transcurre, se llega el amor pagano y el inagotable intimismo. El romanticismo y el simbolismo de finales del siglo XIX parecen haber adoptado como divisa el aforismo de A. W. Schlegel: «Todo poeta es Narciso»; un ser que abandona el papel del «bello egoísta y engreído» para enfrascarse en la peripecia de conocerse a sí mismo, tan cercana a la muerte desde los tiempos de Ovidio. Nuevos vínculos entre Eros y Thanatos, entre la vida-muerte y la muerte-vida.

La lírica, en la pluma de los románticos ingleses, se ocupa *in extenso* del hermoso desdichado. P. B. Shelley en el poema elegíaco *Adonais* (1821), compuesto tras la muerte de Keats, mezcla el lamento de Narciso con el suyo propio:

No tan querido a Febo fue Jacinto
Ni Narciso se amó tanto a sí mismo
Como Febo y Narciso te quisieron.

En *El doble* de Dostoievski (1846), Narciso y su espejo se funden en un mismo personaje que se contempla a sí mismo sobrecogido como si estuvieran *asándolo a fuego lento*: «Quien ahora estaba sentado enfrente del señor Goliadkin era el terror del señor Goliadkin, la vergüenza del señor Goliadkin, su pesadilla de la víspera, en una palabra, era el propio señor Goliadkin. Pero de pronto, sin motivo aparente, volvía a presentarse el sujeto conocido por su malevolencia e impulsos bestiales bajo la forma del señor Goliadkin II y, al instante, con solo su aparición, desbarataba todo el triunfo, toda la gloria del señor Goliadkin I, lo eclipsaba, lo hundía en el fango y mostraba a las claras que el señor Goliadkin I, el auténtico, no era en absoluto auténtico, sino una imitación, y que el auténtico era él... Y esto sucedía con tanta rapidez que el señor Goliadkin I apenas tenía tiempo de abrir la boca cuando ya todos se entregaban en cuerpo y alma al falso y repugnante señor Goliadkin II y le rechazaban a él, al genuino e inocente señor Goliadkin, con muestras del más profundo desprecio...»

El narcisismo primario es un estado cuya condición fundamental consiste en diferenciarse y colapsarse incontables veces. Solo la necesidad y el objeto externo consiguen quebrar esa tendencia.

El nenúfar blanco, deslizándose entre los límites de la realidad y el ensueño de Mallarmé (1879), es la versión heterosexual de Narciso: «Como se coge, en memoria de un lugar, uno de esos mágicos nenúfares cerrados que ahí de súbito surgen envolviendo una nada en la oquedad de su blancura, hecha de sueños intactos, de la dicha que no ha de llegar y de mi aliento contenido aquí por el temor de una aparición, partir con él.» ¿Espejismo que, desde el presentimiento de la mujer, brinda una alternativa a la muerte?

También la espejada muerte que destila el poema de Lezama Lima (*La Muerte de Narciso*, 1937):

Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada,
que coloreado espejo sombra es del recuerdo y
minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinfín en llamas secas y
hojas lloviznadas.
Chorro de abejas increadas muerden la estela,
pídenle el costado.
Así el espejo averiguó callado, así Narciso en
pleamar fugó sin alas.

W. B. Yeats (1865-1939) se asombra del espejo, de la imagen tenaz:

Si oscurezco las pestañas / y los ojos abrillanto / y agregó escarlata a los labios/ o a un espejo tras
otro / pregunto si todo está bien,/ no es vanidad el despliegue: / ando en busca del rostro que tuve /
antes de que el mundo se hiciera.

Tras haber sufrido una grave enfermedad, André Gide en su *Tratado de Narciso* (1891), rechazando a la mujer rescata un espejo apenas olvidado cargado de autoerotismo:

Narciso era perfectamente bello —y esta era la razón de su castidad... Ni un hálito turbaba la fuente, donde tranquilo e inclinado, todo el día contemplaba su imagen. No existe ni orilla ni fuente; ni metamorfosis, ni flor que se espeja... Nada más que Narciso, un Narciso soñador... Le es preciso conocer la forma que tiene su alma. Debe ser —lo siente— excesivamente adorable, a juzgar por sus largos estremecimientos... No poder saber si uno se ama... ¡Ah no poderse ver! ¡Un espejo! Y Narciso, que duda que su forma esté en alguna parte, se levanta y parte en busca de los contornos

deseados, para envolver, por fin, su alma grande.

«Lo bello no es sino el comienzo de lo terrible», anuncia Rainer Maria Rilke, el último de los grandes poetas inmortales. Pero también escribirá estos versos que retornan a las entrañas del inocente y aquietado Narciso (1907):

Abandono, rodeado de abandono,
ternura tocante a las ternuras...
Es tu interior que, se diría
sin cesar se acaricia;
se acaricia a sí mismo,
por su propio reflejo iluminado.
Así inventas el tema
de Narciso satisfecho.

Unamuno es rotundo en *Abel Sánchez* (1917) cuando hace decir a su protagonista: «No es lo peor no ser querido, no poder ser querido; lo peor es no poder querer.» *Ensimismamiento*, equivalente a la posesión de que es víctima Narciso. Joaquín no podía ser de su mujer porque «no era dueño de sí mismo, dueño de sí, sino a la vez un enajenado y un poseído». No hay mayor tortura para el personaje de Unamuno que el vacío que le devuelve el espejo del odiado Abel: «Y esta idea de que ni siquiera pensasen en mí, de que no me odieran, torturábame aún más que lo otro. Ser odiado por él con un odio como el que yo le tenía, era algo, y podía haber sido mi salvación.» Joaquín quizá da la clave cuando reconoce no poder amar al prójimo *porque no me amo, no sé amarme, no puedo amarme a mí mismo*: he aquí la carencia narcisista.

Los poetas españoles se hacen eco de Narciso, eco caprichoso que no se deja atrapar como la ninfa. Leemos una premonición de Narciso en *El niño y el agua* (1917) de Juan Ramón Jiménez:

El sol le da al niño en la cabeza; pero él, absorto en el agua, no lo siente. Echado en el suelo, tiene la mano bajo el chorro vivo, y el agua le pone en la palma un tembloroso palacio de frescura y de gracia que sus ojos negros contemplan arrobados. Habla solo, sorbe su nariz, se rasca aquí y allá entre sus harapos con la otra mano. El palacio, igual siempre y renovado a cada instante, vacila a veces. Y el niño se recoge entonces, se aprieta, se sume en sí, para que ni ese latido de la sangre que cambia, con un cristal movido solo, la imagen tan sensible de un calidoscopio, le robe al agua la sorprendida forma primera.

Federico García Lorca en *Canciones* (1921-24) empareja a Verlaine, Juan Ramón y Debussy con Baco, Venus y Mercurio.

Narciso/tu olor/ y el fondo del río./ Quiero quedarme a tu vera/ flor de amor/ Narciso... Las ranas ¡qué listas son!/ Pero no dejan tranquilo/ al espejo en que se miran/ tu delirio y mi delirio/ Narciso/ mi dolor/ y mi dolor mismo.

Tiempo después A. Machado (Cancionero Apócrifo 1926) muestra el temeroso vértigo de una inquietante simetría que se quiebra apenas:

Mis ojos en el espejo / son ojos ciegos / que miran los ojos con los que veo.

Narciso no se enamora de su reflejo porque sea bello, sino porque es suyo, escribe W. H. Auden en *Leyendo a Narciso* (1962):

Si fuera su belleza la que lo detiene se vería libre en unos cuantos años, al perderla... El yo gusta de imaginarse como Zeus, quien asumía una apariencia corporal tras otra, siendo cisne o toro, mientras seguía siendo Zeus. Pero los humanos, como Narciso, a diferencia de Zeus, no dominan los procesos de cambio, ni el paso del tiempo. Por eso cuando Narciso comprende que su destino es la muerte, llora,

y sus lágrimas terminan borrando el objeto amado, rompen la imagen deseada: «Con sus lágrimas enturbió el agua, y al moverse la líquida superficie oscureció la figura reflejada» (Ovidio).

Otra vez el espejo se recrea entre la vida y la muerte en el soneto de Octavio Paz *La Caída* (1990), con cristalina indiferencia:

Prófugo de mi ser, que me despuebla
la antigua certidumbre de mí mismo,
busco mi sal, mi nombre, mi bautismo,
las aguas que lavaron mi tiniebla.
Me dejan tacto y ojos solo niebla,
niebla de mí, mentira y espejismo:
¿qué soy, sino la sima en que me abismo,
y qué, si no el no ser, lo que me puebla?
El espejo que soy me deshabila:
un caer en mí mismo inacabable
al horror del no ser me precipita.
Y nada queda sino el goce impío
de la razón cayendo en la inefable
y helada intimidad de su vacío.

Tristeza erótica, regresión, muerte, belleza inerte... cuerpo cosificado por una pulsión sin objeto, en una imposible descarga. Atreverse con Narciso en poesía es abordar la hondura simple y vertiginosa, el bucle diabólico que comienza en el «no-ser» y termina con la muerte.

Hemos transitado por el mito (filosofía primitiva), leyendas (historias primitiva), cuentos de hadas (satisfacción de deseos) y escritos literarios que se distinguen por su propósito con el latido omnipresente del fenómeno subjetivo y recoleto de lo imaginario. ¡Cuántos Narcisos podrían alargar sin fin este pequeño apartado! El Quijote, Santa Teresa («la más grande pecadora»), Maupassant («espejo a manera de agua en el que se refleja pero del que huye»), Hoffman, Poe, Wilde (Dorian Grey), el impostor de Javier Cercas... por nombrar sin orden ni concierto algunos de ellos.

El espejo ciego y torturante de Narciso ha dado mucho que hablar, pero, como refleja una máxima de Rochefoucauld, por muchos descubrimientos que se hayan hecho en el país del amor propio, quedan todavía en él muchas tierras incógnitas. Cuando Narciso se contempla en el estanque, ve el rostro de *nadie*, lo que inquieta realmente a Narciso es saberse inventor de su Yo. Peter Sloterdijk, en *Extrañamiento del mundo* (1993), describe al adicto huyendo como Narciso sin saber hacia dónde... nuestra verdadera experiencia sigue estando enterrada en este mundo bajo el tabú y el pánico, «el nadie autoconsciente en nosotros solo con su nacimiento social recibe el nombre de identidad». Demos paso ahora entonces a lo que el psicoanálisis ha buceado en esta dirección...

CAPÍTULO CUARTO. LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

El narcisismo, desde su inicial simplicidad, lleva a lo más complejo. Me permito expresarlo así: 1. Representa, en primer lugar, el sueño imposible de la biología: estar sin ser, ser sin saber de la propia existencia. 2. Desde el grupo, el narcisismo quiere lograr una identidad cerrada, autosuficiente en el límite, donde la pertenencia al mismo genere la seguridad emanada de la totalidad perdida. 3. El principio de realidad entraña, merced a su sola presencia la herida narcisista, con la intuición permanente de fragilidad del sujeto denegada a un tiempo por la ilusión de la autosuficiencia. Autosuficiencia... pálido residuo de la omnipotencia perdida (N. Caparrós, 2010, pág. 12).

Las teorías clásicas del narcisismo dan cuenta del investimento libidinal del sujeto sobre sí mismo. Desde el modelo analítico-vincular, lo objetal y lo narcisista surgen al unísono; el proceso transcurre desde la inicial y necesaria idealización de la madre, pasando por la dolorosa separación hasta alcanzar la costosa etapa de subjetivación. Narciso no está sumido en la anobjetalidad, sino fascinado por un objeto que, solo más tarde, descubrirá que es su propio Sí mismo idealizado; él y la imagen que admira, forman una doble unidad.

4.1. DESARROLLO DEL CONCEPTO

El narcisismo es la metapsicología de los orígenes. La clínica psicoanalítica en manos de Freud permite otorgar un nuevo sentido al *narcisismo*; va a ser necesario un largo proceso para dotarlo de una estructura teórica coherente con el armazón que se encuentra a su vez en pleno desarrollo. No debe sorprender que no podamos reflejar este recorrido en una trayectoria lineal; ensayaremos esbozar —con la cronología como referente— las secuencias más significativas de su pensamiento.

4.1.1. *Primeros pasos*

Es sabido que el término narcisismo antecede al psicoanálisis. Siguiendo su trayectoria, encontramos una de las primeras alusiones en una carta a Fliess (9-12-1899): «La histeria (y su variante, la neurosis obsesiva) es aloerótica; de hecho, su vía principal es la identificación con la persona amada. La paranoia vuelve a disolver la identificación, restablece a las personas queridas de la infancia que quedaron excluidas y disuelve el propio yo en personas ajenas. Así he llegado a concebir la paranoia como un avance de la corriente autoerótica, como un retorno a la posición de entonces.» El narcisismo queda así ya relacionado con psicosis, la patología más desestructurada.

Encontramos otra temprana mención en la Quinta Conferencia de la Clark University en 1909: «Los hombres se refugian en la enfermedad para obtener los placeres que la vida les niega.» En este momento se ocupa del *Hombre de las ratas* y hace referencia a la omnipotencia del pensamiento: «el narcisismo, el apasionamiento hacia la propia persona, es etapa necesaria del desarrollo en la transición del autoerotismo al amor objetal.»

El narcisismo es un estado intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto, dirá Freud en 1909 en una nota agregada a la segunda edición de los *Tres ensayos sobre una teoría sexual* (1905).

Cuando Freud decide modificar el término *Narzissismus*, introduce una nueva

concepción frente a sus predecesores, acentuando esta originalidad con una diferencia terminológica; la connotación estética parece anecdótica:

Investigaciones recientes han atraído nuestra atención sobre un estadio de la evolución de la libido, intermedio entre el autoerotismo y el amor objetal. Tal estadio ha sido designado con el nombre de narcisismo [*Narzissismus*; prefiero la designación *Narzissmus*, no tan correcta tal vez, pero más breve y menos mal sonante]. Consiste en que el individuo en evolución, que va sintetizando en una unidad sus instintos sexuales entregados a una actividad autoerótica, para llegar al objeto amoroso se toma en un principio a sí mismo; esto es, toma a su cuerpo propio como objeto amoroso antes de pasar a la elección de una tercera persona» (Freud, 1911, Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Entre corchetes la frase que omite López Ballesteros en la edición de Biblioteca Nueva, V. II, pág. 775).

Retoma la noción de narcisismo introducida por Havelock Ellis (que hace referencia a su raíz mitológica) en 1892 y por Paul Näcke que en 1899 describe un comportamiento perverso. Freud la amplía hasta hacer de ella una fase necesaria en la evolución. Para Paul Bercherie (1983, pág. 365) la idea se introduce con el *caso Schreber*, al aludir al estadio narcisista por el que pasa la libido en el curso de su evolución desde el autoerotismo hasta el amor objetal. El punto de contacto que percibe entre homosexualidad (elección de objeto narcisista) y paranoia, permite a Freud diferenciar sus conceptos. El narcisismo es demarcado a través del esquema teórico de la evolución de la libido, pero lo desborda. Mientras tanto, Otto Rank publica *Una contribución al narcisismo* en 1911 donde glosa el narcisismo secundario a partir de testimonios literarios.

Las pulsiones del Yo (1910), el caso Schreber (1911) y el narcisismo (1915), son problemas que se desarrollan conjuntamente, aunque en sus manifestaciones teóricas se presenten alejados entre sí, sintetizó N. Caparrós en una nota a pie de página de la *Correspondencia de S. Freud* que editó ordenada cronológicamente en cinco tomos en Biblioteca Nueva entre 1996 y 2002.

Se irán desbrozando tres perspectivas: su función en el desarrollo de la estructura psíquica, su acción desde una libido investida con normalidad y su manejo en la psicopatología. El tótem, que ejerce una especie de protección sobre el grupo que lo crea y tiene la obligación de respetarlo, está relacionado con el progenitor. En *Tótem y Tabú* (1912-1913) leemos: «El narcisismo pone en evidencia en los primitivos la omnipotencia de sus pensamientos. La fase animista corresponde al narcisismo, tanto temporalmente como por el contenido» (V. II, pág. 559). En esta obra emprende decididamente el estudio del objeto en su vertiente social. Dos violencias de distinto signo confluyen: el hijo que desearía matar al padre para regresar a la relación primordial y el padre que con la ley inscribe el horror a dicho acto. Para la madre el hijo, dice, será objeto sexual sustitutivo.

La cadena de asociaciones debe romperse o al menos ocultarse en los vericuetos de la multiplicidad objetal. Retoma el problema de los objetos sustitutorios en *Historia de una neurosis infantil* (Hombre de los lobos, 1914). La cadena del deseo, a medida que avanzan las sustituciones, produce la atenuación de aquel. Se puede pensar que, al principio, la cadena objetal que se produce roza la identidad, más tarde aparece la semejanza que, a su vez, irá perdiendo tersura. El proceso en los inicios es más consciente.

Con *Introducción al Narcisismo* (1915) pretende introducir una nueva conceptualización en la teoría psicoanalítica; es un eje de referencia aunque sean

muchos otros trabajos los que perfilen más a fondo la idea. La primera mención que Freud hace de este ensayo («que habría de madurar durante las vacaciones») en su correspondencia, data de junio de 1913 (carta a Abraham); allí comenta su propósito de que sirva para aclarar sus divergencias científicas con Adler, aunque puede suponerse que en esa época tenía más presente a Jung.

Escribe a Abraham el 16-III-1914: «Mañana le despacho el Narcisismo, que fue un parto dificultoso y muestra todas las deformaciones consiguientes. Por supuesto, no me agrada demasiado, pero no puedo ahora hacer otra cosa. No obstante, necesita muchos retoques.» Y justo un mes después: «que haya aceptado mi narcisismo me conmueve profundamente y nos liga más íntimamente aún. Tengo al respecto un sentimiento muy fuerte de insuficiencia. Incorporaré la observación que desea respecto a dejar de lado la sublimación por parte de la terapia de Zúrich.» Tres días antes de Navidad: «En las neurosis transferenciales, la represión consiste en la sustracción de la libido del sistema Cs, en la disociación de las representaciones de las cosas y las representaciones de las palabras; en las neurosis narcisistas, la represión consiste en despojar de libido a las representaciones inconscientes de cosas, lo cual, naturalmente, es una perturbación más profunda.»

Para introducir el narcisismo sigue el modelo de los *Tres ensayos*: narcisismo como componente libidinal parcial con sus manifestaciones perversas (narcisismo, homosexualidad), neuróticas (megalomanía de psicosis) y originarias (omnipotencia de pensamiento de niños y primitivos).

Bien diferenciado del autoerotismo, en palabras de Bercherie (1983, pág. 385) el narcisismo aparece «como una elección de objeto, formando la libido del Yo y la objetual un par de investimentos contrabalanceados, inversamente proporcionales entre sí. En el estudio de manifestaciones clínicas encontramos la ambigüedad constitutiva del concepto.» La identificación, mecanismo narcisista, relación objetual primitiva y ambivalente, aparece como instrumento de la estructuración y diferenciación del Yo.

Los seres humanos tienen ante sí abiertos dos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tienen dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer nutriz y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección (Freud, 1914, V. 1, pág. 1089).

En *Introducción al narcisismo* abarca todos los períodos del desarrollo y no solo la génesis del narcisismo, también sus manifestaciones. Hay un giro en la teoría de las pulsiones que deja perplejo al mismo Freud: Si ser amado incrementa el narcisismo, tiene que ver con lo objetual, no es primario.

Como casi siempre, sostiene sus observaciones en la clínica. La elección de apoyo ha sido meta de sus investigaciones en trabajos anteriores; como objeto primordial se encuentra la madre. Pero existen sujetos que, por sus características psicopatológicas, muestran un peculiar objetivo libidinal: *el sí mismo*. Freud presenta como aparente dilema los dos caminos que el hombre tiene a la hora de decidir la elección de objeto. Decimos aparente porque en futuros estudios podrá verse con claridad que ambas posibilidades coexisten y se complementan. Sin embargo, en este trabajo se ocupa ante todo de las *desmesuras*, como refleja el párrafo siguiente (Freud, 1914, pág. 1090):

Cerraremos con una breve revisión de los caminos de la elección de objeto. Se ama: 1.º Conforme al

tipo narcisista: a) lo que uno es (a sí mismo). b) lo que uno fue. c) lo que uno quisiera ser. d) a la persona que fue parte de uno mismo.

En *Las pulsiones y sus destinos* (1915) completará este listado con lo concerniente a la elección anaclítica o de apoyo:

2.º Conforme al tipo de apoyo: a) a la mujer nutriz. b) al hombre protector.

Además, en esta obra plantea cómo el Yo es en parte capaz de satisfacer las pulsiones sobre sí mismo (narcisismo), llamando autoerotismo al modo de satisfacción. En este borboteo inicial no llama la atención la falta de coherencia entre este planteamiento y el de la *Introducción* (1915) donde el narcisismo se describe como lugar de transición del autoerotismo a la relación de objeto. Los vaivenes son adjudicados por M. Vincent (en el *Diccionario de A. de Mijolla*) a la presión de las elaboraciones de Abraham sobre la incorporación por una parte y de Ferenczi sobre la introyección por otra.

En los primeros escritos freudianos acerca de la pulsión y especialmente en *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, el objeto era enunciado como simple medio por el cual la pulsión alcanza su fin: la descarga. Pero la fijación connota y complica estas primeras afirmaciones. Mediante esta, el objeto en cada individuo se hace «histórico», ya no es la clase de los objetos sino algunos de entre los que la integran los que adquieren un valor *singular*. La pulsión pierde movilidad y adquiere tintes singulares...

[El amor] originariamente narcisista, pasa luego a los objetos que han sido incorporados al yo ampliado y expresa la tendencia motora del yo hacia esos objetos, considerados como fuentes de placer... En la fase superior de la organización sádico-anal surge la aspiración al objeto en forma de impulso de dominio, para el cual es indiferente el daño o la destrucción del objeto. Esta forma preliminar del amor apenas se diferencia del odio en su conducta para con el objeto. Hasta el establecimiento de la organización genital no se constituye el amor en antítesis del odio. El odio como relación de objeto es más antiguo que el amor (*Las pulsiones y sus destinos*. V. I, pág. 1044).

En *Introducción al psicoanálisis* (1915-17) aporta una síntesis de las fases de la libido y por lo tanto las vicisitudes entre adentro y afuera con las que se acompaña el proceso:

De este modo forma el pecho materno el primer objeto de la pulsión sexual y posee, como tal, una enorme importancia, que actúa sobre toda ulterior elección de objetos... Pero al principio el niño no tarda en abandonar el seno materno y reemplazarlo por una parte de su propio cuerpo, dedicándose a chupar su dedo pulgar o su misma lengua. De este modo se procura placer sin necesidad del consentimiento de su mundo exterior (V. I, pág. 313).

Parece que en primer lugar existe un objeto —¿externo?— que es el pecho (y no tiene todavía para Freud connotación de parcial). Este objeto es el significante fundamental para las ulteriores elecciones de objeto. Una importante observación, el niño reemplaza el seno materno por una parte de su propio cuerpo; desplazamiento, sin duda, proceso primario también.

Chupar implica primacía de la oralidad; desde ahí, el desplazamiento se efectúa según las reglas que esta etapa impone; lo igual deviene universal o general. El hallazgo fundamental es la *succión* y, por medio de ella, tienen lugar toda clase de inducciones. Tal maniobra es una especie de compromiso entre la aceptación de la realidad externa (pecho) y el deseo de fusión (desde la ausencia de pecho). Estos patéticos compromisos, que por inestables permiten la continuación del proceso,

están enunciados por Freud a estas alturas como intento de identificación entre objeto externo (pecho) e interno (cuerpo), el reiterado Yo más primitivo.

¿Cuál es la naturaleza del «pecho materno» y qué diferencias observa con la madre? Si seguimos literalmente a Freud, es lícito pensar que el pecho es una especie de objeto transicional que ora anega ora separa externo de interno; cuando esta división se hace estable, la madre sustituye la indefinición fusional anterior. Pero la madre ahora encontrada, sigue siendo manejada anacrónicamente como objeto de la oralidad.

Freud parece decir que lo inasequible del objeto «madre» está condicionado por su condición de tabú. En realidad lo está también por algo más radical, volver a ella desde los presupuestos de la oralidad implica anular todo el camino avanzado en la evolución, lleva a la fase indiferenciada, al estadio narcisista anobjetal.

Subrayamos con Rodrigué (1996, *Freud. El siglo del psicoanálisis*. Ed. Sudamericana. T. II, pág. 244) la diferencia que marca Freud entre la idealización (concentración de libido sobre un objeto que empobrece), perpetuadora de la regresión objetal y opuesta a la sublimación, y la identificación, «forma más temprana de vínculo afectivo», que socializa y supone un enriquecimiento.

En *El Yo y el ello* (1923) se advierte claramente el doble significado que en su teoría posee el Yo: como función y como precipitado de investiduras de objeto. Habría que ligar esta reflexión a su concepto de represión original. Avanza: «Se impone aquí una importante modificación de la teoría del narcisismo. Al principio, toda la libido se halla acumulada en el Ello, mientras el Yo es aún débil y está en período de formación. El Ello emplea parte de esta libido en cargas eróticas de objeto, después de lo cual el Yo, robustecido ya, intenta apoderarse de esta libido del objeto e imponerse al Ello como objeto erótico. El narcisismo del Yo será un narcisismo secundario sustraído a los objetos» (V. II, pág. 41).

Cumple destacar una distinción que a veces no se respeta: la madre como objeto de la necesidad en un universo psicológico indiferenciado frente a la madre como objeto erótico en un espacio donde ya existen diferencias. En *La negación* (1925) el objeto ha sufrido entre la primera percepción y la prueba de realidad de la que aquí tratamos, todo un proceso de elaboración, en gran parte inconsciente como demuestran las omisiones y fusiones de los distintos elementos.

Inhibición síntoma y angustia (1925) subraya la pérdida de la percepción del objeto equiparada a pérdida del mismo, como esencia de la angustia.

La situación traumática de la ausencia de la madre difiere en un punto decisivo de la situación traumática del nacimiento. En esta no existía objeto alguno que pudiera añorarse... Repetidas situaciones de satisfacción crean luego el objeto materno, que al emerger la necesidad recibe una intensa carga... El dolor es, pues, la verdadera reacción a la pérdida de objeto y la angustia la verdadera reacción al peligro que tal pérdida trae consigo (V. II, pág. 70).

Una vez más la diferencia entre objeto de lo real, que no existe para el sujeto y objeto externo, que es un existente contrapuesto a la subjetividad. El dolor es el sentimiento que sucede ante la alteración estructural que provoca la pérdida, mientras que la angustia es la amenaza misma de la desestructuración:

La transición del dolor físico al psíquico corresponde al paso desde la carga narcisista a la carga de objeto... Otra reacción afectiva a la pérdida del objeto: el duelo... surge bajo la influencia del examen de realidad que impone la definitiva separación del objeto, puesto que el mismo no existe ya (V. II,

pág. 71).

La pérdida es real, pero solo una de las elaboraciones posibles de la pérdida conduce al duelo. Con *El Malestar en la cultura* (1930), la acción de amar (que implica elección de objeto) se contempla como un paso más, como protección frente a la pérdida objetual en oposición a la experiencia pasiva de ser amado. Todavía considera como dos polos contrapuestos a los instintos del Yo (narcisismo) *versus* las pulsiones objetales (amor sexual), reconociendo al Yo como lugar de origen y cuartel general de la energía libidinal: «Esta libido narcisista se orienta hacia los objetos, convirtiéndose así en libido objetual» (V. III, pág. 42).

En *Compendio del psicoanálisis* (1937), una vez más el pecho materno es reconocido como primer objeto. Es el pecho, al escabullirse intermitentemente, lo que forja el anhelo que incita a la conquista del universo circundante. En el Yo está originariamente acumulada toda la reserva disponible de libido, y continúa diciendo: «A este estado lo denominamos narcisismo absoluto o primario; subsiste hasta que el Yo comienza a investir las representaciones de los objetos con libido; es decir, a convertir libido narcisista en libido objetual» (V. III, pág. 396).

Un interesante párrafo de *Esquema del psicoanálisis* (1938), proporciona una clara exposición de la génesis del sujeto en el marco del narcisismo primario y de lo que entendemos como *función materna*:

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre, el amor aparece en análisis con la satisfacción de las necesidades nutricias. Al principio, el pecho seguramente no es discernido del propio cuerpo, y cuando debe ser separado de este, desplazado hacia *afuera* por sustraerse tan frecuentemente al anhelo del niño, se lleva consigo, en calidad de *objeto*, una parte del investimento libidinal narcisista originario (1938, V. III, pág. 425).

Un juego especular desplegado en *Conclusiones, Ideas y Problemas* (1938 [1941], pág. 2787 de las O.C. en edición digital de Biblioteca Nueva): «El pecho es una parte de mí, yo soy el pecho. Más tarde tan solo: yo lo tengo, es decir yo no lo soy... Tener y ser en el niño. El niño prefiere expresar la relación objetual mediante la identificación: yo soy el objeto. El tener es ulterior y vuelve a recaer en el ser una vez perdido el objeto. Modelo: el pecho materno.»

Párrafo muy en línea con el del *Esquema* (1938): «Yo soy el objeto = El objeto soy yo». La *escisión* introduce una primera diferencia en la identificación primaria: yo soy el objeto. *Yo* apunta hacia algo externo, el *objeto*, para inmediatamente eliminar (renegándola) cualquier otra diferencia. Sigue Caparrós en el *Viaje a la complejidad*:

La *renegación* opera en sentido inverso: donde el principio de realidad exige decir «yo soy diferente al objeto», figura la propuesta absoluta «yo soy el objeto». ¿Por qué emplear dos mecanismos cuyos efectos parecen opuestos? La escisión entraña en este estadio el peligro del caos y sin embargo es necesaria. La irrupción violenta del principio de realidad es tóxica (V. III, pág. 373).

Narcisismo primario, complemento libidinal al egoísmo del instinto de conservación; libido narcisista, reserva a la que se remiten las investiduras objetales.

4.1.2. Referencias al narcisismo en la obra de Karl Abraham

Desde un principio Abraham se zambulle en el psicoanálisis, a diferencia de Jung que lo acoge con más cautela. Un rasgo distintivo de sus trabajos frente al de otros psicoanalistas de la época es su preocupación central sobre las psicosis y las primeras

etapas del desarrollo; el narcisismo tenía que ocupar, por fuerza un lugar relevante. Mis investigaciones sobre este autor (2000, 20002) me han permitido hacer múltiples hallazgos en torno al narcisismo, lo cual no debería sorprender ya que siendo reconocido sobre todo como quien puso en marcha la teoría de las relaciones de objeto, no dejó de abordar el otro costado del encuentro.

El primer amor al objeto proviene de que es *yo*, la herida narcisista irrumpe, es la pérdida que dinamiza el pensamiento freudiano; los avatares de la pérdida objetal cumplen esta función en Abraham y, más tarde, en Klein. En Freud la fase autoerótica puede confundirse con el narcisismo; Abraham afirma que en ella el objeto se devora, por eso no deja rastro, mientras que en el narcisismo sí hay un objeto (uno mismo) que permanece. En realidad, el par del *autoerotismo* es el *aloerotismo*, mientras que a *narcisismo* se opone *objetalidad*. El berlinés se está refiriendo, sin duda, al narcisismo secundario.

Abraham obtuvo la confirmación clínica de que existían puntos de fijación específicos para las psicosis en fases muy tempranas del desarrollo libidinal. Esto era lo que se esperaba, porque el narcisismo había sido postulado como estadio primario del infante y el narcisismo de la regresión psicótica obedecía a una fijación en aquel período. Pistas dispersas: narcisismo primario anobjetal; dispersión de objetos y retorno de lo proyectado en la paranoia, objetos aniquilados en la pérdida melancólica y un largo etc.

El ensayo *Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz* (1908. En aras de una lectura más ágil, me limitaré a precisar tan solo obra y año; en mi publicación de 2002 las citas son más extensas y están todas documentadas), le convierte en precursor de la concepción de Freud sobre neurosis narcisistas. En él detecta la distinta importancia que el amor objetal cobra en estas patologías (que comparten como fuente complejos sexuales reprimidos). Todavía el objeto es, ante todo, externo, pero ya apunta el exceso de vinculación en la histeria y la falta de afecto en la demencia precoz. En la histeria es el objeto interno el que resulta investido libidinalmente; en la demencia precoz, lo es el objeto Sí mismo u objeto constituyente del *Self*; este planteamiento actual, es detectado por Abraham como sigue:

Es el autoerotismo lo que distingue a la demencia precoz de la histeria. Allí el desprendimiento libidinal, aquí el investimento excesivo del objeto; allí la pérdida de la capacidad de sublimar, aquí una acentuada sublimación... El amor objetal no se desarrolló nunca plenamente en la demencia precoz (*Las diferencias psicosexuales...*, 1908).

Las relaciones psicológicas entre la sexualidad y el alcoholismo (1908) le dan pie para plantear la diferenciación de sexos a partir de un estado original de bisexualidad. Freud expone una pareja de pulsiones parciales (voyeurismo / exhibicionismo; ver / ser visto), Abraham añade otra caracterizada igualmente por la relación pasividad-actividad: masoquismo / sadismo, donde se intenta conseguir la supremacía sobre el objeto sexual o bien su sumisión. Actividad-pasividad que demarcarán más tarde los distintos momentos del desarrollo libidinal.

Con la misma precocidad dismantela el idealizado candor infantil en 1909. «Es totalmente erróneo admitir que los sentimientos de los niños hacia sus padres y hermanos sean, de entrada, afectuosos... existe cierta competencia... vive un ingenuo

egoísmo» (*Sueño y mito*, 1909). Afectos y pulsiones bullen sin control y ligan el erotismo del niño a componentes «incluso crueles», en su tendencia a la posesión ilimitada del objeto. La agresión al objeto se expresa a través de la oralidad, de la devoración. Sadismo y masoquismo son contemplados como fundamentales condiciones del desarrollo, dejando de lado su valor moral.

El pensamiento de Abraham es coherente con la perspectiva genética que se propone adoptar. El autoerotismo no puede proporcionar otra cosa, cuando este se supere aparecerá el engañoso binomio narcisismo-objetividad y, en ese ámbito, ya será posible expresarse en términos propiamente egoístas y altruistas. El amor es algo negociable con el objeto, o eso parece significar el ofrecimiento del pequeño a la madre de sus producciones corporales marcadas de sobreestimación narcisista. Las neurosis narcisistas de predisposición anal, tienden a ofrecer regalos en lugar de amor; pero en la etapa de retención se economizan todas las posesiones: corporales, materiales y psíquicas (*Una forma de resistencia neurótica...*, 1913). En este trabajo está pensando también en el narcisismo, pero lo indaga tras la máscara de la sumisión. Pacientes sumisos y pacientes que litigan no esconden problemáticas tan dispares como pudiera parecer...

Sus trabajos comienzan desde el campo de las psicosis y así se confronta a la vez con lo más íntimo —el narcisismo— y lo más externo —el principio de realidad—. Abraham emprende el estudio psicoanalítico de las psicosis desde un estudio profundo y detenido de las fases de evolución de la libido, ahí surge el objeto con toda su fuerza cuando contrapone histeria a demencia precoz.

Al leer el manuscrito de *Introducción al narcisismo* de Freud, quedó particularmente impresionado como muestra su carta del 2 de abril de 1914:

La distinción entre ideal del yo y la sublimación auténtica es algo que siempre expuse a mis pacientes sin lograr darle formulación precisa. ¿Puedo hacerle una propuesta? Creo que en este punto es donde se puede hacer resaltar más claramente la oposición entre la terapia jungiana y el psicoanálisis.

No resulta extraño que Abraham acepte el narcisismo. Existe para ello una especie de sobredeterminación: lo más obvio: su enemistad con Jung, pero al mismo tiempo le resulta fácil seguir el pensamiento de Freud en la medida que el narcisismo tiene una lectura coherente a partir de las vicisitudes históricas del objeto. La línea autoerotismo-objetividad pide la inclusión del narcisismo y los trabajos anteriores de Abraham se sitúan desde esa perspectiva.

Tras la lectura del borrador de *Duelo y melancolía*, el 31 de marzo de 1915, Abraham responde al maestro con un pequeño ensayo; sintetizamos: a) *duelo* y *melancolía* son entidades a diferenciar, pero poseedoras de aspectos comunes. b) Abraham parte la neurosis obsesiva estableciendo un nexo con la melancolía. c) Se interesa por el sadismo, opuesto en cierto modo al amor objetual. d) Ello le lleva a establecer vínculos obvios entre sadismo y narcisismo. e) También, y esto es clave, entre narcisismo y depresión como más tarde figurará en *Duelo y melancolía*. Tras justificar los comentarios con alusiones a su material clínico, plantea la posibilidad de establecer un diagnóstico diferencial de ambas patologías desde el erotismo anal: «Tal vez estuviera aquí el punto de separación de estos estadios tan afines en todo lo demás», subraya.

En el *Examen de la primera etapa pregenital del desarrollo* (1916), definirá como punto clave para el diagnóstico diferencial entre melancolía y neurosis obsesiva la modalidad oral de aprehensión del objeto; un caso de demencia precoz centraba la atención sobre su propia persona, «de forma muy narcisista»: su cuerpo le cautivaba, sus sensaciones genitales y anales revestían la mayor importancia... «En la pubertad, se divertía con juegos escatológicos y más tarde sus excrementos atraían enormemente su atención; tenía ganas de alimentarse con su propio esperma. La boca, zona erógena, ocupaba un lugar privilegiado».

En 1912 trató con éxito dos casos de impotencia, pero será cinco años después cuando detecte en pacientes con eyaculación precoz, un tardío control de esfínteres y el placer exhibicionista de orinar a la vista de otros. Además de señalar la simultaneidad de placer y displacer, recoge el fracaso en el acceso a la madurez genital y sitúa al narcisismo como fuente de este trastorno. Puntualiza:

Quando el niño comienza a dar lo suyo a otro... las producciones de su cuerpo son, en las representaciones que tiene, partes del mismo. Son la moneda con la que paga. Estos productos están marcados con una sobreestimación narcisista (*Sobre la eyaculación precoz*, 1917).

Alusión al narcisismo en un párrafo de *Las neurosis de guerra* (1918):

El amor del afuera que va a faltarles, lo reemplazan amándose a sí mismos. La zona herida se dota con una significación erógena que no tenía... Existe el marcado sentimiento de una enorme pérdida... no podía ser indemnizado por su empobrecimiento en amor objetal. De nuevo es el narcisismo lo que explica el comportamiento de estos enfermos... La zona genital ha perdido su primacía.

El efecto de la guerra apenas difiere del producido por otros traumas cuando inducen neurosis, ambos requieren una predisposición (aquí reacción narcisista a una herida que viene del exterior). Regresión en un momento en que debe sacrificarse todo por la comunidad. El talante maniaco de los amputados se debe al desafío narcisista en el que la erogeneidad se vuelca en la herida, nada indemniza la pérdida. La zona genital pierde primacía y el erotismo anal se refuerza.

En 1918 Freud se recreó con el artículo de Abraham *sobre la valoración narcisista de los procesos excretorios en sueños y neurosis*, en torno a una paciente que refleja en un sueño «una gran omnipotencia de las funciones vesical e intestinal». *Examen de la primera etapa pregenital del desarrollo de la libido*, una de sus obras más reconocidas, aborda un aspecto fundamental:

Esta influencia crónica del complejo de castración de la madre, me parece jugar en la génesis de la angustia de castración del niño, un papel muy superior al de ocasionales amenazas de castración... El erotismo anal de la madre, es el más precoz y temible enemigo del desarrollo psicosexual del niño.

El narcisismo exacerbado de la madre es lo que impide que se «ofrezca como objeto» para el bebé; de ahí se derivan consecuencias trascendentes.

En *El psicoanálisis como fuente de conocimiento antropológico*, escrito en 1920: el autoerotismo primordial no exige un objeto exterior, es *el estadio del narcisismo*, escribe. Una época todavía amoral en la que el niño no puede ser calificado ni de inocente ni de malvado. La moralidad exige un fin y una capacidad de elección de la que el niño carece. Más tarde, en *Contribución al carácter anal* (1921), insiste en la necesidad de diferenciar el *acto* de la excreción con el placer obtenido con los *productos* de ese proceso y la gratificación psíquica basada en la *consecución* del acto. La educación higiénica del niño «expone a su narcisismo a la primera prueba

severa». No obstante, lo normal es que se compense esta inicial ofensa con el sentimiento gratificante de *ser bueno* ante los padres.

Cerca del final de sus días, la preocupación sobre lo narcisista persiste. En *Algunas características del pensamiento del niño pequeño* (1923) los intereses del yo predominan sobre los del objeto; primitivo placer de morder en el que ninguna inhibición frena la destrucción de los objetos. Todavía no existe adaptación del niño al mundo exterior, este está a su servicio, todo se lleva a la boca en el afán por incorporar cuanto las manos son capaces de asir...

El egoísmo es el único amo; lo mismo que la sexualidad infantil, triunfa el narcisismo... La aptitud de comparar y diferenciar críticamente, falta en esta primera etapa... El narcisismo ejerce todavía una preponderante influencia sobre el pensamiento... El niño atribuye a sus deseos y pensamientos un poder absoluto que debe transformar el mundo exterior. Solo poco a poco medirá los límites que son impuestos a la acción que ejerce sobre el mundo circundante.

La génesis de su gran trabajo de 1924 sobre el desarrollo libidinal, se vislumbra a través del intercambio epistolar; con orgullo notifica a *Herr Professor*:

Además del resultado principal (explicación del proceso evolutivo desde el narcisismo hasta el amor objetal), el trabajo aporta una contribución a la comprensión de la paranoia y otras formas de neurosis hasta ahora no muy tomadas en cuenta (Carta a Freud del 1-4-1923).

Al comienzo de la vida, el niño reacciona instintivamente frente al mundo exterior, tan solo grado a grado va superando impulsos egoístas y narcisismo y avanza hacia el amor objetal (*Estudio psicoanalítico de la formación del carácter*, 1925). El paso más importante para superar el narcisismo original y las tendencias objetales hostiles, lo da al superar el complejo de Edipo con todos sus componentes. El cuerpo de la madre despierta sensaciones que se transforman con el paso del tiempo. Primero ambivalencia, curiosidad y temor combinados; si el desarrollo continúa con normalidad, los sentimientos que inaugura con la madre, se transportarán al padre, extendiéndose más tarde al resto de la comunidad.

Abraham rescató al *objeto* de su condición elemental de lugar en el que la pulsión descarga, sin prescindir de esta a la hora de elaborar una teoría estructural sobre la dialéctica que se establece en los primeros encuentros del bebé con el objeto. La *Teoría de las relaciones objetales* no deja de evolucionar en el seno del psicoanálisis aunque, en este trasiego, algunas escuelas desvitalizan al objeto al dejar de lado o minusvalorar el estatuto de la pulsión. Abraham, sin duda influido por su experiencia con psicóticos y pacientes muy desestructurados, no solo observa la función descarga de la madre, sino además, su función estructurante.

4.1.3. *Evolución posterior*

Llega el tiempo de hacer una breve y sintética revisión —desprovista de afán exhaustivo— de los principales psicoanalistas que han investigado el tema. Este apartado solo tiene la ambición de mostrar un panorama de por sí complejo; adentrarnos en el narcisismo sin articularlo en una teoría de más amplio rango no puede dar cuenta de una serie de problemas capitales. ¿Qué es el narcisismo en la construcción del sujeto? ¿Qué representa? ¿De qué manera se descubre la presencia del objeto externo?

Si Freud comienza con una serie de postulados económicos entremezclados con

perspectivas dinámicas, poco a poco deriva hacia una serie de presupuestos estructurales. Lo inconsciente se controla mediante los compromisos precarios de la represión, la satisfacción, la inhibición en cuanto al fin y la sublimación: estas cuatro vías no alcanzan nunca un equilibrio definitivo, porque la pulsión *insiste* y con ella lo objetual y lo narcisista pasan por diversos y críticos avatares.

En las líneas que siguen, desfilan autores que se decantan por uno de los dos polos de la relación, uno mismo o el objeto; posiciones coherentes con el nacimiento de una teoría que trata de delimitar fronteras para ser aplicada a la clínica. Solo en los últimos años y potenciado por el paradigma de la complejidad, se afianza la perspectiva del sistema madre-bebé como totalidad, como venimos defendiendo desde el Modelo Analítico Vincular. Nunca se recalcará bastante la condición humana como sistema abierto, ser en evolución permanente.

Un gran precursor del trabajo con patologías narcisistas fue *Sandor Ferenczi*. ¿Qué pasará por la mente del niño satisfecho que desea mamar y sufre por primera vez el desencanto del hambre y la sed? «Hasta entonces, amparado en su narcisismo primario, solo se conocía a sí mismo [solo era sí mismo, deberíamos decir], no sabía nada de la existencia de los objetos... Puede producirse una defusión instintiva en la vida psíquica que se manifieste por una descarga motriz y por gritos... Cuando recupera el seno materno, tras haber esperado mucho tiempo y haber gritado, este no le causa el efecto de algo indiferente... se convierte en un objeto de amor y odio» (1926, *El problema de la afirmación del desagrado*).

Para *R. Fairbairn* (1889-1964) el ser humano es un buscador de objetos y son estos, precisamente, los que actúan como atractores de las fuerzas libidinales (1940, *Estudios psicoanalíticos de la personalidad*). Es conocida su crítica a la teoría pulsional de Freud, en el sentido de que la confrontación entre pulsiones y mecanismos de defensa no da cuenta del hecho mental y la que hace a Klein por no dar cuenta de la formación del objeto interno. Desde su labor con pacientes fronterizos se levanta contra una desviación mecanicista del psicoanálisis, contemplarlo bajo la óptica unilateral de la teoría económica. Tiene razón, pues, cuando afirma que la personalidad es una estructura que se basa en experiencias — con todo lo que el término significa— con los objetos. Dirá entonces que el aparato psíquico cobra forma gracias a los objetos internos, oponiéndose al concepto de narcisismo primario, el placer es allegado a la relación.

Argumentamos ahora que el conocimiento del narcisismo primario tiene lugar *a posteriori*, en el período de su resquebrajamiento. Nunca existirá un divorcio mayor entre el principio del placer, entonces en su apoteosis y el principio de realidad que, si lo hemos de entender como una función del Yo, aún no existe. Mientras placer y realidad sean dos espacios disjuntos estaremos en los dominios del narcisismo primario. En la terminología que adoptamos se diría que Fairbairn se sitúa de forma exclusiva en el nivel psicológico de integración, para evitar así los peligros respectivos de biologismo y sociologismo. En lo que se refiere al objeto interno, como afirma Poch Bullich (1994), este halla su génesis en la relación del sujeto con el mundo externo, es decir con los objetos reales. No obstante la afirmación posee un cierto estatismo e innatismo ya que no cabe hablar, *sensu stricto*, de sujeto en los primitivos estadios.

Por su parte, *Victor Tausk* (1879-1919) opone un narcisismo orgánico (que asegura en lo inconsciente la unidad de funciones del organismo) al psíquico.

En 1921 *Lou Andreas Salomé* escribió *The dual orientation of narcissism* donde, siguiendo a Freud, subrayó la ubicuidad del narcisismo como componente esencial del amor hacia sí, que acompaña a todas las fases del desarrollo; lo calificó como un sentimiento de identificación con la totalidad (p. 4). Hipótesis retomada más tarde por W. Reich (1933) al afirmar que el carácter es ante todo un mecanismo de protección narcisista contra los peligros del amenazador mundo exterior y las pulsiones que pugnan por expresarse (pág. 158).

Las características del *objeto transicional* de *Donald Winnicott*, no son fáciles de definir. Participa de cualidades de lo interno y de lo externo, permitiéndole así situarse como tampón que posibilita la separación y atenúa las ansiedades derivadas de la misma. Por ello, unas veces adopta los rasgos de objeto cuasi interno y otras adquiere la distancia propia del objeto exterior. Se puede decir que el espacio externo es algo en sí y en cierta medida no necesita ser enunciado por el protosujeto. Aunque Winnicott no haga referencia directa al narcisismo, refiere una exterioridad por oposición al protosujeto en ciernes. El vínculo que anuda y establece comunicación entre esos dos espacios por definirse es, justamente el transicional. Su enunciado elimina el riesgo de oponer dos exterioridades, previamente constituidas que solo en un segundo paso llegan a enlazarse. Externo e interno piden la articulación dinámica para establecerse. El espacio transicional permite poner en conexión el narcisismo primario y la realidad externa; es un elemento puente de la representación concreta a la representación internalizada que constituye un verdadero símbolo.

Viene ahora a colación *Michel Balint* (1896-1970) por su concepto *falta básica*, o por mejor decir, *falla básica*. Esta noción tiene el mérito de rescatar una corriente psicoanalítica de difícil aprehensión. Me refiero a las perspectivas relacionadas con la *negatividad*. No le falta tradición a este punto de vista. En Freud existe la idea de renegación (*Verleugnung*) y más tarde la de forclusión (*Verwerfung*), retomada sugerentemente por Lacan. En todos estos apuntes se registra la ausencia, el vacío, el silencio; la presencia elocuente de una ausencia. La negatividad irrita y afecta por su misma ausencia. Ocuparse de ella implica partir de una contradicción radical: enunciar algo cuya esencia es ser nada. En cierto modo es la situación especular del conocido «trauma»; en este último caso existe algo que es frustrante, que desestructura, pero que existe al fin. Las psicosis, vistas desde el psicoanálisis inauguran otra cosa: *vacío*, donde debió suceder algo, aparece «nada», negatividad.

La falta básica es una consecuencia de la patología del objeto externo, un objeto que no se deja inscribir, que no permite registros, que impide introyectos. En *Narcisismo y amor primario* (Balint, 1952) suple con la idea de ambiente-madre al narcisismo primario de Freud: «el ambiente y el individuo penetran el uno en el otro, existen ya en una mezcla armoniosa»; lo que subraya aquí, es el aspecto ambiental del narcisismo, otra manera de formular la simbiosis madre-bebé, teniendo en cuenta que la madre es el ambiente primigenio de aquel.

Con *H. Hartman*, la psicología del Yo se apoya en Abraham al plantear los mecanismos de defensa en base a mecanismos de incorporación/excorporación anabólicos y catabólicos. Pero Hartman no alude a lo afectivo que acompaña a la

totalización del objeto. La función central del Yo es servir de puente entre la realidad y la estructura psíquica, actúa también como defensa frente a estímulos externos demasiado intensos. Define al *Self* como la propia persona y al Yo como estructura psíquica. Su concepción de la «zona libre de conflicto» en el Yo, sirve de referencia a la hora de plantear los actuales paradigmas.

Margaret Mahler propone distinguir dentro del concepto freudiano de narcisismo primario dos subfases: el *narcisismo absoluto* caracterizado por la falta de conciencia de un agente de maternaje (autismo normal) y el *estadio simbiótico* que principia alrededor del tercer mes de la vida y en el que el bebé comienza a percibir que la satisfacción de las necesidades procede de un objeto parcial. Las sensaciones internas del pequeño forman el núcleo de su sí-mismo, alrededor del cual se establece un sentido de identidad. El órgano sensorio perceptivo contribuye a establecer la frontera de demarcación entre sí mismo y mundo objetal. La aportación de Mahler apunta hacia la transición entre narcisismo y objetalidad, entre narcisismo primario y secundario.

A partir de la simbiosis se comienza a desarrollar el proceso de *separación-individuación* que Mahler conduce de la mano de la correspondiente maduración del sistema nervioso y que subdivide en cuatro períodos: *diferenciación* (6-11 meses, se vuelve activamente al mundo exterior en busca de estímulo), *ejercitación* (10-15 meses, gran investidura narcisista en sus propias funciones; aparece la necesidad del reabastecimiento emocional), *reacercamiento* (14-22 meses, la libido narcisista es menos importante, ligero temor a la pérdida objetal) y *constancia objetal* (desde los 20-36 meses, se establecen representaciones mentales del sí mismo como algo separado del objeto). La constancia objetal se alcanza «cuando una defensa concreta, la escisión de la imagen del objeto, ya no está a disposición del yo» (Mahler, 1968, *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*, V.1). M. Mahler enfatiza sobre todo el estatuto del objeto externo, la madre en sí y sus sustitutos —el objeto *órgano* de Kestenberg (1971), los objetos *transicionales* de Winnicott y los objetos *fetiché* de Greenacre (1960)—.

En el seminario *Sobre las relaciones de objeto* (1956-1957), J. J. Lacan advierte que estas remiten a un objeto perdido y que lo gratificante obra a modo de objeto reencontrado que nunca coincide con aquel. Esta brecha inicial impide que la repetición lleve a la satisfacción plena, dado el carácter imposible de alcanzarla por entero. Estamos condenados a la continuidad dinámica que queda asegurada en ese permanente disestar. Si para Freud el objeto no es reductible a un significante, en Lacan el Objeto aparece como una construcción de significantes, *collage* de objetos que, en última instancia encubre una falta, un objeto *autre*, {a}. En realidad ambas propuestas son igualmente correctas si las situamos en el marco de lo retroactivo a que nos tiene acostumbrados el paradigma de la complejidad.

No puede faltar en esta sucinta relación la figura de *Heinz Kohut*, que otorga una función fundamental al objeto en la formación del *Self*. En el fondo Kohut elude el tema capital de su génesis. El narcisismo es representante de la estructura del *Self*, pero como Mollon (1986, *An Appraisal of Kohut's Contribution to the Understanding of Narcissism*, in *Brit. J. Of Psychotherapy*. V.3 (2) pp.151-161) señala, también se puede relacionar con una retirada defensiva de la relación de objeto. Kohut conceptúa

el *Self* como núcleo experiencial de la personalidad; desde este punto de vista, sus alteraciones son consideradas como primarias y el alejamiento de las relaciones objetales como una consecuencia secundaria de lo anterior. Puede parecer sorprendente pensar que exista una alteración más básica que aquella que se desprende de las relaciones objetales, sobre todo aferrados al punto de vista kleiniano; Kohut crea como respuesta el por él llamado «objeto del *Self*», que abarca funciones de espejamiento o *mirroring* y abre la posibilidad de la idealización, necesaria para mantener la cohesión inicial del *Self* infantil.

André Green aborda, entre otros muchos aspectos, las funciones gramaticales de los enunciados narcisistas. Una de las funciones del lenguaje es constituir una *representación* tanto del sujeto unitario como de su pensamiento. En la asociación libre cada sintagma debe obedecer a la lógica gramatical; está hablando de la investidura narcisista de los elementos fundamentales de la frase: sujeto (ambigüedad), auxiliares (posesiones del sujeto), verbo (soporte de la acción), complemento del objeto (con distintos tipos de investidura). También:

La pérdida de objeto revela dependencia, hace emerger el odio sobre la tristeza y muestra deseos de devoración. Lacan afirma que el objeto solo puede ser parcial, yo creo que la alternativa es más complicada. El exceso de investidura narcisista de objeto no es el objeto objetal, sino el objeto potencial del espacio transicional... En cualquier caso, que el lenguaje pueda mantener la estructura narcisista, hasta el punto que las transformaciones de relaciones internas entre sus elementos puedan dar una imagen de la economía pulsional, permite pensar que puede ser el refugio narcisista más inexpugnable en su pretensión de crear formas cerradas que recuperen hasta los fallos más patentes del discurso (A. Green, 1976, pág. 65).

La introducción de objeto transicional winicottiano por parte de Green, permite superar una dialéctica esquemática en exceso entre narcisismo y objetalidad, que en su formulación más extrema se convierten en dos exterioridades.

Otto Kernberg también relaciona desarrollo del Yo y del narcisismo y enfatiza la distinción entre narcisismo normal (investidura libidinal del *Self*) y patológico. Aunque nos detendremos con este autor en el próximo capítulo, avanzamos: «el narcisismo normal supone la diferenciación e integración de la libido y la agresión y de la estructura [Yo, Superyó y Yo ideal], así como la consecución de algún grado significativo de individuación y constancia objetal». Mientras que el *narcisismo patológico* se relaciona con el desorden, la des-diferenciación y desintegración de estos factores. (Kernberg, 1975, pág. 31)

R. D. Stolorow ensaya una definición funcional del narcisismo (1975, *Int. J. Psycho-Anal*, 56) y afirma que la actividad mental es narcisista en la medida en que su función es mantener la cohesión estructural, estabilidad temporal y afecto positivo coloreando la representación del *Self*. Es decir, la actividad masoquista también podría tener una función narcisista por su contribución a la integración de la representación de sí.

Nicolás Caparrós será nuestro último referente para sintetizar el estado actual de la cuestión desde nuestra perspectiva. Tomamos reseñas fundamentalmente del *Viaje a la complejidad* (tercer tomo) y de su última obra *Épica, mito y tragedia*:

El narcisismo es un intento de *perfección* (Freud, 1914) que, como hipótesis pre-estructural, describe la evolución del aparato psíquico en respuesta a las ubicuas heridas narcisistas. El protosujeto se instala, con su inseparable par antitético, el objeto, en el espacio que nace tras el narcisismo primario, esa castración fundamental

prototipo de las ansiedades de castración futuras. Todo lo por suceder tiene ahora una doble lectura según se contemple desde la perspectiva del bebé (nivel de integración psicológico que comienza) o con la visión del observador (personificación del nivel de integración social que existe desde siempre).

El Yo del bebé y el primer objeto son dos descubrimientos simultáneos, inconcebibles el uno sin el otro. El objeto real se ha visto envuelto en la más radical de las *renegaciones*: ser en la medida en que existe el sujeto y ser a su imagen y semejanza, solo así, en esa atmósfera omnipotente que conjura la real e inevitable impotencia, resultan tolerables las primeras vivencias de separación. Es el espacio de la eternidad. En el espacio de tres dimensiones y en la sucesión temporal que sirven de contexto al principio de realidad, esto no es concebible (estas vivencias originarias no podrían ser nunca contenidos de la conciencia debido, precisamente, a la radical incompatibilidad con el proceso secundario) (N. Caparrós, 2013, V. 3, pág. 370).

Poco a poco, a medida que se reitere la presencia-actuación de la madre y que sea inevitable incorporarlo, *externo* e *interno*, como tales espacios, dibujan sus fronteras de forma más estable y la *escisión instrumental* corona su objetivo, que no es otro que trazar con progresiva firmeza estas discriminaciones.

Sigue Caparrós: El narcisismo se manifiesta de diversas formas: *a)* En el *sufrimiento* que se expresa por la retirada de los objetos de amor del interés libidinal: «Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo» (Freud, 1914). *b)* En la *elección de objeto narcisista* según la persona propia. *c)* Narcisismo normal o patológico. *d)* Las consideraciones clínicas se mezclan con las metapsicológicas: «El narcisismo en este sentido no sería una perversión, sino el complemento libidinal del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación» (2015, pág. 420).

La utopía del narcisismo, que encierra también su entraña trágica, se resume en la afirmación siguiente: «El narcisismo es el *deseo del Uno*. Utopía unitaria, totalización ideal» (A. Green, 1983, pág. 55). Narciso, Antígona, Edipo, dura travesía. El narcisismo es también complejo e inestable; el complejo de Edipo, por su parte, no alcanzará nunca una resolución definitiva, la huella de la neurosis nos acompañara siempre en la tenaz búsqueda de la normalidad.

4.2. LO ORIGINARIO

El narcisismo del objeto rodea y abriga al neonato nutriendo psique y soma. El sistema madre-bebé se concreta tras el alumbramiento: en ese momento de pérdida son extremadamente vulnerables; tanto su cuerpo como su narcisismo (en el caso de la madre) se desgarran, se exige una reacomodación neuroendocrina y, al mismo tiempo, sistema inmunitario y defensas psíquicas despliegan plena actividad. Dos organismos luchan por adaptarse a una nueva situación, los sentidos se agudizan, el bebé se estrena en un espacio ajeno al saco amniótico y las paredes uterinas que le cubrían. Ambos pasan frío, se buscan y el olfato permite reconocer en el otro algo propio. ¿Vulnerables? En cierto modo, pero también derroche de energía, ostentación de fuerza que desde el exterior se contempla con una amalgama de ternura, respeto, envidia...

4.2.1. Ternura originaria

Pero la sensación de debilidad permaneció, cantando en la sangre, circulando con ella. Ocupaba las venas y todo el cuerpo, como una coral llena una iglesia... Por primera vez y de manera sorprendente ella y su corazón se encontraban a solas. Y el temor se arqueó como un basto yugo sobre la espalda temblorosa (Joseph Roth, *El espejo ciego*, 1973).

Con la idea de *Ternura originaria o primigenia* (Sanfeliu y Díaz, 2008), preambivalente, caracterizamos lo experimentado en el espacio cercano a lo indiscriminado en el que comienza a desplegarse el sistema madre-bebé. Es la ternura que conmueve, entrañable en el sentido más estricto del término, que nace en las entrañas, la más somática por estar sometida todavía a las leyes del proceso primario. Viene ligada al temblor, al escalofrío y al dolor, es el irracional alivio que hallan dos cuerpos fatigados tras su desunión. Su cometido es recubrir y apaciguar tensiones ofreciéndose como alternativa a la descarga.

La ternura, tejido envolvente en que el sistema madre-bebé se desenvuelve, estructura cuerpo y psique en un sujeto, prepara el acceso al símbolo y al proceso de vinculación. La ternura no se resume en una caricia, la musicalidad del lenguaje, su ritmo, el susurro o una mirada entrañable, alcanzan tanta consistencia como la solidez de una mano. Leer *ternura* hace esbozar una sonrisa. La ternura mece, tiene un ritmo pausado incompatible con la celeridad. Pero sin cimas no hay valles; estos sirven de solaz y reconfortan tras la ascensión, quizá por eso dolor y violencia son frecuente contrapunto a este afecto. Surge ternura por ese otro que lucha en, con y contra su dolor; hay ternura frente a la indefensión (fuerza y ternura se funden un instante en el «potente» abrazo infantil brindado con ánimo de abastecer de energía al adulto que les nutre), ante la verdad, lo histérico la obtura.

Podríamos quizá ubicar la ternura como «placer de órgano puesto en función durante el alimento» (Ulloa, 1991; en *Clinica y análisis grupal*, núm. 58), en la transición desde el momento antes descrito al de un esbozo de maduración en el que la madre ya se contempla nutriendo al hijo; pero no es lo aglutinado-fusional a que hicimos referencia. No olvidamos tampoco el *apego* de Bowlby (1950) o el *amor primario* de Balint (1952), no ligado a una zona erógena determinada y donde las metas instintivas recíprocas son interdependientes; son conceptos muy cercanos. Lo que quizá singulariza la propuesta que planteo con mi hija —que despunta a partir de lo experimentado por ambas a raíz de su maternidad— es el énfasis en lo fisiológico de ese fugaz instante con dos protagonistas, tres a lo sumo, si permitimos el acceso a la abuela que, en un peculiar movimiento de fusión atemporal, envuelve de nuevo a su pequeña, ahora convertida en sistema madre-bebé.

Ternura originaria en tanto germen de esta egoísta emoción anclada en el gozo con lo que todavía es una misma, en la ilusión de inmortalidad alcanzada por la transmisión. El bebé hace «hucha» de ternura a través de representaciones interiorizadas de las que nutrirse ante pérdidas objetales. La *representación* de la ternura es subjetiva, cada cual la evoca como reflejo de la imagen internalizada de un cobijo, regazo, mirada, olor, lugar... la ternura se encarna en un objeto, lugar y situación determinados. Además, el bebé no solo encuentra al objeto, lo recrea y se contempla en él.

Esta emoción goza de la posibilidad de expresarse a través de múltiples canales, por ejemplo: temperatura (la calidez que brinda el acercamiento, el sol «acaricia», el frío eriza una barrera pilosa defensiva —curioso, en los países cálidos se toca más,

aunque parecería que es el frío lo que reclama y propicia el contacto—); mirada (cuando el sujeto no necesita mirar al objeto porque se sabe mirado); boca (la del sujeto y la del objeto, dientes cuando mordisquean y no muerden, lengua que lame y acaricia —caricia enmarcada en ternura que apacigua—); manos (influye su tamaño, dureza, presión, uñas que hacen cosquillas y no arañan...) o palabra (tono, volumen, contenido, ritmo, música...).

Pero el poder evocador de placenteras representaciones interiorizadas, permite también aplicar la idea de ternura desde un plano subjetivo a ciertos colores, olores, incluso pueden experimentarse como tiernos o sensuales ciertos alimentos en función de su textura o temperatura, siempre que tengan poder evocador. El contacto emite dos mensajes conexos: el del dedo que se desliza y el que surge en la zona acariciada. Es obligado recordar a Ferenczi y las consecuencias que observa cuando se confunden el lenguaje de la ternura (amor objetal pasivo) y el de la pasión (amor objetal con pretensiones de incorporación).

Este movimiento de empatía, durante muchos años solo fue dado observarlo en madres con sus cachorros —humanos o no, pero durante un tiempo muy limitado— o en espacios de intimidad a salvo de miradas ajenas. Aplicado a la infancia, hay que retraerse a la Edad Media en la que arraiga una nueva forma de vincularse en público con el niño a través del mimo y la ternura. La niñez es definida y acotada como algo específicamente humano por J. J. Rousseau (*Emilio o la educación*, 1762): «es mala educación la que no sabe detectar al niño dentro del niño», o también: «el niño mal cuidado tendrá tiempo de perecer cien veces antes de que su nodriza haya adquirido para él una ternura de madre». Philippe Ariès (*L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, 1973) define el término *mignotage*, aplicado a la ternura de las nodrizas al amamantar a sus bebés, al hecho de jugar con ellos como animalillos, a divertirse con sus redondeces y sus gracias. Vertido al castellano se ha traducido como «mimoseo», pero indagando el término en su lengua vernácula añadimos: tratar con delicadeza, arreglarse, emperifollarse. Todo un mundo de placer hacia un ser que todavía no goza de grandes investiduras por parte de los adultos que le rodean; su muerte, tan frecuente por entonces, es acallada pronto por un nuevo nacimiento. Será a partir de la modernidad cuando salga de ese anonimato y se reconozca la niñez como etapa necesaria para el desarrollo de un sujeto con derechos que se consolidan con la ley de la protección de la infancia a finales del XIX.

El momento que venimos describiendo, ese instante aglutinado que antecede a la singularidad, está empapando al narcisismo primario. Ese narcisismo que hace exclamar a Green: ¿es estructura o estado?, ¿son pulsiones al servicio del aparato psíquico o viceversa? «El narcisismo no es tanto un efecto de ligazón como de *reunión* con ilusión de autosuficiencia, el Yo forma pareja consigo mismo a través de su imagen.» (1983, pág. 25) En palabras de Caparrós: «El narcisismo primario es totalidad aniquiladora en la medida en que solo remite a sí misma, nada queda excluido y a nada incluye. En rigor es inhumano y desde el plano biológico, una vez seccionado el cordón umbilical, efímero y discontinuo» (1998, pág. 41).

El narcisismo primario cobra ante todo importancia en la medida que sus efectos persisten en etapas muy posteriores. Bajo intensas asimetrizaciones fruto de la actividad cognoscitiva, se esconde la obstinada simetría del inicial narcisismo. La

relación de amor primaria una separando, escribe Racamier (*L'inceste et l'incestuel*, 1995), una en la medida que diferencia y distingue en cuanto que reúne; esa es la paradoja original de la seducción narcisista.

Espejularidad narcisista, relación objetal y relación intersubjetiva. Esos tres tramos que surgen en el curso del tiempo no se anulan, sino que combinan sus características. El vínculo está siempre socialmente impuesto, pero en el desarrollo temprano, en los primeros apuntes de subjetividad, el neonato nada sabe de esta inmersión social iniciática (Caparrós 2013, pág. 372).

Objeto y narcisismo son constituyentes del vínculo, punto de arranque de la vida psíquica. Entretanto, los objetos transicionales descritos por Winnicott, son elementos (muñecos, telas, canciones) que facilitan la comunicación o transmisión del afecto tierno al que venimos refiriéndonos, allanando la interiorización del objeto primario. Podríamos pensar también si el cansancio apaga o potencia la ternura. ¿Qué ganancia narcisista obtenemos al acariciar?, ¿cuál sería la *trampa* de la ternura?, podríamos preguntarnos. Quizá generar una excesiva dependencia del vínculo si queda encapsulada en el encuentro diádico...

Madre y neonato, Narciso y su imagen reflejada, imagen fugaz y eterna que remite a la inhumana plenitud que solo puede experimentarse desde la evocación al narcisismo primario.

4.2.2. *Violencia. Devoración*

El eterno conflicto que enfrenta narcisismo y objetividad permanecerá vigente mientras exista vida. Tanto violencia como transgresión remiten a un tronco común, al latín *aggredi*, dirigirse; *trans-gredire* significa pasar a través y es necesario dejarse atravesar y atravesar el entorno violentándolo y violentándonos. En este sentido la violencia siempre transgrede, pero en ocasiones el referente será biológico, en otras moral, legal en un posible tercer caso.

Tras la penosa sacudida que supone verse desprendido del objeto al que se perteneció en la simbiosis inicial, se intenta negar la separación erigiendo la ilusión del otro idealizado que lo es todo y anula el peligro que despertó la diferencia. Ese objeto omnipotente sufre intensas demandas y la dependencia acrecienta la agresión. El encumbrado objeto no conseguirá responder por entero a tantas depositaciones, pero su función es acercar de modo paulatino al principio de realidad; la frustración del pequeño que tanta libido invirtió mudará en afecto envidioso. Las «cubiertas afectivas» del entorno, brindan apoyo a la madre para metabolizar con éxito la furia pulsional y los contrastes que depara el neonato.

Del mordisco al engaño, necesita de un largo proceso de crecimiento. El bebé no se colma con alimento, el entorno debe librarle además de sus impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria, nutriendo paulatinamente el narcisismo de su estructura psíquica. K. Abraham fue de los primeros en señalar que, tanto la frustración del objeto que escapa al deseo del pequeño, como la excesiva indulgencia del que se otorga en exceso, generan puntos de fijación, posibles factores etiogénicos de futuras psicopatologías. «Tanto si en el primer período de su vida el niño no obtiene placer, como si lo recibe en exceso, el resultado es el mismo: abandona con dificultad el estadio de la succión.» (*Breve estudio del desarrollo de la libido*, 1924). En el primer caso no puede progresar, en el segundo no quiere.

Mamar hace presente la boca, primer instrumento al servicio de la violencia originaria. El orificio existe en la medida en que algo lo llena, y se descubre cuando ese algo se retira; el objeto demarca y juntos se sorprenden con diferentes funciones a medida que el lactante deviene sujeto, de la succión al mordisqueo, luego el regurgitar, atezar, escupir, desmenuzar, la voz gutural primero, articulada después... Aurora Fernández Polanco escribe sobre «llantos que no solo reclaman, que se constituirán en lenguaje cuando la fonación llene la boca. Doloroso aprendizaje para una empresa que ocupará toda la vida: llenar de palabras una boca vacía. Oralidad primigenia, el niño succiona la teta primordial. Y la importancia de una mirada que se establece en ese momento. Mirada de aceptación y desconfianza: ¿quién acabará por comerse a quién?» (Devorar, en *Viaje a la complejidad*, V. 4, pág. 427).

¡No!, expresión de oposición, algo quiere permanecer, quiere seguir, el niño experimenta placer cuando descubre el *No*. Enunciar la negación implica una diferencia con el entorno. «No» es también una peculiar manera de reconocer la afirmación, «Niego luego existo». En este período ya no se siente el objeto dañado como perseguidor, sino como un objeto amado hacia el que se experimentan sentimientos de culpa e impulsos por repararle, una de las defensas para contrarrestar la envidia. ¿Agresión hacia uno mismo o hacia el exterior? Avatares narcisistas marcan la dirección del vértice de la flecha.

Además, el objeto induce en parte la pulsión que en él se descarga; la libido une pero el erotismo primitivo del niño es egoísta...

 Tiende a la posesión ilimitada de su objeto; se muestra celoso del placer que otros encuentran junto a la persona amada. Favorece las expresiones tanto de odio como de amor. En esta época, afectos y pulsiones todavía mal controlados ligan al amor del niño un componente de agresividad, incluso de crueldad (K. Abraham 1911, *Giovanni Segantini*).

No será el pequeño el único en experimentar lo que aquí describe Abraham. El círculo afectivo más estrecho que le rodea se tiñe de la misma intensidad en esos primeros momentos. Fugaces pulsiones desbocadas pueden descubrirse asimismo en la madre, el padre o los hermanos. La calidad de estos vínculos incide en la capacidad de la estrenada madre para alcanzar a ser «suficientemente buena», en el decir de Winnicott.

La envidia parece ser un momento inevitable de la constitución del deseo en el pequeño sujeto. Atribuyendo completud al Otro, el niño experimenta su propia falta, eso es lo que orienta su deseo. La elaboración del duelo por el objeto perdido, dará paso al proceso simbólico donde el objeto totalizado se acepta con sus carencias; los celos se instalan donde antes reinaba la envidia. El celoso duda, está excluido de la escena que contempla pero se incluye en otras relaciones; el envidioso no conoce la dinámica del conflicto, de la ambivalencia, un solo sentido gobierna sus afectos y se ve condenado a una soledad en la que ni él mismo es sosiego. El auténtico invidio aniquila el deseo en su voracidad y ambición; no se ama, su culpabilidad se lo impide, se rechaza conforme los dictados de su Superyó condenándose al vacío y a la marginalidad.

Sadismo y sistema muscular se desarrollan en armonía. Sigamos el hilo que establece Karl Abraham a partir del desarrollo embrionario: durante un tiempo existe

una conexión abierta entre el canal intestinal (recto) y la parte caudal del canal neural (cloaca). «La senda a lo largo de la cual serán transmitidos los estímulos desde el canal intestinal hacia el sistema nervioso, está señalada orgánicamente», afirma (*Estudio psicoanalítico sobre la formación del carácter*, 1924). Cuando impere lo anal, la diarrea será expresión de rabia; la crueldad sublimada abrirá paso al miedo y la simpatía de forma que «la relación que mantienen entre sí estas fuentes de gratificación física y psíquica, es de la mayor importancia para la posterior conducta social del individuo» añade Abraham. Todo un adelanto sobre lo psicosomático.

Las transacciones biológicas se impregnan de psicología, el erotismo anal traduce la actitud sádica hacia el objeto por la expulsión física de los excrementos (que se retienen si el afecto es positivo). Está claro que el psicoanálisis recogió desde el comienzo los ajetreos internos que caracterizan al humano.

El impulso es imperativo y el medio un lugar necesario, complejo y azaroso donde se satisface. El objeto nunca es predeterminado, estático o específico, la representación que procesa el sujeto también es objeto en sí, un objeto reorganizado permanentemente por otros.

En esta indefinición se desempeña la riqueza de la vida psíquica y la figura materna, con la que el neonato comparte el dolor de la separación y el apaciguamiento del encuentro, es transmisora del humus social que les rodea. El niño, en general, expresa espontáneamente crueldad con los *objetos* a los que puede someter (compañeros más débiles, animales pequeños...). Identificado con figuras de autoridad, trata de imponer su dominio con la secreta ambición de que conseguirlo le depare un lugar entre los poderosos a quienes admira y entre los que no se encuentra; es también su venganza a la sumisión que estos le imponen. En *Introducción al narcisismo*, leemos:

El encanto del niño reposa en buena medida en su propio narcisismo, el hecho de que se autoabastezca, su inaccesibilidad. Ocurre lo mismo con el encanto de algunos animales que parecen no interesarse por nosotros, como los gatos y los animales de presa (Freud 1914, V. I, pág. 1090).

Sujetos narcisistas, fríos y autosuficientes, curiosos predadores que aparentemente no tienen necesidad de ser deseados. Sophie de Mijolla-Mellor distingue tres tipos de crueldad: la originaria, que precede el reconocimiento de la alteridad, la crueldad secundaria, que nace de la indiferencia, de la denegación del otro, y, por último, «el sadismo que, bien alejado de la indiferencia, pone en el reconocimiento del sufrimiento de la alteridad la condición de su gozo» (2005, *Mujeres, fieras y grandes criminales*, *Clínica y Análisis Grupal* núm. 94).

La crueldad proviene de la pulsión de apoderamiento; existe intencionalidad pero no relación con el objeto. El narcisista despierta atracción en los que se pliegan al amor de objeto desde lo depresivo; es un predador que no desconfía de su presa porque se le ofrece sin siquiera ser deseada. Cuanto menos da, más atrapa.

Una mujer apacible alberga la expectativa de que su hijo también será tranquilo, si no fuera así ella se encargará sin duda de apaciguarle (ser una «good enough mother» es el gran reto para toda psicoanalista); pero a veces la inmadurez del neonato o los cólicos perinatales cobran protagonismo y desbordan por momentos al acogedor entorno que la sorprendida madre propone.

4.3. EL CAMINO A SER SUJETO: EL VÍNCULO

El *vínculo* es el producto subjetivo y subjetivante final de una operación intrapsíquica realizada con ayuda del «pecho social» y la necesidad biológica, cuyo primer tiempo (presencia conjunta del narcisismo primario escindido y de la renegación del objeto real) es imaginario y da lugar a la especularidad narcisista, el segundo tiempo, también imaginario, termina en relación objetal, seguido de un tercer y último tránsito: «la relación intersubjetiva de carácter simbólico», cima estructural del desarrollo psíquico. El vínculo, según se ve, tiene también su propia historia que se desarrolla en una progresiva complicación estructural (N. Caparrós, *Viaje a la complejidad*, V.3 pág. 369).

Este progresivo nacer del psiquismo viene acompasado con la morosidad con que se alcanza la madurez fisiológica. Objetos borrosos, parciales (que se desvanecen con su ausencia), representaciones de cosa en las que se depositan determinado tipo de abstracciones (placer, dolor, saciedad...) son los primeros pobladores del psiquismo infantil. En él, la desbaratada figura materna irá dejando pistas que a medida que el campo visual se amplíe y la memoria se afiance, constituirán a «mamá», el «otro» del vínculo, el objeto primero.

El despertar de este encuentro del sujeto con la figura materna está impregnado de narcisismos que trajinan en un espacio idealizado. Son, al mismo tiempo, una estructura autónoma —sistema madre-bebé— y dos extraños que se tantean para construirse, dos entidades que se reabastecen transformándose.

Esta dinámica de descubrimiento es propia del psicoanálisis y su objeto, lo inconsciente, mantendrá siempre algo de tierra incógnita por más que sueños, lapsus o interpretaciones alcancen a descifrar ciertas zonas. Asumir que la dinámica de autocensura permanecerá siempre fuera de control es una más de las frustraciones que encaja nuestro pretencioso narcisismo. En el horizonte indicios de verdad, producción de un saber velado... en última instancia, en el vínculo no solo el otro es el desconocido.

En el proceso, también evoluciona la esencia narcisista. La ausencia de la madre permite que el niño descubra su cuerpo como objeto de placer, autoerotismo. Tras la etapa oral, restablece el contacto con ella a través del camino anal: la forma de tratar los excrementos del hijo se entrelaza con el aprendizaje del aseo. La valoración positiva de los excrementos alimenta de nuevo el narcisismo. En la defecación, el niño está obligado a escoger por primera vez entre la actitud narcisista y el amor objetal: o bien cede los excrementos sacrificándolos al amor o los retiene para sacar placeres autoeróticos y afirmar así más tarde su voluntad.

Otro paso del narcisismo camino de la vivencia de identidad: el bebé anticipa el control de su unidad corporal al identificarse con la imagen que su semejante le brinda a modo de espejo. Inspirado entre otros por los trabajos de Wallon, el *Estadio del espejo* lacaniano es una metáfora, una forma de comprender el desarrollo del ser por venir, como sintetizará en el esquema del ramillete invertido.

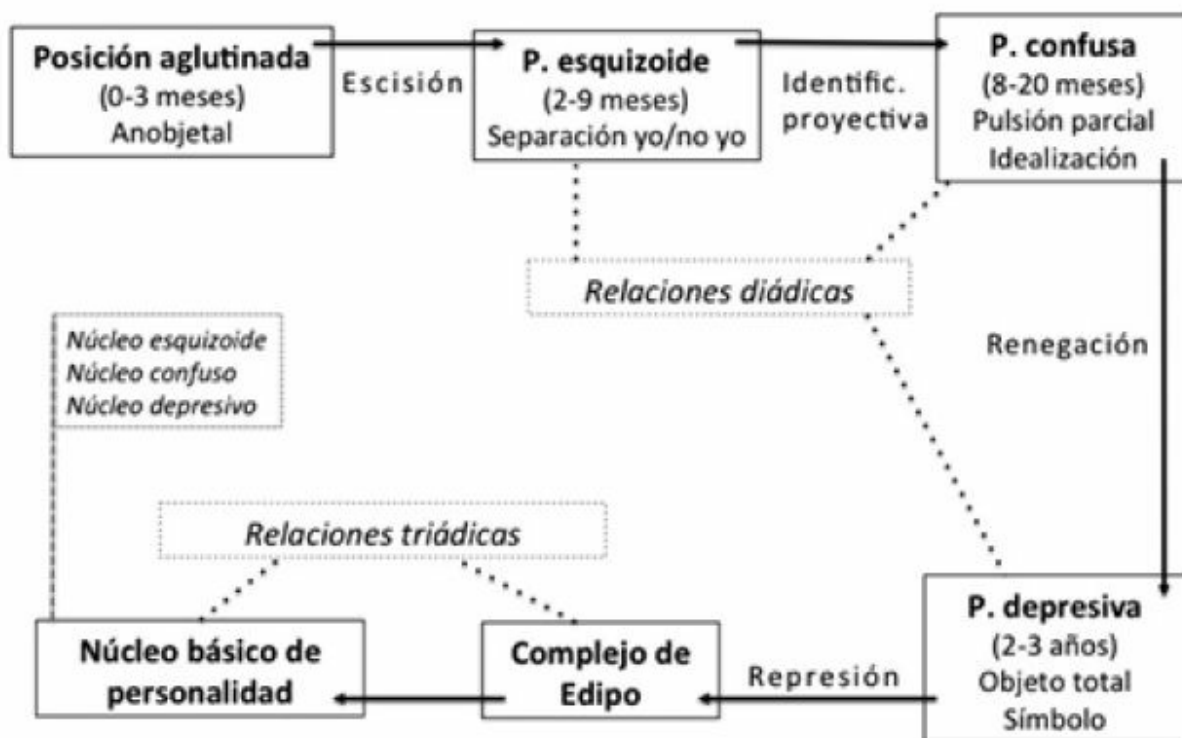
Lo económico y lo topológico construyéndose a la par, invisten al objeto —desde la orientación centrífuga— y al futuro Yo —centrípeto—. Cuando libido narcisista y objetal se discriminan, la inhibición pulsional o la sublimación entrarán en juego y el pequeño accederá a ser social tras vencer las pulsiones que puján por tornar al estadio anterior. Pocas veces se menciona el hecho de que el Eros materno también puede desear la «reintegración del producto de la creación»; como A. Green afirma, aunque pueda parecer que convergen, estas dos tendencias obedecen a distintos objetivos:

«en el niño, volver al abrigo de cualquier perturbación, en la madre, conseguir una unidad aún mayor» (1983, pág. 124).

La maternidad es una prueba para el narcisismo materno. Está abocada a la separación, al tiempo que el bebé de los primeros días es un objeto para ella; el alejamiento es inevitable y producirá en la madre una herida narcisista. A este respecto se abre una nueva relación genuina entre abuela y madre en la que aquella puede actuar de restañadora de la herida que el propio crecimiento infantil infringe a su progenitora. Cuando la mirada gira de la generación precedente a la que se inaugura, la transmisión se efectúa en una doble dimensión entre genético y epigenético, entre herencia y ambiente, entre narcisismo y cultura; el bebé es el emergente sintético de todo ello. Narciso se contempla desdoblado, se ama en tanto sujeto y objeto, aislado del entorno; en el horizonte, el narcisismo secundario avanzará entre la satisfacción y la renuncia.

Incluyo a continuación el esquema que he realizado a partir del Modelo Analítico Vincular en el que, partiendo de lo aglutinado, se describe la dinámica de la estructuración del psiquismo. Haremos referencia a él en el siguiente capítulo al demarcar psicopatologías del déficit (ancladas en lo diádico) y psicopatologías del conflicto (las neurosis). Los tres núcleos básicos de la personalidad (esquizoide, confuso y depresivo) no comportan distinto grado de madurez, son tan solo estilos preferenciales de relación que se han consolidado a lo largo del proceso y cada uno de los cuales tiene sus peculiares fuerzas y debilidades a la hora de afrontar conflictos.

Estructuración del psiquismo



Esquema 1.—Modelo Analítico Vincular

4.3.1. En el narcisismo secundario: hacia el complejo de Edipo

Si el narcisismo primario es una necesidad epistemológica para la emergencia del psiquismo, el narcisismo secundario —con la obligada compañía del objeto— implica la plena constitución del Yo; es la aptitud para investir al objeto externo o bien a los fantasmas depositarios de esos objetos externos, o también desinvertir al otro y volver al Yo sin perder el vínculo con el mundo exterior. Precisamente la diferencia cualitativa del narcisismo primario con el secundario, es que este siempre requiere del objeto para definirse.

Del narcisismo nace el Ideal del Yo raíz positiva —no castradora ni represiva— del sentimiento moral. Freud propone dos fuentes para el origen de la moral: una negativa, constituida como amenaza mutiladora del Superyó, y otra afirmativa, la exaltación ejemplar del Ideal del Yo. «No son disyuntivas, están interrelacionadas, siendo la segunda compensación libidinal a la angustia provocada por la primera y esta el correctivo socializador al impulso de megalomanía infantil subyacente en la otra.» (Savater, 1993). Sigue este autor desentrañando la ambivalencia que nos caracteriza a partir de dos partes en la pulsión narcisista: una *hedonista* (amor propio, autocomplacencia, autoconservador) y otra *letal* (delirio agresivo de omnipotencia, fanatismo controlador por medio de la norma exterminadora).

Las preguntas básicas de la ética son las preguntas brotadas de la introspección narcisista, es lo que Savater considera el meollo de la aportación freudiana a la ética: ser moral es ser un narcisista racionalmente exigente, una exigencia que inquieta... «Lejos de contribuir a su abolición como un síntoma superfluo, es precisamente con Freud con quien el sujeto moral se encarna por fin con toda consecuencia.» (Savater, 1993).

El Ideal del Yo se forma cuando el niño debe renunciar a su narcisismo primario al que sustituye; descubre al objeto e irá concretando su historia al tomar conciencia de sus grupos de pertenencia (lo social), de sus anhelos, deseos y temores (psiquismo), del propio cuerpo —dócil o tirano— que da placer y dolor (bios), dolor que cuando alcanza el nivel psicológico, deviene en sufrimiento. Regocijo y frustración nos configuran desde la cuna, y el proceso continuará en su dinámica de duelos (de la madre y del hijo) y gratificaciones.

Entre tanto, en el camino hacia la totalización del objeto, hacia las relaciones triádicas y la tolerancia de la ambivalencia, se necesitan eslabones intermediarios: son los llamados *objetos parciales* (que carecen de antecedentes y consecuentes, clase de objetos de un solo elemento), inconscientes y que encarnan un determinado tipo de abstracción. En los comienzos las sensaciones, placenteras o displacenteras, son metabolizadas en conjuntos que se forman en torno a la misma calidad de sensación. Cuando el proceso evoluciona, el proceso secundario permite que la ambigüedad y la indefinición disminuyan, la formalización aumente y lo simbólico se afiance. N. Caparrós lo relata como borrosas significaciones iniciales que adoptan aspectos metafóricos en tanto en cuanto la experiencia de las metáforas que construimos como adultos, dependen de nuestra capacidad de efectuar la distinción entre estas y lo original de donde proceden.

La ternura adopta nuevos matices con el proceso secundario; el niño, para existir, necesitó ser deseado y atendido; en esa escuela aprendió los mimos y lisonjas con que engatusar a su vez a aquellos de los que depende, ambas ternuras se requieren. Los

dos participantes del vínculo se invisten recíprocamente, narcisismo y objetividad, coetáneos, requiebran en ambos sujetos entre espacio interno y externo. F. Dagognet, en *La peau découverte*: «Solo el hombre ha conseguido en un único movimiento atribuirse un interior y un exterior» (1998, pág. 10). El símbolo, *symbolom*, les permitirá reconocerse y desplegar, acodados en la ternura, mensajes inconscientes que les recuerden quién son. En *Philosophy in a new key*, Susanne Langer (1942) refiere el cerebro humano en un constante proceso de transformación simbólica de la experiencia. Langer diferencia entre *señales* —que ya emplean los animales y que están aferradas a la naturaleza—, *signos* —donde significativo y significado van unidos, primera intrusión del pensamiento— y *símbolos*, utilizados para inquirir acerca de la realidad más desasida de lo inmediato, abren la posibilidad de lo abstracto, de la relación en sus múltiples expresiones.

El adulto descifra afectos más allá de la razón; sonrisa y mirada son las adjudicaciones más tempranas y universales que la madre deposita en su bebé. El pequeño traduce sus sensaciones corporales (cerebro y piel no pueden separarse, son antena y decodificador) para lograr confianza en su nuevo universo. Lo imaginario permite que ambos se retroalimenten. En nuestra línea, J. J. Rousseau (1762) expresó: «El hombre que no conoce el dolor no conoce ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración». Así llegarán otras ternuras, también necesarias pero con mayor carga de mentalización al estar matizadas por las singularidades del proceso secundario que aporta matices juguetones, afables y cargados de complicidad.

Freud describe el hallazgo del sujeto a partir de la alimentación e identifica el tierno sentimiento de la madre con amor sexual; solo a través de esta investidura podrá tomar conciencia de sí mismo. En otro momento tranquilizará a la madre afirmando que «cumple con uno de sus deberes» y que solo el exceso, la ternura desmedida, podría luego perjudicar al hijo.

Se detendrá luego en la elección infantil de objeto, cuyos resultados alcanzan hasta épocas muy posteriores. La divide en dos fases demarcadas por la época de latencia y en ambas actúa la represión atenuando sus fines sexuales para representar lo que podríamos denominar corriente de ternura de la vida sexual.

Solo la investigación psicoanalítica puede demostrar que detrás de esta ternura, respeto y consideración se esconden las antiguas corrientes sexuales de los instintos parciales infantiles, ahora inutilizables. La elección de objeto en la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y comenzar de nuevo como corriente sensual (*Tres ensayos*, 1905, V. I, pág. 802).

La posibilidad de hacer confluir ternura y sensualidad a partir de la metamorfosis puberal, permitirá un desarrollo sano del sujeto; antes, la corriente tierna (elección primaria de objeto, pulsión sexual inhibida en cuanto al fin) se basaba en la pulsión de autoconservación. Más tarde, en 1914, enunciará que es el carácter erótico de la ternura de los padres, lo que revela al niño la erogeneidad de su cuerpo al tiempo que actúa como «dique contra el incesto». La ternura permite desplegar cariño alejando el peligro incestuoso, es un práctico filtro que acompaña nuestra existencia. No son los gestos sino su sentido lo que juega un papel determinante en la relación niño/adulto.

Estabilidad y eficacia parecen regir la selección natural; la pulsión es un impulso de estabilidad, pero necesita ser modulada. Aquí entra una vez más la ternura

desactivando los excesos de violencia: la de cada uno de los dos integrantes del sistema madre-bebé, la de su esbozo de vínculo y la que supuestamente puede amenazar desde el exterior. La ternura es el envoltorio que temple el proceso de metabolización de la angustia y la violencia en el bebé. Freud conectó los dos polos (*Más allá del principio del placer*, 1920): amor (ternura) y odio (agresión), aunque no describió el registro mediador al que aquí aludimos, sino que apuntaba la conveniencia de reducir ambos a uno solo conectándolo con el sadismo.

Cuando algo externo extrae de nuestra intimidad la emoción que venimos describiendo, el narcisismo propio se nutre; la carencia del otro, su dolor o debilidad posibilitan un altruismo que redunde en beneficio propio; es de lo que se nutren madres sobreprotectoras y religiones sacrificadas.

Lo humano emerge asentado en precedentes; los juegos de apego y rivalidad sexuales no son privativos de nuestra especie. Los monos se inhiben ante la posible cópula con la madre, hecho observado también en otros animales. Lo que sí distingue al hombre de aquellos es la referencia al padre, inscrita de una manera estable en el lenguaje y en las instituciones; todo anuncia una importante diferencia entre *inhibición* y *prohibición*. Orden simbólico, más allá del mundo de señales y signos que caracterizan al mundo animal. Edipo más allá de Grecia, reza el subtítulo de la obra de Caparrós a la que remitimos para profundizar en materia tan compleja. De ahí extraemos:

Se dice que el complejo de Edipo es aquel proceso psicológico de diferenciación sexual que se manifiesta a través de la atracción por el padre del sexo opuesto, acompañado de rivalidad y ambivalencia hacia el progenitor del mismo sexo. Forma la estructura básica de lo que Freud denominó aparato psíquico (N. Caparrós, 2015, pág. 384).

Si el sujeto es conciencia, lo es en la medida que se puede quedar solo; el narcisismo dará acceso al despliegue de ternura con uno mismo. En lo que se refiere a la génesis de las funciones sociales, la palabra permite la función simbólica; todo lo que es simbólico es social. El paso de las relaciones diádicas preedípicas o pregenitales (en las que cada uno envía al otro su imagen complementaria), a la relación triangular donde se acepta al objeto totalizado, se va enriqueciendo con mecanismos de defensa cada vez más complejos (secundarios).

Lo triádico introduce en un conjunto ordenado donde se diferencian las alternativas socialmente permitidas de las que no lo están, los afanes personales de las exigencias externas. La capacidad para deliberar que acompaña a la posición depresiva, introduce en la entraña de lo edípico. Freud definía el Superyó como la internalización de la autoridad parental mediante un proceso comparable al duelo: la interiorización del objeto de amor perdido.

La verdadera dimensión moral del Superyó no se alcanza hasta la superación del complejo de Edipo; mientras tanto los contenidos del Superyó son aún demasiado concretos y sumamente pragmáticos. Superación del complejo de Edipo no quiere decir, sensu estricto, resolución del mismo; el citado complejo encierra tal tensión vital que coincide con la existencia misma, que solo alcanza la resolución definitiva con la muerte. Superar significa en este caso, capacidad de manejar la conflictiva inseparable al citado complejo, donde los conflictos se suceden unos a otros. La no resolución del complejo de Edipo, implica la detención definitiva en uno de esos

conflictos, sin que este o estos den paso a otros. En el caso del narcisismo, lo que sucede es la insistente tendencia a la vuelta al ensimismamiento.

4.3.2. *Vericuetos del Narcisismo*

El bebé y sus grupos de pertenencia establecen un peculiar contrato inconsciente al que Piera Aulagnier denomina *contrato narcisista*. En la negociación, el pequeño responde a la investidura que recibe, obteniendo así certeza sobre su origen y el acceso a la historicidad. Identidad y diferencia, deseo y prohibición, yo y alteridad, son algunos de los elementos que constituyen la subjetividad.

La investidura del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño. Desde su llegada al mundo, el grupo inviste al *infans* como voz futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se auto-regenerará en forma continua. En cuanto al niño, como contrapartida de su investidura del grupo y de sus modelos, demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no pueden rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto, que se le permita conservar la ilusión de una persistencia atemporal proyectada sobre el conjunto y, en primer lugar, en un proyecto del conjunto que, según se supone, sus sucesores retomarán y preservarán (1975, Aulagnier, pág. 164).

Piera Aulagnier sugiere que la libido narcisista es también de identificación y se pregunta por la trayectoria de estas identificaciones más allá de las habidas con el objeto primario. Al considerar al Yo como resultado de la apropiación de representaciones que sobre él formularon los objetos investidos, este recorrido (que necesariamente implica tanto al Sí mismo en constante reelaboración como a los objetos externos), cobra gran importancia. Otro aspecto interesante que enfatizan Hornstein y Córdoba (www.rafaelcastellano.com.ar/wordpress/?p=232) es la importancia que tanto Aulagnier como Winnicott otorgan al futuro. ¿Qué efecto desorganizador de la subjetividad tiene la ausencia de proyectos?, se preguntan. Un narcisismo bien nutrido provee de recursos para armonizar los intereses del grupo con los propios; sobre esa dinámica versa la propuesta de Aulagnier.

En una mesa redonda editada en la revista de la Asociación argentina de psicología y psicoterapia de grupo (1, XXIII, 2000), D. Waisbrot describe a la madre oficiando de garante en el contrato narcisista. Esa garantía es la que hace funcionar el contrato, originando así una deuda narcisista y simbólica. Kaës diferencia *pacto* (congelamiento de un conflicto, una especie de paz impuesta), de *contrato*; este es condición para que el narcisismo invista a su grupo a cambio de que ellos garanticen su continuidad. «Los ideales de una generación pueden situarse ya como motor, ya como obstáculo, de acuerdo a cómo el conjunto se posiciona con relación a la alteridad y a la diferencia» (Waisbrot, pág. 39). La libertad no deja de ser una utopía siempre trabada por expectativas ajenas introyectadas.

4.3.3. *Transferencia*

Transferencia, empatía, resonancia, sentimientos todos que hacen vibrar al narcisismo. En *Introducción al narcisismo* (1915), hace referencia a la primera diferencia libido del yo/libido objetal que permite mayor comprensión de la dinámica objeto interno-objeto externo. Recogemos de Laplanche y Pontalis la versión más estandarizada de transferencia: «Proceso en virtud del cual los deseos inconscientes

se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y, de un modo especial, dentro de la relación analítica.»

Hemos pasado del análisis *de* la transferencia al análisis *en* la transferencia. Si interpretamos un movimiento transferencial, no es para atacarlo como defensa, no es para resolverlo; eventualmente, es para hacerlo evolucionar, para ayudarlo a evolucionar. «Más allá de todos los desdoblamientos que podamos describir en el seno de la transferencia, pasado-presente, real-(des-real), inadaptado-adaptado, existe el desdoblamiento primordial, aquel que hace que simplemente el otro es otro, ...es otro que yo porque es otro que sí mismo.» (Jean Laplanche, 1997, *Le Primat de l'autre en psychanalyse*, París, Flammarion).

El hecho de que una persona decida iniciar un proceso analítico implica, en principio, que los mecanismos defensivos que venía utilizando, han perdido eficacia; ello conlleva cierta frustración y una depositación en el analista de la plenitud narcisista que trata de reencontrar, que despertará importantes ambivalencias. Así surgen identificaciones proyectivas que emergen desde la reapertura de la vieja herida narcisista que niega la autosuficiencia, pero matizadas por la figura concreta del otro polo de la relación actual. Identificaciones posibles facilitadoras de empatía, en la medida en que el paciente puede conectar con lo depositado en el analista, viejas posesiones suyas que en el horizonte se hacen más soportables. Prestarse a esa utilización puede ser un instrumento con el que contamos: dejarse poseer poseyendo.

Se habla de neurosis de transferencia (actitudes inadecuadas en la situación real actual por actualización de conflictos inconscientes), de odio de transferencia (que como la negativa o la positiva, solo califican el afecto transferido), transferencia perversa, a diferenciar de la perversión de transferencia, único modo de relación posible para algunos pacientes sobre el que A. Eiguer (1989, pág. 61) comenta: «La perversión de transferencia es al perverso, lo que la neurosis de transferencia es al neurótico: una reformulación en el interior de la situación analítica, aunque adopten la forma de manipulaciones». El mismo autor exploró la transferencia masoquista que puede hacer interminable un análisis en el número 62 de *Clínica y análisis grupal* (1993).

Pensemos ahora en dos prototipos de transferencia: una idealizadora y otra negativa o especular. La primera entraña cierta seducción; un matiz: inducir o incitar al otro inconscientemente a poner en marcha un deseo que el sujeto se niega a admitir, puede estar al servicio de la seducción, pero no es directamente lo mismo. Seducir, etimológicamente significa separar, traicionar. La serpiente símbolo de la sabiduría, seduce despertando deseo de conocimiento, curiosidad intrusiva, la otra cara del egocentrismo. J. Schaeffer, en «De la seducción narcisista a la seducción traumática» (*Les cahiers de l'iippc*, abril 1989, pág. 129), distingue dos tipos de tentación: *Verlockung* y *Verführung* (en la que se añade una connotación sexual); la primera reenvía a ese sentimiento de inquietante extrañeza que despiertan algunos pacientes, algo enigmático que hace pensar en la seducción narcisista quizá desde un vacío interior que actúa como campo magnético en su entorno. Si proyecta sobre el analista la plenitud narcisista que intenta reencontrar, bajo la forma de un nuevo Ideal del Yo, irá recuperando un narcisismo metabolizado menos alejado de la realidad, que posiblemente le reste «magnetismo» pero permitirá relaciones más consistentes.

Con las inducciones positivas, el paciente evita tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad; es una etapa en la que nos necesita omnipotentes e indestructibles y, solo poco a poco, cuando deje de temer nuestra aniquilación o abandono, podremos llevarle a reconocer e interpretar sus identificaciones proyectivas al servicio de una primitiva comunicación.

El otro estilo de transferencia a la que me voy a referir, es la negativa o especular. La pulsión de apoderamiento (*Bernächtigungstrieb*) persigue devorar el narcisismo del otro. Se ataca desde el miedo, no desde la fortaleza y, en ocasiones, de forma sutil: al asignarnos poder y forzar nuestra impotencia (con identificaciones proyectivas), acaban dominando —en su propio detrimento— la situación. Pueden detectarse reacciones negativas por enfrentamientos, desvalorizaciones, mutismos provocadores y atentos que muestran una oposición activa. Narcisismo indisolublemente ligado a lo agresivo ofreciendo arraigadas resistencias. ¿Cómo estructurar la situación analítica desde esa sensación de distancia infinita? Interpretando de forma alterna o simultánea los conflictos objetal y narcisista, que coexisten siempre en el aparato psíquico.

El paciente muy desestructurado busca identidad, no un objeto; parece ávido del imaginario de otro, pero es para nutrir su propio imaginario. Bion sugiere metabolizar la violencia originaria para transformarla en actividad de pensamiento, algo psíquicamente asimilable. Se trata de activar esquemas de organización primarios con los que el analizando construya y asimile su experiencia en la relación analítica.

El marco de referencia al que estamos aludiendo incluye: asociación libre y atención flotante; además, todo el material del análisis puede contemplarse desde la vertiente narcisista o la objetal, hay un intercambio entre Sí mismo y el objeto que se redefine. Una importante puntualización de André Green:

El objeto se escinde en investidura narcisista del objeto e investidura objetal del objeto, lo mismo que el Sí mismo conlleva investiduras narcisistas y objetales cuando se convierte a su vez su propio objeto. Asistimos a una oscilación permanente de investiduras narcisistas y objetales tanto del Sí mismo como del objeto. Las variaciones técnicas inciden en este intercambio, lo que importa es el estudio de la relación transferencial narcisista y objetal con sus intersecciones. No hay oposición sino relación (Green, 1976, pág. 67).

El sujeto narcisista no se puede arriesgar a descomponer su discurso, por eso es coherente, adhesivo. El peligro del análisis de organizaciones narcisistas es que al deseo de cambio se oponga la fidelidad a Sí mismo guardiana del narcisismo. A través del lenguaje se trata de transformar al Otro en Neutro en provecho del Uno. «Ahí comienza la paradoja: Uno solo puede sentir que existe a través de Otro al que por tanto hay que hacer Neutro. En consecuencia, Uno es Neutro a su vez», sentencia Green (1976, pág. 70). Es la paradoja de Narciso: la extrema afirmación de la subjetividad se desdobra en su extrema negación.

4.4. EL NARCISISMO DEL ANALISTA

El observador interviene siempre en lo observado; a mayor profundidad del análisis más claramente se divisa su núcleo duro: el narcisismo. La relación psicoanalítica es compromiso, nunca observación y análisis asépticos. El narcisismo del analista está en juego. El psicoanálisis trabaja los grupos internos, explica el origen imaginario del

vínculo, y la confrontación pone a prueba narcisismos, tanto en maestros o analistas como en alumnos o pacientes; frustración y displacer de mano de la alteridad que nos cuestiona y completa. El narcisismo es guardián del *Self* y cuenta a su vez con la identificación proyectiva para preservarlo. Hay una estrecha relación entre ambos conceptos que, en su momento, se detectó fundamentalmente a través del trabajo clínico con la psicosis (las formaciones delirantes pueden entenderse como desgarramiento del narcisismo).

Partiremos del inevitable *autoanálisis* que invita a todo profesional al confrontarse con su mundo interno. Luego, la *contratransferencia*, parte inseparable del binomio transferencia/contratransferencia ocupará nuestra atención.

4.4.1. *Autoanálisis*

«El auténtico autoanálisis es imposible», sentenciaban Julia Grinberg y Ana Lichtmann (*Int. R. Psycho-Anal.*, 9:75-83, 1982) al adentrarse en los vericuetos del realizado por Freud. Su constante esfuerzo de introspección jugó un papel fundamental en el desarrollo de psicoanálisis, pero ¿puede tildarse de auténtica pesquisa psicoanalítica? A Fliess —su alejado analista imaginario durante trece años—, le confiesa, «soy mi paciente más importante»; con él establecerá una ambivalente transferencia que se resolverá en ruptura de la relación. Seguramente quedó la neurosis.

Una circunstancia irrepetible: está dando los primeros pasos en la exhumación de lo inconsciente como estructura, es el descubrimiento del psicoanálisis. ¡Qué bien lo describe Stefan Zweig en *La curación por el espíritu* (1945)!: «No sospecha todavía lo que va a encontrar en el fondo de esas tinieblas. Pero adivina el abismo y la profundidad atrae siempre magnéticamente al espíritu creador.»

Junto a este nada trivial detalle y una pródiga curiosidad, otro asunto le empuja en la aventura: pronto percibe la importancia de haberse analizado antes de «enfrentarse» a un paciente. «Ningún análisis va más allá de lo que permiten los propios complejos y resistencias del analista», apunta en *El porvenir de la terapia psicoanalítica* (1910).

Los sueños serán la famosa vía regia para su ejercicio de introspección. No obstante, al final de su vida reconocerá la complacencia con la que uno mismo se satisface con interpretaciones parciales o en exceso intelectualizadas; puede inferirse su conclusión: el autoanálisis es imposible como obra bien hecha (aunque «suele ser fructífero y beneficioso») (Freud a Arnold Zweig el 13-VI-1935).

Regido por otras reglas, el autoanálisis resulta un magnífico (¿inevitable?) complemento tras la aventura del diván. El jurado (hago referencia al *Jury* de sociedades psicoanalíticas que, como *Espace Analytique*, otorgan el reconocimiento al analista como tal) ante el que muchos profesionales hemos expuesto los avatares de nuestra experiencia, se ofrece como una gran oportunidad para condensar y exponer las huellas del propio análisis, lo que significó y sus efectos *a posteriori*. No deja de ser un pequeño autorretrato para quienes escuchan y para uno mismo, a modo de mapa orientativo que invita a continuar el trayecto.

También H. Guntrip (1977, *Mon expérience de l'analyse avec Fairbairn et Winnicott*, *Nouvelle Rev. Psychanal.* 15 5-26) describe las vicisitudes de su post-

análisis; solo la muerte de sus dos analistas, declara, liberará el recuerdo de episodios infantiles de gran importancia para su neurosis.

Las citadas Grinberg y Lichtmann recogen el testimonio de algunos analistas que coinciden en valorar la importancia de la capacidad de autoanálisis para concluir con éxito una cura, entre ellos: D. Anzieu (1972: «cada analista debe recrear el psicoanálisis por y para sí mismo»), G. R. Ticho (1967, «La habilidad para el autoanálisis es condición para la práctica del psicoanálisis»), H. Segal (1962: «La experiencial de *insight* no se retiene de la forma en que surge en el momento del análisis») o J.-B. Pontalis (1977, «el análisis se termina cuando da paso a la autocuración con ausencia del objeto y persistencia del proceso»).

«El autoanálisis es un mito que ayuda a asumir la frustración por las expectativas que nunca puede cumplir el análisis, protege del duelo y ayuda a mantener una ilusión de omnipotencia y autosuficiencia narcisista», leemos en las citadas Grinberg y Lichtmann. Para estas autoras, el autoanálisis de aspectos no trabajados con anterioridad, solo puede dar *insight* aparentes; integrar partes escindidas del Yo implica un proceso inconsciente imposible de resolver sin el interlocutor adecuado que siempre es un otro.

Lo que suele entenderse como autoanálisis es un proceso de introspección cuyos hallazgos se interpretan desde un marco analítico; lo inconsciente es inaccesible desde la introspección. El necesario proceso de análisis de contratransferencia no debe confundirse sistemáticamente con un autoanálisis. Este solo es posible cuando surgen fuertes emociones que activan conflictos, entonces el Yo debe tomarse a sí mismo como objeto de observación disociándose, aunque este ejercicio quede determinado por lo que se produjo con anterioridad a lo largo de la cura. En este caso podríamos preguntarnos si los efectos terapéuticos observados *a posteriori* son resultado de aquel proceso o del consiguiente autoanálisis.

Uno consigo mismo; autoanálisis, sublimación, ensayos de nutrirse de la propia fecundidad, búsqueda introspectiva... Sublimar, uno de los destinos de la pulsión propuestos por Freud que ofrece objetivos que no son inmediatos y se valoran socialmente. La sublimación tiene una connotación social, desorienta a las prohibiciones, se escabulle de ellas y permite salir del peligroso éxtasis narcisista.

Nunca dejaremos de ser una incógnita para nosotros mismos. Me parece oportuno terminar con un fragmento de la respuesta de Lou Andreas-Salomé a R. M. Rilke (27-6-1914) tras recibir el poema que este escribió sobre Narciso:

Enfrentarse a lo inorgánico, el hecho de convenirse en muñeca, expresado al mismo tiempo como el hecho de enfrentarse a nuestro propio cuerpo, que (aunque sea lo orgánico viviente) no deja de ser para nosotros lo exterior y lo externo en el sentido más íntimo, la primera cosa diferenciada con relación a nosotros mismos en tanto que nosotros somos los interiorizados que habitamos en el interior del cuerpo, como la cara del erizo; y sin embargo, lo que concierne precisamente a nuestro cuerpo, nuestros pies, nuestros ojos, nuestras orejas, nuestras manos, es ciertamente lo que se dice ser «nosotros-mismos»...

El acceso a los reductos del narcisismo propio necesita, en todo caso en una suerte de paradoja, de la participación del otro. Somos incapaces de acceder a nuestros más íntimos recovecos.

4.4.2. *Contratransferencia*

El observador se modifica con lo observado. No seremos nunca testigos neutrales de la historia. Esta noción ha conocido múltiples connotaciones a lo largo de su desarrollo y en manos de distintos autores. De ser contemplada en principio como resistencia del analista, pasará a ser presentada como instrumento privilegiado al servicio del paciente. Hay quienes la consideran como reacción inconsciente del terapeuta ante la situación analítica, para otros se añaden aspectos conscientes (respuesta intrapsíquica o intersubjetiva); en cualquier caso, atravesada por identificaciones proyectivas, interfiere su pretendida y quimérica neutralidad.

Otra polémica cuestión se plantea a la hora de decidir si debe o no compartirse con el paciente (interpretaciones clivadas o no clivadas).

El concepto cobra relevancia en esta obra, dada la especial dificultad que supone detectarla y servirse de ella en pacientes con severas patologías narcisistas. La dinámica transferencia/contratransferencia es fundamental para crear el vínculo terapéutico que permita abrir una brecha en el aislamiento de estos pacientes (vida plagada de fantasía inconsciente), de forma que vayan adquiriendo instrumentos para afrontar la realidad —es decir, la relación— por una vía no delirante.

Así como en las neurosis el terapeuta no se hace cargo de las demandas manifiestas del paciente y procura que trascienda del hecho concreto y sus asociaciones, al símbolo como síntesis del aprendizaje, las patologías más desestructuradas requieren de cierta recreación del encuentro primigenio en una situación correctora. Tenso escenario que, en última instancia, se reduce a un encuentro de narcisismos. Hace tiempo escribimos al respecto (Sanfeliu y Grueso, 1983): formas como estas no son dichas, pero sí actuadas inconscientemente en ocasiones por parte del terapeuta: «puedes confiar por fin, a partir de ahora déjate querer y guiar por mí». Lo latente es la omnipotencia y la pretensión narcisista de sustituir a su «dañina» familia. También podrían hallarse en juego trasuntos edípicos del terapeuta en protesta frente al narcisismo del paciente.

Conectar con la realidad a partir de una estructura edípica, permite predecir y tolerar el juego presencia-abandono pudiendo soportar así el ser excluido y categorizar esta exclusión en el símbolo. Por su parte el esquizofrénico se relaciona desde una estructura diádica, proyectando el antiguo vínculo materno, con la particularidad de que el aprendizaje que extrae es lineal, acumulativo, sin interconexiones íntimas entre experiencias. Enfrentadas estas estructuras es evidente que el intercambio directo e inmediato no va a ser posible, la metáfora será inútil.

Este inusual encuentro levanta ansiedades que tienen que ver fundamentalmente con la *exclusión*, lo que puede incidir en la parte no resuelta del conflicto edípico, aquello que subsiste de narcisismo contrariado, querer ocupar el propio analista, con los aspectos más regresivos de su yo, el espacio propio del *hermano-paciente*. Existen tantos contenidos contratransferenciales como relaciones terapéuticas; analizar cómo se soporta la frustración en cada caso, nos remitiría a la propia biografía del terapeuta en colisión con el grupo paciente-entorno.

Contratransferencia maternal frente a transferencia preedípica; apuntó en otra ocasión Caparrós: la transferencia para el psicótico es un acto creador, no una reviviscencia. El odio del psicótico es un odio no intencional, está dirigido al entorno, a nadie en particular, y proviene de la ausencia de vínculos.

Quizá convenga ahora un escueto recorrido histórico: en junio de 1909 (carta a Jung), Freud escribe: «Así se le endurece a uno la piel, cosa necesaria, se domina la contratransferencia en la que queda uno cada vez implicado y se aprende a desplazar las propias emociones y a situarlas convenientemente». Un año más tarde, en *El porvenir de la terapia psicoanalítica* implica la reactivación de conflictos inconscientes: «...la contratransferencia que surge en el médico como resultado de la influencia del paciente en sus sentimientos inconscientes, requiriendo reconocerla y superarla... Sin conseguir realizar un autoanálisis, se es incapaz para analizar neuróticos». Sigue batallando en 1913 en una carta a Binswanger: «Es preciso pues y en cada ocasión, reconocer la contratransferencia y superarla, esto no quiere decir que se sea libre. Dar a alguno demasiado poco porque se le quiere demasiado es una injusticia contra el paciente y una falta de técnica. Todo esto no es fácil y puede ser necesario ser más mayor para ello».

Otra contribución alude directamente al narcisismo y los posibles fallos técnicos ligados a él en *Perspectivas del psicoanálisis* (Ferenczi y Rank, 1925): «El narcisismo del analista parece ser una particular fuente de errores; entre otros, el desarrollo de una especie de contratransferencia narcisista que provoca en la persona analizada el surgimiento de halagos, suprimiendo asociaciones de naturaleza desagradable hacia él.» También Ferenczi (1927) se rebela contra la tendencia de la época a reprimirla: «Las distracciones del analista sirven como elemento de análisis; la culpa es una reacción contratransferencial como otra cualquiera.» Glover diferencia la positiva de la negativa y Winnicott aborda un aspecto concreto de esta en 1947 (*El odio en la contratransferencia*). En la misma medida que reivindica el derecho de la madre real a sentir odio hacia su bebé, podemos intuir que denuncia la figura del analista idealizado. El problema no está en el odio que pueda o no sentirse, sino en qué hacer con el odio inevitable que experimentamos aún siendo «normales». La relación madre-bebé sirve de referente para la metáfora transferencia/contratransferencia.

En manos de Paula Heimann —1950— cobra una nueva dimensión: la contratransferencia es una respuesta emocional del analista, activada por [la transferencia del] paciente; una vez analizada por el propio analista, se evita que contamine el proceso y se convierte en instrumento de investigación dirigido a lo inconsciente del paciente. Se trata de movimientos inconscientes del paciente captados inconscientemente por el analista, que Heimann es partidaria de compartir una vez que se haya establecido su origen y siempre que tenga sentido en el proceso.

H. Racker, contemporáneo suyo, es considerado por N. Caparrós (2006) como el gran teórico de la contratransferencia —aunque en la época no se tienen todavía en cuenta los aspectos preedípicos—. Este fenómeno, que ayuda e interfiere a un tiempo. En realidad aplica de manera sistemática la situación edípica a la figura del terapeuta, que se ve así integrando uno de los vértices del triángulo, otro de ellos lo ocupa el paciente (que será el padre si es el varón y la madre si es una mujer), el tercer vértice será ocupado, en la sombra, por el padre o la madre restantes. Se inicia así una verdadera neurosis de contratransferencia.

M. Little (1951) abandera la obligación de comunicarla al paciente con la excusa de introducir contacto con la realidad; «con pacientes severamente dañados, el

analista debe sentirse libre para reaccionar incluso primitivamente». Hay quien apunta que su actitud se debe a la mala elaboración de la muerte de su padre.

En suma, y ciñéndonos a la perspectiva analítico vincular, una vez detectados los distintos factores que contribuyen a ella, está sin duda al servicio del proceso analítico pudiéndose, o no, hacer explícitos algunos tramos de la misma. La resonancia entre objetos internos inconscientes del analista y los del paciente, puede ser un mar de fondo que enturbie en ocasiones las aguas; las identificaciones proyectivas pueden entrecruzarse desde distintos frentes.

Ante un discurso narcisista que nos excluye, el analista puede responder:

Con la sensación de aislamiento, puede reaccionar con rabia (narcisista), aburrimiento, con la aceptación pasiva a ser devorado o, defendiéndose con la represión. Puede reaccionar tomando al pie de la letra la transferencia megalomaniaca del analizando, estableciéndose complicidad. También puede sentirse agredido al no ser visto más que como doble de su paciente... El analista debe impregnar de narcisismo los fragmentos del discurso del paciente. Si el discurso narcisista es cerrado, no lo permite y la situación analítica queda desinvertida (André Green 1976, pág. 74).

El analista en continuo contacto con lo inconsciente, experimenta cierto placer de omnipotencia que tendrá una función positiva una vez acotado tanto por las restricciones que él mismo se impone, como por las frustraciones que depara el paciente. Frente a la tendencia en patologías muy desestructuradas a desarrollar reacciones terapéuticas negativas, es necesario un marco contenedor en el que el analista pueda, temporalmente, brindar una parte de sí en su labor de maternaje (expectativas y reafirmaciones de las que el paciente careció en su primera infancia). En el caso de patologías con gran desinvertidura objetal en pro de mayor espacio narcisista, puede surgir la tentación de captar al paciente con actitudes benevolentes que, contra lo que pudiera parecer, no resultan contenedoras, creando tan solo una ilusión de relación de objeto. También, desde la actitud analítica y quizá como efecto de resonancia con el propio análisis, pueden depositarse a través de identificaciones proyectivas un a modo de pequeñas semillas que fructifiquen en regresiones provechosas e *insight*.

Tras la posible seducción más o menos inconsciente, veamos ahora el riesgo de responder de forma violenta a ciertas identificaciones proyectivas. Contratransferencia negativa, quizá generada por la dificultad para romper el hechizo de las aguas que impide el vínculo, encuentro de impotencias: Narciso agoniza y nuestra palabra resulta tan inútil como la de Eco. Tomando conciencia de ello y tras la necesaria disociación, es un desconcierto que puede resultar útil para captar lo que el paciente está proyectando. Quizá una intervención no clivada —en la que de algún modo se comparta la propia vivencia— sirva para conectar con ese sujeto que, desde la disgregación, hace actuar al otro para encontrar sus propios límites. Este tipo de contratransferencia puede generar una pseudo-despersonalización del analista en favor de una pseudo-personalización del analizado, inútil si no puede ser detectada e interpretada.

También la ternura puede utilizarse como mediadora para trabajar con la violencia del paciente o con la que él pueda despertar. La ternura atraviesa el manifiesto del violento, su defensa, su armadura. No cabe duda de que la perspectiva sobre el sentido de la contratransferencia y la forma de manejarla en el proceso, varían en función del tipo de psicopatología que se esté tratando. La neutralidad analítica

navega entre asepsia o implicación; el hecho de escorarse hacia una u otra debería estar directamente ligado a la solidez de la estructura del sujeto, a la realidad familiar y social que sesgan inevitablemente el encuadre. Además, la contratransferencia precede a la relación terapéutica lo mismo que a un nacimiento las expectativas de su entorno.

La situación analítica está sobredeterminada. Comprende la realidad del paciente y su transferencia; realidad material y realidad psíquica, apuntó Caparrós. La ambivalencia inherente a todo individuo, la encontramos en el analista en forma de restos narcisistas frente a la realidad edípica. Por último:

Como paciente y analista contribuyen a la activación de los esquemas primarios del paciente, este solo será capaz de identificar un principio de organización concreto, cuando la contribución del analista sea suficientemente mínima como para que sean posibles interpretaciones alternativas por parte del paciente (J. L. Fossage, abril 1994, *Int. Jour. of Psychoan.*).

El narcisismo siempre será un obstáculo para la utilización operativa de la contratransferencia.

CAPÍTULO QUINTO. EL NARCISISMO EN PSICOPATOLOGÍA

Sea cual sea la metáfora que utilicemos para dar cuenta de la enfermedad —lo inconsciente y las pulsiones, los circuitos cibernéticos cognitivistas, la teoría general de los sistemas, la biología molecular, etc.—, la psicopatología se integra en la experiencia humana como una realidad construida significativamente. El síntoma cobra sentido en la biografía del sujeto y se hace enfermedad según el imaginario de su contexto social (Sanfeliu *et al.*, 2014).

Probablemente llega el capítulo más polémico del libro. Es obvio que no estamos ante un tratado de psicopatología, por ello prestaremos más atención a la estructura psíquica —nunca acabada, siempre en proceso a través de nuevas identificaciones— que a la clasificación de entidades. En este sentido, aunque sea inevitable aludir a las DSM (que, por cierto, en su afán por erradicar categorías clínicas ahora eliminan a las neurosis), el territorio en el que vamos a deambular a la hora de dar sentido —y por tanto diagnóstico— al malestar y al sufrimiento de un sujeto, lo limita el manejo de la dialéctica narcisismo/objetalidad que define sus relaciones y que recibe interferencias tanto de aspectos sociales como fisiológicos. En su conjunto se concretan en lo que se reconoce como patologías por conflicto o por déficit.

El lugar donde se desenvuelve el narcisismo se ha ido ampliando desde sus orígenes en Freud. Esta noción, junto con la pulsión de muerte, ha sido y es un concepto sujeto a polémica. En M. Klein el narcisismo desempeña un escaso papel. K. Abraham, J. Bleger, O. Kernberg y H. Kohut subrayan, por el contrario, su función esencial en la psicopatología. Les seguirán, con innovaciones de gran interés, J. Grotstein, P. Aulagnier y André Green entre otros, sacando todos ellos al narcisismo del estrecho — y a la vez mal delimitado— redil de las neurosis narcisistas. Su estudio permite hoy atender desde la perspectiva del psicoanálisis a cuadros que antes escapaban de su dominio.

Para Kohut, el sujeto se mece entre dos polos del *Self* (el narcisismo de los padres —*Self* objetal— y el narcisismo del niño —*Self* grandioso—), la representación del *Self* en relación con otro sujeto, como bien describe Robert Hinshelwood, está conectada con, e interferida por, el mecanismo de la identificación proyectiva: «Un sistema doble: una relación entre dos sujetos —su intersubjetividad— vincula dos sistemas complejos autoorganizados. Cada mente o sistema se relaciona representando al otro.» (2013, pág. 147). Hinshelwood se hace eco de una interesante aportación de J. M. Quinodoz (1977, pág. 711) quien describe tres transiciones centrales en el psicoanálisis: las que existen entre narcisismo y relación de objeto; las que discurren entre la baja y la alta tolerancia a la ansiedad, y la que media entre las posiciones depresiva y esquizo-paranoide que fluctúan a lo largo de la vida. Agrega:

El *feedback* fundamental en el atractor de la posición esquizo-paranoide es sensación de *caos psíquico*. También la depresiva se dispone alrededor de un atractor. En este caso, la fantasía de un objeto bueno dañado por un mal continente, sustentado por mecanismos de *feedback* a veces de tipo maniaco (Quinodoz, citado por Hinshelwood, pág. 147).

El esquema incluido a continuación, refleja tres tipos de relaciones: fundantes, estructurantes e intersubjetivas y tres perspectivas desde las que contemplarlas como estructura: económica (lo pulsional), dinámica (relaciones con los objetos) y topológica (en un contexto determinado).

A pesar de la brevedad que impone para ser tratado aquí un tema tan amplio, veremos de hacer alguna referencia en cada caso a su desarrollo histórico y estructural, demarcando además aspectos diagnósticos y una breve alusión a la técnica, sobre todo en lo que concierne al manejo transferencial. En este capítulo me resulta difícil demarcar la contribución de Nicolás Caparrós; no solo ha sido siempre mi referente más importante en la clínica, sino que además en este caso he contado con su explícita colaboración.



Esquema 2.

5.1. DÉFICIT Y CONFLICTO

El proceso de estructuración de un sujeto nunca discurre de forma lineal, sus avatares son singulares. Carencia o conflicto remiten a dos formas de enfermar: en algunos casos, surgen bloqueos que dejan conflictos sin resolver, en otros es el *déficit* el que se instaura. *Déficit* como lugar de no experiencia, como falla donde nunca se inscribió significado, vacío provocado por la angustia desbocada, sin nada que la contenga o elabore, sufrimiento sin experiencia posible, acciones carentes de sentido, de significado, sin huellas que pudieran conducir a la simbolización. En este sentido, el narcisismo es un estado de auto-preocupación.

En el conflicto (neurosis) se enfrentan contradicciones, la guerra de opuestos una vez totalizado el objeto se anuncia con toda crudeza; el drama está salpicado de bloqueos, de sendas sin salida.

Más allá de las especificidades que proporciona cada escuela en psicoanálisis, podríamos decir de forma general que el diagnóstico que da cuenta de los diferentes trastornos mentales, se ha construido en torno a estos dos grandes sucesos: *conflicto* y *déficit*. En la clásica distinción entre neurosis, psicosis y psicopatías se parte del predominio de uno u otro proceso en el desarrollo del aparato psíquico: la ausencia, el vacío, versus la elaboración patológica.

Como apuntó J. C. Coleman (1976, *Psicopatología* en Paidós 1977), el trastorno mental *no es* ni un estigma hereditario incurable y peligroso, ni una desgracia afín a la demencia, es una conducta desadaptativa. Desde el relativismo cultural, normalidad implica conformidad; bienestar supone crecimiento, no solo supervivencia. También

M. Foucault en su *Historia de la locura* define la crisis como el momento en que la verdadera naturaleza de la enfermedad se manifiesta y su evolución se perfila; es un tiempo de decisión. «El médico es organizador: junto a ella, la aguarda, sostiene y favorece con ciertos artificios, técnicas, casi hechizos, para permitir a la crisis ser el momento en que la verdad, al fin, va a producirse.» (M. Foucault, *Historia de la locura*, en Galván, dir.: *El evangelio del diablo*. Biblioteca Nueva, 2013, pág. 29)

Será Heinz Kohut, en *How does Analysis Cure?* (1984), quien dé el paso definitivo al presentar el *modelo del déficit* como alternativo y no coexistente con el *modelo del conflicto*, como se había hecho hasta esa fecha. Así dirá:

Los conflictos patógenos en las áreas objetal e instintiva, es decir los conflictos patógenos en el reino del odio y amor al objeto... no son la causa primaria de la psicopatología, sino su resultado (Chicago Univ. Press, pág. 53).

Una manera de entender el aparato psíquico adaptado a los fines de la psicopatología es considerarlo como un continuum con dos extremos, en uno de ellos se encuentra el *narcisismo primario* en otro la *objetalidad*. Dicho de otro modo, cada individuo posee un componente narcisista y una vertiente objetal. Cada extremo pone de manifiesto al sujeto imposible, integrado solo por totalidades narcisistas u objetales. El individuo real participa de ambas en proporciones diferentes tanto en su vertiente sincrónica como diacrónica.

Narcisismo primario como pulsión no ligada, potencialmente ligable. *Objetalidad*, pulsión ligada y en ocasiones inextricablemente capturada por el objeto. Karl Abraham (1912), el primer objetalista, afirmó que la pulsión no puede existir sin objeto, «si desaparece el objeto, el sujeto se autofagocita».

Cuando Freud se refiere a la cura como redistribución de las inversiones alude a la movilidad de las mismas; con esta operación accedemos a una auténtica modificación estructural. El narcisismo revela los orígenes, «la agresividad acompaña al narcisismo como su sombra», recuerda F. Tosquelles (1985, pág. 260). La ausencia de la figura materna genera una negatividad que permite al niño descubrir su cuerpo como objeto de placer. El autoerotismo, puente entre el narcisismo primario y secundario, aflora al perderse la fusión. Así se entiende el efecto de la no ausencia de la madre en psicóticos: niños muy enfermos que precisan de su amor sin pausa, lo que imposibilita el desarrollo de autoerotismos indispensables, de forma que no pueden elaborar la percepción del otro, no tienen desde dónde mirar. Exceso de presencia traducida en déficit.

Freud menciona al narcisismo por primera vez articulado con la problemática homosexual masculina en neuróticos y paranoicos. Muchos años después, Fanny Schkolnik sostiene: «Hablamos de una patología del narcisismo tanto cuando alguien se ocupa solo de sí mismo como si se desatiende; con el que se aísla como con el que busca a los otros para deslumbrarlos y confirmar su existencia en su mirada; o con el que no logra discriminarse de otras personas, animales y objetos inanimados» (1993, pág. 27).

Como en su momento expresó J. Berke (1985, pág. 448): «Lo que Kernberg llama narcisismo normal (inversión libidinal del Self) y otros autores amor hacia sí mismo, no es realmente un ejemplo de narcisismo sino una capacidad de integrar las experiencias libidinales que el verdadero narcisista no posee». En este sentido, tanto

la cólera como la altanería narcisista no representan la genuina expresión del narcisismo, en realidad son expresión de su fracaso. Un narcisismo normal permite discriminar e integrar energías (libido y agresión) y estructuras (Yo, Superyó y Yo ideal) y conseguir un grado significativo de individuación y constancia objetual. En el patológico hay implícita una desorganizada diferenciación e integración de dichos factores.

Pero el narcisismo no es ni sano ni patológico; un Yo relativamente sano o patológico integra el narcisismo de forma sana o patológica. Como escribe Arnold Rothstein (1984, pág. 23): «La búsqueda de la perfección narcisista para el cuerpo se contempla como menos saludable que esa búsqueda de perfección para la mente, lo mismo en una profesión humanitaria frente a una artística». Las experiencias adultas de perfección narcisista están construidas sobre el núcleo de experiencias originarias; las posteriores capturan una sensación similar y se organizan jerárquicamente en contenidos más abstractos, comenta.

Visión amplia del narcisismo y sus vicisitudes que se aleja de la perspectiva más tradicional. Por ello, aunque nos detengamos especialmente en las llamadas personalidades narcisistas y las psicopatías en general, es también interesante contemplar, siquiera someramente, el manejo de la dinámica narcisista en otro tipo de estructuras psicopatológicas.

5.2. CUADROS NEURÓTICOS. EL CONFLICTO, NARCISISMO VELADO. CUANDO LO DIÁDICO DEVIENE EN TRIÁDICO

Cuando Narciso murió, la laguna de su placer, copa de agua dulce, se convirtió en una copa llena de lágrimas saladas. [...] «¿No nos asombra que llores así la muerte de Narciso, pues era tan bello!» dicen las oréades a la laguna. ¿Quién iba a saberlo mejor que tú que reflejabas su belleza cuando él se miraba en el espejo de tus aguas? Pero yo amaba a Narciso porque cuando se sentaba junto a mis orillas y miraba mis aguas, en el espejo de sus ojos yo veía reflejada mi propia belleza. Oscar Wilde, *El discípulo*, 1894.

En los *trastornos por conflicto*, que hacen referencia a la clásica conceptualización de la neurosis en psicoanálisis, el síntoma se produce por el interjuego de oposición entre subsistemas del psiquismo o entre elementos de la personalidad del sujeto en un momento dado. En la visión estructural clásica, es la oposición entre Ello, Yo y Superyó, que implica tensión entre una pulsión y el deseo y las exigencias de la realidad. También pueden existir contradicciones entre sentimientos, motivaciones y/o necesidades como, por ejemplo, la ambivalencia sin aparente salida de experimentar amor y odio al mismo tiempo.

La neurosis es una compleja producción psíquica que concierne a la personalidad del sujeto y a sus modos de relación con el otro y con la realidad. Entraña el rechazo por el Yo de la sexualidad infantil en su doble dimensión de realidad del deseo edípico y de la fantasía de castración. Freud introduce el concepto de conflicto intrapsíquico inconsciente y redefine las neurosis apoyándose en la represión. La oposición principio de placer —principio de realidad es motor de vida y conflictos.

El neurótico establece relaciones y tiene capacidad de empatía, su identidad está integrada y existe una firme delimitación de representaciones del Sí mismo y de los Objetos. Se maneja con defensas secundarias (salvo en momentos puntuales de regresión) para lidiar con las tensiones que genera lo triádico —conflicto de Edipo—, es permeable a las interpretaciones y su juicio de realidad está adaptado al contexto.

Poco nos detendremos en esta zona donde el objeto, ya totalizado —lo que implica una representación interiorizada del mismo—, ocupa un espacio fundamental en detrimento de los aspectos narcisistas del sujeto.

Bela Grunberger propuso considerar la prohibición edípica como medida de salvaguarda del narcisismo; el niño sustituye al trauma narcisista (que proviene de su impotencia) con una prohibición supuestamente de origen externo, infinitamente menos humillante. (1966, en *El narcisismo*, París, Payot, pág. 1001).

Como apunté en el cuarto capítulo (ver el esquema de la página 118) y tal como lo desarrollamos desde el Modelo Analítico Vincular, una vez elaborado el *Núcleo básico de la personalidad* —suceso que acontece en el proceso edípico—, un sujeto puede manejarse con tres tipos de estructura (esquizoide, confusa o depresiva) que expresan su organización de relaciones y ansiedades con el empleo dominante de determinados mecanismos defensivos. La mayor o menor rigidez de esta dinámica, dará cuenta del grado de neurosis de un sujeto.

5.2.1. *Núcleo depresivo: neurosis histérica y neurosis obsesiva*

El objeto prima en esta estructura sobre la investidura narcisista; el sujeto vive sometido a su entorno y la represión es su defensa más utilizada; el *Self* tiende a una valoración ponderada; el medio es vivido de forma ambivalente o post-ambivalente. En las *Neuropsicosis de defensa* (1894), Freud considera que en la histeria la representación es suprimida y el afecto convertido, mientras que en el obsesivo el afecto libre se adhiere a otras representaciones que guardan relación con lo sexual. Un año más tarde, en *Obsesiones y fobias* afirma que las primeras están integradas por una idea —relacionada con la sexualidad— que se impone con cólera o culpa asociadas; en las fobias la situación incrimina al afecto que siempre es angustia.

La *histeria* es un cuadro engañoso en lo que a narcisismo se refiere; su necesidad de atraer la atención alienándose en el deseo del otro, hace que coloquialmente se tilde a estos sujetos de narcisistas cuando, en realidad, se muestran por su dependencia de los otros. Paradójicamente, es la neurosis objetual por excelencia, erotiza todo su espacio menos la genitalidad en mimesis con el entorno que rodeó en la infancia. La histeria reprime la representación inconciliable con el Yo.

El cuerpo se convierte en lugar de expresión metafórica de lo inconsciente. La seducción se impone merced a fuertes impulsos del Ello anulados por el Superyó y en su origen se encuentran escenas de seducción reales o fantaseadas. No existe una adecuada identificación sexual; el vínculo con el objeto materno adolece de cierta inconsistencia, hay un matiz seductor intermitente (ligado a ansiedad culpógena) por parte de la madre; el niño reconoce pronto en el objeto externo la fuente de placer. Aprende qué es prohibición y qué transgresión y sabe que, tras esta, se oculta el placer.

En cuanto a la etiología, N. Caparrós describe un complejo de Edipo mal resuelto por parte de, al menos, uno de los progenitores (en la medida que los abuelos se encarnan en el bebé). Si la neurosis obsesiva defiende patéticamente contra la agresión, la histeria preserva la contradicción existente entre el entramado objetual (imaginario) y el entramado objetivo (simbólico). Y en el decir de Lacan, la histeria organiza la insatisfacción del deseo; el sujeto se identifica con el otro (padre

impotente) cuyo objeto de deseo convierte en propio. Lo que pide y por lo que manifiesta deseo es, en realidad, el objeto del otro.

Por su parte, la *neurosis obsesiva* es un proceso clínico en el que la conciencia de un sujeto queda atrapada por imágenes o ideas en contra de su voluntad; el psicoanálisis clásico propone una etiología traumática, pero ¿es acaso un trauma puntual o un trauma de estado? Este último es concebible como una situación patógena prolongada en el tiempo y carente a la vez de la intensidad desestructurante del trauma puntual. El sujeto conserva sus relaciones de objeto al precio de una intensa represión de la agresividad. El suceso no es olvidado, pero sí despojado de su afecto y suprimidas o interrumpidas sus relaciones asociativas, quedando así aislado. El aislamiento es el mecanismo de defensa específico de la neurosis obsesiva. La formación reactiva pretende encubrir con una determinada conducta (bondad, limpieza) los impulsos de sentido opuesto. El obsesivo huye permanentemente del acoso del Superyó, angustiosa amenaza de pérdida del amor de los padres. A veces esto no basta para someter a la angustia, así aparece la neurosis obsesivo-compulsiva con su cortejo ceremonial. Buscador de límites, el sujeto se auto-limita antes de constatar la coerción impuesta de fuera; la represión y el altruismo imperan en el grupo familiar; el comportamiento de los padres es coherente en los niveles verbales y emotivos.

Karl Abraham correlaciona ciertas actitudes del obsesivo con fijaciones en la etapa anal-sádica. La omnipotencia de la defecación, la forma de tratar la madre los excrementos del hijo, el aprendizaje del aseo, marcan el destino del narcisismo en sus diferentes combinaciones con las pulsiones eróticas parciales y en especial las anales. En esta etapa, el sujeto trata al objeto de su deseo a modo de propiedad privada, como a sus heces (Sanfeliu 2002, pág. 227). «En la defecación el niño está obligado a escoger por primera vez entre la actitud narcisista y el amor objetal, o bien cede dócilmente los excrementos sacrificándolos al amor o los retiene para sacar placer autoerótico y afirmar así más tarde su voluntad» (Freud, 1916-1917, Sobre las transmutaciones de los instintos, pág. 1001). Se restablece el contacto con la madre por medio de lo anal cuando se interrumpe a través de la oralidad; la valoración positiva de los excrementos alimenta de nuevo el narcisismo. ¿Cómo se traducirá en el humano la actitud de otros mamíferos que se reconocen por el olor de sus excrementos con el que demarca territorios?

5.2.2. Núcleo confuso: neurosis fóbica

Lo que caracteriza a esta estructura es la *idealización*; la misma que en su momento permitió al pequeño iniciar su autonomía cuando ensayaba los primeros pasos: idealizar la figura materna y, en espejo, sentirse omnipotente. La investidura objetal y narcisista mantienen una relación especular con un equilibrio inestable que amenaza disolverse con lo catastrófico. Cuando progresivamente se impone el principio de realidad, se hace necesario contrarrestar el desengaño utilizando la renegación. En la infancia esta es una función importante y pasajera; cuando es frecuente en el adulto, invalida al sujeto aunque este tenga capacidad crítica y sea consciente de la naturaleza psicológica de su miedo.

Los animales encarnaron siempre cualidades humanas (desplazamiento); aquí

representan al progenitor temido o son proyección de los propios impulsos. En esta situación clínica, la conciencia de un sujeto queda atrapada por imágenes o ideas en contra de su voluntad.

La fobia regula el espacio para controlarlo; ni demasiado lejos ni demasiado cerca. El mecanismo básico es el desplazamiento de la angustia hacia representaciones a las que se carga simbólicamente. Lo que se teme es lo que inconscientemente se desea. Este tipo de neurosis se mueve en la discontinuidad plenitud / catástrofe y la vivencia de fusión con el objeto externo omnipotente. El Ideal del Yo se percibe inalcanzable y la comparación atormenta; triunfa (lo maníaco) o genera impotencia.

El fóbico vincula la energía liberada por la represión de la representación sexual a otra representación que se convierte en señal de angustia. Sustituye un peligro interior por otro externo para poder huir. El afecto permanece solo disfrazado. El peligro interior (impulsos), angustia por el hecho de traer consigo un verdadero peligro exterior (la castración).

N. Caparrós sostiene que agorafobia y claustrofobia, pese a sus nombres, son manifestaciones cuyo origen debe buscarse en la posición esquizoide (estructura fóbica narcisista responsable de la neurosis de angustia); en la posición confusa, espacio de la auténtica fobia, la tolerancia a la frustración aumenta y la fobia se traduce en huida-acercamiento; el objeto fóbico repele y fascina al mismo tiempo, donde antes había rabia narcisista, ahora hay caos.

La madre del fóbico hace una clara presentación del padre y permite el normal acceso a lo edípico. El objeto fóbico mantiene una relación simbólica con el conflicto de base.

Lacan describe la confusión de estos sujetos entre el padre imaginario y el simbólico, lo que conduce al sujeto a pagar un tributo imaginario al Otro temible que puede llevarle a la castración.

5.2.3. Núcleo esquizoide: hipocondría

En la estructura esquizoide, el objeto externo resulta poco continente, con escasa representación interna; el sujeto se refugia en un *Self* valorado narcisistamente. La escasa capacidad de maniobra ante la amenaza externa invita al retiro evitativo. Los mecanismos de proyección e introyección son los que se movilizan de preferencia en este núcleo; la actitud es propositiva e inquisitiva, cautelosa frente al exterior, espacio lábilmente desinvertido frente a un *Self* frágil donde la autovaloración se logra merced a una excesiva autoprotección.

El hipocondríaco no cesa en atribuirse todo tipo de enfermedades prestando una incansable atención a su estado de salud. A diferencia del *hecho psicosomático* donde el cuerpo suplanta con sus inapropiados medios lo que el aparato psíquico se muestra incapaz de hacer, el hipocondríaco deja que el psiquismo invada el nivel biológico e interfiere en las leyes que son propias de este.

Freud relacionó la hipocondría con la neurosis obsesiva, en la medida en que los auto-reproches obsesivos podían convertirse en ansiedad hipocondríaca. Por su parte, Melanie Klein la vinculó con estados narcisistas: los impulsos libidinales y agresivos permanecen adheridos a los objetos buenos y malos del Yo; desde su perspectiva, comparte con la histeria el temor ante objetos persecutorios internalizados o al daño

causado por el sadismo del propio sujeto a sus objetos internos. Paula Heimann también hizo referencia a los aspectos narcisistas: preferencia por el objeto interno representado por el órgano corporal, frente a los objetos externos; pero el objeto interno también es odiado porque es vivido como dañado y la hostilidad reprimida hacia el entorno es convertida en sensaciones de órganos. Se obtiene la autoestima al precio de la persecución (*bondad* del objeto interno que se nutre de la *maldad* del externo), apunta.

H. Rosenfeld sostiene que los procesos infantiles primitivos de escisión, vinculados a la ansiedad confusional-catastrófica y a la envidia oral sádica, constituyen uno de los pilares de los estados hipocondríacos. En *Estados psicóticos* este autor presta especial atención al cuadro y diferencia la hipocondría crónica, de mal pronóstico y de base psicótica —en el sentido kleiniano del término— de los estados hipocondríacos pasajeros de naturaleza neurótica.

Estos síntomas pueden estar presentes en un buen número de condiciones o trastornos y suelen surgir en períodos de transición o reajustes de una a otra etapa; es el caso de la adolescencia. Rosenfeld considera que «el paciente hipocondríaco proyecta constantemente partes de su *Self* mental e incluso físico, así como los objetos internos, sobre los objetos externos» (1964, pág. 217); pero una vez proyectado, el objeto externo es introyectado de nuevo por el Yo y escindido dentro del cuerpo en los órganos corporales.

En la fijación del hipocondríaco a la fase narcisista, puede jugar un papel fundamental la ansiedad confusional infantil; la dificultad para diferenciar el objeto gratificante del persecutorio, desencadena como defensa, en un movimiento regresivo, procesos de disociación en la percepción corporal. Los síntomas hipocondríacos podrían ser también defensa contra un posible brote psicótico.

5.3. TRASTORNOS DE LA PERSONALIDAD O PSICOPATÍAS

Aunque el concepto *trastorno de la personalidad* acuñado por la DSM-V incluye neurosis y psicopatías, en estas líneas, tomando como referente la clínica psicoanalítica, demarcamos los siguientes cuadros: neurosis, psicopatías o trastornos de la personalidad —*personality disorders*— (solo nos referimos a las personalidades esquizoide, narcisista, histriónica y *borderline*), trastornos psicosomáticos y psicosis. J. Bergeret en su *Manual de psicología patológica* (1974) identificó ¡hasta cuarenta términos diferentes para hacer referencia a la psicopatía! En los aspectos psicosociales forman un grupo polimorfo, cajón de sastre y lugar de lo difuso y desordenado donde se dan cita niños hiperactivos y adultos psicópatas o bipolares; ¿modas diagnósticas o característica del desconocimiento? Acaso producto de cambios acelerados, sin tiempo para que cristalicen tradiciones. El sujeto investido logra investir, sentirse deseado abre la puerta del deseo, pero un precario narcisismo retira de la vida social.

Los primeros estudios sobre psicopatías estaban cargados de connotaciones éticas o morales, luego se hablará de lo genético, de individuos antisociales, sin capacidad de aprendizaje, insensibles, sin lealtad. Depredadores sociales con encanto y capacidad de manipulación que toman lo que desean violando las normas sin culpabilidad ninguna. Son cuadros fronterizos, anchurosa zona de nadie en la que todo cabe, donde

no se alcanzan relaciones de objeto totales y las formas parciales no son eficaces; sujetos que se quedaron con exceso de apetito de algo que se inició pero quedó detenido prematuramente.

Entre los primeros intentos de formalizar este diagnóstico, C. Fernández Belinchón señala (en la tesis que elabora sobre el test de Rorschach aplicado a la psicopatía) los de H. Cleckley (1941), R. Hare (en 1980, a partir de población penitenciaria) o R. Lindner. Recoge también la sistematización de N. Caparrós en 1980, que no ha dejado de evolucionar hasta la actualidad.

Narciso posee nuevos espejos, el narcisismo concreto batalla frente a la identidad difusa de la globalización. ¿Acaso tienen las pulsiones nuevos destinos? Para que se estructure el narcisismo un sujeto necesita una representación de sí que provenga del exterior, representaciones mentales que, si seguimos a Herbart, una vez nacidas no desaparecen jamás (siendo el olvido un ocultamiento momentáneo siempre reversible). Si la sensación de torpeza en el manejo del pequeño levanta ansiedad y su madre se precipita en exceso a anular frustraciones, los deseos tendrán serias dificultades para encontrar expresión. En el otro costado, aunque con análogas secuelas, ideales narcisistas muy marcados crean un Ideal del Yo megalomaniaco; así, la mujer que negando su propia castración no deja resquicio a la dificultad, promueve pasividad y masoquismo o quizá la rabia narcisista descrita por Kohut.

Son todos ellos sujetos que deben comportarse de una forma determinada para obtener gratificación. En lo que se refiere a situaciones fundantes, podríamos señalar de forma general que la actitud de su primer entorno fue coherente (distinto de la atmósfera psicótica) y relativamente consistente, pero la socialización lograda no es exportable a otros grupos donde rigen reglas diferentes. Veremos mensajes implícitos del tipo: «sé sumiso con nosotros, pero fuera agresivo», «te educo a no mentir pero tendrás que hacerlo» o «eres el más brillante» con la consiguiente frustración al contactar con el entorno extrafamiliar.

Si coincide la situación social con la del grupo primario, se refuerzan los códigos iniciales; por otra parte, su grupo primario tiende a rechazar o aprovechar las pautas sociales. En suma, un enjambre de contradicciones no resueltas entre el nivel psicológico y el nivel social.

Lo nuclear del narcisismo se resume en un odio a la relación, un odio hacia algo que es inherente a nuestro ser; lo que dificulta el análisis de su patología es la indiferencia, la pobreza afectiva de sus escasas investiduras, no la hostilidad.

5.3.1. *Algunas reflexiones previas*

La cuestión del estatuto del narcisismo en los trastornos psicopáticos de la personalidad plantea una serie de reflexiones que rebasan con mucho la clínica estricta de las personalidades narcisistas. Sabido es que Freud planteó inicialmente la imposibilidad de tratar las neurosis narcisistas debido a su incapacidad para establecer transferencia. Esta afirmación no tenía en cuenta las características propias de la psicosis de transferencia que no sigue las mismas leyes que la neurosis de transferencia. Nos encontramos frente a un desafío clínico al que ya se enfrentó Karl Abraham en 1924, describiendo la transferencia narcisista de un paciente psicótico, terreno en el que años más tarde profundizó Kohut entre otros autores. Otro tanto

cumple decir con lo que podríamos denominar psicopatía o caracteropatía de transferencia.

También Leo Stone afirma que existen transferencias narcisistas donde analista y paciente se confunden por momentos. En el comienzo el gran temor a la dependencia del narcisista se disfraza de desprecio o indiferencia; superada esta etapa, la intensa necesidad de aceptación se abrirá paso progresivamente; depositación especular de omnipotencia que facilitará la alianza de trabajo. La idealización en la transferencia refleja el esfuerzo del analizando para investir la representación objetal del analista con ilusiones de perfección narcisista.

El límite entre neurosis y psicosis viene demarcado por la castración (renuncia a la omnipotencia narcisista ligada al objeto primigenio) que impone la incorporación a lo social. F. Dolto utilizó la idea de *adiestramiento* para reflejar el efecto de las separaciones no simbolizadas. En esta zona que oscila entre conflicto y déficit, las interpretaciones solo pueden dar fruto tras una etapa de entrecruce de identificaciones proyectivas que generen un espacio de seguridad una vez metabolizada la agresión. Dicho de otro modo, en el juego donde se desempeñan las identificaciones proyectivas y las correspondientes identificaciones introyectivas. La distancia sujeto/objeto es eliminada fugazmente por la identificación, al aportar la estructura continente la posibilidad de generar y absorber contenidos. Así, en un ir y venir del narcisismo a la objetividad, del Sí mismo o *Self* a una realidad que se deja disfrazar menos de lo habitual por las interpretaciones a que es sometido, el proceso identificativo puede continuar su trayectoria. Es el trabajoso camino para devenir sujeto.

Los casos que con rigor lleguemos a conceptualizar enmarcados en el déficit, hincan sus raíces en lo originario; las heridas o agujeros negros provocados en ese momento en que todo está por construir son muy profundas y aventuro una hipótesis al respecto (Sanfeliu, 2011): sin olvidar la clara y compleja etiología multifactorial de estos cuadros, discrimino tres alternativas que comparten una falla en el primer contacto neonato/madre que describimos como *ternura originaria* (Sanfeliu y Díaz, 2008). Son tres puntos de partida según la desconexión parta del neonato, de la madre o de ambos.

En el primer caso, aventuramos que el bebé presentó una dificultad de raigambre genética que hizo fracasar el inaugural ensayo de vínculo materno; el imperio de la acción sin propósito del recién nacido depara un monto importante de energía libre que la figura materna se ve, en casos extremos, impotente para contener y sostener. Salida centrífuga como recurso que puede desbordar a la mejor de las madres induciéndola a la acción. Ya sabemos que cuando el bebé recibe un exceso de estímulos que no es capaz de procesar, puede bloquearse y quedar entorpecido su contacto con el exterior y, por ende, su desarrollo. Para que el sujeto pueda elegir, debe poder desear y sin alteridad no hay deseo.

En nuestra segunda propuesta, es del costado materno del que parte la interferencia en lo que concierne a la ternura originaria; acaso por dudosas investiduras corporales previas, el contacto es furtivo, leve. La emoción se *en-carna* y queda ahí, estanca, sin que se despliegue y module por la acción y el pensamiento; es una respuesta centrípeta que remite a lo psicosomático. El cuerpo será responsable de todo, incapaz

de hacer frente a ese quantum extraordinario de depositaciones. La porosidad del pequeño a otros estímulos (objetos alternativos más saludables en ese momento) puede nutrir su narcisismo permitiendo un desarrollo normalizado de forma que el síntoma somático solo alerte ante situaciones de gran angustia.

Por último, pensamos que si la falla en el intercambio de ternura originaria parte de ambos interlocutores (predisposición genética en el niño, madre incapaz de manejar sus propias ambivalencias), el narcisismo queda tan en precario que nos adentraríamos en el terreno de las psicosis. Sujeto y objeto se rozan sin penetrarse, no logran la necesaria/ansiada/temida conexión. El fracaso de la función materna en la mayoría de estos casos (cabría enfatizar el del autista) se debe a la incapacidad de asumir ese rol que oscila entre crear el sostén necesario para el bebé, junto con la preparación que debe empezar desde el nacimiento (siquiera sea a nivel mental) de la separación que destinará al futuro sujeto a devenir individuo. La figura paterna carece de consistencia para compensar la situación.

En las relaciones de objeto narcisistas que deparan estos escenarios, la omnipotencia adquiere un papel relevante. En este sentido, Kohut en *The analysis of the Self* (1971), describe tres tipos de transferencias donde percibimos posibles relaciones con la identificación proyectiva: en la transferencia *en espejo*, el Self grandioso trata de operar mediante la fórmula «soy perfecto» y por ende ilumina su entorno desde esa perfección; en la segunda, la *idealizadora*, el sujeto se comporta siguiendo el lema: «tú eres perfecto y yo soy parte de ti»; una tercera transferencia conocida como *gemelar*, hace al paciente comportarse según los dictados de «ambos somos lo mismo».

Desde la perspectiva de H. Rosenfeld (1964) el objeto parcial puede ser omnipotentemente incorporado, o bien se pueden proyectar omnipotentemente partes indeseables del *Self*; es una forma de describir la dinámica entre proyección e introyección como elementos centrales en la patología narcisista.

K. Abraham describió un tipo de relación de objeto primigenia en la que este, al ser incorporado, es destruido por el niño (objeto que se *devora* sin dejar huella). La devoración es algo muy diferente a otros tipos de incorporación. Narcisismo primario, del orden de lo psicogenético, objeto inaugural, presente pero no percibido más que a través de su ausencia; presencias y ausencias irán perfilando los trazos que trabajosamente delimitarán la figura con la que establecer un vínculo. En el tipo de patologías en las que ahora nos adentramos, las relaciones de objeto son muy primitivas, pero, aunque frágil o quebradiza, se ha logrado la discriminación de Sí mismo (*Self*) y objeto.

Nuestra psicopatía o personalidad esquizoide podría semejarse a lo que describe Caballo (2009) como *grupo extraño o excéntrico* de los trastornos de la personalidad (paranoide, esquizoide y esquizotípico). Ciertos puntos en común nos tentarían a ver también reflejado su *grupo voluble o impulsivo* en el núcleo confuso y el tercero definido por él como *grupo ansioso o temeroso* con lo que concebimos como depresivo. Las semejanzas se desvanecen en muchos momentos, como no podía ser de otra forma en terreno tan controvertido, pero los aspectos clínicos incitan reencuentros en lo fundamental. Lamentamos que esta obra haya llegado a nuestras manos cuando estamos en un avanzado proceso de elaboración final de este libro. Por

esta razón nos limitaremos a esta pequeña alusión, aunque resulte un manual de referencia sobre la materia.

A partir de sus investigaciones sobre la melancolía, Karl Abraham (*Breve estudio de la evolución de la libido*, 1924) plantea la sobre-estimulación (expresión de *Narcisismo positivo*) y la sub-estimulación (*Narcisismo negativo*) en relación con el amor y el odio a sí mismo.

A nuestro modo de ver, lo anterior representa una anticipación de los conceptos de André Green *Narcisismo de vida*, *Narcisismo de muerte*, que, desde otra perspectiva, aparecen en el libro del mismo título escrito en el año 1983. Si el narcisismo en general es considerado ante todo en sus aspectos positivos, en virtud de los cuales se lo refiere a las pulsiones sexuales, Green muestra, al mismo tiempo su lado oscuro con la necesidad de postular la existencia de un narcisismo de muerte, que él denomina *Narcisismo negativo*.

Rosenfeld apunta ciertas cuestiones prácticas en el manejo de estos pacientes: «usa las interpretaciones analíticas, pero las priva rápidamente de vida y significación, y solamente deja palabras sin sentido. Estas palabras se convierten en una posesión que idealiza y a la que da un sentido de superioridad» (Rosenfeld 1964, pág. 208). También el paciente puede rechazar todo lo que proviene del analista dando más valor a sus propias interpretaciones desde la envidia, que solo mostrará cuando le reconozca como «madre-nutricia». Todo contacto con la realidad o *insight* se vive como amenaza a la representación omnipotente que tiene de sí.

El avance en el análisis implica reconocimiento de la separación y la frustración que esta depara, integrándose así la parte sana de la personalidad con la más patológica. El tratamiento fracasa si la parte narcisista no lo tolera. M. Polanuer lo expresó en las III Jornadas de intercambio del psicoanálisis (2000) diciendo que la eficacia del psicoanálisis guarda proporción con su dureza, en la medida en que confronta con lo peor de sí y requiere asumirlo como propio para manejarlo en lo posible. Desde luego, la contratransferencia aporta una serie de matices fundamentales a la hora de detectar la desconexión propia de las patologías en las que el objeto (en este caso el analista) ocupa un lugar muy secundario respecto a los componentes narcisistas.

5.3.2. La Personalidad esquizoide

Lo que escojo, lo escogí
Lo que desee, deseo
Lo que antes rehusé, aun lo rehúso
(*Vida de Christina Rossetti*, citado por N. Thornton 1956).

Patrón dominante de desapego en las relaciones sociales y poca variedad de expresión de las emociones. Abordamos el núcleo esquizoide de la personalidad.

Probablemente el primer trabajo sobre esta cuestión pertenece a W. R. D. Fairbairn (1940). Allí afirma que los procesos esquizoides son los más arcaicos de entre todos los procesos psicopatológicos; contra la opinión imperante en aquel tiempo, estos sujetos son capaces de realizar *insight* de gran alcance. En lo referente a las fuentes de su trastorno, Fairbairn señala la relación con la madre que, según su sentir, no les valora de manera acorde con sus méritos. El consiguiente sentimiento de inferioridad

les mantiene fijados a aquella. Las situaciones que suponen una potencial amenaza para el yo provoca en ellos un repliegue narcisista. Sobrevaloran el mundo interno en detrimento del externo, acostumbran a carecer de la capacidad de amar y tampoco suscitan afectos positivos.

Unos años antes, podemos entrever este diagnóstico en un sujeto peritado por Karl Abraham que en 1923 dio sentido a los impulsos antisociales de ese farsante reseñando la clave de su transformación (1999, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 80): profundas decepciones en su primera infancia retuvieron su libido en el estado narcisista; ya adulto, un sustituto materno le proporcionó afecto y reconocimiento social. «No se trataba de un auténtico amor objetal, de una completa victoria sobre el narcisismo, sino de un grado, difícil de apreciar, de progresión de la libido, evolucionando de fijaciones narcisistas al amor objetal».

H. Deutch (1942, *Some Forms of Emotional Disturbance and their Relationship to Schizophrenia. Psychoanal. Q.* 11), a propósito de las «personalidades como si», incidió en su peculiar empobrecimiento afectivo y en el enmascaramiento de la agresividad a través de una actitud pasiva. En lo relativo a los factores etiológicos, Deutsch achaca esta patología a la falta o el exceso de ternura.

También Winnicott (1945: *Primitive emotional development* y 1956: *On transference*) se ocupa del problema y lo hace de manera constante en muchos otros textos suyos; en el primer escrito hace referencia a las etapas del desarrollo emocional del niño, en el segundo se interesa por la relación entre el verdadero y falso *Self*, un concepto esencial en Winnicott junto con los de «objeto intermediario», *good enough mother* y sostén (*holding*).

En «Notes on Some Schizoid Mechanisms» (*Int. J. of Psycho-Anal.* 27: 99-110), M. Klein alude a diversas defensas típicas del Yo temprano, la escisión de objeto e impulsos, la idealización, la renegación de las realidades externa e interna y la contención de las emociones. También menciona diversos temores persecutorios, incluidos el miedo a ser envenenado o devorado. «Primero denominé a este período *fase persecutoria* para llamarlo después *posición paranoide*».

Hacia 1947 (*Ego development and Historical Change, Psychoanal. Study Child* 2), E. Erikson apunta que este tipo de trastorno está relacionado con crisis en la formación de la identidad debidas a cambios en el medio social. En este mismo trabajo, el autor refiere la conexión entre «fenómenos esquizoides y maniaco depresivos» que ha servido de fundamento en nuestro caso para establecer la *posición confusional* como lugar de tránsito entre ambos. Las fluctuaciones entre las posiciones esquizoide y depresiva forman parte del desarrollo normal; en el desarrollo patológico esta interacción interviene en los respectivos cuadros clínicos de la esquizofrenia y los trastornos maniaco-depresivos.

Desde un punto de vista bien diferente, N. Thorton (1956, *Some notes on schizoid personality, Psychoanal. Rev.*, 43: 220-227) considera que «la personalidad esquizoide aún no ha cruzado la frontera de lo *borderline* y exhibe un modo de comportamiento más o menos diferente al de la esquizofrenia. En otras palabras, una personalidad esquizoide es capaz de un funcionamiento adecuado en la vida cotidiana.»

Para otros autores, la personalidad esquizoide representa una diferenciación de la

matriz inicial, de carácter *borderline*.

Al referirse a la componente narcisista de estos casos, Mashud Khan escribe (1960, *Clinical aspects of schizoid personality*, *Int. J. Psycho-Anal.* 41, 430-36): «Su narcisismo exhibe características deficitarias y está sobrecargado con conductas de tipo pseudo-agresivo y auto-compensatorias.» Y añade más adelante:

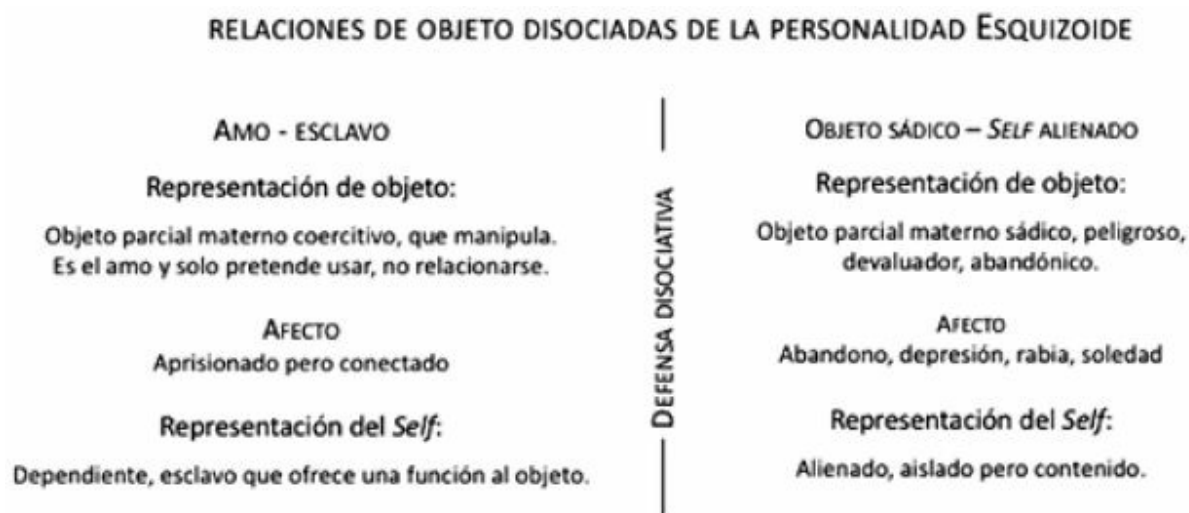
En términos generales, la ansiedad de estos pacientes no se debe a fuertes impulsos libidinales o la acción de un Superyó sádico de tipo primitivo, sino que ha de entenderse como respuesta a su vivencia de vacío y de desolación (Mashud Khan, pág. 434).

Toda una muestra de patología de lo negativo.

Algo bien distinto figura en las DSM, a través de las que Estados Unidos exporta su sueño de estandarización y de un diagnóstico unificado a nivel mundial a partir de la clasificación que deja de lado lo variado de los contextos culturales.

La dimensión ideológica, narcisista, que subyace en esa pretensión de superioridad occidental, niega la singularidad en ese *marketing de la evaluación* que pretende encasillar grupos homogéneos de pacientes. La mera descripción enmascara la naturaleza de la estructura en la que latén los aspectos profundos del psiquismo.

James F. Masterson (1999) se propone armonizar los criterios diagnósticos de la DSM-IV, de carácter descriptivo y nulo valor psicopatológico, con el psicoanálisis y en particular con la teoría de las relaciones de objeto. Se centrará en los trastornos de personalidad esquizoide, narcisista y *borderline* subrayando los factores comunes y resaltando a un tiempo las diferencias. Es importante el lugar que concede en estos cuadros a la función materna. Nos hemos permitido traducir y sintetizar sus conocidos esquemas:



Esquema 3.—Personalidad esquizoide en Masterson (1999, pág. 73)

La estructura intrapsíquica escindida mantiene en cada lado una representación del *Self* y del objeto. La parte defensiva observa la *dialéctica amo-esclavo*, que aparece primero con Hegel (capítulo IV de la *Fenomenología del Espíritu* (1807) y que Lacan incorpora al psicoanálisis: «el esclavo reconoce al amo pero no es reconocido por este». La parte defensiva se encarga de mantener una cierta estabilidad en estos sujetos; la otra se denomina *parte en el exilio* del objeto sádico-*Self alienado*, especie de «*Self* parcial que debe su existencia a ser un mero apéndice del amo, ahora

convertido en objeto-sádico», que aparece en las etapas de descompensación. La relación amo-esclavo posee una representación de objeto (objeto interno) manipuladora y coercitiva. El amo solo *utiliza*, no pretende una verdadera relación con otro que para él no existe: El *Self* es un esclavo dependiente, víctima del objeto. Su razón de ser es la misma esclavitud, inconcebible sin la existencia del amo. Contrarios que se necesitan mutuamente. El afecto que conecta a ambos introduce un a modo de prisión pero, a pesar de todo, existe conexión. La parte de la derecha cuenta con un objeto interno sádico, manipulador y hostil y una representación del *Self* alienada y aislada, pero autocontenida. El afecto que liga a *Self* y Objeto es la depresión de abandono característica de estos casos: tendencia suicida, rabia homicida, pánico, culpa, desesperanza y vacío.

La alienación se debe a falta de contacto con el objeto que no deja huella. Las funciones del Yo esquizoide están limitadas, parecería que no existe camino hacia la gratificación. Como resultado la persona desarrolla una pseudo-autosuficiencia de carácter defensivo. Masterson advierte que no es cierto que estos pacientes no deseen relacionarse con los demás; quieren hacerlo pero les causa terror por miedo a despertar al objeto sádico del que siempre recelan.

El compromiso del esquizoide consiste en situarse ni demasiado lejos ni demasiado cerca de su objeto. La personalidad esquizoide puede considerarse como la otra cara de la personalidad narcisista (núcleo confusional), donde la defensa maníaca contra la toma de conciencia de la propia dependencia precisa de los valores de los objetos externos que aquí se reemplaza en la expulsión dentro del *Self* de los objetos apreciados y la oportuna retirada del mundo externo. De tal manera que la personalidad esquizoide es el producto de la escisión en un espacio interior grandioso y el mundo exterior. Por su parte las personalidades narcisistas muestran al exterior su íntima grandiosidad.

A pesar de lo dicho arriba, debido a su gran difusión, nos haremos eco de los criterios diagnósticos de la DSM-V que no se han modificado desde la versión anterior: «no desea ni disfruta las relaciones íntimas (una familia o relaciones sexuales), suele elegir actividades solitarias y aún así, disfruta con muy pocas. Tampoco cuenta con amigos íntimos y se muestra indiferente a las alabanzas o críticas de los demás (como una manera de defenderse de la dependencia prisión que el objeto les propone). En la misma línea, se muestra emocionalmente frío, con afectividad plana.

Por nuestra parte, añadiremos que, si están compensadas, son personas sensibles, aunque retraídas, que evaden confrontaciones directas; el tono referencial les hace desplegar una concepción centrípeta del mundo, que por su escasa penetración el el proceso edípico se han visto incapaces de superar. Desde la indiferencia afectiva tienden a fusionar lo agresivo con lo libidinal. En el origen, las madres poseen escasa capacidad para metabolizar la agresión infantil. La avidez en la introyección de los objetos hace confundir lo agresivo y lo lúdico. El padre es inadvertido.

Kurt Schneider en su texto clásico *Las personalidades psicopáticas* (1923, en Morata 1980) los describe como activos, optimistas, seguros de sí mismos, faltos de crítica, con amor propio exagerado o fanfarrones. Diferencia tres tipos: *excitados, pendencieros e inconstantes*. Los calificados de pendencieros, podrían asimilarse a la

psicopatía agresiva descrita por Caparrós que ahora incluimos como un tipo de personalidad esquizoide. Desde su incapacidad para adaptarse a las normas despliega hostilidad ante los límites que impone el medio. Aparentemente extrovertidos, en realidad cosifican al objeto externo para hacerlo inofensivo. La figura materna fue nutricia pero no continente (solicita pero débil y ansiosa), de ahí la voracidad como forma urgente de relación. Desear lleva a la destrucción, el otro es un apéndice de sí mismo o no es. La identificación con el padre es mimesis con el agresor. Se agota en la rabia narcisista que pretende preservar al debilitado *Self*.

5.3.3. *Personalidad narcisista*

Es un diagnóstico amparado por confusas etiquetas, se ha descrito como defensa para elaborar duelos, incapacidad para alcanzar experiencias depresivas, etc. En Kernberg (1970) alcanza solo a un pequeño grupo de individuos; se caracteriza por manifestaciones no específicas de debilidad del Yo (poca tolerancia a la ansiedad, fallos en el control de impulsos y falta de vías para sublimar). El *Diccionario de Psicoanálisis* editado por Amorrotu (2004) las define de forma muy general por el amor que dirige el sujeto al Sí mismo tomado como objeto.

El trastorno narcisista de personalidad observa en sus formas más leves diferencias de grado con la estructura neurótica. La investidura narcisista en representaciones de objeto está implícita en el diagnóstico tradicional de neurosis, donde la gente normal-neurótica delega su perdida perfección narcisista en su Yo ideal, que ya no es punto de partida sino meta imposible. La integración neurótica de la investidura narcisista opera a través de la represión, y un considerable grado de estructuración y diferenciación entre el Superyó y el Yo ideal.

No es raro encontrar en estos pacientes padres que obtienen placer humillando; son experiencias que contribuyen a generar una intensa ambivalencia hacia uno o ambos progenitores; la rabia suele reprimirse o se expresa desplazada a fantasías o actitudes sádicas. El sujeto con personalidad narcisista puede elaborar su experiencia de separación como fantasía de asesinato autodestructivo; tiene la convicción de que sus sentimientos son muy peligrosos. El llamado narcisismo maligno se refiere a la infiltración agresiva del *Self* grandioso que les caracteriza. Estos pacientes experimentan una excesiva auto-estima que puede traducirse en comportamiento agresivo.

Como psicópatas fanáticos los mostró Kurt Schneider (1923). Activos, violentos, expansivos, defendiendo su sobrevaloración personal, aunque también los hay pacíficos, con una intensa vivencia de aislamiento. Cuando están compensados adquieren una frágil apariencia de equilibrio y pueden mantener buen contacto (por el éxito de la represión de la pulsión agresiva y la mayor discriminación pulsional), pero si se sienten evaluados se retraen por efecto de la herida narcisista dada su escasa tolerancia a la frustración.

La patología narcisista se sustenta en la permanencia de una realidad que no se puede ni se quiere abandonar, afirmaba Raúl Aragonés (*Entre la neurosis y la psicosis*, en las III Jornadas de intercambio de psicoanálisis. Barcelona, Gradiva, 2000, págs. 13-19). «Es una situación forzosamente circular y repetitiva, de equilibrio inestable de un Yo que no soporta la abstinencia que le impone la realidad de la

castración y se desplaza al espacio del objeto del placer narcisista. Espacio que a su vez deberá abandonar ante la amenaza de la castración» (pág. 16). Se quedan al borde de la relación, desean y temen fusionarse, pero la labilidad de la escisión no les permite organizar sus límites, aunque conservan el sentido de realidad.

Venimos subrayando que el narcisismo implica una relación entre la investidura yoica y la parental; a este respecto, P. Aulagnier (1975, pág. 145) argumenta que si no es posible una identificación del Yo con esa imagen especular idealizada, se impide el paso del erotismo al narcisismo, ya para desinvertir al objeto parcial en provecho de una imagen unificada de sí mismo, el sujeto debe apoyarse sobre esta imagen idealizada.

En su momento (1980), Nicolás Caparrós definió como psicopatías enmarcadas en la posición confusa propia de la personalidad narcisista (caracterizada por oscilaciones entre la omnipotencia y los sentimientos catastróficos): *a) La Personalidad explosivo-bloqueada*; con alternancia de calma o parálisis por implosión y estallidos de cólera; arrepentimiento desde un Superyó premoral que no aprende de la experiencia; una sexualidad precoz y poco reprimida. *b) Personalidad fóbica*; vencer la angustia desde la contrafobia, aniquilar su causa —el esquizoide se conforma con no ser destruido—, la angustia no se concreta en un objeto determinado como en la neurosis fóbica; la ausencia de un padre de rasgos definidos pudo impedir la elaboración edípica. *c) Personalidad confusa*; se adecuan sin adecuarse, se duelen sin dolerse y gozan sin gozar, pero no son psicóticos. ¿Reacción defensiva situacional? Puede confundirse en casos límites con oligofrenia. La relación queda reducida al mínimo; la falta de constancia en los afectos empobrece el Ideal del Yo y el proceso de identidad se interrumpe, lo que se traduce en una actitud mimética con el medio, tendencia a la fusión por pobreza del mundo interno. Nutren capas marginales.

Pensamos que lo que Kurt Shneider (1923) menciona como psicópatas explosivos, se corresponde con la personalidad explosivo-bloqueada: sujetos alborotadores, excitables en grado sumo, con frecuencia alcohólicos y con irritabilidad probablemente reactiva al agotamiento.

En cuanto a la controvertida DSM-V, refiere como características esenciales de este cuadro a la grandiosidad, la necesidad de admiración y la falta de empatía que se inicia en la edad adulta temprana y que está presente en una variedad de contextos. Nos hacemos eco de las pequeñas variantes que modas o la influencia de compañías de seguros introducen de una edición a otra; así entre corchetes incluimos lo suprimido de la IV: sentimientos de grandeza y prepotencia [p. ej., exagera los logros y capacidades, espera ser reconocido como superior sin logros proporcionados]. Absorto en fantasías de éxito, poder, brillantez, belleza o amor ideal ilimitado. Se cree especial y único [solo puede ser comprendido o relacionarse con personas especiales o de alto estatus]. Necesidad excesiva de admiración [la exige]. Sentimiento de privilegio: expectativas no razonables de tratamiento especial. Explota las relaciones interpersonales. Carece de empatía. Envidia hacia los demás [o cree que los demás le envidian a él]. Comportamientos arrogantes. (DSM-V, págs. 669-670).

En 1975 Otto Kernberg escribe sobre la relación entre narcisismo normal y

patológico y se pregunta si la *personalidad narcisista* se debe a una detención del desarrollo, donde el narcisismo no se equilibra con la objetividad, o bien a un desarrollo patológico.

Kohut establece la continuidad entre ambos tipos de narcisismo y distingue el uno del otro poniendo el acento en la calidad de las investiduras libidinales. Pero si se considera que las investiduras narcisistas y objetales surgen al mismo tiempo y se influyen mutuamente, no puede plantearse su estudio por separado. Así, Kernberg plantea que el desarrollo patológico se debe entender como una combinación del rechazo de las pulsiones libidinales y agresivas, y sus características estructurales tales como la fijación a una etapa precoz del desarrollo o la falta de desarrollo de algunas estructuras intrapsíquicas. Prosigue este autor diferenciando el narcisismo infantil del patológico:

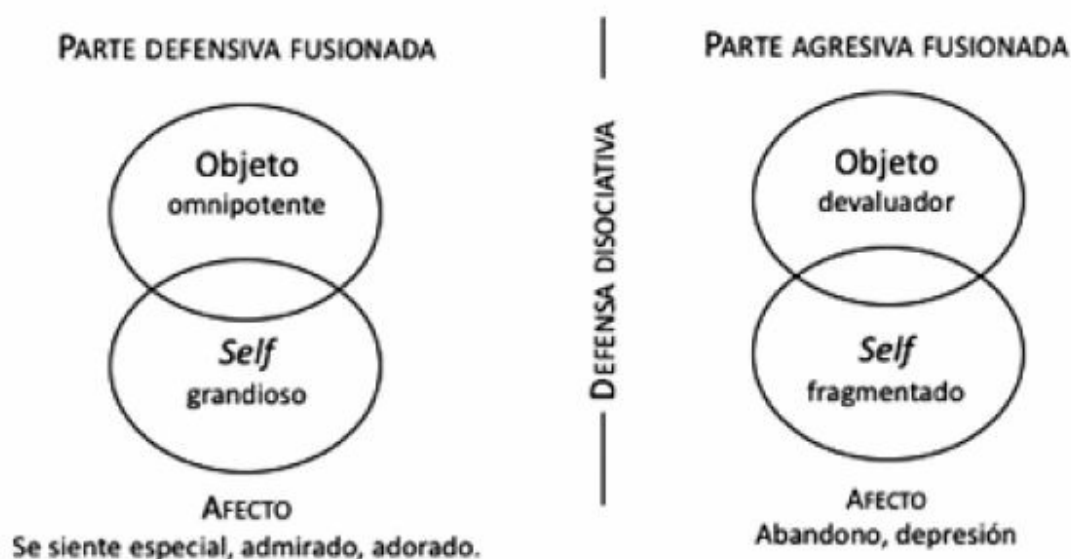
La integración de imágenes de sí mismo buenas y malas en una concepción de sí realista que incorpore sin disociar los diferentes elementos de la representación de sí, constituye una condición necesaria para la investidura de un *Self* normal. Esto explica la paradoja de que la integración del amor y el odio es lo que precede a una capacidad de amar normal. Los pacientes narcisistas se tratan a sí mismos tan mal como a los demás por la profunda falta de confianza en la posibilidad de que exista y salga de ellos algo valioso; por el contrario, las fantasías grandiosas de los niños normales poseen una calidad más real; las reacciones excesivas del niño ante una crítica coexisten con una expresión simultánea de amor, interés y gratitud cuando deja de sentirse frustrado, poseen la capacidad de depender de objetos importantes (no así el narcisista). El narcisismo normal infantil se refleja en demandas ligadas a necesidades reales, el patológico nunca puede ser satisfecho y tiene que ver con un proceso de destrucción interna de lo recibido (O. Kernberg, 1975, pág. 128).

En *Estados psicóticos* (1964) H. Rosenfeld reflexiona a partir de la relación entre psicosis y narcisismo de un lado y los conceptos narcisismo primario y secundario de otro. Psicopatología y proceso del desarrollo.

A. Rothstein (1984) recuerda a Stolorow (1975) cuando afirma que la actividad mental es narcisista en la medida en que su función es mantener la cohesión estructural, la estabilidad temporal y el afecto positivo coloreando la representación del *Self*. Por consiguiente, la actividad masoquista también podría tener una función narcisista por su contribución a la integración de la representación de sí.

De nuevo Masterson y su representación de este trastorno:

RELACIONES DE OBJETO DISOCIADAS DE LA PERSONALIDAD NARCISISTA



Esquema 4.—Personalidad narcisista a partir de Masterson (1999, pág. 71)

En cuanto al esquema que James F. Masterson (1999) realiza para la personalidad narcisista, vemos, en lo referente a rasgos diferenciales que las representaciones del *Self* y del objeto están fusionadas. *Self* grandioso y Objeto omnipotente tal y como hemos registrado en nuestro análisis de la posición confusa, todo ello al servicio de la defensa. El afecto que los engloba provoca el sentimiento de ser único, especial, grandioso, perfecto, adorable. Esta característica le hará decir a Neville Symington (1993) que el *Self* es relacional mientras que el núcleo del narcisismo encierra el odio a la relación, un odio hacia algo que es inherente a nuestro ser. Una de las formas de actuar el narcisismo es eliminando la separación. «Podemos llamar objeto a la parte del *Self* que está en relación con el otro y sujeto a la otra parte del *Self*» (1993, pág. 18). Es esta relación indisociable lo que posibilita el *Self*.

El humano siempre adolece de consistencia; desde una perspectiva existencialista, James S. Grotstein prologa la obra de Symington sobre desórdenes narcisistas:

Odian estar solos, odian necesitar sus objetos, pero reniegan la envidia y roban en su fantasía lo que necesitan al objeto, pasando de la envidia a la gratitud. Nunca pueden librarse del profundo sentimiento de vergüenza que surge cuando se dan cuenta de lo poco integrados que están en su interior (Grotstein en Symington 1993, pág. XVI).

Symington (1993) elabora la noción de *lifegiver*, una especie de objeto transicional interno compuesto por aspectos del *Self* y del objeto de apoyo. Si el narcisismo emerge cuando la libido toma al propio *Self* como objeto, debe existir otra alternativa, otro objeto que pueda escoger el Yo; es lo que denomina *lifegiver*. El niño no solo busca el pecho de la madre, persigue un objeto alternativo a sí mismo. Si el *lifegiver* es fuente de vida emocional y de supervivencia biológica, no puede repudiarse nunca totalmente, de forma que se produce una escisión.

La persona narcisista se volvió contra el *lifegiver* en la primera infancia. Lo que subrayo es el elemento intencional. [...] Al ser una elección, es reversible. Un sujeto puede tener distintas oportunidades para salir de la opción narcisista radical. Creo que hay un escalón intermedio como respuesta afectiva al trauma a través del *lifegiver*, un objeto mental que solo aparece en el momento de ser escogido. Está fuera, pero cuando se opta por él, está dentro. Ese momento de elección siempre es arriesgado (Symington, 1993, pág. 82).

Cuando se despliega por entero el componente agresivo de esta personalidad da lugar a lo catastrófico; el objeto es vivido como hostil y despreciativo, la representación del *Self* se convierte en inadecuada y corre el peligro de fragmentarse. Lo que desencadena el comportamiento agresivo es el estrés suscitado por la separación y el fracaso en lograr la empatía.

La consideración de los componentes agresivos en la personalidad narcisista ha recibido también la atención de Béla Grunberger (1971). En *su* desorganización narcisista la rabia se produce tras una identificación con el agresor infringiendo heridas narcisistas a las que él mismo tiene más miedo. La necesidad de venganza, dirá también, no deja en paz a quien sufrió una herida narcisista.

El clásico mito de Narciso servirá a Malcolm Pines (2002) de punto de partida para adentrarse en las patologías narcisistas desde el *mirroring*: un niño llega a comprender su propio estado afectivo a través de las respuestas en espejo de los padres, de las exageradas expresiones que ofrecen como respuesta, un proceso que se ha venido a llamar «modelo de retroalimentación social de la relación especular afectiva». En estas circunstancias, el medio no solo ayuda a regular emociones, procura además un aprendizaje para reconocerlas. Cuando Narciso rechaza el vínculo, pierde la posibilidad de aprender de sí a través del otro; es el caso de quien no ve nada cuando se mira en el espejo. Eros sin un objeto al que adherirse, al que investir, deviene en Thanatos, energía libre sin propósito, añadimos nosotros. Pines describe, asimismo, a ciertas personas cuya imagen de sí es tan inestable, que necesitan un reflejo permanente en los demás para mantener la constancia de su auto-imagen. O dicho de otro modo: «Cuando dos seres reflejan mutuamente aspectos indeseables del *Self*, tiene lugar una batalla destructora donde cada cual solo puede ver en el otro un aspecto de lo temible, odiado e inaceptable de sí mismo» (Pines, 2002, pág. 18).

5.3.3.1. El perverso narcisista

Este tipo de personalidad narcisista es descrita casi con los mismos matices por autores como Havelock Ellis (1898, *perversión sexual*), Otto Kernberg (1975), Paul Claude Racamier (1980), Alberto Eiguer (1989, *Le pervers narcissique et son complice*) o Marie-France Hirigoyen (1998, *Le harcèlement moral*, La découverte). Esta última refiere a Narciso como una cáscara vacía que no tiene existencia propia; su destino es tratar de evitar la muerte; el trasfondo del agresor es su doliente narcisismo y la envidia. El depredador emocional elige a su víctima para apropiarse de aquello de lo que él carece; se apropia de las pasiones del objeto pero ambos perecen en el intento y acaban confrontados con su precariedad en un gran movimiento autodestructivo que pasa por la destrucción del objeto. Penosa exhibición de flaqueza con ostentación dramática de fuerza, encuentro de precarios narcisismos, necesidad complementaria de dar por parte de la mujer y de absorber al objeto como cemento para la reconstrucción del Yo, por parte de ese varón herido que se erige en maltratador.

Sobre el cariz maltratador de estos sujetos, nos parece interesante la aportación de Teresa Sánchez (2006, Dependencia de dar y rabia narcisista, en *Clínica y análisis grupal* 97, págs. 123-144): Interacción patológica entre miembros de una pareja en la que uno de ellos (generalmente la mujer) asume el rol dador desde la dependencia y

el otro (en general el hombre), vincula su narcisismo a la recepción de refuerzo y atención exclusiva por parte de su pareja. Es un Narciso enfermo que con una imagen desvalorizada de sí, ataca al objeto especular que le reintegra el reflejo de su maltrecho Yo, de su fracaso. Es lo que Kohut describió como agonía de desintegración por el cortocircuito emocional que tal *apocalipsis* provoca.

El embelesamiento suprime la crítica del objeto, lo reviste de grandeza, reduce la distancia hasta límites fusionales. Es en el momento de la desilusión amorosa cuando surge la violencia en aquellos sujetos para los que el objeto amado posee tal cantidad e intensidad de cargas narcisistas que hacen inviable el desprendimiento libidinal. El futuro maltratador aplica la escisión tanto con sus objetos parciales internos como con los externos, incapaz de acceder a posiciones psíquicas integradoras que le deprimirían (Sánchez, 2006, pág. 130).

El perverso narcisista ha sido protagonista de varios trabajos de Alberto Eiguer; aquí hacemos referencia al que publicamos en *Clinica y análisis grupal* (2000, núm. 83, págs. 41-50). Citamos:

Pretende alimentar una imagen exaltada de sí, que debería ser suficiente para que su interlocutor renunciara a su autonomía. Su Superyó hereda el odio contra la madre considerada madre todopoderosa, el deseo de devorarla... pero hay un temor inconsciente a su venganza. El paciente se protege tomando la iniciativa, transformándose en un ser hostil e iconoclasta... Niega dependencias, pero él se postula como guía de otro (Eiguer, pág. 43).

Y describe cómo el perverso narcisista (depredador psíquico en Racamier, 1992), cosifica al otro —el *cómplice* que saca también algún partido— o absorbe su narcisismo, de forma que alguien asuma lo que él no puede asumir. «Es la situación instaurada por el narcisismo ya que uno no puede amarse nunca como si fuera otro, es decir, anulando la alteridad.» (Eiguer, pág. 44). Este autor recuerda que Racamier contempla la perversión narcisista como negativo de la psicosis en la medida en que envuelve al vínculo y el papel de víctima o victimario es actuado por distintos miembros de la familia, frecuentemente de manera alternada.

El maltratador no repara en la medida que no mentaliza la culpa. Como José Luis Lillo avanzaba en 2002:

La expiación, en la medida que pretende negar la culpa, aplacar al objeto persecutorio, obtener su perdón, buscar su compasión, controlar el dolor depresivo, presentarse como víctima o revertir la perspectiva de reparación, supone volver una y otra vez a reiniciar la hostilidad contra los objetos internos, en un círculo vicioso interminable (La expiación en el proceso analítico, *Temas de psicoanálisis* VII, pág. 133, citado por T. Sánchez en 2006).

Cumple recordar también a Henry Wallon (*El origen del carácter en el niño*, 1931), precursor del *Estadio del espejo* lacaniano, quien, entre otras cosas, señala la paradoja de que buscando su autonomía, el niño no hace más que someterse a las influencias de las que pretende librarse; el niño utiliza la imagen del espejo para unificar su cuerpo durante el estadio emocional (6-12 meses).

5.3.4. *Personalidad histriónica y Personalidad rígida*

Seres ambivalentes, pasivos, reprimir la agresión es una de sus condenas. Son las psicopatías que adscribimos a un impreciso núcleo depresivo.

Histeria grave como cuadro de fronteras cambiantes. Temerosa de la indiferencia de los demás, admite gratificación u hostilidad si son intensas, no soporta la monotonía. Seductores, dramáticos, teatrales, ávidos, muy emotivos y volubles. En

este marco es una patología diádica fijada en la posición depresiva, no en el conflicto edípico (a diferenciar de la neurosis histérica, de carácter triádico). La caracterizan represión de la sexualidad pregenital, inconsistencia de gratificaciones, defectuosa presentación del padre. Envidiosos desde lo edípico, dependientes desde lo pregenital. En su familia suele observarse una sistemática transgresión de la norma.

Valga como ejemplo una joven con histeria grave en un grupo también integrado por psicóticos (Sanfeliu, 2007); aquí disfruta por fin la sensación de sentirse superior entre otros, aunque se incorpora verbalmente solo en momentos no comprometidos, aferrándose a marcar diferencias desde su Yo más estructurado al que teme poner en peligro si se implica más con sus compañeros. Es la única mujer del grupo de pacientes y despliega sus escasos encantos sin que sus compañeros —todavía replegados en sí mismos— hagan ningún esfuerzo por desilusionarla. Un comentario aleatorio: «Si no sabemos enfrentamos con nuestras mentiras, no llegamos a ningún sitio. Me gustaría representar vidas ajenas lo más literalmente posible». Discurso contradictorio en ese curioso espacio para ella en el que puede salir de la marginación ensayando —de la mano de los terapeutas— actitudes alternativas a las habituales.

Recuerdo otro caso en el que una mujer histerizó un síndrome de movimientos coreoatetósicos (contracciones lentas e involuntarias de cabeza, cuello y extremidades superiores, de origen orgánico). Desde el hándicap que supone esta patología y sus secuelas a nivel social, se relata a sí misma —y en este caso a mí— la capacidad de seducción que puede desplegar.

Freud en 1920 (*Más allá del Principio del placer*) encontrará similitudes entre la neurosis traumática y la histeria en lo que concierne a síntomas motores. Buscar refugio en el narcisismo es una de las formas de manejar el trauma; desde un estado grandioso puede alejarse lo que provoca dolor, a costa de vivir anestesiado. Es un soporte transitorio para resolver la situación de supervivencia; catarsis que hace patente la ruptura de vínculos y que sirve además de expulsión de lo intolerable. La simbolización ligará la excitación pulsional; se trata así de poner en marcha el proceso de duelo.

K. Schneider refiere a las personalidades histriónicas como psicópatas necesitados de estimación, con afán fatuo y orgulloso de hacerse notar; lo nuevo les seduce pero están faltos de perseverancia, despliegan fantasía con tendencia a la mentira, son egoístas y sugestionables con una excitabilidad desmesurada.

En cuanto a la *Personalidad rígida* y su peculiar manejo de la pulsión agresiva, observamos ambivalencia entre el sometimiento a la norma y la agresión que suscita este sometimiento. Lo espontáneo entraña el riesgo del descontrol, es mejor someter tentaciones narcisistas a la norma. En casa hay cuidados solícitos por parte de una madre ambivalente hacia el bebé y sometida a su pareja; ambiente sin discusiones, sin premios ni castigos. Angustia contenida; *Self* basado en la rectitud y los logros intelectuales. Relaciones sentimentales siempre frustrantes por falta de placer o por miedo a poder obtenerlo. Oscilan de la sumisión rebelde a la rebeldía angustiosa. Aprende lo que *no* debe hacer y se protege en ese aprendizaje impregnado de tintes imaginarios; el límite entre gratificación y frustración es impreciso, el Yo es incapaz de controlar espacios mal delimitados.

El *no* se descubre a través de la acción, la realidad ha de aprehenderse sin indicios

anticipados de los límites, pero el rígido necesita acción y se frustra en ella, evitará situaciones que produzcan cambios.

Realmente en la práctica son tan solo matices puntuales los que permiten discriminar un trastorno de la personalidad de otro. En muchos casos su diagnóstico va a depender de las circunstancias por las que esté atravesando el sujeto en ese momento. Por eso son de temer ciertos dictámenes que sesgan la forma de abordar una sintomatología que puede recrudecerse a través de una dinámica de identificaciones proyectivas que acaban por confirmar los peores augurios.

5.3.5. *La Personalidad límite, borderline o fronteriza*

¿Cómo se diagnostica un paciente *borderline*? ¿Se trata de un diagnóstico discreto, de un síndrome con muchas características heterogéneas, o de un cajón de sastre? ¿Cómo se diagnostica en los niños? ¿Es un estado, un rasgo o ambas cosas? ¿Cuáles son sus fronteras?:

- 1.—¿Entre las psicosis y las neurosis?
- 2.—¿Entre lo *borderline* y la esquizofrenia?
- 3.—¿Entre lo *borderline* y los trastornos afectivos?
- 4.—¿Entre lo *borderline* y lo narcisista?
- 5.—¿Entre los *borderline* y otros trastornos de la personalidad?

¿Existen métodos diagnósticos fiables? ¿Sirven acaso los déficits neurocognitivos u otros de carácter orgánico como un criterio válido? ¿Cuál es su etiología? 1.—¿El fracaso o el trauma? 2.—¿Es edípico o preedípico?

¿Cuáles son sus características psicodinámicas? ¿Qué importancia poseen los mecanismos de defensa como la escisión, la identificación proyectiva y las defensas maníacas? ¿Qué papel desempeña la agresión? ¿Cuándo se debe emplear en el tratamiento el psicoanálisis, la psicoterapia de orientación psicoanalítica o a psicoterapia de apoyo? ¿Cómo se debe conciliar con la psicofarmacología y con la intervención familiar? ¿Qué pronóstico tienen? (Grotstein, Solomon y Lang, 1987, *The Borderline Patient*, V. I págs. XIX-XX).

Esta introducción da sobrada cuenta de la complejidad que representan los cuadros *borderline*. La polémica oscila entre el mismo cuestionamiento de su existencia, a la discusión del lugar que ocupan, del problema de su origen y el de las posibles vías de su tratamiento.

Las preguntas y las tentativas respuestas ponen sobre el tapete la propia crítica de lo que es un diagnóstico que ahora aparece mas claramente que nunca que está lejos de ser una noción nítida, bien delimitada y dada de una vez para siempre. En la catarata de interrogantes referida, se advierte que cuando abordamos un problema psicopatológico desde esa triple y a la vez necesaria vertiente de lo biológico, lo psíquico y lo social, la suficiencia de las certidumbres se desvanece.

La introducción de Grotstein lleva también a la consideración de si las diversas perspectivas que presenta, son otras tantas alternativas o trasunto de los diferentes ángulos de la investigación. Ambas posibilidades coexisten y han de ser tomadas en cuenta.

La *Frontera (border)* posee un espacio común a dos estados, donde conviven características de ambos. Las personalidades *borderline* aceptan la separación, aunque la odian al mismo tiempo. Se relacionan con los objetos exhibiendo una ansiedad claustrofóbica sometidos al dilema que Burnham (1969) denominó necesidad-temor. Un narcisismo frágil en un *Self* poco cohesionado no puede asumir que el objeto se separe, de forma que busca la adhesión (identificación adhesiva de E. Bick) para no desvanecerse.

En rigor son *cuadros límite o fronterizos* los que se sitúan entre los trastornos de la

personalidad como límite superior y las psicosis como límite inferior.

El síndrome *borderline* se remonta a los trabajos de E. Kraepelin (1907) pasando por E. Bleuler (1891). Los pacientes de los *Estudios de la histeria* que han recibido diferentes rótulos diagnósticos, bien podían ser *borderline* debido a la «doble conciencia» que presentan (llamada ahora escisión disociativa), muchos síntomas neuróticos y una *inestable estabilidad*. Las psicopatías, recubiertas por los actualmente llamados trastornos de la personalidad son conocidas también por el psicoanálisis bajo la denominación de neurosis del carácter.

Cuando el límite o *borderline* se descompensa, su comportamiento puntual recuerda al de las psicosis. Lo que caracteriza de manera expresiva este síndrome es la presencia de episodios psicóticos transitorios que conviven con un aceptable juicio de realidad. Estos episodios se caracterizan por sentimientos de vulnerabilidad e indefensión más que por la presencia de proyecciones bien estructuradas.

En lo tocante al nivel puramente psíquico, la estructura límite se desarrolla en la *fase de separación/individuación* (5-36 meses) (*Estudios I*, M. Mahler, 1984). En esos casos, la madre carece de capacidad continente y refuerza la regresión a la *fase simbiótica* (D. Winnicott). En esta etapa temprana, el ambiente facilitador proporciona al infante la experiencia de *omnipotencia* dentro del ámbito de la relación con los *objetos-subjetivos*, el primer objeto, de cuando el bebé todavía no discrimina entre *parte de mí/distinto de mí*.

Las investigaciones de Mahler se apoyan de manera parcial en Winnicott. El concepto de sostén (*holding*) viene referido al estado real inicial de la relación infante-madre, cuando el primero aún no discrimina su *Self* de la atmósfera que rodea el cuidado materno, respecto del cual está en una dependencia absoluta. Se magnifica (idealiza) el objeto para neutralizar tendencias depresivas o catastróficas que provocan la angustia de separación (N. Caparrós, 2004). La evolución durante la fase oral y la mayor parte de la anal fue adecuada, pero fracasa en el intento de apoyarse en el padre para soportar la hostilidad hacia la madre y viceversa. Esta maniobra, es en definitiva un juego ternario, que a estos pacientes, aferrados a lo diádico, les resulta difícil acceder.

La sintomatología específica de estos cuadros comprende depresión y ansiedad, junto con conductas autodestructivas. Inducen intensas emociones en los demás (por lo común de rechazo) y, en general, son personas mal adaptadas. De carácter vulnerable, impredecibles y explosivos, eternos buscadores de emociones y celosos evitadores del dolor. La hiper-irritabilidad busca alivio en el estallido. El bajo umbral de excitación provoca respuestas exageradas que el grupo puede denunciar o contener. Kohut lo expresa como fracaso en adquirir coherencia, como un modo maniaco de relación: deseo de control, triunfalismo y desprecio.

Su representación del *Self* les hace aparecer ante sí mismos como buenos y pasivos; mientras tanto, la representación del objeto (objeto interno) aprueba las conductas regresivas y dependientes. El afecto que liga ambas representaciones depende de la perspectiva en que nos situemos para describirlo: sentirse bien, ser amado, ser alimentado y el hecho de gratificar la unión sujeto-objeto. La parte agresiva expulsada es la actitud materna que desalienta cualquier esfuerzo en pos de la separación individuación; en esa circunstancia, la representación del *Self* aparece

como inadecuada y provocadora de esa expulsión.

D. Anzieu aplicó los principios del análisis transicional a la cura de adultos *borderline*. En un estudio sobre la supervisión de la cura analítica de una paciente límite, muestra que los pacientes sometidos a análisis transicional tienen lo que denominó un *Yo-piel* insuficientemente consistente, mal ajustado, discontinuo o indiferenciado, que no cumple su triple función de envoltorio continente, barrera protectora contra el exceso de excitaciones y filtro discriminatorio de las diversas categorías de cualidades sensibles. Poniendo en palabras lo que el paciente solo sabe repetir en actos o a través de signos preverbales o infralingüísticos, el psicoanálisis teje en torno a él esa piel verbal sobre la que el paciente se apoyará para reconstituir su *Yo-piel*. Hallar estas palabras requiere tolerar las particularidades de la transferencia propia de estas patologías, una transferencia actuada, intensa, en la que vehicula su malestar: rabia, reivindicaciones, exigencias narcisistas de todo o nada, con dilemas tipo «yo o el otro» que atraen «reacciones contratransferenciales de impotencia y rechazo» (D. Anzieu, 1985, *Le Moi-peau*).

A cuestiones parecidas alude A. Damasio:

Cuando aparecieron cerebros capaces de pensar, empezaron haciéndolo en el cuerpo. La piel es una lámina sensorial extensa, vuelta hacia afuera, actor clave en la regulación homeostática y su representación podría ser el medio natural de significar el límite corporal... Las señales que implican las interacciones de un organismo con su entorno externo bien pudieran procesarse con referencia al mapa global de los límites del cuerpo. Cuando vemos, no solo vemos: sentimos que estamos contemplando algo con nuestros ojos... Esta realidad no se puede considerar una realidad absoluta, sería «nuestra realidad» (Damasio, 1994, *El error de Descartes*, Crítica 2001, pág. 214).

Los objetos transicionales, como antes sucediera con Anzieu, vuelven a aparecer con J. S. Grotstein en 1983 (A Proposed Revision of the Psychoanalytic Concept of Primitive Mental States, Part II, the Borderline Syndrome-Section. *Contemporary Psycho-Anal.*: 570-604): «En la medida en que el síndrome *borderline* se relaciona con la perseverancia de los fenómenos transicionales, merece ser distinguido de otros trastornos primitivos en los que el objeto transicional no desempeña papel alguno, como es el caso de las psicosis... Considero que la entidad *borderline* puede ser entendida como un *trastorno de la auto-regulación* y que esta organización representa un cuasi exitoso intento de ligar los afectos primitivos que parecen emanar de la emergencia de un déficit interno» (pág. 575).

En su momento (1980), la DSM-III hizo especial hincapié —en relación con este diagnóstico— en relación al riesgo de suicidio y la automutilación; la realidad es que este peligro aparece en muchos otros cuadros. Desde un punto de vista descriptivo requería la presencia de cinco de estos ocho criterios: dificultad de predecir en áreas dañinas para el *Self* (despilfarro, sexo, juego, abuso de sustancias, bulimia); relaciones inestables e intensas con bruscos cambios de actitud (idealización, devaluación, manipulación, etc.); accesos de cólera descontrolada; trastornos de identidad; inestabilidad afectiva; intolerancia a la soledad; tendencia a las autolesiones; sentimiento crónico de vacío.

La DSM-IV añadirá «esfuerzos frenéticos para evitar un abandono real o imaginado»; a la impulsividad se le agrega ser dañina para el propio sujeto y se incluye la ideación paranoide transitoria relacionada con el estrés o síntomas disociativos graves. Pocas novedades en la DSM-V (pág. 663): en lo referente a la

alteración de la identidad especifica la inestabilidad intensa y persistente de la autoimagen y del sentido del Yo; la labilidad afectiva se dice causada por una reactividad notable del estado de ánimo.

En 1996, Gunderson (The intolerance of aloneness, *Am. J. Psychiatry*, 153, 6) sostuvo que el miedo a la soledad era un síntoma primario al que todos los que recoge la DSM eran secundarios; esto entraña una desmedida necesidad de ser cuidado, que recuerda lo que Mahler señaló como *necesidad de reabastecimiento* en los niños. Las relaciones interpersonales están sujetas a sensibles fluctuaciones afectivas, que oscilan de la calidez a la frialdad. Estos comportamientos con fácilmente detectables desde la óptica que emplea la Teoría del apego (J. Bowlby).

P. Fonagy (1991) sugiere que «los posibles malos tratos recibidos a lo largo de la vida del *borderline*, llevan aparejados una inhibición de la función auto-reflexiva del *Self*; este segundo aspecto es el responsable de la patología del adulto. Fracaso de la mentalización, es decir, de la capacidad de concebir los estados mentales conscientes e inconscientes en uno mismo y los demás». (Thinking about thinking: some clinical and theoretical considerations in the treatment of a borderline patient. *Int. J. of Psycho-Anal.*, 72, 639-656).

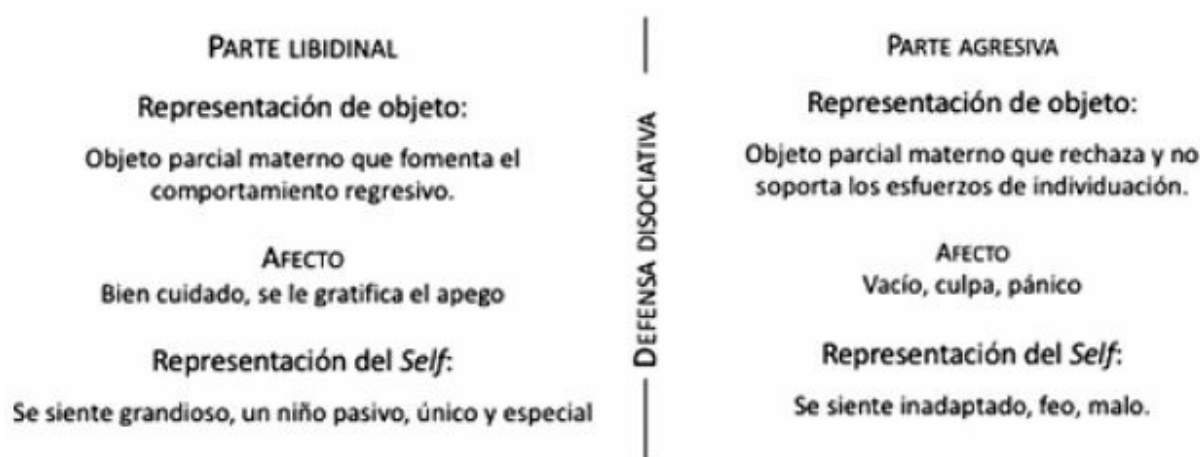
O. Kernberg distingue tres grupos *borderline*: los que logran una aparente adaptación, los que presentan sentimientos crónicos de vacío y severos problemas de relación (suelen complicarse con síntomas neuróticos y dificultades sexuales) y, en tercer lugar, los que abiertamente funcionan en nivel *borderline*. Existe un síndrome de identidad difusa, una predominancia de operaciones defensivas de tipo primitivo (en torno a la escisión) y la permanencia del juicio de realidad.

La descripción de H. Kohut parte del desarrollo de la libido narcisista, describe pacientes con un *Self* cohesivo que construyen objetos arcaicos igualmente cohesivos; enfatiza dos modelos de investidura narcisista: el *Self* grandioso y la imago idealizada de los padres. Su diagnóstico se basa en el desarrollo espontáneo de la transferencia que deriva de fijaciones arcaicas, no en la sintomatología actual. Desde la perspectiva de Kernberg sufren la fusión del *Self* y las representaciones objetales, mientras que desde Kohut poseen representaciones más diferenciadas. Este último distingue dos tipos de personalidades narcisistas analizables: el desorden de la personalidad narcisista y el desorden comportamental narcisista.

Son frecuentes los *acting out*, rasgo que comparten con otras psicopatías de carácter severo. La percepción de la realidad es pobre y la tolerancia a la frustración escasa. La estructura del Yo está escindida. Una parte funciona de acuerdo con el principio de realidad, la otra se somete al principio del placer; esta parte, que permite a estos pacientes gratificarse en el ámbito de la fantasía, es la que se debe considerar patológica.

J. F. Masterson (2000) considera que el trastorno *borderline* se debe a una interrupción del desarrollo en la fase de separación-individuación (Mahler); participan en su formación factores internos y externos, aunque hace recaer el peso en un fracaso de los cuidados maternos. Lo aborda del siguiente modo:

RELACIONES DE OBJETO DISOCIADAS DE LA PERSONALIDAD BORDERLINE



Esquema 5.—Personalidad *borderline* desde Masterson (1999, pág. 68)

La escisión desempeña un importante papel en esta patología. Se suele afirmar que en la experiencia *borderline* la escisión del Yo y de las representaciones de objeto se deben a la dificultad de mantener una visión ambivalente equilibrada de los objetos que incluya los afectos de amor-odio como sucede en el conflicto. La incapacidad de afrontarlo se resuelve en la escisión. La ansiedad disminuye o desaparece a expensas de sacrificar el principio de realidad. Pero, ¿es acaso la escisión una defensa activa, como quieren los partidarios de la teoría del conflicto o el resultado de una desintegración reactiva como proclaman los partidarios de la teoría del *Self*? Ambos extremos son posibles. Los *borderline* pueden experimentar este mecanismo con el propósito de lograr un mayor control de las situaciones ansiógenas.

La escisión no tiene lugar solo entre objetos buenos y malos sino que es debida también a disociaciones internas. Entre los *borderline* se describen dos tipos de escisión: global y polarizada diferente a la escisión de fragmentación propia de las psicosis. La escisión en los primeros pretende separar lo bueno de lo malo y acomodarse a los estados de confusión *Self*-objeto derivados de su condición fronteriza. La escisión polarizada lleva a un sentimiento de afirmación del *Self*, que se encuentra separado del objeto y no poseído por este. El problema crucial que acontece con la escisión en este tipo de pacientes se define como su incapacidad para resolver su disonancia cognitiva, que puede terminar en la fragmentación. En estas situaciones la represión propia de lo neurótico no se puede aplicar.

La identificación proyectiva es el segundo mecanismo que ocupará nuestra atención. Su primer empleo se debe a Freud (1914) y más tarde a Tausk (1919) y luego alcanzó su máxima difusión con M. Klein (1950, 1957) y H. Segal (1964). Es notorio que para Klein representa uno de los mecanismos esquizoides, junto con escisión, renegación e idealización. En este autora la identificación proyectiva desempeña la función de escindir y proyectar las experiencias persecutorias desde el Yo para situarlas en el objeto. Menos conocida, aunque igualmente importante es la experiencia de fusión mediante la cual el bebé trata de superar el dolor de la separación con la madre a través de una fantasía con la cual se reintroduce por esta vía la identificación proyectiva, lo que está en la base, junto con la idealización, de nuestra *posición confusional*.

Para M. Klein evacuar es el propósito fundamental de la identificación proyectiva. En el caso de Bion (1959), este mecanismo es básico para la supervivencia del bebé, siempre y cuando la madre sea un continente adecuado para aceptar, absorber y metabolizar esta depositación, convirtiéndola en un significado asumible. En el pensamiento de Bion la identificación proyectiva se transforma desde su condición inicial de mera excorporación, hasta formar la base de la comunicación. Deviene de unipersonal a bipersonal. La falta de continente lleva al fracaso de esta esencial operación.

A este respecto S. Brown afirma: «las defensas maniacas actúan cuando la dependencia del objeto es conflictiva. Cuando estas defensas están activas, el *borderline* parece estar bien organizado en cuanto a su narcisismo. Pero un examen atento revela su patología y ante todo sus dificultades para pensar... lo que constituye el marco de referencia *borderline* (*The borderline patient*, vol. I, pág. 158)».

5.3.5.1 Diferencias entre los trastornos narcisista y *borderline*

Kernberg (1975) distingue entre personalidad narcisista y *borderline* porque en la primera el *Self* grandioso está integrado; en ambas predominan la escisión y las formas primitivas de proyección e idealización, control omnipotente y retraimiento. Pero en el narcisista la alteración se debe a una incapacidad para mezclar imágenes infantiles del *Self* y resolverlas en consistente autoestima. Las experiencias infantiles de tipo narcisista ocupan una posición dominante tanto en el plano consciente como inconsciente. En lo tocante al *borderline* es de hacer notar que lucha de manera constante por mantener una imagen predominante de un *Self* individualizado, plástico y adaptable. El deseo es ser amado por un objeto digno y apreciable. No puede mezclar este *Self* ansiado con otro de tipo negativista. Es incapaz de experimentar ambivalencia, el trastorno del *Self* es considerado, entre otros por Stolorow como un *continuum*.

Diversos autores, como es el caso de Kohut, Masterson, Grotstein o Gunderson, opinan que existen diferencias entre ambos trastornos. Desde un punto de vista descriptivo estaríamos tentados a alinearnos con los que, como Kernberg o Adler, establecen un *continuum*; las diferencias con de carácter estructural.

Masterson explora la patología narcisista del *borderline* y concluye en que muestran pobre auto-imagen, dificultad para integrar pensamientos, deseos y afectos, así como problemas en la regulación autónoma de la autoestima y la autoafirmación. La personalidad narcisista se caracteriza por la grandiosidad, la extrema auto-implicación, falta de empatía, búsqueda de la perfección, que ocultan sentimientos de vacío, rabia, depresión y envidia.

Mientras que el síndrome *borderline* parece haber adquirido rasgos más específicos, los perfiles del trastorno narcisista se antojan más borrosos. Quizá la clave diferencial resida en la baja auto-estima del *borderline* frente a los sentimientos de grandiosidad del primero. El segundo amenaza con la fragmentación mientras que el narcisista ronda lo catastrófico.

El síndrome *borderline* viene caracterizado por el *déficit* en relación con la evolución del narcisismo, mientras que la grandiosidad del narcisista no se conforma solo con mantener la ilusión de su propia grandiosidad, sino que induce a los objetos

a través del *mirroring* a ser objetos-*Self*. Quizá es una de las razones que hace al fronterizo más asequible al tratamiento.

El síndrome narcisista, en el sentir de Rosenfeld, es una *defensa maniaca* — característica típica de la posición confusa—, frente a la experiencia de la propia inermidad y dependencia frente al objeto. Solo un *Self* grandioso consiente en este caso con la separación, junto a ello surge el amargo descubrimiento de que el objeto resulta necesario, lo que socava la omnipotencia y anuncia el desamparo. Como respuesta suprema, la defensa maniaca en un patético intento de conjurar la baja autoestima.

Para terminar este apartado cumple hacer unas consideraciones generales.

La teoría de las relaciones objetales ha conducido a identificar objetos internos y dinámicas peculiares que conducen a caracterizar desde el punto de vista estructural a este cuadro.

Quizá convenga definir el concepto con el que Kohut (1977) designó la experiencia de unidad con la madre: el Objeto del *Self* que se adhiere en una relación en la que el otro posee un significado para que se mantenga la cohesión del *Self*. En este tipo de relación se experimenta al otro como parte del propio Sí mismo.

Winnicott, que tanto ha aportado a la metapsicología con su objeto transicional y la noción de sostén (*holding*) fue puesto en valor sobre todo por la psicología del *Self* (Kohut).

Una dificultad de primer orden ha sido incluir la noción de narcisismo primario, como figura en Freud o en las investigaciones de Mahler.

Otto Kernberg por su parte, ha intentado articular hallazgos de la Psicología del Yo con la Teoría de las Relaciones de Objeto.

La ya mencionada Mahler incluye en su análisis el período pregenital, aunque sus observaciones son de tipo experiencial, es decir, ajenas al encuentro analítico. Por otro lado M. Klein parece ignorar el despliegue de los patrones de conducta innatos y su interacción con el medio.

Como señala Grotstein, nuestra aproximación a los conceptos de narcisismo y de *Self* resulta decisiva a la hora de pronunciarse en este tema.

Freudianos y kleinianos difieren en la aceptación del narcisismo primario y están de acuerdo en la cuestión del secundario, es decir en que el Yo procede de las identificaciones con objetos investidos. Hasta Bion, los kleinianos reparaban solo en las identificaciones narcisistas. Kohut defendió un *Self* que posee su propia línea de desarrollo narcisista.

Desde ese aspecto resulta de cardinal importancia el debate abierto por las teorías del déficit y del conflicto y la consiguiente presencia de déficits tanto en la etapa del narcisismo primario como del secundario.

La cuestión reside ahora en el hecho de que tanto los psicóticos como la organización borderline no padecen a causa de los conflictos en mayor o menor grado, sino por la existencia de un trastorno en la etapa de narcisismo primario. Aquí podrían incluirse alteraciones neurobiológicas que contribuirían a su hipersensibilidad ante determinadas experiencias psíquicas. Discriminar este grado de posible déficit de otras circunstancias ambientales es crucial para el tratamiento. En general estos pacientes poseen un *déficit en su capacidad de autorregulación*, que podríamos

considerar como una alteración nuclear. Estas dificultades tal vez procedan de un trastorno en el desarrollo del narcisismo primario.

La formación de una suerte *de escudo para el narcisismo primario* es una barrera protectora para esa potencialidad psíquica que es el citado narcisismo. Nos referimos al *holding* de Winnicott, a la relación bioniana continente/contenido que le protege de sus primeras ansiedades; cuando esto no sucede se produce una inadecuación narcisista permanente. Balint (1968) se referirá a la *falla básica*, Benjamin (1965) a la *barrera frente al estímulo*, Odgen (1986) a la *matriz mental* y Grotstein (1986) a la *presencia básica de la identificación primaria*. Como este último autor asevera, una falla en ese *holding* inicial puede causar un eterno sentimiento de alarma ante la circunstancia misma de *ser* que precede incluso al miedo al actuar.

5.4. CUANDO LA PSICOPATOLOGÍA SE ENCARNA EN EL CUERPO

5.4.1. *Anorexia*

Hacemos aquí referencia a la anorexia como trastorno grave, no a los trastornos de alimentación que despliegan ocasionalmente algunos cuadros neuróticos y que con demasiada frecuencia reciben —consideramos que de forma indebida— este diagnóstico. La anorexia interesa a los niveles de integración biológico, psicológico y social. Las alteraciones del primero se traducen en una modificación de las constantes biológicas y en el compromiso del equilibrio homeostático; las del segundo en esa peculiar personalidad del anoréxico con intensos componentes narcisistas y esquizoides, y las del tercero en la desorganización familiar y ambiental de las que son víctimas y victimarios a un tiempo.

En la adolescencia se producirán estados de angustia que impelen a una reorganización masiva de carácter regresivo, con un claro predominio del narcisismo primario. Los objetos internos quedan ocluidos en una tentativa de reproducir la megalomanía primordial. Estos adolescentes tratan de huir de la aceptación de la diferencia entre los sexos. Aceptar la propia identidad sexual significa renunciar a ser el otro, con la consiguiente pérdida de omnipotencia.

¿Qué mirada envuelve a la persona anoréxica? Narcisismo herido, una mirada que encuentra sus raíces en la ira, una mirada extrañada que apenas roza. Lo sexual comporta al mismo tiempo identidad, reconocimiento del otro y de su diferencia, deseo, narcisismo de un *Self* integrado y búsqueda. La sexualidad, por tanto, resulta un buen indicador de la marcha del proceso.

Resulta muy costoso reconocer la dependencia que nunca se conseguirá zanjar —la huella quedó indeleble en lo más íntimo del *Self*—, o concederse identificaciones con aspectos que aún aletean como entrañables, lo que casi equivale a claudicar, a rendición. Necesitan alejarse del objeto que les ha construido, nuevo desgarrador doloroso para ambos del que el adolescente trata de huir alimentado por su narcisismo, buscando con avidez sustitutos con los que identificarse. Así se entiende la tendencia a adherirse a grupos a los que transferir su inicial dependencia.

En muchos casos de anorexia el objeto interiorizado es patológico y nos hallamos frente a una pseudo-identidad, un narcisismo destructor trata de evacuar la agresión fuera de sí.

Carencias o excesos en el primer tramo de desarrollo, dan lugar a un *Self* empobrecido. Exterior vivido como agreste y amenazante; en estos casos puede ser más fácil detectar la inflación de narcisismo por la aparente ausencia del mismo. Desinversión objetual, perversión narcisista, megalomanía, omnipotencia... Ideal de pureza que recuerda más al místico que al asceta, rechazo de lo corporal y sus instintos.

La privación del alimento deriva en un sentimiento maniaco de control del cuerpo: en los ayunos ascéticos esta vivencia se matiza con la sublimación, en la anorexia se exagera a través de una patología narcisista. Si no se alimenta, el sujeto no tendrá que desprenderse de sus excrementos; desde la omnipotencia narcisista, eso se traduce en no separarse de sus producciones; desde la agresividad contenida, la retención de las heces implica un aspecto libidinal activo.

Como concluíamos en *La anorexia: una locura del cuerpo* (Caparrós y Sanfeliu, 2004, pág. 249), en la anorexia se opera una suerte de negatividad que aparece en diversos momentos del desarrollo:

— *no* ser reconocido. Ese cuerpo que *no* es apreciado por la madre, que tampoco valora el suyo.

— *no* ser individualizado: la anorexia identifica —fusiona— ese cuerpo «indeseable» con la madre incontinente, así se escapa como sujeto a expensas de abandonar su cuerpo, alienante y alienado.

— *no* ser un sujeto completo: la escisión *Self*/cuerpo y su consiguiente renegación propicia una especie de yo de placer purificado. Tres negaciones fundamentales sobre las que se apoyan otras: ausencia-represión más o menos intensa de la pulsión sexual en sus manifestaciones directas, libre curso de lo destructivo, expresiones exacerbadas del narcisismo que pretende enunciarse sin sustento en los vínculos básicos. La hipertrofia narcisista se apodera del mundo interno y del entorno llegando en los casos extremos a la renegación de ambos.

La anorexia ha dejado de ser un simple trastorno alimentario, es un compromiso profundo y radical del propio sujeto.

5.4.2. *Lo psicossomático*

¿Psico-somático o somato-psíquico? Denominaciones engañosas. Las dos llevan implícita la noción de causalidad y no es esta la relación que une a ambos términos. La expresión psicossomático se suele entender —de manera equivocada— como relativa a alteraciones somáticas causadas por lo psíquico. El proceso psicossomático es la progresiva desorganización del nivel psíquico que desemboca en regresión al plano biológico; el hecho psicossomático invierte el proceso evolutivo que tiende a una complejidad creciente. Superar la vieja medicina psicossomática, centrada en la enfermedad, lleva a decir que no existen enfermedades psicossomáticas, sino una visión psicossomática de aquella. Pensar lo psicossomático en el plano máximo de abstracción, implica eliminar la noción de *enfermedad* a favor del *proceso* (N. Caparrós, *El proceso psicossomático*, Madrid, Biblioteca Nueva).

En el comienzo el niño es cuerpo; sus sensaciones de vacuidad o plenitud (necesita de ambas para sentirse vivo) abren o cierran el vínculo con su objeto. El cuerpo lleva la marca de su historia, vacíos y puntos de fijación; la huella del placer que pasa por el cuerpo se inscribe de forma más indeleble que las satisfacciones intelectuales. El afecto se reactiva por huellas olfativas, visuales, auditivas...

El *orden psicossomático* persigue un equilibrio dinámico y conflictivo entre psique

y soma. El autoerotismo es una práctica del cuerpo indispensable en la evolución del niño; al investir su propio cuerpo en tanto que objeto de deseo y de placer, abre los diversos caminos a las relaciones de objeto que cada zona erótica va a connotar con su marca particular. Las primeras experiencias constituyen las primeras inscripciones corporales; el objeto penetra a través del cuerpo, son los vínculos más arcaicos todavía no ligados a lo simbólico. Desde la sensación de vacuidad se llega a la percepción, el vacío posibilita la representación del objeto, para ser simbolizado, el objeto tiene que desaparecer dejando huellas que resuenen emocionalmente. El lenguaje, la cultura, articula imaginario y simbólico.

Desmentalización o *desorganización* en Marty, fugaz tránsito ineludible tras el parto; momento que conjuga violencia y ternura desmesurados, condensa separación y vínculo, soma, emoción y el primer atisbo de psiquismo, gozo y dolor. Afecta tanto a la cantidad como a la calidad de las representaciones que se limitan a registrar hechos en un modo de cadena asociativa desvitalizada. La manifestación somática no simboliza el conflicto; las estructuras mal mentalizadas se asimilan hoy a lo que se conoce como casos límite.

Una de las causas de la posible desorganización psicosomática reside en los duelos precoces de la madre durante el embarazo o el período en el que se desarrolla el sistema madre-bebé, la *madre muerta* de A. Green. El alérgico, por ejemplo, persigue la fusión con la madre idealizada. M. Fain, en otra llamada de atención hacia el narcisismo, recuerda que estos pacientes evocan la omnipotencia infantil. Dentro de ciertos límites, el movimiento de identificación importa más que el propio objeto con el que identificarse.

Chiozza en *Del afecto a la afección* (1997, Buenos Aires, Alianza) defiende que detrás de toda dolencia orgánica hay una fantasía inconsciente, una relación de significación, no causal. El enfermo se apuntala inconscientemente en la enfermedad para dar un sentido a su drama personal; lo que hace el psiquismo no es provocar sino sostener la enfermedad somática. Este autor plantea un método para tratar de manera interdisciplinar la enfermedad psicosomática desde la medicina y la psicoterapia psicoanalítica conjuntamente (el sentido que la enfermedad tiene para el paciente se indaga a través de entrevistas en las que se relata un cuento, una película, una novela, fotos significativas y el diagnóstico clínico del estado físico general). Se tiene en cuenta el tipo de vínculos que establece.

Toda alteración del proceso psicosomático refleja un trastorno subyacente más o menos intenso del narcisismo.

5.5. EL ESPACIO DEL DÉFICIT. PSICOSIS, LO DIÁDICO

Silencio sólido, presencia dura y opaca, tejido oscuro donde el espíritu se esconde y se afirma al mismo tiempo. Poco a poco, al cabo de un tiempo, los ojos van acostumbrándose a la oscuridad y empiezan a percibirse ojos, gestos, sentimientos... Despiertan de la apatía (en la que se refugia el *pathos*) y surgen simpatías y antipatías. Los pacientes psicóticos quieren saberlo todo, necesitan profundizar en su búsqueda paranoica todo lo que les rodea y actúa sobre ellos. Búsqueda paranoica (modo activo) o indiferencia y apatía (modo pasivo) de otro, constituyen las dos formas de ser, intentando controlar el miedo, la inquietante extrañeza que el principio de alteridad propone. (S. Resnik, *Espacio y psicosis*, núm. 3-4 *Revue de psychothérapie psychanalytique de groupe*, 1986).

Los *trastornos por déficit* son fruto de una carencia en el proceso de estructuración

psíquica: algunas funciones no llegaron a constituirse de forma adecuada debido a una falta o un exceso en las atenciones brindadas por la figura materna. La primera remite a una ausencia de experiencia, la segunda a la dificultad de discriminar en un mundo de monótona uniformidad donde no tiene cabida la *diferencia*. Dicho de otra manera, debido a la falla de provisión en el vínculo (estados traumáticos tempranos, no satisfacción de necesidades evolutivas, etc.), el desarrollo de la estructura psíquica se ve interrumpido en algún punto, sin llegar a un grado de diferenciación óptimo entre Sí mismo y Objeto. La difusa identidad se refugia tras defensas primarias que intentan proteger de la desintegración y de la fusión con el otro. Alteraciones del juicio de realidad, trastorno de pensamiento...

¿Qué es ser psicótico?

El concepto *Psicosis* posee una dilatada historia. Bajo esa denominación se encierran a lo largo del tiempo contenidos muy diferentes. Emil Kraepelin (1896) le atribuye una causa orgánica, un curso, un pronóstico y un tratamiento. K. Jaspers (1913) plantea en su obra magna: las neurosis son comprensibles y las psicosis explicables; por desgracia, la frontera entre ambos conceptos es difusa. Las primeras representan variaciones cuantitativas de la personalidad; las segundas son saltos cualitativos necesitados del auxilio de la explicación, tras la que subyace una teoría que la apoye.

El ambiente que rodea al futuro psicótico —a veces simplificado encarnado en esa madre esquizofrenógena generadora de dobles vínculos (véase Sanfeliu 1980) —, es incapaz de regular estas dos tendencias —holding y separación— que, a primera vista, podrían parecer antagónicas. El Psicoanálisis hará hincapié en las relaciones interpersonales, en los factores emocionales, sin por ello desdeñar los orgánicos; subraya la crisis del modelo médico tradicional frente a la indagación basada en lo Inconsciente y sus relaciones con la conciencia. E. Bleuler, autor de la noción de Esquizofrenia —mente hendida— (1910), confiesa su doble deuda con Kraepelin y Freud.

La cuestión génesis / *epigénesis* es un tema crucial de candente actualidad. Hasta hace poco el ADN era el único depósito de la información genética, pero en la actualidad las cosas han cambiado y los cromosomas muestran información permeable a la influencia ambiental. Es el caso de la metilación del ADN. Por este proceso entendemos a ese mecanismo epigenético usado por las células para controlar la expresión génica. Es una herramienta epigenética de uso general de la transmisión de señales. El fenómeno de la metilación se produce en el estrés, entre otros casos. La epigenética se interesa por factores que, sin corresponderse con los genes, interaccionan con ellos. Los genes necesitan ser activados para hacerse evidentes, obedecen a cambios ambientales. La tendencia actual abandona las tradicionales oposiciones orgánico/dinámico, genético/ epigenético, etc. Lo psicótico exige un abordaje transversal.

Desde la perspectiva clínica que aporta el Psicoanálisis observamos que el narcisismo patológico trata de ocupar el espacio interno del otro en un intento de controlar la alteridad que percibe amenazante. Resaltamos:

1. Ante todo, la presencia de la escisión tanto en las representaciones del objeto (mundo interno) como de la relación intersubjetiva. El sujeto enfrenta tanto el

espacio intrapsíquico como el intersubjetivo de manera *divalente*.

2. El orden de lo imaginario se impone al principio de realidad. En este espacio lo narcisista prevalece sobre lo objetal.

3. Prevalencia de mecanismos de defensa primarios: Escisión, Proyección, Identificación proyectiva y Renegación (*Verleugnung*). Se evita el conflicto y con él la temida ambivalencia. La represión desempeña un papel muy secundario.

4. La transferencia discurre entre la *renegación del otro* y la fusión transferencial, modo regresivo primario de la transferencia psicótica. Solo el tratamiento permitirá reconocer al otro como discriminado y diferente.

5. La *investidura del objeto* frente a la *visión narcisista* del entorno es el objetivo del tratamiento psicoanalítico de las psicosis. El *sostén (holding)* del psicótico intenta modificar sus alteraciones epigenéticas.

6. La farmacología es, en la mayoría de los casos, una aportación indispensable para equilibrar la alteración bioquímica presente en toda psicosis.

Tras este preámbulo, nos adentramos en el mundo de las relaciones diádicas, endemoniado paraíso narcisista donde el tercero todavía no resulta interlocutor.

5.5.1. *Paranoia*

La locura lúcida, locura razonante de aparición tardía. Delirio de acción con lógica irreprochable, solo un examen atento permite advertir la falla en una estructura que aparenta estar bien trabada. Auto-infravalorado. Superyó persecutorio al que contribuyeron un padre o una madre con propuesta de metas ideales, imposibles (con la agresión a esa imagen interna, aparecen los aspectos persecutorios). El objeto interno está muy presente y es muy severo y exigente. Actuar como si no hubiera duda de que son quien dicen ser disminuye su desconfianza.

Karl Abraham se adhiere aquí a formulaciones freudianas que la vinculan con homosexualidad. El paranoico regresa al nivel sádico anal en lo que concierne a la finalidad sexual; respecto al objeto, intenta compensar la pérdida de relación con el mismo tratando de reconstruirlo, pero no alcanza la incorporación que logra el melancólico. Como este, tampoco escapa a la ambivalencia; los deseos refrenados mudan el amor en odio, transformándose los sentimientos de persecución pasivos en activos, la parte introyectada del objeto se niega a abandonarle y ejerce su tiranía.

5.5.2. *Esquizofrenia*

Terminamos el siglo con numerosos modelos cimentados en los tres grandes sistemas, psicológico, neurológico (somático) y social, pretendidamente explicativos de lo esquizofrénico. Sin embargo, ninguno ilustra la complejidad del fenómeno que ofrece la clínica. (Antonio Colodrón, 1995: El trastorno esquizofrénico de la acción humana. *Archivos de neurobiología*).

El esquizofrénico utiliza su lenguaje interno en lugar del que alcanza la categoría simbólica. No tiene acceso real al metalenguaje, su comunicación es aparentemente digital y básicamente afectiva. Es la personificación del narcisismo más intenso y libre. El objeto se difumina o permanece en forma de objeto narcisista. Tres grupos de fenómenos presentes: residuales (parte normal), procesos regresivos (retira la carga de los objetos y la vuelve a su propio Yo) y procesos de restitución (delirios

que encubren los deseos bloqueados).

Producto de mensajes paradójicos donde impera el doble vínculo, sin que se tenga acceso al metalenguaje desde donde se podrían decodificar. En este reinado de lo diádico, el entorno —tan necesario para irrumpir en el nivel social—, queda relegado. Dentro de las esquizofrenias, la paranoide es la que alcanzó mayor evolución del Yo, aunque con una concepción centrípeta del mundo. Por otra parte la esquizofrenia simple constituye el ejemplo más cabal de negatividad, de ausencia, de vacío; es el empobrecimiento afectivo y la escasez de acción.

En un trabajo anterior (Sanfeliu, 2007) me interesé por la paradoja a la que Racamier alude respecto a la investidura del Yo del esquizofrénico: «Un narcisismo trabajando a fondo para encogerse hasta la vacuidad» (*Los esquizofrénicos*. Biblioteca Nueva, 1983). Retirada temerosa y autoprotectora y, frente a ella, la gran avidez por captar algo que pueda llenar ese vacío de representaciones.

El imperio del narcisismo desemboca en una dilatada soledad.

5.5.3. *Depresión y psicosis maniaco-depresiva*

Hacemos referencia a la denominada en nosografía psiquiátrica depresión *endógena* o, si se quiere, psicótica, por pérdida de objeto, donde la angustia se desvanece y con ella el objeto. Vivencia de vacío al encontrarse desposeído de conexiones, de vínculos. Lugar de la desesperanza, de la muerte del deseo; espacio donde el vínculo sufre una paulatina destrucción con la que llega la pulsión de muerte. La energía libre, la energía no ligada, no lleva a la libertad.

La depresión reactiva, exógena o neurótica es asunto del Superyó y, por ende, de su consecuencia más llamativa: la culpa. El panorama que ahora contemplamos no alcanza a conocer la culpa. El Yo del melancólico quedó empobrecido al perder lo que quería incorporar (K. Abraham, 1916). En función del estatuto del objeto perdido surgirá el delirio o la depresión —si existe conciencia de pérdida—. El objeto del delirio «desaparece» puesto que se proyecta, pero al mismo tiempo está a la vez *dentro y fuera*; esa ubicuidad del objeto persecutorio apunta a su profunda estirpe inconsciente (Matte Blanco).

Freud en *Duelo y melancolía* (1917) sugiere que la gravedad del cuadro depresivo se encuentra más en el componente narcisista que en el objetal. En la melancolía el sujeto no retira la libido del objeto perdido, sino que realiza una identificación narcisista con él; de este modo «la sombra del objeto recaerá sobre el Yo». De esta manera, la pérdida del objeto se transforma en la práctica en una pérdida del Yo. La melancolía comporta una herida o merma en el narcisismo.

En el decir de Abraham, la *psicosis maniaco-depresiva* conlleva ciclos de incorporación y expulsión junto con angustia extrema ante los objetos incorporados o expelidos. Triunfo sobre el objeto que fue primero amado, luego abandonado e introyectado. Lo narcisista está presente en un primer momento; luego, el Yo deja de estar atado al objeto que incorporó y la libido se dirige con avidez al exterior. Los ciclos se suceden al tiempo que intervalos en que expulsa al objeto de amor (en contraposición con la tendencia del obsesivo de retenerlo).

Este cuadro, que conviene no confundir con lo bipolar encarnado en una estructura neurótica, podría entenderse así: en la manía estalla lo narcisista y los objetos internos

se desperdigan, luego el sujeto se llena de objetos nuevos, sin historia, con los que establece conexiones especulares; el objeto casi no se ve, se devora, no permanece, está muy al límite de etapas en las que los objetos introyectados no dejan huella. Someter lo superyoico dispara el estallido narcisista.

Otto Kernberg observa que existen pacientes maniaco-depresivos que en su fase estable aparecen como organizaciones de tipo *borderline*.

Quizá, como sucede con los trastornos de alimentación que engullen al diagnóstico de anorexia, los síntomas depresivos neuróticos acaparan una nomenclatura que debería reservarse a la depresión psicótica. Por esbozar la forma indiscriminada con la que suele hacerse referencia a lo depresivo, rescatamos unas reflexiones —por otra parte muy interesantes— de B. Han en una entrevista publicada en *El País* (22-3-2014): en tiempos pasados el mal procedía del exterior, ahora está dentro del propio hombre que se corroe a sí mismo en un recorrido narcisista hacia la nada que lo agota y aboca a la depresión. «El narcisismo hace que dejemos de percibir la mirada del otro cuya existencia rechazamos. La depresión es una enfermedad narcisista», comenta. El exceso de narcisismo, puntualizaríamos; por eso no podemos estar de acuerdo con su fórmula —al menos tal como aparece simplificada—: «la forma de curar esa depresión es dejar atrás el narcisismo». Como venimos subrayando a lo largo de toda la obra, ni Narciso ni su Objeto son nada el uno sin el otro, están condenados al diálogo para existir.

5.5.4. *Autismo*

Hoy sabemos que no todos los niños que los analistas llaman autistas, lo son por problemas de la relación de la madre. También sabemos que lo que los psiquiatras y neurólogos adeptos de las llamadas neurociencias llaman autismo, dándole una causa genética, carece de extensión universal válida, ya que confunden autismo de origen psíquico con debilidades mentales orgánicas (H. Yankelevich, *El niño autista*, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 92, 2004, pág. 9).

Es el fracaso de la identificación primaria, como lo define Jean-Claude Stoloroff (1997, *Patologías de la identificación*, París, Dunod). Al autismo se le adscribe una etiología multifactorial; al carecer de continente para su angustia desmedida, el niño huye desmantelando distintas funciones sensoriales y se identifica adhesivamente para resolver el conflicto agresivo. La angustia es un elemento insuficiente de comunicación que puede desencadenarse por desregulación del sistema sumamente organizado de estos pacientes. El autista vive en un espacio bidimensional, sin profundidad ni temporalidad; su universo es el narcisismo primario. A través de la Identificación proyectiva se podría acceder al espacio tridimensional (penetrar o dejarse penetrar por el otro), pero este mecanismo le está vedado.

Terminamos con dos sugerentes aportaciones al tema recogidas en las III Jornadas de intercambio de psicoanálisis (Gradiva, 2000). Sammartino refiere:

La imagen petrificada de la ninfa Eco recuerda insistentemente los relatos poéticos de los niños post-autistas que solo a través de figuras metafóricas pueden transmitir los estados evanescentes de disolución en los que han vivido, ligados a objetos inanimados a los que se equiparaban... condenados a repetir indefinidamente sonidos huecos de sentido y significación. Narciso rechaza a Eco. El niño autista, como la ninfa, cae del nido sin calor ni estima, sin fuerza para volar, rechazado por Narciso (pág. 140).

En el trasfondo, carencias en la función especular del rostro materno descrita por

Winnicott, «en la capacidad de promover en el bebé la sensación de ser sentido por otro». Sammartino habla de núcleos autistas como organizadores de patologías contemporáneas como adicciones o trastornos psicósomáticos. Los tratamientos pueden ser eternos si no se detecta el nivel insoportable de sufrimiento psíquico del autista incapaz de traducir en fantasías o representaciones aquello que resulta tan temido. También *Frances Tustin* participó en las Jornadas catalanas y explica el autismo como resultado de la prematura violación del vínculo simbiótico entre la madre y el hijo... los pacientes autistas no luchan, dijo.

No debe confundirse autismo y debilidad mental; cuando el primero se trabaja analíticamente con la madre y el pequeño, pueden sorprender logros importantes en su desarrollo. En muchos casos, el fracaso de la función materna tuvo su origen en depresiones post-parto (no necesariamente desencadenadas por la maternidad que pudo solaparse con otros duelos). En cualquier caso, inestable encuentro de precarios narcisismos que en la atmósfera de contención —*holding* una vez más— que provee el análisis, pueden ensayar nutrirse recíprocamente.

Llegamos al final de este breve recorrido por un narcisismo ubicuo presente en todos los recovecos de la psicopatología.

CAPÍTULO SEXTO. CÓMO MODELA EL NARCISISMO LAS RELACIONES SOCIALES

6.1. EL DESEO IMPOSIBLE DE SER SIN EL SER DE LOS DEMÁS

Ofrecemos una ventana social desde el sujeto. Es este un apunte poco delimitado, ni psicológico ni sociológico. El sujeto es una persecución de la sociología, pero la sociología obedece a sus propias leyes. Es la nuestra una visión sui generis.

En toda época y lugar los sujetos tienden a vivir en común y la convivencia engendra colaboración, competencia y lucha. En esa intersubjetividad despunta la identificación con el otro indispensable para llegar a la discriminación de uno mismo, identificación en la que también se acodará una estructura psíquica. La distinción individuo-sociedad es ficticia y simplificadora, desde que el sujeto nace se encuentra en una situación concreta que es tan solo un fragmento de la realidad que, percibida o no, actúa sobre él y de la que se interiorizan segmentos impregnados de emociones. La realidad viene dada, pero cada cual le asigna distintos significados y, de otra parte, con su intervención la modifica. La subjetividad del sujeto, la percepción de sí mismo está en relación directa con su medio social, es el representante civilizado de la supervivencia de fases arcaicas de la cultura.

6.1.1. *Lo íntimo: un peculiar espacio compartido*

La identidad de un sujeto no se perfila con la línea corporal que lo delimita; se construye con lo que se cuenta de su historia, con la sombra que percibe de su representación de objetos internalizados, la disposición para expresarse con modulaciones que difieren en función del lugar, del momento, del tipo de vínculo... la experiencia, el «ser» no puede reducirse a la categoría de verdad objetiva. Verdad y Realidad muestran fugaces representaciones de lo que se fue y de lo que se intuye que será, en una inabordable tarea de atisbar la entraña inconsciente.

La conciencia de sí mismo se adquiere al unísono de la constatación de que no se es si no es con un otro. Lo íntimo no es soledad, es un espacio compartido de forma restringida con uno o unos pocos sujetos; quizá sea la exclusividad lo que caracteriza este encuentro donde se comparten deseos, fantasías y emociones que se ocultan al resto del mundo. El manejo del espacio corporal y psíquico —qué, cuándo y cómo compartir—, requiere un lento aprendizaje a lo largo del desarrollo. Luego, el enamoramiento, una amistad o el encuentro analítico son algunos de los posibles espacios privilegiados a través de los que se renueva el sentimiento de identidad. Tal vez, la persona confidente por unas horas sea un extraño al que quizá no se vuelva a ver; espacio de intimidad menos reconfortante pero a salvo de dependencias, de exigencias reales o imaginadas.

La intimidad solo es posible tras la separación. Winnicott contempla el ataque del bebé a la madre como un acto creativo que la convierte en objeto externo, siempre que no tome represalias. Es decir, el ataque destructivo crea capacidad para percibir a la figura materna separada de sí; tras ella, los distintos grupos de pertenencia, van cobrando perfiles

Narciso se sumergió en la inmediatez del amor sin explorar las diferencias. Su frágil existencia no podía soportar el dolor de entrar en una relación diferencial con otros no idénticos, a través de los cuales podría haber llegado a ser menos frágil, más tolerante y más consciente de sí mismo; más apto para los nuevos, con sus distintas historias personales, aprender y enseñar un nuevo conocimiento, expandir su experiencia en vías inesperadas (Pines, 2002, pág. 22).

Narciso ignoraba que a través de amar con, para y desde otros, podemos restaurar algo de nuestro narcisismo perdido, lo que le podía haber afirmado como un ser independiente. «Murió solo, sin haber experimentado la reciprocidad, la intimidad y la identificación mutua, que son los premios de arrostrar el riesgo de lanzarse en las aguas profundas del amor sexual. Huyó de las ofertas de Eco a la trampa del amor a sí mismo», añadía Malcolm Pines.

Intimidad sugiere quietud, silencio. Siendo el silencio el sonido más potente, no puede acallar el ruido, sentenció Lao-Tse. Y ese ruido estructural, no necesariamente traducido en decibelios, es lo que boicotea lo íntimo en la pretendida globalidad de Occidente.

El conflicto de identidad es inherente al grupo en la medida que este devuelve inéditas representaciones de sí mismo. Green lo expresó de este modo: para decirse «sí» a uno mismo hace falta poder decirle «no» al objeto. El individuo tiene una doble existencia: él mismo como su propio fin y como eslabón de una cadena; así lo avanzó Freud. Lo que persiste es la sensación de decepción, de haber sido vulnerados en el origen. Frustración que se actualiza con cada encuentro cómplice en un espacio de intimidad; un sujeto no puede dar nada de sí mismo al objeto sin sustraerlo de sí, sin renunciar a algo propio. Esta depositación o investidura realizada sobre el otro es precisamente lo que posibilita la complicidad que, en última instancia, es una especie de encuentro consigo mismo.

Dos formas de reflejar la inevitable pugna para mantener una identidad como sujeto al tiempo que se disfruta la pertenencia a un grupo; una escrita por F. Savater (1993): «Lo que inquieta a Narciso es que se sabe inventor de su yo, que se sabe irremediabilmente creador de lo que le constituye. Se ha hecho a sí mismo, a fuerza de cicatrices, culpa y coraje; también a fuerza de mansedumbre y comunicación.» La otra, esbozada por *El Roto*: «¡Qué difícil es ser uno mismo cuando todos los demás son otros!»

La soledad, requisito para acceder a lo íntimo, es trabajosa; nada similar al aislamiento que conduce al pánico, «es una conquista metafísica, porque nadie está solo, sino que ha de llegar a hacer la soledad dentro de sí», expresaba M. Zambrano (1955, pág. 286). ¿*Self*, preconsciente, narcisismo, objetos internos, alma? Distintos modos de acercarse a esa vuelta hacia sí mismo en la que se prescinde por momentos del entorno. En *Abel Sánchez* Unamuno lo refleja así: «Pues en la soledad jamás lograba estar solo, sino que siempre allí, el otro. ¡El otro!» Otro con el que entra en diálogos solitarios que alimentan más si cabe su amargura. Identidad y libertad se funden, la una es condición de la otra.



Figura 17.—El Roto en *El País* 11-9-2015

6.1.2. *Los otros: un modo de alteridad social*

El objeto externo, ese que desaparece, no es nada en sí, el significado se ha trasladado a la interioridad y es la sombra del objeto interno la que oculta y anega al externo, la que encubre las claves del deseo que se abre paso a través de otras representaciones. Cada sujeto es, justamente, lo que no puede alcanzar: la suma estructurada de los objetos externos que introyecta, proyecta, con los que se construye en un inútil y sin embargo, fructífero anhelo. Todo ese drama sucede de forma peculiar en cada vida concreta, en épocas diferentes, con intensidad y ritmos distintos e irrepetibles a través sucesivas identificaciones.

El concepto de *identificación* apunta a la construcción de un sujeto, a la búsqueda o encuentro casual de referentes para «ser», para «ser con», «ser frente a», «ser como», «ser otro», para averiguar quién es quién y descubrir la diferencia y con ella la identidad. Entre los muchos procesos que tienen lugar en la estructuración del psiquismo, la identificación es una de las claves más importantes, identificarse con alguien es establecer una relación de *mismidad* con la representación de esa persona. El proceso identificativo acompañará nuestra existencia modificando gradualmente estructura y organización interna; tras cualquier tramo subyace la identificación primaria que aconteció en el sistema madre-bebé, primera discriminación muy precaria sobre la que se asentarán posteriores diferencias.

La colisión entre las exigencias de las realidades interna y externa dinamiza el proceso de estructuración. Luego, los vínculos activan lo pulsional, sujetos reales acogen y distorsionan a los imaginarios y el narcisismo habrá de modularse.

La dinámica de esos espacios compartidos a los que llamamos grupo, viene captada oportunamente por Sartre como proceso en cambio perpetuo que lucha contra la serialidad y la alienación; el grupo no es una plenitud lograda en la que solazarse de forma narcisista, es un acto, un proceso en recorrido dialéctico en el que individuo y grupo son recíproca y simultáneamente significantes y significados. El vínculo modifica y a su vez es modificado por sus constituyentes; el grupo, formado por

relaciones vinculares pasadas y presentes, sufre esos mismos cambios. El sujeto es un devenir, el grupo también.

El paradigma grupal integra Yo y Objeto, *Self* y objetos del *Self*, lo más íntimo en la máxima exterioridad que envuelve como marco institucional al conjunto. Interpersonal, transpersonal, interpersonal, facetas todas insumidas por la trama del grupo. Aún en el silencio, el otro impregna en distintos niveles de profundidad, la propia imagen que se reconoce y cobra autonomía dentro de la identidad grupal, en un reflejo complementario de aquella mirada primigenia que creó conciencia de ser (I. Sanfeliu, 2011, Los vericuetos del cambio en psicoterapia de grupo, *Clínica contemporánea*, vol. 2, núm. 1).

En aquel momento, contemplé como reto para los integrantes de un grupo terapéutico encontrar su propio espacio, aceptando la herida narcisista ante la fratria que, al mismo tiempo, aporta una identidad diferenciada. Los objetos internos de cada sujeto modulan la estructura y el proceso: la mirada de un sujeto recorre, entre precavida y curiosa, a los otros moradores de ese peculiar espacio que, aún escogido libremente, se teme; los otros son espejos que devuelven perfiles esperados, inéditos en ocasiones, provocadores en cualquier caso. Verse como se es visto para alcanzar a contemplarse, identificar al otro con otros que le precedieron. ¿Qué vicisitudes atravesarán los procesos inconscientes en la configuración grupal? Este encuadre se ve confrontado con lo que más necesita y teme: otros capaces de conmocionarle, desenmascararle, otros que no permitan ser alojados en moldes conocidos y le reten a contemplarse teñido de emociones rechazadas como propias. El combate de las identificaciones proyectivas se pondrá en marcha y nuestra función será desentrañarlas para ofrecer a cada cual recovecos de los que irá entresacando su propia verdad.

La construcción del sí mismo de los integrantes de un colectivo sometido al poder de un grupo dominante, se sustenta por un proceso de indiferenciación. Su *Self* se funda sobre características grupales, colectivas, que incorporan como sus propias elecciones. El humor es uno de los recursos posibles cuando el entorno fustiga inseguridades que atentan contra el narcisismo. En *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Freud subraya la complicidad entre quien enuncia un chiste y su destinatario, alianza que —en muchos casos— refuerza la pertenencia a un colectivo relacionado bien sea con el género, un país, región, clan, generación, etc. En cada caso, el extraño o extranjero se ridiculiza para reforzar la propia imagen; la misma línea se adentrará en el narcisismo de las pequeñas diferencias.

La risa tiene como función proteger del intruso potencial, también suscitar la exaltación narcisista del triunfo frente a la intrusión. La descalificación se realiza sobre el atributo común... Bernard Duez (2009, pág. 24).

En situaciones extremas, también el sujeto puede encontrar el recurso de reírse de sí mismo; Duez lo ejemplifica recordando a Danton cuando le va a ejecutar y dice a su verdugo: «Muestre mi cabeza al pueblo, ella lo merece».

Otra función de la risa advertida por este autor es alejarse del efecto potencialmente alienante de dependencia del objeto; el humor adopta entonces una connotación de ironía diferenciadora y permite controlar de forma imaginaria o simbólica el odio que subyace en esa situación. Conviene recordar que la temida intrusión no está relacionada con la actividad que el otro despliega, sino con los fantasmas originarios que evoca.

También el chiste puede servir para regocijarse en el hecho de compartir un código implícito. El gusto de minorías marginadas por historias en las que se burlan de sus propios atributos, encarna un entusiasmo maniaco que, a través del disfrute compartido, facilita asimilar la diferencia sin desmedro narcisista. El humor, bien sea bajo forma de exaltación del narcisismo, o como potencialidad agresiva, se construye en referencia a la representación que tenemos de nosotros mismos y de los demás; también es un recurso oportuno en trances de duelo, la negación maniaca resulta aquí instrumental para asumir paulatinamente lo traumático de la pérdida.

Bernard Duez (2009) utiliza el humor para desbaratar la rigidez de adolescentes con fuertes conflictivas en sus grupos terapéuticos. Si bien es cierto que como defensa maniaca puede boicotear el proceso grupal, hay situaciones en las que sin duda contribuye a sustentarlo, incluso a fundarlo como él apunta.

La dinámica psíquica grupal permitirá contemplar, desde una perspectiva sincrónica, el pasaje de la afirmación omnipotente del narcisismo primario, cuando el sujeto es su propio objeto, a la renuncia al otro como objeto interno y a la renuncia al otro como objeto pulsional... El humor es vector privilegiado de la prima de placer que marca el éxito de la renuncia pulsional (Duez, pág. 26).

Placer compartido que por la gratificación de la risa ligada al sentido de pertenencia, compensa sacrificios narcisistas. Es la dinámica de renuncia pulsional y contrato narcisista descrita por René Kaës.

Podríamos considerar los pequeños grupos de pertenencia como espacios de transición entre la intimidad y lo colectivo.

6.1.3. *El otro inexistente: la pulsión de muerte*

El primer objeto, al romper la armonía autosuficiente e inerte del narcisismo primario, al poblar la nada total de la previa anobjetalidad, inaugura espacio y tiempo, estructura y proceso. Aceptar su existencia implica la integración en Eros, negarla someterse a Thanatos. El objeto primero al crearme por oposición a él mismo, niega al mismo tiempo una parte de mi plenitud, al deseársela pretendo sin saberlo volver al desorden tanático, cuya engañosa armonía que nada desea representa el colapso procesual ligado a la pulsión de muerte (N. Caparrós, *Más allá de la envidia*, 2000, pág. 92).

Primer objeto, otro inexistente, objeto de deseo exponente al mismo tiempo de las limitaciones y anhelos del sujeto, que ya no es Todo, expresión de la necesidad del vínculo. Toda la teoría pulsional discurre entre los polos erótico y tanático; el primero adquiere singularidad con el discurrir vital, el segundo intenta volver a la totalidad devorando o, al menos, ignorando al objeto causa y testigo de la pérdida de la quietud inicial. Devorar al objeto que todavía no es contemplado como tal, competir desde el narcisismo cuando ya se vislumbra, negociar con él cuando se totaliza y romper el vínculo desde lo tanático, cuando aparece el espacio de la patología. El narcisismo primario antecede al vínculo, el narcisismo secundario se articula con lo objetal para crear el vínculo, la pulsión de muerte, anuncia el ocaso del vínculo o quizá la escasez de los mismos. Muerte, sí, pero muerte psíquica, donde apenas como bien lo saben los psicoanalistas, se menciona la muerte real, la clausura de lo orgánico. Muerte profunda en el orden de lo psicológico, muertos vivientes en el registro de la biología.

Narciso no muere como consecuencia del «narcisismo» sino de lo que a este se une procedente de las pulsiones parciales. El narcisismo sería en su origen una instancia asexual, de ahí la diferente estructuración de los sentimientos de vergüenza de origen narcisista y los sentimientos de culpabilidad de origen erótico.

Podríamos considerar a la vergüenza como una de las emociones más íntimas y, al mismo tiempo, más enraizadas en lo social. Dejemos de lado el rubor que acompaña situaciones puntuales que, a la postre, lo que provocan es un momento de hilaridad compartida. En la auténtica vergüenza, la que duele en lo más profundo, está en juego la identidad y puede atravesar generaciones; es la emoción que acompaña a los secretos y arriesga la pertenencia. Germina en la percepción de la propia vulnerabilidad, en un narcisismo maltrecho, atrapado por una pobre representación de sí mismo que el sujeto creyó entrever en el espejo de sus objetos primordiales. El bucle que genera el temor a un juicio negativo, dificulta salir de ese juego cruel en el que el propio desasosiego provoca las torpes reacciones que refuerzan la pobre imagen que se tiene de sí. También ocurre que lo vivido con naturalidad en el grupo primario (familia), sea ridiculizado al exportarse a otros colectivos; avergüenzan en una cultura formas, acentos o actitudes perfectamente integrados en otras. Deseo de desaparecer, de romper vínculos ahí donde la presencia del otro arrasa el narcisismo.

Creo oportuno traer a colación las *tormentas afectivas*, concepto que André Green describe como amenaza ante la identificación con la «madre muerta», un objeto ambivalente con el que solo puede mantenerse contacto «mediante la eliminación del funcionamiento mental del *Self* en un vacío paralizante... La capacidad de representación afectiva se destruye y es reemplazada por una actuación violenta y/o una somatización.» (Green, 1983, pág. 222). La mención a la madre muerta hace referencia a la imago que el niño crea tras una depresión materna que «transforma brutalmente al objeto vivo y fuente de vida en figura lejana». Remite a la muerte psíquica de la madre [ruptura del vínculo y, en esa medida, pulsión de muerte] y el llamado por Green duelo blanco del niño. No es infrecuente encontrar pacientes que sufrieron esta pérdida unida a la muerte de un hermano.

Quiero terminar estas líneas con un «peculiar bizcocho», una pequeña escena psicodramática que surgió en el seminario de grupo que llevo a cabo. El pastel, para ser tal, necesita una serie de ingredientes que separados, conducirían a una colección de elementos ajena por completo al bizcocho que su relación procura. En esta escena, litiga el narcisismo de los distintos ingredientes que defienden su identidad en una lucha contra la muerte-desaparición: Ron, Canela, Pasas, Leche y Masa-madre son los protagonistas. Sintetizo:

Canela (a Pasa) —No tienes nada de sustancia y te llevas todo lo nuestro...
 Pasa —Pero luego me dejan tirada en la esquina del plato.
 Leche —Bueno, a mí me engullen, me pasean de un lado a otro echándome de todo...
 Pasa —¡Menudo viaje!
 Leche (a Pasa) —Pero dejo de ser yo. Tú si lloras no necesitas a Ron.
 Masa-madre —Yo soy eterna, me desdoble... [estallido narcisista, inmortalidad.]
 Pasa (a Ron) —Si te quedas solo te evaporas [muerte].
 Canela —Cada cosa en su justa medida, yo solo necesito dar un toque...
 Masa-madre —Hay que dosificar bueno y malo, un poco de todo para alegrar el asunto. [Asume liderazgo quizá por miedo a que el pastel se desorganice.]
 Leche —¡Eso, que el «rollete» afrodisíaco de Canela y Ron también mola!
 Pasa (a Leche) —Pero si eres tan delicada que te cortas con nada y encima estás llena de grasaza... [Pasa sigue exterminando competidores con envidia desde el plato...]
 Leche —¡Pero subo como la espuma! [necesitó banderillas para defenderse]
 Masa-madre (a Pasa) —No te preocupes, te agarro bien y no hay quien te separe, esta vez no acabas tirada en el plato. [Prepotente y maternal.]

En la reflexión posterior observamos que Ron era el único que no defendía su

espacio (me molestaba competir, no me sentía necesario); lo depresivo ahoga la lucha. Pasa se sentía relegada (tenía que abrirme paso, necesitaba saber dónde iba a acabar), mientras Canela se percibe favorita de Masa-madre (me dejasteis ser importante, no tuve que pelear); tan prescindibles una como la otra, pero dos actitudes opuestas en función de su relación con el «objeto materno». Masa-madre por su parte comenta: «me estoy pudriendo pero soy indispensable». Leche no entiende la competencia y recurre a la renegación: «para hacer el pastel todos éramos necesarios»; quizá, pero unos más que otros. Pérdida de identidad al fundirse con los demás, ¿acaso muerte psíquica? En el otro extremo, la pasa solitaria en el plato siente morir... Muerte física al perder la conexión con el objeto; muerte psíquica por herida narcisista. Resultó interesante recrearse en este «pastel».

6.2. ORDEN SOCIAL Y LIBERTAD DEL SUJETO: DOS PROCESOS NECESARIOS

El malestar contemporáneo deriva del hecho de que la base narcisista de nuestra pertenencia a un conjunto social ya no está asegurada; nuestros sistemas de representaciones pierden consistencia, la estabilidad que resultaba indispensable para elaborar un pensamiento. La emergencia de una sociedad de individuos, reducidos a procesos sin sujeto, incide en la vida psíquica y la actividad de simbolización (René Kaës, *Le malêtre*, Dunod, 2012, pág. 127).

Local frente a global: particular frente a universal. La falacia de ser «uno mismo» en un mundo global rememora nuestro mito. Narciso, orgulloso y despectivo, no se pertenece a sí mismo porque no tiene acceso al otro, aunque le alcance su sombra. En un sujeto, el otro siempre está interiorizado a través de la cultura que le rodea, pero si no logra crear vínculos, se extinguirá cual narciso al borde del estanque. Es difícil concretar la propia diferencia, ser uno mismo en relación con los otros. La mayor aspiración de autonomía de un individuo es, posiblemente, tener una representación más o menos estructurada, coherente y estable de sí, que le permita establecer diálogos con otros dispares, estar abierto a lo inesperado.

¿Cultura de la alteridad o cultura narcisista? La libertad no es inherente al ser humano. El sujeto, impulsado por la necesidad, será capturado por el objeto: objeto que anula versus objeto que estructura. Identidad y libertad se funden, la una es condición de la otra. Aunque para la supervivencia del individuo prime la ley del más fuerte (egoísmo), este puede sucumbir ante alianzas grupales; aquí, curiosamente son los más altruistas los que cuentan con más posibilidad de subsistir. Como dijo el arqueólogo Mithen (2005) en *Los neandertales cantaban rap*: tan esencial es colaborar con los demás como competir con éxito contra ellos.

Competencia y cooperación, dos requiebros necesarios herencia de una contradicción genética perfilada por la supervivencia: egoísmo (ley del más fuerte) y alianzas grupales (grupos más generosos subsisten mejor).

Narciso no sabe de justicia o Estado de derecho, ni siquiera puede disponer de sí, carece de la libertad en que podría hacer pensar la aparente no dependencia del otro, precisamente porque es eso, solo apariencia, no dispone de su cuerpo... Ser libre implica poder admitir ideas que golpean o inquietan. Pero los derechos sociales dependen de condicionamientos económicos.

«La globalización no se desarrolla en un vacío político o cultural. Lo que está en juego es la lucha por el poder. La geoestrategia evalúa la influencia de las civilizaciones en el nuevo espacio internacional de la mundialización» (F. Heisbourg

en *Le Monde*, 2010). La clave de la globalización son las nuevas tecnologías, ahí se hilvanan nuestras rutas. La red se ha convertido en un arma política ingobernable imponiéndose como medio de comunicación universal; en ella cabe protesta, debate, propaganda... es un espacio público en el que la habilidad tecnológica de cada cual es lo que establece jerarquías dando lugar a fugaces borracheras narcisistas de poder. Un dato: ¡China posee la mitad de los blog del planeta! Las actualmente grandes potencias asiáticas, son civilizaciones muy antiguas que viven con orgullo la restauración de su esplendor; la India lanzó su primera misión espacial a la luna y el primer astronauta chino desplegó poco después de que en 2008 quebrara el banco Lehman Brothers. Grandes incertidumbres se desprenden de esta realidad: ¿se unirán los pueblos asiáticos o los fragmentarán odios fraticidas como ocurrió hace un siglo en Europa? Occidente ya no lleva el timón, no tiene ya sentido imponer nuestro modelo de libertad a otras culturas, existen otras fórmulas para aplicar los derechos humanos adaptadas a otros contextos. La política no se implanta desde el fundamentalismo religioso, aunque en el manifiesto así se muestre en ocasiones, sino por razones estratégicas y económicas.

6.2.1. *Fronteras creadas y atravesadas por el hombre*

Las sociedades multiculturales se abren paso irremisiblemente, entre el narcisismo de las pequeñas diferencias. Los animales marcan territorio, nosotros trazamos mapas que refuercen el sentimiento de identidad, algo tan arcaico como una de las primeras adquisiciones del lenguaje en cualquier idioma: «¡mío!». Y hablar de identidad es hacerlo de cultura, rivalidades y nacionalismos. En la Historia, civilizar ha sido sinónimo de colonizar (que implica pérdida de diversidad, derecho al saqueo, etc.).

Un mapa fragmenta, comprime y simplifica; la topografía estática impone sutilmente una estructura al modo de pensar, señala líneas de tensión, lugares de conflicto. Intentar reflejar el mundo es dividirlo, ocurre con cualquier realidad a la que pretenda domeñarse. Los mapas ordenan, en el doble sentido del término: organizan y prescriben; recogen retazos de una realidad (geográfica, política, etc.) a la que desfiguran. Se retiene con fronteras a los pueblos, no a los sujetos; aunque al no poder moverse el individuo con su pueblo, pierde la pertenencia nacional sin devenir con ello ciudadano del mundo como contrapartida.

En un trabajo anterior (2010) me propuse seguir «la huella del nómada», una forma de vivir que parece carecer de ataduras objetales más allá de una tienda y la *memoria*. La evolución no está destinada a mejorar una pretendida calidad de la especie sino a conectarla con su medio; el hombre progresa, con él modifica su entorno —y este a aquel— y las conquistas se muestran con orgullo al vecino; los procesos grupales, tal como hoy los conocemos, ya están ahí, el narcisismo de las pequeñas diferencias comienza a ejercer su cometido.

En la Historia, al unísono de los movimientos territoriales discurren cambios en la organización social: especialización de tareas para sobrevivir, pujantes líderes para reproducirse con éxito y proteger la especie, etc. Llegará luego la penetración comercial, las invasiones en distintas épocas y con fisonomías dispares (los bárbaros, el Medioevo y el Renacimiento, hasta la llamada postmodernidad...), mapas que reflejan múltiples realidades de los mismos perfiles, rostros marcados por los surcos

de un tiempo concreto, por los surcos de todo el tiempo.

Error, equivocarse o andar sin rumbo. Vagabundear, vagar de una parte a otra, perdido... ¿condena que impide el asiento o sosegado deambular por lo desconocido? Errantes viven y mueren pobladores nómadas, aventureros, emigrantes, refugiados o desterrados desde todos los tiempos... *Desarrar* también es perder el ánimo, confusión según el Diccionario de la lengua castellana de R. J. Cuervo; *erradio*, andar en radio, se diría que es como divagar dentro de un orden; *aberrare*, apartarse del camino, acerca a la tentación y *transgredire* significa pasar a través, saltar normas, fronteras. En cualquier caso, los nómadas resultan inquietantes, son difíciles de ceñir a un mapa, plano o estadística, parecen resbaladizos y, todo, porque se adaptan al entorno con flexibilidad, se mueven con vientos o lluvias sin que parezcan ambicionar la propiedad del suelo que les acoge; no cabe duda, desconciertan. Parecería que su código narcisista requiere menos posesión del medio.

Desde la revolución industrial, los medios de comunicación invitan a buscar mejores condiciones de vida —en ocasiones mitificadas— en otros lugares; el éxodo rural a la gran ciudad arraiga. Las ciudades fueron y continúan siendo el terreno por excelencia de la cultura inmigratoria; son lugares a los que las personas pertenecen no por nacimiento, sino por residencia y donde adquieren derechos.

Migraban los pueblos, establecidas las fronteras lo hicieron los individuos y, en la actualidad, nuevos éxodos se imponen a poblaciones que huyen de genocidios, guerras o hambrunas. Los emigrantes quiebran fronteras, las hacen porosas con su movilidad que nace ahora de nuevo del instinto de supervivencia. En este lance, las primeras experiencias que estructuraron el psiquismo de un sujeto, inciden —obviamente junto con muchos otros factores— a la hora de lograr que este trayecto refuerce la identidad o lastime aún más un maltrecho narcisismo.

Abrir fronteras no deja de ser una cierta reedición del primer espacio cedido por el narcisismo al objeto en la infancia; compartir no siempre conlleva beneficios manifiestos. Quizá por eso se ve con recelo la libre circulación de personas incluso dentro de la propia Unión Europea. La xenofobia no conoce justicia social; la «amenaza» tiene un costado real: abrir fronteras iguala oportunidades y derechos, el extranjero se hace ciudadano. Movilidad, ¿estrategia o derecho?

El cínico Diógenes se definió como ciudadano del mundo o cosmopolita cuando Aristóteles defendía la primacía de la polis o ciudad-estado, en la que impera un orden fiel reflejo del que rige el universo. Las fronteras resguardan Estados —como el Yo-piel de Anzieu cobija a un sujeto—, ponen límites, demarcaciones que limitan el poder de los gobiernos de ambos lados de la barrera. El narcisismo de un pueblo está también aquí en juego, protegido y cuestionado a un tiempo. Como el vínculo, las fronteras deben ser porosas; si se cierran, se convierten en muros, pulsión de muerte desde la imposibilidad de compartir.

Restringido el espacio físico, se abre ante el sujeto del siglo ^{XXI} un mundo virtual como alternativa. El viaje es instantáneo, a salvo de fenómenos atmosféricos, pero engañoso. El grado de libertad conquistado trae consigo una falsa sensación de autonomía al desplazar las pulsiones primarias a un mundo más abstracto donde todo está en sordina. Se gana libertad abstracta a costa de perder libertad concreta, es un universo que no conoce olores, tacto ni sabor; no duele, pero limita el placer. En el

mundo contemporáneo, la globalidad alcanza asimismo a la migración y, con ella, observamos un curioso entrecruce de culturas que ora engulle, ora distorsiona o enriquece el panorama. Muchos de los mecanismos nómadas siguen vigentes, pero se añaden nuevos factores.

Si hay algo parecido a identidad grupal una vez relatadas, siquiera sea de manera somera, estas incontenibles corrientes migratorias, solo será viable a través de la idea de *Emergencia*. Es la única vía posible para sustituir la tersa unidad de un origen de raza no contaminada y de una mismidad adquirida solo desde los superficiales y efímeros resultados del poder de una época histórica determinada, que se auto-instituye como hegemónica.

Una aventura de cariz bien distinto: a través del psicoanálisis hacia el encuentro con uno mismo en busca de mayor grado de autonomía y libertad; mecanismos de defensa a modo de puestos fronterizos, ponen freno a la libre circulación de las pulsiones. Aquí el movimiento es intrapsíquico, inversiones, deseos y representaciones bullen combatiendo con resistencias para reorganizarse. En esta peculiar aduana, negocian narcisismo y objetividad.

6.2.2. *La permanente oscilación Sujeto-Estado*

Refiriéndonos al simple sentido común —por así decirlo—, no puede haber amistad, hospitalidad o justicia sino ahí donde, aunque sea incalculable, se tiene en cuenta la alteridad del otro, como alteridad —una vez más— infinita, absoluta, irreductible (J. Derrida, *Sobre la hospitalidad*, 1997).

Y seguimos añadiendo complejidad a la inmarcesible tensión con el afuera, ese afuera que encarnaron sucesivamente la figura materna, más tarde la paterna abriendo paso a lo grupal y ahora a lo institucional, el Estado. A riesgo de ser excesivamente sintética, diría que la Modernidad, como profunda emanación del Renacimiento y su culto al hombre, se enfrenta de manera permanente con tendencias que le cuestionan. Luego el posmodernismo que, sin ser una crítica frontal del movimiento anterior, pone en duda el primado absoluto de la razón. Otras formas de aleteo del hombre en su permanente lucha frente al Estado y las leyes que de él dimanar, se produce con los movimientos liberal y neoliberal.

Tras la sociedad feudal aparecen las comunas y la cultura florece. Los Estados redistribuyen a los habitantes de sus territorios, la idea de comunidad se extiende y en muchos casos se desplaza toda la unidad familiar. El oscurantismo de la Edad Media, dará paso a la era Moderna: conectan viejo y nuevo mundo, surgen nacionalidades y comienza a enraizar el espíritu crítico del Renacimiento, desplegando creatividad en los más diversos campos.

Con el Humanismo y la Modernidad se abren paso relativismo y tolerancia, la Iglesia pierde el monopolio cultural y otras verdades apuntan como hipótesis plausibles. El espíritu crítico sustituye a la obediencia y se revaloriza la antigüedad clásica. La búsqueda de un conocimiento absoluto de la realidad basa el orden de las estructurales institucionales en la racionalidad y todo lo que no sea conforme a ella, debe reprimirse. En el decir de Hannah Arendt, en este momento lo público y lo privado se reabsorben en lo social.

El incipiente liberalismo económico que anuncia prosperidad, facilita el libre comercio que va a propiciar una desigual distribución de riqueza. Las revoluciones

del siglo ^{xvii} se acallan con la victoria de la Ilustración (triunfo de la racionalidad que condujo a la secularización del pensamiento y del Estado). El Romanticismo del ^{xix} introduce el concepto existencial de «ser en el mundo»; el culto al individuo y la filosofía de la naturaleza, traen el concepto de inconsciente como fundamento del ser humano, un ser humano que se afianza con el Positivismo.

Aplicado a la situación psicoanalítica, el concepto postmoderno enfatiza el encuentro, la relación más allá de la reedición transferencial, frente al individualismo anterior. Lo cognoscible y estable da paso a lo polisémico, a la incredulidad y el deconstruccionismo que reacciona contra lo estructural. En *Malestar y temporalidad* (2002), apuntes: lo llamemos postmodernidad o no, lo cierto es que la importancia otorgada a «la relación» en psicoanálisis viene de lejos, los trabajos sobre contratransferencia, la corriente analítico vincular, etc., son buenos exponentes de ello. El prefijo «post» define mal un momento histórico o una corriente; desde la negatividad habla más de lo que dejan atrás que de lo que aportan, pero parece que en este caso el término ha arraigado y lo adoptaremos.

En nuestros días, la multitud «sabe» y opina sobre las ciencias más variadas que se difunden en equívocas píldoras informativas; a mayor fragilidad narcisista, más necesidad de alardear para ser valorado. El alienante efecto de masificación que se impone, solo contempla dos salidas desde la perspectiva de Sloterdijk (*El desprecio de las masas*, Valencia, Pre-textos, 2002): seducir a la masa no reconociendo las diferencias [con el riesgo de caer en la manipulación fascista] o bien ofenderla y violentarla, espolearla por lo que considera su vulgaridad.

El reto de encontrar otras vías es un desafío moral y cultural en el que muchos se debaten actualmente: potenciar la capacidad de categorización desde la infancia, forjar sujetos con mayor capacidad introspectiva cuyo narcisismo procure recursos y singularice, recuperar facetas del humanismo de la antigua Grecia, del *Gymnasium* vienés de la época freudiana, mantener lo diverso integrando referencias compartidas.

La inestabilidad del entorno social empuja al individualismo, el aislamiento y la desconfianza, la tradición se idealiza entre contradicciones.

Cultura de la liberación, individualidad, imaginación... Las formas sociales se modifican en contacto con la inteligencia artificial o cibernética. El narcisismo concreto presenta batalla a la universalización difusa; la cultura global genera y destruye, como el tiempo, consume a tanta velocidad como produce. El individuo no elige, es elegido, se le dictan sus deseos y modelan sus actividades.

La eficacia de algunos sujetos que lograron *realizarse*, invita a la parálisis de los que no alcanzan ese endiablado paso, es lo que en las sesiones escuchamos cada vez más en forma de apatía y tras la que late tantas veces la feroz autoexigencia de lo depresivo. Existe cierta ficción en la sensación de libertad propia del neoliberalismo. La Red provoca una borrachera de omnipotencia que recuerda al Chaplin de *El gran dictador*, jugando con el globo terráqueo en sus manos. ¡Vana ilusión! El imperante modelo de conducta competitivo conduce de lo maniaco a la apatía, fragmenta la sociedad en triunfadores y fracasados, narcisistas o depresivos... La herida narcisista desencadena rabia o depresión.

Además, los avances científicos progresan más rápido de lo que puedan imaginar quienes los propician, la velocidad desborda y genera crisis de identidades por

doquier. Un sujeto se reconoce como tal a través de identificaciones que proceden de sus grupos de pertenencia, pero también de aquellos de referencia de los que obtiene sus modelos, sus aspiraciones.

El conjunto de relaciones objetales tiene lugar en un marco social que ostenta normas, criterios de referencia en torno a los cuales el sujeto determina su identidad. Lo social se tiñó a su vez de subjetividad con los objetos concretos que poblaron el universo de representaciones internalizadas. En el camino —y por siempre— a través de la cotidiana confrontación en lo Real de narcisismo y objetividad, se incorporan cambios de actitud, de percepción, búsqueda de nuevos puntos de anclaje como referentes... ¡cuántas formas potenciales de interpretar o percibir un estímulo!

Toda cultura es paranoide por esencia, asegura su identidad narcisista negando las otras. Reemplazar la cultura nacional por la pertenencia a una clase no modifica el problema, escribe André Green (1976, pág. 75): «Desde mi punto de vista, la representación es la única salida para aproximarnos a una verdad de la que somos los sujetos. Que tenga que construirse no modifica su estatus de referente». En la representación deben reunirse cuatro elementos: el vínculo, la desvinculación, el Sí mismo y el otro. «Encontramos aquí suturadas las sucesivas teorías pulsionales de Freud, sobre todo, las dos últimas: el narcisismo (positivo y negativo) y las pulsiones de destrucción. Lo Neutro ocupa el centro, siempre desplazado en la vida, porque lo neutro es extranjero» (Green, 1976, pág. 76).

En el neoliberalismo, un buen trabajo se traduce en realización personal; es lo que da pie a Byung-Chul Han a elaborar su propuesta sobre una sociedad en la que el sujeto se explota a sí mismo hasta el agotamiento, sin conciencia de que los éxitos que cree obtener —y que nunca son suficientes—, en realidad alimentan a los promotores de ese ideal por el que está subyugado. Por cierto, ese poder evanescente atrapa también a los directivos que lo promueven y que son a la vez explotados y explotadores. Muchos años antes ya advertía F. Tosquelles: «La ilusión institucional y el desconocimiento son necesarios para que el sistema social se mantenga, para la estabilidad de las relaciones sociales dominantes que las instituciones producen y reproducen» (*Clínica y análisis grupal*, núm. 33, 1983).

El poder institucional que establece normas, engloba otras estructuras menores compuestas a su vez de grupos integrados por sujetos. Estructura piramidal en cuyas diferentes dimensiones existirá un mayor o menor grado de libertad para participar activamente en ellas. «Aunque la institución se presente como un hecho exterior al hombre, ha necesitado de su poder instituyente. Además si sufre a las instituciones, también las crea y las mantiene por medio de un consenso que no es solo pasividad frente a lo instituido, sino también actividad instituyente, la cual puede servir para cuestionar las instituciones» (R. Loureau, 1970: El estado en el análisis institucional, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 3, pág. 69).

Lo que permite la crítica a una institución es la pertenencia a otras (actuales o internalizadas con anterioridad). Se incorporan las normas partiendo de lo vivido en familia, que es el referente originario. Es necesario un grupo de referencia que otorgue identidad para tener un criterio con el que evaluar una institución como el Estado; las cosas pueden verse desde distintas perspectivas si la información proviene de más de un canal.

Gracias al contacto con distintos grupos podemos crear individualidad y elegir la institución de pertenencia o crear otra propia, se es capaz de cuestionar posibles opciones. Una institución existe por los sujetos que la forman, pero va más allá de cada uno de ellos y la diversidad de sus opiniones; la eficacia es un criterio que se impone.

El hombre es un ser que progresa en la diversidad y, como ya en 1859 avanzaba J. S. Mill: «Un Estado que impide el crecimiento de sus personas para hacerlas instrumentos más dóciles en sus manos, aunque sea con fines benéficos, descubrirá que con personas pequeñas no se puede alcanzar nada grande, y que la perfección de la máquina, por la que sacrificó todo, al final no valdrá para nada por falta del poder vital que prefirió quitarle para que trabajara con más fluidez» (*De la libertad*, pág. 157). También el Estado debe poner freno a sus aspiraciones narcisistas; así:

La ley del progreso trata de prolongarse en el infinito como si no hubiera límite para el crecimiento económico, ningún límite para la inteligencia, ningún límite para la razón instrumental. En cierto modo, el ser humano se admira de su propia infinitud. Quizá se requiera una nueva conciencia de la propia finitud, así como un conocimiento del propio desconocimiento. La verdadera infinitud se halla más allá de la capacidad de percepción de la razón instrumental, de la autocracia técnica del ser humano (C. von Barloewen, Sobre una *antropo-política* de las civilizaciones, en, *Viaje a la complejidad*, vol. 4, pág. 121).

6.2.3. Libertad y Derechos fundamentales

La libertad no es un absoluto, sino una utopía bombardeada por necesidades biológicas, pulsiones y normas sociales. Será siempre una noción polémica, más aún si no se especifica desde qué perspectiva nos situamos. Libertad como principio metafísico ligado a la condición humana o libertad como principio práctico de la organización social, lo que se traduce en la eterna tensión entre narcisismo y objetividad. Para que un sujeto ejercite su libertad, necesita hacer valer el costado narcisista en lucha con su naturaleza social. Francisco Ayala (2005, *Miradas sobre el presente*. Madrid, Fundación SCH) describe estas fuerzas como dos tendencias antagonistas: el orden social que cercena la libertad del individuo y la de este queriendo destruir el orden social. Dos dinámicas esenciales, *orden y libertad* —el otro y uno mismo—, contrapuestas por su sentido y que luchan por anularse capturadas por las tensiones dialécticas.

Pensemos en el costado de la cultura: podemos complicar más las cosas si, más allá de la restricción manifiesta acatada por la imprescindible pertenencia a una estructura social, nos asomamos a las ataduras inconscientes que modelan al individuo desde su concepción. En este terreno, un sujeto solo alcanzará un satisfactorio grado de libertad individual en la medida en que su estructura psíquica se haya desarrollado armoniosamente; en el proceso, déficits o un exceso de conflictos pueden mermar la autonomía desde el nivel intrapsíquico.

Los ideales van creando el paisaje en que se mueve la libertad; no es que la libertad vaya a conquistar el ideal, sino que se orienta hacia él. En la entrevista que realicé a Fernando Savater para el número 64 de *Clínica y análisis grupal* (1993), reflexionaba sobre dioses que no necesitan ser morales... «porque son inmortales, la moralidad es una forma de mortalidad». Algunas idealizaciones anquilosan y crean imágenes de santidad represiva, pero también los ideales éticos son imprescindibles para orientar

las conductas privadas y públicas. «El amor propio puede ser depredador, pero empieza por depredarse a sí mismo; el egoísmo en el mal sentido del término, es mutilación de uno mismo, es a uno a quien se quitan los otros, uno se priva de los otros» (Savater, 1993, pág. 379).

Otra forma de expresar la difícil conciliación *yo versus* especie: «La retirada de amor, la amenaza de la retirada de amor fundamento de la alteridad, se encontraría de esta manera en una encrucijada entre las condiciones de subjetivación y de objetividad» (R. Cahn, 1991, 51 Congrès des psychanalystes de langue française. *Rev. Française de Psychanalyse*, 6). Encuentro siempre tenso que remite a la violencia originaria, una tensión necesaria y generadora de conflictos. Nicolás Caparrós lo expresa así: «Mi propia identidad se fundamenta no en la diferencia *con el otro*, sino en la diferencia *contra el otro*. Atención a las preposiciones *con* y *contra*. La primera anuncia el vínculo, la segunda recuerda el residuo del narcisismo primario.»

Los Derechos Fundamentales, en su afán de universalización, son un frecuente motivo de debates. Desde la Declaración de 1789 en Francia, o la Carta de las Naciones Unidas de 1945 se establecen una serie de criterios que en otros Estados adquieren tintes muy distintos. En China, por ejemplo, el emperador, por su naturaleza divina, tenía legítimamente el poder y los mandarines a su servicio solo recurrían a los tribunales del Estado ante graves transgresiones del orden social; en la República de 1911 se establece un Derecho privado que fue luego repudiado por la República Popular y será solo en los años 80 cuando se tipifique otro código penal.

Está claro que el primer derecho universal debería ser el respeto a la idiosincrasia de cada cultura concretada espacial y temporalmente. Pero ocurre también que, en algunos países, las normas se imponen sobre los derechos que parecen considerarse implícitos en ellas.

Solo podemos concebir al hombre en una colectividad; entonces, ¿deben reivindicarse los derechos humanos para todos los hombres, en la medida en que son necesariamente inherentes a su cualidad de hombres, o bien son caracteres contingentes históricos y culturales? Ben Achour, que realiza una relectura del Corán desde una ética universal inspiradora de un Derecho moderno, comenta:

Lo que concebimos como ser hombre es resultado de un trabajo de la historia azaroso y determinado al mismo tiempo, edificante y destructor, racional y real, es decir: la confrontación del ser, convertido en hombre, con un entorno hostil que sin embargo constituye el soporte necesario y determinante de su vida animal y humana; la confrontación con los semejantes a los que querría anular pero de los que no puede prescindir; la gestión y conservación de sus grandiosos descubrimientos: lengua, signo, cifre y lo que conllevan. Por tanto, el ser-hombre no *es*, está en sus obras que son expresión de su libertad, conquistada poco a poco, a medida que su humanidad y su esclavitud se consolidan (Yadh Ben Achour, 2011).

Si partimos de estas premisas, no parece posible fundar un Derecho inherente a la cualidad hombre. Cuando se hace referencia a la idea de una verdad superior y se dice que someterse a ella es garantía de la libertad e igualdad de los hombres, se cae en contradicción: «eres libre si te sometes a mi ley». Este pensamiento es reminiscencia de la *Idea absoluta* de Platón. Es cierto que, como señala Ben Achour, el derecho natural tiene origen religioso; aunque el Siglo de las Luces critique el culto y su formalismo, retoma los esquemas fundamentales de la filosofía religiosa (la naturaleza, lo creado) tras haberla secularizado. Los desacuerdos surgen a nivel

práctico con la puesta en marcha de una legislación. Lo que Ben Achour propone como posible principio fundador de los derechos fundamentales es «vivir con el menor daño posible», ya que «lo que más se acerca a la esencia de ser hombre es por una parte vivir, por otra huir del sufrimiento, buscar el placer y la felicidad» (2011, pág. 83).

Muerte, dolor y placer son inmediatos, conforme un individuo adquiere su singularidad, va sometiendo el inicial bullir de pulsiones al dictado del principio de realidad: Yo separado del objeto (fundamento narcisista), Yo ideal que remeda la frustración (satisfacciones narcisistas), Ideal del Yo (búsqueda de identidad, ensayo de conciliación con la cultura), Superyó (instancia judicial de nuestro psiquismo con fundamento objetual) y la normativa social acotando el deseo en última instancia. Como expresa Caparrós, la pulsión es un proceso, *no es* sin la tensión pero *nada es* si la tensión no cesa.

Sobre la paradoja de las nuevas condiciones socio-históricas expresa Nelly Schnaith (III Jornadas de intercambio de psicoanálisis. Gradiva 2000, pág. 218): «La humanidad está en poder de los poderes que ella misma ha generado. Cuanto más se incrementa la libertad, más se impone la necesidad de contener esas nuevas libertades.» Pertenecemos a una sociedad donde la velocidad de las conquistas va muy por delante de la capacidad psíquica y social para digerirlas.

Anomia: sin ley; sobre este particular escribí en 2010 relacionándolo con el nomadismo: ¿a qué ley acogerse cuando el sentimiento de pertenencia se desdibuja, cuando la identidad está tratando de reubicarse entre el reciente pasado y un cercano futuro inquietante? Paradoja del migrante que, llevando todo consigo, carece de la libertad que parecería que esta circunstancia puede ofrecer. Dicho de otro modo: la ausencia de un marco social estable no conduce a la felicidad sino a la desmoralización; la anomia surge cuando la sociedad deja de ejercer una función reguladora sobre las pasiones.

Así podría sintetizarse el concepto definido por Durkheim que ciñe al individuo a contemplar sus aspiraciones en el marco de un conjunto de reglas y presiones sociales. El ser humano puede vivir en una tierra sin límites apoyándose en los valores del grupo; los pueblos nómadas se han aferrado, para sobrevivir, a códigos y normas muy estrictos.

El concepto durkheimiano caracteriza la situación en la que se encuentran los individuos cuando las reglas sociales que regulan su conducta pierden poder, son incompatibles entre sí, o se ven minadas por cambios sociales y deben ceder su lugar a otras. La inestabilidad trae consigo desengaño y frustración; pero lo que conduce a este colapso es de un calado muy complejo, no solo atañe a una estructura social incapaz de proveer al individuo de los medios necesarios para alcanzar metas que le exige lograr, al tiempo que le condena a sentirse fracasado si no lo consigue. Se supone que la anomia es un colapso de gobernabilidad por no poder controlar el escenario emergente de alienación de una subcultura, lo que provoca una situación desorganizada, un comportamiento asocial.

Otra cosa es el *apátrida* que no posee nacionalidad (a pesar de que la Declaración Universal de los Derechos del hombre afirme que todo individuo tiene derecho a una); ningún Estado le protege ni está sometido a ninguna legislación. No todos los

refugiados son apátridas aunque así se les considere a veces. Pudo perder la nacionalidad o nacer sin ella y reducirse la filiación al vínculo de sangre. Las reglas de derecho internacional solo se aplican al extranjero que posee nacionalidad, aunque pueden darse excepciones. Los apátridas «adoptan el estatuto de los proscritos medievales en el mundo moderno» (Hannah Arendt). El Consejo de la ONU, tras estudiar su problema, creó un estatuto para ellos, pero esto no evita que la ilegalidad sea aprovechada por el mercado laboral para explotarlos. «Sin papeles» hacen trabajos necesarios y que nadie quiere en países desarrollados, su ilegalidad favorece el chantaje.

6.2.4. *La ficción narcisista de libertad del sujeto actual*

La libertad de un sujeto en cualquier época y lugar se ve recortada —más allá de cualquier legalidad— por una censura intrapsíquica edificada sobre ideales familiares, modulados a su vez por un complejo tejido institucional. El inevitable —por inconsciente— autoengaño de autonomía, la aparente libertad de acción, puede cobrar en nuestra sociedad actual dos formatos:

I. Uno de perfil narcisista: ser brillante, eficaz, obtener posesiones y lograr reconocimiento, espolea al sujeto presionado por un Ideal del Yo que condena a la auto-explotación, el agotamiento y el vacío. El ataque no viene manifiestamente del exterior, parecería que es el sujeto quien ambiciona —cual Narciso redivivo— regodearse en sus propios éxitos. El éxito es del neoliberalismo que exprime y acelera a sus moradores hasta que —en muchos casos— caen rendidos, sin alcanzar nunca satisfacción, ante el hecho absurdo de ser verdugo y víctima de sí mismo.

Nos estamos desvitalizando; hace tiempo que P. Handke (1989, *Ensayo sobre el cansancio*, Madrid, Alianza 2006) habló del cansancio de la sociedad del rendimiento, un cansancio que aísla y divide, un cansancio fundamental que roba al sujeto la posibilidad de violencia como conquista creadora. Nos movemos tan torpes como el *Gaspar* del mismo autor, repitiendo con otras palabras pero con el mismo sinsentido su frase: «Quisiera ser como aquel que otro ha sido una vez...» La creciente complejidad de la estructura social, favorece la tendencia de las jerarquías a ampliar su esfera de control cosa que, por otra parte, no parece importarle mucho al ciudadano medio que ofrece su intimidad sin pudor en las redes. La censura se vuelve escurridiza, difícil de rastrear, los ciberataques y el control de divisas sustituyen a la supresión, al burdo tijeretazo.

Este tipo de violencia que resta autonomía al sujeto actual es soterrada, se ejerce a través de furtivos mecanismos de censura que inoculan glotonería por noticias que se devoran sin dejar huella, una avidez que se filtra en el niño tildado de hiperactivo, en el adolescente que será diagnosticado con un trastorno de personalidad o el adulto bipolar —por citar los diagnósticos más al uso—. Todos ellos son sujetos incapaces de adecuarse al ideal de eficacia y rendimiento; indisciplinados, son aquellos que se escabullen o sucumben a lo que el ya citado Han describe como *sujetos de rendimiento contemporáneo* que se violentan, que están en una irracional guerra consigo mismos, henchidos de narcisismo, ingenuamente ambiciosos pero sometidos al dictado social. Ciertamente, «la positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber. De este modo, el inconsciente social pasa del deber al

poder... el poder eleva el nivel de productividad» (Han, 2010, pág. 27). O más escueto, la eficacia invalidante de un halago que aprisiona: «Good work...», como escuchamos en *Whiplash*.

II. Otro costado se disfraza de solidaridad y conduce al sujeto a la pérdida de libertad de acción en provecho del grupo y su líder, es la secta —con rostros diversos— como lugar de supervivencia. El objeto se instala en el lugar del Yo ideal, la cabeza del grupo piensa, decide y actúa a través y en lugar de sus miembros.

Del incauto Narciso prepotente, al que necesita, para ser, ser a través de otro. En nuestro segundo supuesto, una ilusión compartida conserva la huella de la indiferenciación primaria sujeto-objeto, para mantenerse ligado al conjunto a través de una dependencia afectiva. Geografía, raza o cultura adhieren la persona a un grupo, forjan vínculos y abrigan identidades a partir del sentimiento de pertenencia. El narcisismo individual germina en el de un grupo, la pertenencia se organiza sobre esa base y se acentúa en momentos de crisis, aunque desde la escasa tolerancia narcisista a la diversidad se intente anular al interlocutor.

Civilización, tecnología... el hombre contemporáneo se desgasta entregado a la búsqueda del éxito. Un recorrido narcisista hacia la nada que lo agota y lo aboca a la frustración. Es la consecuencia de rechazar la existencia del otro. ¿Qué se busca en el *collage* cultural? Saber, poder, control, hedonismo... Las novelas de fantasía ficción son quizá las que se han acercado con más tino a esbozar esa macro-organización a la que parecemos dirigirnos. Cuesta no experimentar cierta omnipotencia cuando la red pone al alcance un mundo sin fronteras; la objetividad encarnada en lo social amenaza ingurgitar lo íntimo mientras, en el otro costado, el narcisismo corre el riesgo de atrincherarse en exceso perdiendo contacto con la realidad suministradora de vínculos y, por tanto, de identidad.

6.3. TENSIÓN NECESARIA Y GENERADORA DE CONFLICTOS

La agresión —ofensiva o defensiva— es vida, autoconservación, no muerte. La comunidad necesita de la renuncia pulsional, asegurando la transmisión de la culpa en el ordenamiento de las relaciones entre sujeto, grupo e institución (Freud, *El malestar en la cultura*). Karl Abraham la contempló como impulso hacia la separación y la independencia; de hecho, en el bebé agresividad y actividad son prácticamente sinónimos. Más tarde, Winnicott observó cómo los factores ambientales transforman el movimiento para lograr la utilización del objeto. Para conseguir un control sobre los impulsos violentos, uno de los primeros requisitos es dejar de tener miedo; en el pequeño, la realización alucinatoria de la destrucción del objeto, debe ser desmentida por la realidad a través de la supervivencia de dicho objeto (en general, la figura materna ejerciendo la función metabolizadora descrita por Bion).

Retornando al panorama social, la pobreza —todo lo que esta conlleva— es una eterna fuente de conflictos. La pobreza cobra relieve en medio de la abundancia. Se invierten sumas considerables en políticas sociales pero fracasan por su organización interna, por las reglas de mercado. La miseria choca con trabas irracionales que no permiten reconocer al otro como semejante con los mismos derechos, venga de donde venga y tenga el credo o ideología que tenga. Los movimientos migratorios aumentan conforme lo hacen las condiciones adversas de un lado y la incitación al consumo por

otro. Como contrapunto a los cohesionados grupos que recorrieron antaño grandes espacios sin dispersarse, observamos hoy individuos aislados que sin desplazamiento físico alguno acceden a cualquier dato, sujeto o lugar del planeta. La mundialización en marcha acentúa el miedo a la disolución identitaria y actualiza recursos ancestrales como los tatuajes, bien para estampar la pertenencia a determinada tribu urbana, bien como elemento de diferenciación individual que refuerce el narcisismo.

6.3.1. *Violencia*

En el principio fue la ira. La ira (con su carga de violencia concentrada) está verbalizada ya en el comienzo de la *Iliada* —«Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles. Cólera funesta que causó infinitos males...»—. Una evidencia señalada por *Peter Sloterdijk*: la ira y la violencia son una de las columnas sobre las que se asienta nuestra desarrollada y próspera civilización. En *Ira y tiempo* (2006), este autor realiza un recorrido histórico por las consecuencias políticas de esa energía humana. Ya lo advirtió Mahatma Gandhi: si se sigue aplicando la ley del Talión, el «ojo por ojo», la humanidad quedará ciega.

De entrada interesa matizar:

<i>Violencia</i>	<i>Agresividad</i>
Rompe el vínculo con el objeto. Es Preedípica. Permite el vínculo con el objeto, contiene una parte libidinal.	
Recubre carencias primitivas de omnipotencia.	Concierne al objeto, a la rivalidad edípica.
Protege el sentimiento de identidad.	Testimonia un vínculo con otro.
Energía fundadora.	La violencia muda en rivalidad.
Moviliza mecanismos de defensa arcaicos.	Vinculada a fenómenos de simbolización.

Con este preámbulo se puede asumir el potencial creativo de las fantasías destructivas que permiten sobrevivir sin la destrucción del objeto; al objeto destruido se le odia porque se teme su venganza. El narcisismo infantil activa la omnipotencia, luego la confrontación con el otro introduce de nuevo la norma. La crueldad proviene de la pulsión de apoderamiento; existe intencionalidad pero no hay relación con el objeto, ese tercero regulador de la conducta agresiva.

El niño debe poder expresar su violencia, liberar pulsiones y violencias naturales internas para acceder a cierta desinvestidura infantil y la familia debe poder transformarlas. Un apunte de Gérard Decherf retoma la identificación con el agresor (Anna Freud) que late, por ejemplo, en el síndrome de Estocolmo: si la violencia de los padres invade al pequeño, este puede anclarse en lo negativo y apuntalarse en la crueldad y el victimismo por identificarse de forma adhesiva (E. Bick) con la representación arcaica del agresor. «Esta imago cruel actúa como atractor de las partes fragmentadas del Yo en formación. El sujeto puede adoptar los papeles de agresor o víctima en un vínculo paradójico que impide la separación. Agrede para neutralizar las proyecciones que recaen sobre él y proteger las partes buenas adquiridas a través de objetos sustitutos de los padres» (Decherf, 2005, Anclaje entre la violencia y el victimismo, en *Le divan familial*, núm. 15).

La violencia también ejerce fascinación; el niño, falto de ternura y seguridad, intenta desesperadamente captar al objeto que frustra. Es como si el hijo víctima, tuviera que ocupar el lugar de la abuela para liberar a su madre de esa madre internalizada, en un modo de intercambio de víctimas donde el otro alimenta

indefinidamente a la madre «vampiro» del origen. La inevitable decepción entre la madre idealizada y la realidad suscita la reacción primaria de violencia y odio.

Cabe decir entonces que el objeto primero lleva en sí la huella de Eros y de la pulsión de muerte; atrás queda la idea de los afectos puros —afirma N. Caparrós—, muy al contrario, en los comienzos la fusión se impone y la con-fusión es el resultado inevitable. El objeto, dirá Green, es descubierto en el odio (A. Green, 1988, ¿Por qué el mal?). En Edipo lo primordial es la ley, en Tótem y tabú lo es el goce (solo tras el asesinato del padre admirado, amado y odiado por poseer todas las hembras de la horda, los hermanos imponen una ley —exogamia— por la que además, renuncian a ellas).

El ser humano tiene tendencia a temer a los demás, es el miedo a lo desconocido, tanto en el otro como en nosotros mismos. Late la culpa por manipular al objeto o la rabia de sentirse manipulado; parece que matar es excitante, la crueldad acompaña la situación narcisista. Kernberg contempla la agresión al servicio del erotismo (en el masoquismo) y el erotismo al de la agresión (en personalidades límite).

La pulsión cruel pertenece a la destructividad originaria, preserva la destructividad del *Self* al servicio de la constitución del Yo. La dinámica primitiva carece de amor, de odio, de piedad. El cruel proyecta su malestar y dolor psíquico más allá de la madre que no supo ser continente. Las interpretaciones del analista pueden percibirse crueles desde la proyección, pudiendo crear un círculo vicioso donde la impotencia genere agresión. Desde la crueldad se espera acusación y venganza, el desconcierto ante una respuesta distinta del objeto puede abrir una vía de salida a la culpa inconsciente (contención del analista desde el otro polo pulsional, la ternura).

Una forma peculiar de crueldad es el tráfico de personas, en auge en lugares distanciados entre sí; el sadismo desplegado, por ejemplo, por una banda de beduinos en el Sinaí hacia jóvenes eritreos que huyen de la dictadura de Afeworki para hacer chantaje a sus familias es sobrecogedor. Quizá el beduino, ciudadano de segunda sin derecho a carnet de identidad, refugiado en un triángulo del desierto al que considera su reino, sea un ejemplo de atrincheramiento en uno mismo —aquí la tribu, no un sujeto— que solo puede conllevar muerte.

Pero la crueldad no solo se ejerce contra otros, «la vida psíquica es un campo de batalla donde luchan tendencias opuestas» (Freud, *Introducción al psicoanálisis*, 1916), las contradicciones llegan a ser auténtica tortura si no se logran gestionar. Lo que en lo consciente se presenta escindido en términos opuestos, suele ser uno en lo inconsciente. Otro interesante apunte freudiano: «La agresión no ha sido creada por la propiedad, tampoco queda eliminada por su abolición. La agresividad constituye la fuente de un placer al que los humanos son muy reacios a renunciar después de haberlo disfrutado» (*El malestar en la cultura*, 1930).

El psicoanálisis siempre contempló la inicial violencia narcisista del humano. Valga una pequeña muestra: el erotismo primitivo del niño es puramente egoísta, tiende a la posesión ilimitada de su objeto; favorece las expresiones tanto de odio como de amor (Abraham, 1911, *Giovanni Segantini*). «Los repetidos intentos que se han hecho para hacer más pacífica la humanidad, han fracasado porque nadie ha comprendido toda la profundidad y el vigor de los instintos de agresión innatos en cada individuo» (Klein, 1933, *El desarrollo temprano de la conciencia en el niño*).

Winnicott caracteriza el estado de pre-inquietud por la crueldad; «hay una meta, los resultados no importan; no se da cuenta de que lo que destruye en estado de excitación es lo que ama en momentos de calma» (D. Cupa, 2004, en *La cruauté*, Mijolla, dir. PUF, pág. 62). La pulsión cruel es un movimiento destructor sin que su objetivo sea destruir, es anobjetal y, al serlo no consigue la descarga, no ama ni odia, concierne a su rechazo a los límites que impone el objeto.

Fernando Ulloa (2000) definió a la crueldad como patología de fronteras entre el instinto y lo pulsional; el cruel va matando mientras se encamina hacia su propia muerte, hay un acostumbramiento a la crueldad. Si la crueldad excluye al tercero de la ley, en la ternura este tercero siempre resulta esencial, lo que no supone necesariamente una presencia concreta. Es el tercero social, el que acota la libertad pulsional. Si las pulsiones fallan por fracaso de suministros tiernos, tendremos como consecuencia la no represión instintiva.

En *La cruauté* (2004, PUF) Sophie de Mijolla describe la atracción que despliega el narcisismo de un sujeto, «el encanto del niño reposa en su propio narcisismo, es inaccesible... Los narcisistas son predadores que no desconfían de su presa; el objeto se ofrece sin siquiera ser deseado» (pág. 30). El ojo amenaza, obliga a perder la inocencia narcisista, pero dejar de ser visto es no existir. La crueldad concierne al deseo de ver el interior del cuerpo, atravesarlo, no destruirlo; si no se permite, sigue Mijolla, el apoderamiento se hace violento y sádico.

La pulsión tierna constituye la versión libidinal de la cruel; si falla la ternura aumenta la angustia de muerte. El exceso de frustración, el desamparo, forjan violencia. También agresividad como complemento del amor: los lazos afectivos que ligan a los miembros de un grupo, se ven fortalecidos si disponen de extraños a los que odiar. Dejemos la palabra a María Zambrano:

Avidez de lo otro sería la forma más benévola de señalar la envidia... podría ser igualmente definición del amor. Ambos son procesos del alma humana en que el padecer no produce disminución; el padecer es su alimento. La misma definición parece convenirles, *avidez de lo otro*, a esta pareja de contrarios (*El hombre y lo divino*, México, FCE, 1955, pág. 281).

El narcisismo es selectivo; la crueldad no es relacional, ignora al objeto, se basa en el principio del placer. Si el desapego que caracteriza al cruel hace que le pensemos narcisista, el sujeto atrapado por el odio o la envidia debería describirse como rendido a la objetividad, prisionero de aquel al que maldice. Se odia la fuente de displacer y frustración, se odia a lo que amenaza la integridad o la identidad del sujeto y de sus objetos internos, al objeto inaccesible al que no se puede agredir... pero quien odia, acaba odiándose a sí mismo. El objeto odiado pertenece al mundo interno del sujeto que se siente impotente frente a él. Recurro de nuevo a Zambrano para describirlo: «El envidioso, que parece vivir fuera de sí, es un ensimismado. Mirar y ver a otro no afuera, no allí donde el otro realmente está, sino en un abismal dentro, en un dentro alucinatorio donde no encuentra el secreto que hace sentirse uno mismo, en confundible soledad» (1955, pág. 284).

Sobre la crueldad de la mujer narcisista escribe Sophie de Mijolla-Mellor relacionándola con fieras y criminales por el poder de seducción que ejercen desde su aparente autosuficiencia; atraen porque ignoran...

Fascinan por ser inaccesibles, incluso por la agresividad que podrían desplegar si se les hiciera

perder esa insolente invulnerabilidad. Son el objeto por excelencia, el que atestigua su cualidad de extranjero, fuera de alcance, confrontando al niño que no hemos dejado de ser con una rabia impotente. Esta relación de alienación con el otro narcisista, inductor de pasión, funciona en un intercambio especular, sucesivo en el tiempo, donde lo apasionado pudo ser con anterioridad el objeto narcisista desesperante de otro (2005, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 94, pág. 25).

«¡Cruel!» es el grito del enamorado a la espera de satisfacción. Da lo mismo si la mujer designada así obtiene o no placer por el hecho de constituirse en deseo del otro, ya que la crueldad le es asignada desde el exterior. Si la mujer narcisista constituye tal peligro, es porque desafía el orden masculino que no quiere ver en ella más que la consagración de una esposa y una madre.

En una de sus obras más populares, A. Storr (*La agresividad humana*, 1968) señala también la paradoja de que las mismas cualidades que producen grandes éxitos en el hombre, sean también las más idóneas para destruirle. La fantasía de los pequeños está llena de agresividad, necesitan todo el potencial agresivo que puedan reunir para proteger y afirmar su individualidad en desarrollo. La excitación sexual y la agresiva producen cambios corporales semejantes, afirma.

Crueldad, odio, envidia... ¡Cuánta impotencia, cuánta inseguridad alimenta estas reacciones! El miedo, la vergüenza, engendran la rebelión contra el objeto, ¿por qué someterse? La autoridad funda, el «autor» crea, hace crecer, es garante; pero puede ocurrir que no se la perciba como tal, que falle o se extralimite. Mantener la identidad exige oposición, pero se corre el riesgo de perder al objeto; hay miedo a tomar conciencia del deseo, a no amar lo suficiente o no ser amado... Por otra parte, el miedo une, vincula al grupo tras la muerte del padre idealizado en la *horda primitiva*.

Otra cosa es la vergüenza, ¿pudor, humillación, vínculo social? Vinculada al saber, al deseo. Siendo una emoción estructurante, puede llegar a paralizar desde la culpa. Antagonista del honor, la dignidad y el orgullo, herida narcisista por el fracaso imaginado o real. La sexualidad, raza, enfermedad, pobreza, pueden despertar vergüenza. También la culpa que acompaña a la transgresión. De apariencia objetal, está nutrida por una omnipotente ambición o exigencia narcisista.

Psiquismos variopintos comparten territorios y preservan intimidades, salvo en el caso de estructuras deficitarias que quedaron con demasiada hambre del otro, donde sujeto u objeto corren el riesgo de desaparecer devorados entre sí fusionándose de nuevo. La dependencia es fundante, produce al sujeto, pero ¿cómo salir de la dependencia sin disolverse? «La autonomía es un proceso, no un estado.» (V. de Gaulejac, *Identité(s)*, C. Halpern coord., Sciences humaines, 2009). En una sociedad fragmentada, el sujeto crea ídolos con los que identificarse para salir de la inanidad y mitifica al objeto. El imperante modelo de conducta competitivo conduce de lo maníaco a la apatía, de la elación al desánimo.

Las persecuciones religiosas o políticas continúan, la presión de las minorías étnicas provoca éxodos y los totalitarismos refuerzan sentimientos racistas que conducen a prácticas genocidas, deportaciones o concentración en reservas. Atrás queda el Plan Marshall, los tratados bilaterales y otros ensayos para evitar matanzas como las de las Grandes Guerras.

Las guerras, «frías o calientes», no cejan; actualmente África vive una nueva colonización por el coltán, de preciada utilidad en la electrónica, y las consecuencias que derivan de su producción son espectaculares. El consumo en países del Primer

Mundo, el estilo de vida que adoptan, siempre repercute en los lugares menos favorecidos. ¿Late en la entraña de la guerra un narcisismo enardecido?

6.3.2. *Guerras, siempre las guerras*

De la dispersa barbarie primitiva a la guerra global, todos los contendientes se adjudican la razón; si el otro es poderoso se convierte en amenaza y si débil hay que rescatarlo de su inconsistencia.

Las realidades en las que deambulamos se conforman a partir de representaciones ajenas; es el otro, son los otros quienes perfilan nuestro conocimiento. La abstracción genera imprecisiones que el recelo trata de domeñar; cuadros de doble entrada ensayan inferencias que se escabullen por otras dimensiones.

¿Qué es lo nuevo sin lo viejo, el consiguiente sin antecedente? La historia sobre la que apoyar nuevas ideas, *insiste*... La realidad no descifrada se presiente enemiga. En la constitución del humano, los dioses se asientan apaciguando la inquietud que provoca la desmesura apenas percibida, inventa pactos para salir del caos. La idealización sustenta; la potencia del objeto ideal permite confiar en el medio, pero lo idealizado no perdura, el desengaño detiene lo maniaco y el acceso a la realidad conlleva dolor, ceder espacio a la exterioridad a expensas de lo interior. Guerras internas, recónditas heridas, la represión emerge en un nuevo intento de manejar las ansiedades básicas: fragmentarse, desaparecer acaso, la omnipotencia mengua para entrar en un tiempo histórico donde hay que doblegarse a las normas para autoafirmarse de modo adecuado al principio de realidad. Batallas entre grupos sociales, donde tampoco es fácil detectar el daño que siguen infringiendo en el transcurso de generaciones.

Los cromañones del pleistoceno tenían mejor salud que los neandertales que sufrieron más períodos de penuria acompañados, podemos suponer, de violencia, conflictos y tensiones; en ocasiones se ha pretendido contemplar al canibalismo como ritual facilitador de introspecciones, pero la hambruna debió preceder como causa a esa otra forma que en algunos casos adoptó. El apogeo humano está marcado por las épocas más frías que le obligaron a aguzar el ingenio para sobrevivir, el exceso de bonanza adormece en la laxitud y puede conducir a la extinción. Hay civilizaciones marcadas por la culpa, culturas de talante depresivo ante la adversidad; otras tienden de forma esquizoide a proyectar al afuera sus acusaciones.

Para sentirse culpable no hay por qué haber transgredido una ley, la culpa se interioriza más allá de la falta objetiva, no existe causalidad moral. El sentimiento de culpa de la víctima frente al irresponsable triunfalismo del culpable es una de las paradojas que nos encontramos. El primero se adscribe a la clásica culpabilidad del superviviente teñida quizá por la identificación con el agresor.

Una relación implica la existencia de límites, necesitamos al semejante y nos estorba, ambivalencias inherentes a lo humano. También nuestra cartografía confronta con dilemas que impulsan a añadir dimensiones a cada encrucijada; las interferencias invitan a nuevos órdenes, un empeño demasiado perfilado enturbia la mirada y conduce al estatismo. ¿La inteligencia solo persiste cuando no alcanza su objetivo? ¿Los frutos de la conquista se echan a perder por la propia plenitud de la victoria? Son preguntas que plantea John Stuart Mill en *De la libertad* (1859); él

mismo responde: «Solo mediante la colisión entre opiniones encontradas hay alguna probabilidad de que el resto de la verdad salga a la luz» (p. 76).

En *La racionalidad de la guerra* J. García Caneiro, que cuestiona el papel que Clausewitz la asigna al servicio de la política, plantea tres teorías sobre sus orígenes: el instinto violento del hombre las hace inevitables; surgen confrontaciones grupales por el gregarismo que nos caracteriza; son provocadas por la estructura del sistema intragrupal. «La guerra dice haciendo, la política hace diciendo», puntualiza García Caneiro. La ciudad necesita normas, la polis (sociedad organizada) implica represión y rebeliones, la política conduce a las guerras. Para Clausewitz (*De la guerra*, Madrid, 1980) son un acto social, la vida social incluye conflictos, es una lucha que enfrenta voluntades, no solo cuerpos.

El polémico libro de Huntington *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, ha dado pie a reacciones de todo tipo. M. Werth (*Le Monde*, 2010) sintetiza su hipótesis: «El mundo posterior a la Guerra Fría está dominado por reivindicaciones identitarias, las relaciones interestatales se determinan por la pertenencia cultural de los países.» Muchos detractores le acusan de azuzar hostilidades; él dice defender la diversidad de civilizaciones aunque se camine hacia la mundialización. Civilización, concepto cada vez más difuso; cultura, idea fácil de manipular desde el fanatismo...

Una de las formas extremas de narcisismo aplicadas a la política, son los totalitarismos. Este concepto adquiere distintos matices según quién lo enuncie. Para Mussolini supone la grandeza del Estado, asumiendo en lo latente la vieja ambición del Rey Sol: «El estado soy yo». Truman atribuye totalitarismo tanto a la experiencia alemana como a la soviética; por su parte, C. Friedrich y Z. Brzezinski en 1956, establecen una serie de criterios para identificarlo: partido de masas dirigido por un líder carismático, banalización del terror, centralización de la economía, control de los poderes públicos sobre los medios de comunicación, etc. El problema de unificar este postulado ideológico es utilizarlo para «legitimar un Occidente triunfante» (Enzo Traverso).

Una masacre quizá más olvidada que otras de las muchas que han asolado en el último siglo distintos lugares del globo, son los doce millones de chinos víctimas de Japón tras la invasión de Manchuria (1931); lo justificaron por la «supremacía de la raza japonesa» y su derecho a controlar Asia. ¿Qué pueblo, país o imperio, a lo largo de toda la Historia, no ha sentido esa tentación de sentirse privilegiado frente a los demás? Otra cosa son las distintas formas de operar desde esa sensación de superioridad. Y otro aspecto, quizá más peligroso aún: la semilla de violencia que permanece en el vencido —generación tras generación— por la herida narcisista que provoca la deshonra a que han sido sometidos.

«Dicen que la primera baja en una guerra es la verdad y es cierto», comenta Javier Rodríguez Marcos en *El País* (2015, 30 de agosto). O también: «el gran enemigo de la guerra es la propaganda que socava verdad y belleza» (Cyril Connolly en *La tumba inquieta*). Es aquí oportuno este párrafo de Hannah Arendt:

Los hechos y las opiniones, aunque deben mantenerse separados, no son antagónicos entre sí; pertenecen al mismo campo. Los hechos dan origen a las opiniones y las opiniones inspiradas por pasiones e intereses diversos, pueden diferenciarse y ser legítimas mientras respeten la verdad factual. La libertad de opinión es una farsa, a menos que se garantice la información objetiva y que no estén en

discusión los hechos mismos (1964, *Verdad y política*).

Una pequeña reflexión sobre la creciente violencia de adolescentes víctimas de determinados contextos; pasaje al acto como huida de la angustia, clima de reivindicaciones, falta de referentes, confusión de roles... Muchos son segunda generación de emigrantes que, desde el desarraigo, dan rienda suelta a un estallido narcisista que grita su derecho a la ciudadanía; la exclusión lleva a actuar desde la crisis de representaciones. Otros pertenecen a una clase media acomodada que, carente de continentes afectivos, se vio compensada por un universo en el que no hubo lugar para la frustración; la vulnerabilidad narcisista (imposibilidad de apoyarse en objetos estables internalizados), engendra violencia. El discurso social ambiciona insertarles, pero —quizá desde la impotencia— transmite sometimiento y fácilmente fracasa. Son jóvenes provocadores inmersos en situaciones paradójicas y reina la confusión a la hora de detener el endemoniado bucle causa-efecto.

Las instituciones, anquilosadas, están en crisis; protestas, éxodos, autoridades corruptas, auge de nacionalismos... El imperialismo está mal visto en el siglo *xxi*, pero los conflictos civiles afloran en el globo: Irak, Ucrania, Libia, Siria, Chechenia, Sudán del sur, Somalia, Ruanda... Se visten de salvaguardia frente a movimientos radicales con la contundencia de aquellos de los que se protegen. Son conflictos que se solapan con rencillas vecinales y narcisismos quebrados que tornan intransigente al humano. El diálogo es complicado, el futuro imprevisible.

Las instituciones paranoigénicas hacen imposible interrelaciones normales y confiadas. Las fuerzan dentro de moldes que buscan formas de conducta que levantan suspicacias, envidias y ansiedad, frenando las relaciones sin tomar en cuenta la buena voluntad que pueda tener el individuo... La institución saca lo peor de la persona (Elliott Jaques, *Una teoría general de la burocracia*, 1976).

Sobre las ruinas se instala quizá el progreso, pero el precio es excesivo. Entre las muchas razones que sustentan —a pesar de ello— este empecinamiento guerrero, apuntamos que quizá siguen existiendo rescoldos de la admiración que en el pueblo llano despertaron durante siglos los grandes ejércitos; las pequeñas frustraciones cotidianas de un sujeto quedan relegadas si encuentra un potente grupo de pertenencia al que someterse para someter a otros.

El Islam nunca predicó el crimen ni el suicidio, pero se ha pervertido el sentido de la yihad, el esfuerzo que debe realizar cada cual para aceptar las adversidades de la vida —de nuevo la herida narcisista—. El islamismo radical lo falsea, interpreta y transmite como Guerra Santa. La primera generación de talibanes se desplegó en Afganistán contra los soviéticos; la segunda actuó en Irak, pero la tercera nace y crece en suelo europeo; cuando se odia el lugar de pertenencia natural, no puede sorprender la inmolación y el despliegue de violencia en él.

Los miembros de una multitud participan de una mente colectiva que sustituye a la personalidad consciente de sus miembros; los instintos atávicos de la raza dominan y se pierde la racionalidad. El fundamentalismo no es tradicional, sino contemporáneo y ajeno al integrismo (peculiar del elitismo de los grupos extremistas), sostiene Claudio Magris (1986, *El Danubio*, en Anagrama, 1990). Nace hace menos de cien años en círculos protestantes estadounidenses que acuñan el concepto para referirse a los principios irrenunciables de su religión; es un fenómeno de masas típicamente moderno.

6.3.3. El peso de la religión

Oriente y Occidente cuentan en su historia con visionarios y profetas instrumentados por un orden social que ansía perpetuarse. Es una convicción de inmutabilidad, una especie de egocentrismo ideológico que conduce a creerse eterno: «Precisamente por considerarse herederos, los miembros de un grupo étnico viven a menudo en la ilusión de que tienen los mismos antepasados» (L. Heusch, en Formosso, 2009. *Débats sur l'éthnicité, Identité(s)*. Halpern coord., *Sciences humaines*). Occidente, ensaya construir un mundo sin dios, pero la secularización no solo significa liberarse de dogmas, supone perder certezas, cohesión; en adelante, el futuro estará determinado por incertidumbres. Las religiones convocaron antaño a dioses disfrazados ahora de avances científicos; en ellos se depositan expectativas, por ellos el hombre se somete a leyes y obtiene una imagen de sí a través de la pertenencia al grupo. A veces la relación con el líder se afianza por amenazas externas; ante ellas la multitud es rotunda, no alberga dudas, la vital ambivalencia y el diálogo sucumben, entonces el escéptico se aísla y esteriliza, el creyente se fusiona y anula.

Cada pueblo quiere haber surgido de su dios principal, apuntó Karl Abraham; resulta imposible desconocer la identificación originaria del hombre con su dios en el mito y la religión. Diríamos con María Zambrano que la primera acción de lo sagrado es enmudecer a quienes lo contemplan, «los dioses paralizan en un silencio apretado» (1955, *El hombre y lo divino*, pág. 278). El humano los crea para acallar su angustia, y lo logra, pero a costa del sometimiento a lo que él mismo instituyó. Cesa así el inicial delirio de persecución y, en adelante, el hombre ya tendrá dioses a los que someterse, en los que proyectarse, antes no había a quién cuestionar. Han cobrado identidad al unísono perseguidor y perseguido, narcisismo y objetividad continúan, intrincados, su proceso.

Ciertos personajes míticos dieron paso a las primeras deidades que gozaron como ellos de intensas pasiones, al menos en la mente de sus creadores. Para sosegarlos, Mayas, Aztecas, Egipcios y otras culturas antiguas, ingeniaron utilizar sacrificios cruentos que podían estar igualmente al servicio de lograr favores. Ofrendas animales o humanas, eran vehículo de comunicación —en juego metafórico me animo a decir objeto transicional— en esa relación imaginaria. La caza fue un paso decisivo en nuestra evolución al que W. Burkert vincula con la obsesión griega por el sacrificio animal: «Los sacerdotes griegos eran carniceros (*homo necans*), que desplegaron las mismas actitudes despiadadas de los cazadores primitivos hacia sus presas, con la excusa de apaciguar a los dioses.» (1972, *Homo Necans*, pág. 219). Quizá también, aventuramos, late en esta costumbre la identificación narcisista o especular del sacerdote o sacerdotisa de turno con su dios.

La humanidad ha creado más de 200.000 religiones a lo largo de la historia, se diría que es necesidad imperiosa al tiempo que germen permanente de conflictos. No se puede mantener poder sin magia, el hambre de lo trascendente hizo voraz al humano. Sigamos al islamista Ben Achour (2011, pág. 13): «toda religión, en su comienzo, es liberación, incluso podríamos decir revolución». Pero una vez que entra en los mecanismos de la institucionalización social, se convierte en factor de sometimiento. «Pensar los derechos del hombre más allá del hombre» se aventura como opción para no caer en el otro costado, donde estos derechos mal entendidos conducen al culto al

individualismo desenfrenado.

En un trabajo anterior (2001) planteé las idolatrías como una búsqueda de pertenencia a otro para huir de sí mismo, tanto de la propia vacuidad como de afectos angustiosos. En ese momento, el vínculo afectivo con el grupo que adopta se vuelve más poderoso que el instinto de autoconservación. En todo grupo existe una disposición sectaria, es decir, en algún momento tiene la posibilidad de inclinarse hacia una posición intransigente. La fase Secta es la prehistoria, o el antecedente, de la fase Iglesia, apuntó N. Caparrós en un escrito sobre ética en 1997: «Soy la Secta, pertenezco a la Iglesia». La Iglesia gana en extensión lo que la secta consigue en intensidad y pureza; la primera trata de incorporar a las masas, la Secta intenta excluirlas.

El revolucionario, fundador y a la vez integrado en la secta, es devorado —luego no sirve más— cuando esta se institucionaliza. El fanático se entrega al grupo sin importarle vulnerar la ley; amparado en el grupo, se siente autorizado a todo. Ética o moral quedan relegadas, los propios investimentos narcisistas se desplazan al narcisismo grupal, la adhesión al líder suplanta el amor a sí mismo.

Lo sagrado es propio de lo religioso en la medida que focaliza dos características emocionales esenciales: lo fascinante y lo terrorífico, han escrito Chouvier y Morhain (2008). La fusión temporal con el objeto, con el jefe sacralizado, mantiene la llama sagrada del ideal en un impulso maníaco.

Lo propio del fanatismo es que la llama de lo sagrado y la veneración por el jefe se concreten en el seno de un *acto*. El fanático *actualiza* la palabra idealizada y la actúa. El acto fanático siempre es destructor, debe poner en evidencia el poder del ideal aniquilando lo que es extranjero. En última instancia, el acto terrorista es el retorno del terror sagrado que inspira el líder del grupo y su proyección sobre el enemigo (Chouvier y Morhain, 2008).

Los fallos narcisistas que socavan el primer envoltorio, encuentran contención en el grupo idealizado, en el líder que dicta la perspectiva desde la que se debe percibir la realidad; la subjetividad individual no se contempla, cada integrante es mero portavoz.

Cuanto más profunda es la regresión, mayor es la fuerza del vínculo grupal. La forma más arcaica de vínculo, reposa en la convergencia total de los investimentos de objeto y narcisistas; la diferencia es fuente de angustia y solo se admite el pensamiento único. La unidad se instaure como valor central, pero es una unidad para dañar a un tercero y en cuyo interior se mezclan diferentes niveles de investidura subjetiva. El objeto se coloca en el lugar del Yo ideal y la relación de apoderamiento se hace total. En la posición sectaria, el grupo piensa, decide y actúa a través del individuo —que deja de poder ser considerado sujeto—. Cuanto más coercitivo es el grupo, más importancia cobra el vínculo con el jefe. El grupo encarna la función materna, el jefe la paterna. En algunas sectas actuales el líder personifica la figura divina; acumula la función de representación del grupo y la de trascendencia.

¿El ateísmo militante es materialista como algunos pretenden, es alarde narcisista de quien prescinde de creadores o comporta un talante depresivo de descreimiento de todo? Quizá encontremos la clave en el adjetivo «militante» que añadió provocadoramente. Los mitos contemporáneos son los ideales colectivos.

Toda religión cuenta con místicos oficiales; judaísmo, hinduismo y cristianismo son religión y cultura, pero el fundamentalismo es una vuelta al pasado, al

sometimiento, a la negativa a conocer lo extranjero. La religión es un fenómeno social edificado por quienes se amparan en ella. Lo inconsciente evita que masa y sujeto sean dos estructuras ajenas permitiendo transacciones entre ambos campos. Si el cristianismo pudo prosperar partiendo de principios semejantes, fue por las figuras veneradas, perceptibles y antropomorfas que cumplían las condiciones requeridas por la multitud.

La incertidumbre actual favorece que la religión rebrote con fuerza; dogmas y dioses se instalan por doquier. Aunque existen muchas sectas cuyas creencias no son religiosas; actúan como familias alternativas para sus adeptos y nutren muchos de los movimientos radicales que siembran terror. El fanatismo se instala en los terrenos más variopintos: deporte, alimentación, maternidad... el pensamiento radical también se instala en las clases altas y medias de Occidente, no es solo el integrismo islámico lo que pone en peligro la identidad; la necesidad de dogmas va más allá del contexto religioso, ¿guías de vida?; el racismo se filtra en la uniformidad de criterios, quizá en noticias como esta: «Donde más éxito tiene la leyenda de que la vacunación resulta perjudicial es en las zonas de California de más alto poder económico» (A. Muñoz Molina en *Muy interesante*, abril 2015); el comentario parte de la afirmación de que la vacuna contra el sarampión puede provocar autismo!!

Pero, ¿qué condiciones favorecen la emergencia de fundamentalismos? Viajemos por un momento a la Ruanda de 1994 de la mano de Ana M. Sanjurjo (III Jornadas de intercambio de psicoanálisis. Gradiva 2000, 182-188). Los Hutu son agricultores, los Tutsi ganaderos; comparten territorio, lengua y religión; con la llegada de los europeos, bastan dos generaciones para que se juzguen como razas enemigas. «La novela familiar reemplazó la verdad histórica. El mito opera clasificando a los habitantes de Ruanda en dos razas enemigas, bajo la mirada de un tercero, figura del padre todopoderoso idealizado, que es el colonizador.» (Sanjurjo, p.183). No puedo por menos que recordar aquí mi artículo (2000) sobre el definitivo papel que juega entre envidioso y envidiado el árbitro que otorga las prebendas. «La conciencia de merecer el amor del Superyó se traduce en un acrecentamiento del orgullo narcisista y de la capacidad de realizar nuevos sacrificios para satisfacer al ideal», continúa Sanjurjo en la misma página. El fundamentalista no necesita argumentos para arrasarlo al otro, basta el honor de inmolarse por la causa que defiende la figura que encarna su ideal narcisista.

Conviene recordar que el hombre no solo es víctima de la crítica situación actual, todas las instituciones sociales son gobernadas y modificadas por el humano. Todo parte del hombre y revierte a él, es decir, tiene la responsabilidad de su destino. Claro, que el dominio de uno no es compatible con el dominio de otros y ese molesto *alter ego* incita a henchirse de narcisismo para liberarse de él. Las religiones siguen calmando ansiedades, ofrecen refugio al ser humano ante la precaria realidad, aunque el monoteísmo intente exterminar cualquier rescoldo mágico. Sobre todo desde el Renacimiento, el formalismo entró en litigio con la mística. Mística, contacto directo con dios sin ataduras dogmáticas; prescindir de otros para pertenecer a Otro, el místico no tiene escapatoria, la adhesión es total, vida o muerte, plenitud o vacío, exaltación narcisista en cualquier caso.

También suicidio sacrificial, versión moderna de la muerte buscada por no poder

afrontar la culpa, suicidio al que obliga el honor de la cultura japonesa o, entre los árabes, *Intihar* el «sacrificio del *sí mismo* al *sí mismo*». De nuevo el otro relegado, ruptura de vínculos, hacerse visible a través de la ausencia.

El narcisismo de las pequeñas diferencias acude en auxilio de quebradas identidades. De un lado para paliar el oceánico sentimiento de soledad (al que puede conducir la turbulencia tecnológica), del otro frente a la soledad no alcanzada (barrida desde el fanatismo del poder religioso que se apodera del sujeto antes de que este alcance a serlo). El vacío interior impele a gritar a un afuera que tampoco escucha, ¡mundo de sordos! Parece una mala caricatura de lo confusional anclado todavía en la idealización, sin adentro ni afuera consistentes que pudieran ensayar cierta objetividad. Lo indiscriminado se balancea entre lo biológico y lo psíquico, las multitudes piden ilusiones, no verdades. Las masas se explican a través de una psicología muy específica como ya se vio, muchos años ha, en *Le Bon* y Freud (I. Sanfeliu, 2001).

6.4. RECUPERANDO A NARCISO

No hay humanidad fuera de un sistema de cultura, aunque todo estado de derecho ponga freno por medios institucionales al gobierno de las pasiones. La libertad práctica debe ser garantizada y cada situación social requiere una congruente ordenación de la misma. La cultura inserta en la realidad es renuncia a la pulsión, frustración y equilibrio inestable entre lo primigenio y lo social actual. La igualdad no existe en la naturaleza, lo que intenta hacer la justicia *bien hecha* es tratar de organizar con equidad las desigualdades, estableciendo sistematizaciones teóricas que suelen elaborarse tras períodos cruciales de opresión o barbarie. Pero dar prioridad al argumento del orden social, el que la voluntad de la mayoría se imponga sobre derechos de minorías, puede comportar abusos o manipulaciones.

La globalización tecno-económica puede conducir a una nueva estructuración del mundo o acarrear autodestrucción. Local frente a global, ¿es realmente un dilema? Reconocimiento de lo propio a través de lo extraño. Laten miedos arcaicos que cuestionan ora narcisismo ora objetividad: lo que no domino está contra mí o bien, lo desconocido me despreciará: esquizoidia o melancolía. Una estructura sólida se enriquece en contacto con lo inquietante o extraño; asimilar, rebatir o ignorar son opciones a su alcance, existe un espacio para el debate interno.

Los conflictos entre naciones se camuflan a veces como defensa de derechos humanos, se visten de salvaguardia frente a movimientos radicales con la contundencia de aquellos de los que dicen protegerse. ¿Cómo relacionar intransigencia y narcisismo? Los combates se solapan con rencillas vecinales. Tanto política como teología se proveen de razones para legitimar la violencia ¿Hay que poner límites a los discursos del odio? La cultura es represión, un tenso juego entre violencia y libertad. Aunque si pensamos con Heráclito que las cosas se generan y avanzan en la lucha entre contrarios, podemos mantener esperanza por un futuro, a pesar de la frustración y el incómodo sentimiento de haber sido violentados en el origen.

6.4.1. *Filiación. Hacia nuevas estructuras familiares*

La autoridad amenaza desde el origen al narcisismo del niño en nombre de la continuidad generacional o de los valores de la civilización. Útero social-separación-vinculación-distorsión-reconstrucción-individuación-reindividuación en la socialización... ya advertimos de alguno de los riesgos que entraña lo global que olvida reconocer idiosincrasias; lo que es bueno en el modelo familiar

podría exportarse como requisito en el social: crear vínculo ofreciendo espacio para la divergencia (Sanfeliu, 2004).

Reconocer la filiación, la relación de parentesco, el lugar que se ocupa en una familia desde una perspectiva filogenética, vincula unas generaciones con otras y renueva el sentimiento de identidad, la conciencia de pertenecer a un grupo concreto; grupo que para perpetuarse necesitará evidentemente a su vez de reconocimiento por parte de sus nuevos retoños. Al nacer, se hereda una cadena de filiación tanto más cargada de imaginario cuanto más alejados en el tiempo estén sus eslabones; vacíos y depositaciones se superponen, las representaciones de sujetos de una generación inciden en las siguientes.

En el camino, aquí o allá quedan vacíos, espacios de negatividad nombrados por N. Abraham y María Torok como *criptas*. Son secretos que se consideraron inconfesables en un momento determinado; traumas narcisistas, duelos no resueltos, fantasmas encriptados que transitan de una generación a otra y que perviven con más fuerza cuanto más se les pretende negar. La filiación encuentra asimismo apoyo en ciertos rasgos físicos o de carácter que se reconocen como característicos de algún pariente; sobre el nuevo «portor» se depositarán historias de todo calado que incidirán en la disposición narcisista del sujeto.

La llegada de un niño no es solo un acontecimiento familiar, implica para el Estado el nacimiento de una persona jurídica, lo cual se materializa en derechos y deberes. Para el psicoanálisis, la filiación está supeditada al amor, por lo que puede parecer superfluo legislar el ejercicio de la maternidad; de hecho, el amor como imperativo ético es una figura reciente. Hay que retraerse a la Edad Media para detectar una nueva forma de vincularse en público con el niño a través del afecto, reservado hasta ese momento para la intimidad. Montaigne, entre 1572 y 1592, defiende la dignidad del niño y sugiere preservar su ingenuidad y protegerle de la violencia de su entorno a través de la educación. La niñez es definida y acotada como algo específicamente humano por J. J. Rousseau en *Emilio o la educación*: «es mala educación la que no sabe detectar al niño dentro del niño».

El poder genera dependencia, no así necesariamente la autoridad que es un poder socialmente legitimado. Recuerdo una feliz expresión de Paula Heimann: el bebé compra la autoestima al precio de la persecución, esto es, para lograr percibir como bueno el objeto interno deposita la maldad en el exterior. La filiación designa una clase de relaciones, de valores narcisistas; se trata de reconocer lo idéntico para registrar la diferencia en las relaciones de parentesco.

La madre se construye a partir del instinto filial del niño, el deseo imposible de apegarse a ella, y el despertar de su propio instinto. El padre simbólico constituye, para Freud, la clave para entender la formación del sujeto, las neurosis y el comportamiento de las muchedumbres. Actualmente este perfil de padre y el orden simbólico que determina se encuentran en transformación; la función perdura, los actores no son los mismos o tienen otro guión. ¿Nos orientamos hacia un individualismo plagado de estados fronterizos, trastornos narcisistas, anorexias, depresiones o toxicomanías?

En un trabajo que coordiné en 2014 (Cartografías familiares, en *Clínica contemporánea*, vol. 5, núm. 1), aludíamos a la familia estándar occidental

descompensada en un ritmo exasperante, aferrada a un insolente Yo ideal que se resiste a la frustración y teme vacíos necesarios. Pusimos entonces en duda la coherencia de su funcionamiento; a veces parece que la distancia entre lo que se piensa, se siente y se actúa es cada vez mayor y el punto de encuentro resulta puramente formal. Es complicado predecir dónde conducen los entornos mal dibujados, esas funciones poco netas de la familia actual. En este contexto se hace cada vez más complejo consolidar lo singular, adquirir una sólida identidad. Sigue vigente:

La velocidad de cambios exige una familia en permanente reactualización. El tránsito de lo tradicional a lo novedoso deja sin referentes y confundidos a los sujetos en el ejercicio de sus roles. ¿Son más libres en el intercambio de funciones o están más desorientados? La rapidez y la oferta de consumo encuentran acogida en la oralidad de su estructura. La plenitud y la satisfacción son efímeras. Se necesita permanentemente llenar vacíos. Parece que, en la figura del triunfador, idealizamos este estilo de vida que convierte el estrés en una forma aceptada de identidad. (2014, ob. cit., pág. 148).

Cada vez tienen menos fuerza las presiones reales (sociedad, biología, legislación...) o imaginarias que restan libertad a la hora de escoger el modelo familiar: pareja homo o heterosexual / monoparental / con hijos propios / adoptados / nuevas parejas en las que ambos aportan hijos de anteriores relaciones / inseminación artificial / vientres de alquiler... o sin hijos por decisión propia.

Una situación atípica: en la clínica del doctor Salem, en Nápoles, hay palestinas de campos de refugiados que se inseminan con espermatozoides obtenidos clandestinamente de sus maridos, miembros de la rama armada del Fatah y encarcelados con penas de más de veinte años en prisiones israelitas de alta seguridad. Tener estos «hijos de la intifada» es para ellas una forma de resistencia que, por cierto, aprueba la más alta autoridad religiosa palestina. ¡Cuánto narcisismo superpuesto! Afán de perpetuarse, padres que engendran, un pueblo que sobrevive... el destino del hijo ya está marcado.

Recogemos otra versión, menos radical, de madres al servicio de su estirpe a través de M. Mbodji (*Des ruptures du lien social*, en Fourre y Collignon, 2010): en algunos lugares de Senegal existe un rito de separación simbólica de un niño respecto a su madre con un simulacro de venta; «el objetivo es ayudar a comprender a la joven que solo ha servido para traer ese hijo al mundo y que este es hijo del grupo, de la comunidad, prioritariamente». El niño se aleja así de la madre contenedora sin mediación de la figura que introduce la castración.

Estoy a este y al otro lado del espejo, lo imaginario salpica ambos paisajes. El nuevo espejo de los niños es la pantalla del ordenador, es y no es los personajes que desfilan por ella. El tótem se extingue, más que investir una cultura, se invierte en ella, se trata de domesticar a través del mundo publicitario insuflando una fantasía de libertad gobernada en realidad por unos pocos. «Las pantallas contemporáneas modifican profundamente los circuitos de filiación», considera Martine Fourre (2010, *Totem et publicité*, París, EFÉdition, pág. 22). Para los niños, lo que dice la publicidad encarna al Otro y, en el trabajo de subjetivación, modela la imagen inconsciente que crean de sí; la publicidad busca lo inmediato, crea vínculos instantáneos con el espectador, captura.

El universo audiovisual irrumpe sin pedir permiso, nos desea antes de que el deseo despierte en nosotros. Crecen rebaños de sujetos solitarios que buscan compañía a través de la misma tecnología que les aisló. Las experiencias interactivas constituyen un puente entre el mundo subjetivo del pequeño grupo familiar y el del niño, son vehículos de transmisión, vínculos mediadores que determinan en gran

medida la capacidad social de un sujeto, su recorrido hacia el símbolo, su discurrir por la cultura (I. Sanfeliu, 2013, Cuaderno de viaje, en *Viaje a la Complejidad*, vol. 4).

Narciso y la ninfa Eco, mito de nacimiento y muerte, de simetría. J. P. Desgoutte (en Fourre y Collignon, 2010), apunta la existencia de un *estadio del eco* de la mano del conocido mito *del espejo*, en el sentido de que la primera imagen y la primera palabra percibidas se sitúan una y otra en ese lugar en que el niño reconocerá su propia imagen y su propia voz como fuentes de placer y de amor, del mismo modo que las voces o miradas de quienes le rodean. En ese lugar se tendrá la experiencia de la ausencia o la discontinuidad, la multiplicidad de imágenes y objetos que lejos de coexistir y estar disponibles en el mismo espacio o una misma temporalidad, pertenecen todos al mismo paradigma, excluyéndose unos a otros cuando dejan de ser virtuales para hacerse manifiestos. Tiempo y espacio nacen en ese marco.

Tiempo y espacio, vertiginoso remolino en el que estamos viviendo una transformación prodigiosa. Guillebaud (2010, El atlas de las civilizaciones, *Le Monde*) detecta cuatro revoluciones simultáneas: económica con la globalización, cibernética, genética y ecológica. El Occidente que encarnó la modernidad se encuentra atrapado por sus propias reglas. La Gran Guerra impulsó la nostalgia del pasado; pero la nostalgia puede ser retrógrada —si queda anclada en la idealización de lo que se perdió— o impulsar vanguardias que reinscriben el pasado.

La familia es punto de inflexión de: a) lo *singular*, un linaje concreto cuyos antepasados conforman generaciones que se suceden y asignan un orden al sujeto que se reconocerá como tal encarnando un espacio vacío que abre posibilidad vínculos [narcisismo]. b) lo *colectivo* moldeado en cada momento histórico por presiones ideológicas, económicas o geográficas que imponen modelos de organización a las familias que lo integran [objetualidad]. Familia también como entramado donde concurren los vínculos de pareja, parental, de filiación, fraternos, genealógicos, de cohabitación y del grupo familiar con el exterior.

Necesidad de transmitir, trascender. El niño acepta la autoridad y se somete; el gregarismo es característico del hombre, cierto, pero las muchedumbres, dominadas por lo inconsciente, destruyen; delegan la razón en sus líderes a los que nutren y de los que se alimentan y, en su regresión, alcanzan sin gradaciones la espontaneidad, violencia, entusiasmo y heroísmo primitivos. Compartir... ¡qué arduo aprendizaje! Arrebatamos al otro la razón con la misma fiereza con que el pequeño se adueña del juguete ajeno. El niño necesita «poseer» para construirse, a los adultos nos mueve el miedo o la ambición.

Lo materno determina el lugar del Yo ideal que se amplía a través del complejo de Edipo por la paradójica construcción del ideal del Yo que resulta de la sumisión al padre muerto a partir de la resolución del complejo de Edipo. León Rozitchner contempla varias alternativas: la perspectiva occidental y cristiana parte de la concepción patriarcal que impone un límite al desarrollo del Yo ideal (que mantendría en la simbiosis). En Freud el niño enfrenta al padre, «todo niño normal es un rebelde insumiso» (Rozitchner, 2000, pág. 20).

Así, los modelos del patriarcado emergen. La madre queda relegada: el desarrollo del narcisismo implica necesariamente la permanencia en lo materno. «Hay una dialéctica histórica sobre la cual se asienta este desarrollo de Freud: la ruptura de los

ideales pasa por la ruptura del modelo edípico presente en la sociedad organizada» (2000, pág. 24).

Las instituciones de las que formamos parte (familia, colegio...), actualmente lanzan sin escrúpulos a los retoños a la vorágine tecnológica legándoles un ideal arrollador que se impone con la fuerza de lo que no parece impuesto: triunfar rápido y a cualquier precio. Lo inconfesable: el acecho del propio narcisismo que espera nutrirse de los brillos del infante; el riesgo: la sensación de fracaso en el niño; el reto: ser *dentro de* y sin fundirse *con* ese medio vertiginoso.

Los nuevos tiempos abren espacios de re-conocimiento que actualizan la identidad social del anciano quien, al tiempo que se recicla, trata de negar el proceso mismo por el que transcurre su vida. Muerte negada, rechazada y reemplazada por irracionales fantasías de inmortalidad o misticismo religioso, una nueva versión del imaginario narcisista y omnipotente del niño.

En *El laberinto de la soledad*, Octavo Paz contempla la desilusión que sufrirá el hombre acerca de su dominio, tanto el que implica poder sobre la naturaleza como, más iluso todavía, el que concierne a la posibilidad de dominar las pasiones humanas, como el último golpe al narcisismo de la especie.

También la tendencia de la pareja actual tiene algo de nómada, si se nos permite utilizar el término en sentido figurado; el deseo es interpretado como dependencia y esta no es bien vista en un mundo que ensalza una pretendida autonomía con el espejismo de libertad ilusoria, aunque acarree en muchos casos un doloroso sentimiento de soledad y vacío. El objeto nunca dejará de ser necesario, lo es el actual y lo sigue siendo el primigenio velado tras él. Como afirma J. D. Nasio: «El objeto amado excita nuestro deseo porque no puede satisfacerlo plenamente, la insatisfacción es necesaria para relanzar el deseo» (2003, *Le livre de la douleur et de l'amour*, París, Payot).

6.4.2. Narciso enamorado

Por momentos parecería que narcisismo y objetalidad son alternativas que, a modo de Jano bifronte, se imponen ora la una, ora la otra. Quizá sea momento para insistir en cómo cada uno de estos terrenos está impregnado del otro. El amor al otro no excluye el narcisismo; tampoco el amor a sí mismo descarta valorar la alteridad, al contrario... «Para ser uno, hay que proyectarse hacia el extraño, prolongarse en él y por él. Permanecer encerrado en sí mismo, es perderse y dejar de existir.» (J. P. Vernant, *L'univers, les dieux, les hommes*, Seuil, 1999). Narcisismo y objetalidad, investidura de Sí y del afuera (encarnado en objetos internos), mantendrán una tensión a lo largo de nuestra existencia que, en un sujeto sano, deambulará entre uno y otro polo en función de circunstancias; los dos aspectos son necesarios para la integridad del *Self*. Andreas-Salomé (*El narcisismo como doble dirección*, 1921) refiere ese residuo de narcisismo megalomaniaco como fuente de la ambición ética.

Necesitamos al otro para amarnos, la alteridad es la entraña del narcisismo, aunque parezca una paradoja. «El niño nunca se ve con sus propios ojos, lo hace con los de la persona que le ama o le detesta», repetido hasta la saciedad, esta vez con palabras de François Perrier (*L'amour*, 1994, Hachette). Al abordar la cuestión del amor a partir de la economía narcisista hay que señalar —dice este autor— que lo que sucede en el

encuentro es, al mismo tiempo, la amenaza del ojo dañino y la mirada amorosa de la madre. «El amor empobrece y resucita para celebrar un lujo imposible entre el inicuo, el único y el cínico» (Perrier, pág. 48).

Son muchos quienes como Freud consideran al auténtico amor como pasión patológica; el objeto consume al Yo. Pero, apuntamos, cabe la opción de empobrecerse por ello como en la depresión, o bien la de relanzarse en repunte maniaco. Desde la perspectiva freudiana puede amarse con un perfil erótico (marcado por la angustia de la pérdida), obsesivo (donde dominan exigencias superyoicas) o narcisista (prevalece la auto-conservación). Freud contempla el enamoramiento como un desbordarse la libido del Yo sobre el objeto:

Solamente en el amor absoluto coincide el altruismo con la concentración de la libido sobre el objeto sexual. Este atrae generalmente así una parte del narcisismo, circunstancia en la que se manifiesta aquello que podemos denominar «supervaloración sexual» del objeto. Si a esto se añade aún la transfusión altruista del egoísmo al objeto sexual, se hace este extremadamente poderoso y podemos decir que ha absorbido al yo. (Freud, Lección XXVI, La teoría de la libido y el narcisismo, en *O.C.*, Biblioteca Nueva en CD, pág. 1954).

Amor por apuntalamiento o de acuerdo al tipo narcisista; amamos en el otro lo que hemos sido, lo que somos o lo que deseamos ser, el modelo narcisista que tenemos introyectado. Cuando el neurótico despliega su libido sobre los objetos, buscará luego alguna vía para retornar al narcisismo, buscando un ideal sexual que posea las perfecciones que él no puede conseguir, apunta todavía Freud.

Las ideas de amor romántico del siglo XIX llevaron a hombres y mujeres a conseguir completarse a través de patrones emocionales para descubrir en el otro lo perdido del propio *Self*. Malcolm Pines (1996, Grupoanálisis e intimidad, en *Clínica y análisis grupal*, núm. 71, pág. 11) observa que este sentimiento de incompletud, contribuye a superar la sociedad tradicional en la que las necesidades individuales eran impuestas y subordinadas a las de la comunidad.

Amar el amor más que el objeto del amor, amar la pasión por sí misma, es amar y buscar el sufrimiento (Rougemont, 1939, *L'amour et l'Occident*). Amor-pasión: deseo de aquello que nos hiere y nos anega con su triunfo. ¿Por qué el humano quiere continuar esta pasión que le hiere y que con su razón es capaz de condenar? Placeres y tormentos del amor, momentos de excitación intensa que alternan con otros de reposo... John M. Ross (1994, *What men want*, Harvard Univ.) apunta: «En el despertar del arrobamiento y la pasión, se mantienen ambivalencias y olvidos, compasión y gratitud, y la intimidad de los amantes se ve investida con sentimientos de empatía y reciprocidad».

Amor-odio, antítesis primordial de la que derivan las demás emociones; pulsiones que, llevadas al límite son intolerables. El amor al límite es devoración, el odio destrucción. El amor moderno es una invención de la época cortesana, escribió Jacques Sédat (2000, Acerca del amor cortés, *Clínica y análisis grupal*, núm. 84). El amor cortés del ciclo artúrico deja paso al amor romántico. En el siglo XII aparece la mujer en la literatura occidental y, con ella, el amor y una nueva forma de regulación narcisista. Una estructura psíquica consistente garantiza el autoerotismo creativo que obtiene placer de lo imaginario.

Pero de qué amor hablamos... «La amistad no pone condiciones ni espera devolución alguna: es igualdad, sin reciprocidad ni simetría» (Jacques Derrida).

El enamoramiento es más turbador, diría que incluso siniestro (*Unheimliche*) en el sentido adoptado por Freud de lo inquietantemente familiar. Fascina del otro lo que se intuye inconscientemente en él como huella del objeto primario, perturba por ser un escenario imaginario de intimidad extraño y conocido al tiempo, ceguera fusional, dependencia extrema hasta que el principio de realidad, como antaño, arrase con las proyecciones.

Enamoramiento, abrir y cerrar las fronteras de sí mismo... Encuentro azaroso y surrealismo en André Breton (*L'amour fou*, 1937): «Es como si me hubiera perdido y de repente me traen noticias sobre mí.» Narciso no quiere desfigurar su imagen reflejada, el enamoramiento exige ese tiempo detenido, como las aguas en que se contempla; el fluir del río paterno —Cefiso—, como el correr del tiempo, permiten la vida y acarrear con ella la muerte. Pero es una muerte plena, tras derramar existencia; porque no nos engañemos, el precio que paga Narciso para que persista su imagen, como el pequeño autista desconectado de afectos, es no latir, contraerse hasta fundirse con su paisaje, difuminando un contorno que le limite.

¿Por qué se nombra como flor a quien permanecerá virgen, sin desflorar? ¿Repliegue o expansión? Los extremos se tocan y el efecto es el mismo, *no ser*. La estructura psíquica es abierta; como en el plano biológico, la inicial voracidad permite pausas de expulsión, los poros se abren para respirar y un curioso contrasentido: el narcisismo se transfigura en estímulo para amar.

¿Existe diferencia cualitativa entre libido narcisista y objetal?, se pregunta G. Mattioli. «Estamos comparando dos narcisos, uno al que el mundo le debe todo y aquel que le debe al mundo sus capacidades. Ambos coexisten en todos nosotros.» (Mattioli, III Jornadas de intercambio de psicoanálisis, Gradiva, 2000. pág. 44).

La fascinación y el vértigo que provoca hablar de narcisismo, se explican porque transporta a los orígenes. Narciso tiene sed del río paterno. Hablar de una Teoría sobre el narcisismo remite por fuerza a Freud y el psicoanálisis; hacerlo sobre narcisismo amplía el panorama hasta lugares insólitos e inhóspitos en ocasiones...

Terminaremos este recorrido evocando un amor doliente de Neruda (1924):

Soy el desesperado, la palabra sin ecos,
el que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo
Última amarra, cruje en ti mi ansiedad última.
En mi tierra desierta eres tú la última rosa...

Y otro pujante de Nicolás Caparrós (1981):

El amor no se escribió en ninguna piedra
Es volátil,
Eterno en el segundo
Propio
Nunca supe de un amor que no fuera el mío
El amor ajeno es un relato
No es amor.
Mi amor no se escribirá en piedra
Para los demás
Será nuestro
Y cuando muera
Acabará con nosotros
Y nadie lo sabrá

¡Cuántos sutiles recovecos se descubren dentro del simple y turbador Narciso!

Hemos seguido un largo tránsito que arrancó en una titubeante biología pero que deja huellas permanentes en los logros más refinados de la civilización.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAM, K. (1909), *Sueño y mito. Contribución al estudio de la psicología colectiva*, Obras completas, París, Payot, 1965, tomo I, 68-118.
- ALBERTI, L. B. (1465), *Trattato della pintura*, Madrid, Espasa 2005.
- ANDREAS-SALOME, L. (1921), *Un narcisismo de doble dirección*, Barcelona, Tusquets, 1982.
- ANZIEU, D. (1976), «L'enveloppe sonore du Soi», *Nouv. Rev. Psychanal* 13:161-180.
- AUB, M. (1927), *Narciso*, en Teatro completo, México, Aguilar 1928.
- AULAGNIER, P. (1975), *La violencia de la Interpretación, del pictograma al enunciado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- BARUK, H. (1955), *Psychologie et psychopathologie de la société. La psychiatrie sociale*, París, PUF.
- BEN Achour, Y. (2011), *La deuxième Fâtiha*, Túnez, Cérès ed.
- BERCHERIE, P. (1983), *Génesis de conceptos freudianos*, Barcelona, Paidós, 1988.
- BERKE, J. (1985), «Estudio sobre el origen y confluencia de la envidia y el narcisismo», *Clínica y análisis grupal*, 37: 434-455.
- BRACCO, M. (1964), «El saber del mito», *Clínica y análisis grupal*, 67: 439-446.
- BRIGGS, K. (1979), *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales*, Palma de Mallorca, Olañeta 1988.
- CABALLO, V. E. (Coord.) (2009), *Manual de trastornos de la personalidad*, Madrid, Síntesis.
- CAPARRÓS, N. (1997-1999), *Edición crítica de la correspondencia de Freud*, 6 tomos, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1998), «Narcisismo primario y el proceso de la subjetividad», en *Del narcisismo a la subjetividad: el vínculo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2004), *Ser psicótico. Las psicosis*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2010), «Del narcisismo de las pequeñas diferencias al racismo», en *Migración, racismo y poder*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CAPARRÓS, N. (2015), *Épica, mito, tragedia. Edipo más allá de Grecia*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CAPARRÓS, N. y SANFELIU, I. (2004), *La anorexia: una locura del cuerpo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (dirs.) (2006), *La enfermedad del terapeuta*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CAPARRÓS, N. y CRUZ ROCHE, R. (dirs.) (2012-2013), *Viaje a la complejidad*, 4 vols., Madrid, Biblioteca Nueva.
- CASSIRER, E. (1944), *Antropología estructural*, México, FCE, 1968.
- CODERCH, J. (1991), «Comments on the Treatment of a Narcissistic Patient», en *Int. J. Psycho-Anal.*, 72: 393-401.
- CONON (30 a. C.), Recogido en la *Biblioteca de Focio* (827-880).
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1969), «El ruiseñor del emperador de la China», *Revista de la Asoc. Psicoan.* Madrid, 2006, 48: 225-250.
- CHAZARRETA, D. E. (1999), *Significación genésica del mito de Narciso*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades.
- CHILAND, C. (1983), «Narcisse ou le meilleur des mondes possibles», en *Nouv. Rev. Psychanal.* 13:223-236.
- CHOUVIER, B. y MORHAIN, Y. (2008), «Position sectaire, croyance et emprise groupale», en *Rev. Psychothérapie Psychan. de Groupe*, 49.
- DAMISCH, H. (1983), «D'un Narcisse l'autre», en *Nouv. Rev. Psychanal.* 13: 109-146.
- DIATKINE, G. (2013), «Identidad e idealización colectiva», en *Viaje a la complejidad*, Caparrós y Cruz Roche (dirs.), vol. 4, Madrid, Biblioteca Nueva.
- DUEZ, B. (2009), «El humor, puesta en escena de las relaciones originarias con el otro», en *Clínica y análisis grupal*, 103: 23-41.
- DUTTON, D. (2009), *El instinto del arte*, Barcelona, Paidós, 2010.
- EIGUER, A. (1989), *Le pervers narcissique et son complice*, París, Dunod.
- (2000), «El perverso narcisista», en *Clínica y análisis grupal* 83: 41-50.
- ELIADE, M. (1961), *Mitos, sueños y misterios*, Buenos Aires, C. G. Fabril Ed.
- EURÍPIDES (431 a. C.), *Medea*, en *Tragedias*, Madrid, Gredos, 1985, 3 tomos.
- FAIRBAIRN, W. R. D. (1940), «Schizoid Factors in the Personality», en *Psycho-Analytic Studies of the Personality*, Londres, Tavistock.
- FERNÁNDEZ, J. L. (2013), «El doble», en *Viaje a la complejidad*, Caparrós y Cruz Roche (dirs.), vol. 4: 441-444.

- FERRARI, A. (2011), *Dizionario dei luoghi del mito*, Milán, Rizzoli-BUR.
- FLOURNOY, O. (1976), «Entre Narcisse et Œdipe. Une image-écran ou un souvenir-écran», en *Nouv. Rev. Psych.*, 13: 281-292.
- FOURRE, M. y COLLIGNON, R. (eds.) (2010), *Totem et publicité*, París, EFÉdition.
- FRAZER, SIR J. (1910), *Totemism and Exogamy*, Londres, MacMillan press.
- FREUD, S. (1886-1939), *O. C.* en tres tomos, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968.
- GARCÍA GUAL, C. (2012), *Diccionario de mitos*, Madrid, Siglo XXI.
- GRAVES, R. (1955), *Los mitos griegos*, Madrid, Alianza, 1985.
- GENNEP, A. VAN (1914), *La formación de las leyendas*, Barcelona, Ed. Alta Fulla 1982.
- GREEN, A. (1976), Un, Autre, Neutre: valeurs narcissiques du Même, *Nouv. Rev. Psych.* 13:37-80.
- (1983), *Narcisismo de vida narcisismo de muerte*, París, Éditions de minuit.
- GRUNBERGER, B. (1971), «Edipo y el narcisismo», en *Le narcissisme*, París, Payot.
- (1989), *New Essays on Narcissism*, Londres, FAB.
- HADOT, P. (1976), «Le Mythe de Narcisse et son interprétation par Plotin», en *Nouv. Rev. Psych.* 13:81-108.
- HAMILTON, E. (1942), *Dioses, héroes y leyendas*, Madrid, Daimon 1976.
- HAN, B. CH. (2010), *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.
- HOMERO (siglo VIII a. C.), *La Iliada*.
- JAFFRELOT, CH. (2009), «Origines idéologiques du nationalisme», en *Identité(s)*, Seuil.
- JAY GOULD, S. (1981), *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 1997.
- JEDDI, E. (2014), *Savoir, pouvoir et processus démocratique*, Bibl. Nat. Tunisie.
- JOURNET, N. (2009), «Les postcolonial studies. Retour d'empires», en *Identité(s)*, Seuil.
- KAËS, R. (2008), *Le complexe fraternel*, París, Dunod.
- KERNBERG, O. (1970), *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Nueva York, Jason Aronson.
- (1975), *La personnalité narcissique*. Toulouse, Privat, 1980.
- KHAN, M. (1976), «Entre l'idole et l'idéal», en *Nouv. Rev. Psych.*, 13: 259-264.
- KIRK, G. S. (1970), *Myth. It's meaning & functions in ancient & others cultures*, Los Ángeles, Cambridge Univ. Press, 1998.
- (1974), *La naturaleza de los mitos*, Barcelona, Labor, 1992.
- KOHUT, H. (1977), *The restoration of the Self*, Nueva York, Int. Univ. Press.
- LANGER, S. (1948), *Philosophy in a new key*, Nueva York, New American library.
- LE MONDE (2014), «El atlas de las utopías», J. P. Denis y F. Nouchi (eds.).
- LICHTENSTEIN, H. (1976), «Le rôle du narcissisme dans l'émergence et le maintien d'une identité primaire», en *Nouv. Rev. Psych.*, 13: 147-160.
- LÓPEZ EIRE, A. y VELASCO LÓPEZ, M. H. (2012), *La mitología griega: lenguaje de dioses y hombres*, Madrid, Arco libros.
- MARINAS, J. M. (2004), *La ciudad y la esfinge. Contexto ético del psicoanálisis*, Madrid, Síntesis.
- MASTERTON, J. F. (1999), *Personality disorders*, Phoenix, Zeig, Tucker &co, 2000.
- MCDUGALL, J. (1976), «Narcisse en quête d'une source», en *Nouv. Rev. Psych.*, 13: 293-312.
- MIJOLLA, S. (2005), *La sublimation*, París, PUF.
- MORIN, E. (2011), *La vía para el futuro de la humanidad*, Paidós Ibérica.
- MO YAN (2006), *La vida y la muerte me están desgastando*, Madrid, Kailas, 2009.
- MÜLLER, M. (1988), *Mitología comparada*, Barcelona, Edicomunicación, 1996.
- OVIDIO, P. (8 d.C.), *El arte de amar y las metamorfosis*, Barcelona, Ed. Iberia, 1989, libro tercero.
- PAUSANIAS (170 d.C.), *Descripción de Grecia*, Libro IX, capítulo XXXI, 7, Madrid, Gredos, 1994.
- PINES, M. (2002), «Normal y patológico. La relación especular en psicosis y neurosis», en *Clínica y análisis grupal*, 88: 9-25.
- PLATÓN (380 a. C.), *El banquete*, Madrid, Alianza, 1989.
- QUINODOZ, J. M. (1977), «Transitions in psychic structures in the light of deterministic chaos theory», en *Int. J. of Psychoanal.*, 78: 699-718.
- RANK, O. (1914), *The Myth of the Birth of the Hero*, Charleston, BiblioBazaar, 2008.
- ROSENFELD, H. (1964), *Estados psicóticos*, Buenos Aires, Horme, 1998.
- ROSOLATO, G. (1976), «Le narcissisme», en *Nouv. Rev. Psych.*, 13: 7-36.
- ROTHSTEIN, A. (1984), *The narcissistic pursuit of perfection*, Londres, Karnac, 2015.
- ROZITCHNER, L. y WAISBROT, D. (2000), «Mesa redonda», en *Rev. Asoc. argent. de psicología y psicoterapia de grupo*, 1, XXIII.
- SÁNCHEZ, T. (2006), «Dependencia de dar y rabia narcisista», en *Clínica y análisis grupal*, 97: 123-144.
- SANFELIU, I. (1987), «De la madre irracional a la construcción del padre», en *Clínica y análisis grupal*, 45: 349-370.
- (1992), «Narcisismo e identificación proyectiva», en *El narcisismo*, Caparrós (dir.), Madrid, Quipú.
- (2000), «La envidia nunca es cosa de dos», en *Más allá de la envidia*, N. Caparrós (dir.), Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2001), «Idolatrías: ser a través de otro», en *Clínica y análisis grupal*, 87: 37-40.
- (2002), *Karl Abraham o el descubrimiento de la melancolía*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2004), «Clan, tribu, familia: génesis de la subjetividad y el conflicto», en ... *Y el grupo creó al hombre*,

- Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2006), *La enfermedad del terapeuta*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2007), «Espacio imaginario en un grupo de psicóticos», en *Clínica y análisis grupal*, 98: 103-116.
- (2011), *Hiperactividad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- SANFELIU, I. (2013a), «El mito de Narciso», en *Viaje a la complejidad*, vol. 3, Caparrós, N. y Cruz Roche, R. (dirs.) Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2013b), «Cuaderno de viaje», en *Viaje a la complejidad*, vol. 4, I. Sanfeliu y Alberto Pérez (coords.) Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2015), «La ficción narcisista de libertad del sujeto actual», en *Intersubjetivo*, II época, vol. 14, 2: 320-328.
- (2016), «Hovering death», en *Death in Group analysis*, A. Ezquerro, Londres, Karnac.
- SANFELIU, I. y GRUESO, R. (1983), «Reflexiones sobre la contratransferencia en la esquizofrenia», en *Clínica y análisis grupal*, 33: 315-322.
- SANFELIU, I. y DÍAZ SANFELIU, L. (2008), «La ternura originaria», en *Sujeto encarnado, sujeto desencarnado*, I. Sanfeliu (dir.) Madrid, Biblioteca Nueva.
- SANFELIU, I. (dir.) ALBARRACÍN, DÍAZ-SANFELIU, FERNÁNDEZ-BELINCHÓN, FERNÁNDEZ SARCOS, MORENO, PECHARROMÁN, ROMÁN y SANTOS (2014), «Déficit-conflicto, un diálogo posible en psicoterapia de grupo», en *Neurociencias y psicoanálisis aplicado*, Gijón, J. M. García, págs. 113-130.
- SAVATER, F. (1993), «La inquietud de Narciso», en *Clínica y análisis grupal*, 64: 335-342.
- SÉNECA (4 a. C.), *Cuestiones naturales, I*, Madrid, Luis Navarro y Calvo, 1884.
- SCHKOLNIK, F. (1993), *La polisemia de la noción de narcisismo*, Centro de estudios de Montevideo, Roca viva.
- SCOTT, C. (1976), «L'auto-envie», en *Nouv Rev. Psych.* 13:253-258.
- SÓFOCLES. (siglo v a. C.), *Tragedias completas*, Madrid, Cátedra, 1990.
- SYMINGTON, N. (1993), *Narcissism, a new theory*, Londres, Karnac.
- TOSQUELLES, F. (1985), «A propósito del narcisismo», en *Clínica y análisis grupal*, 36: 258-272.
- VERNANT, J. P. (1972), «Razones del mito», en *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid, Siglo XXI, 1994, 171-220.
- WIESELER, F. (1856), *Narcissus, a treatise on mythological art*, Göttingen.
- ZAMBRANO, M. (1986), *La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos.
- ZWEIG, Stefan (1942), «El mundo de la seguridad», en *Mundo de ayer*, Barcelona, Hispanoamericana, 1947.

Índice

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO PRIMERO. NARCISO	10
1.1. UNA MIRADA A LA MITOLOGÍA	10
1.2. RAÍCES Y VARIANTES DE NARCISO	13
1.2.1. Cefiso y Liríope: los orígenes	13
1.2.2. Eco: la alteridad	15
1.2.3. Narcisos	16
1.3. ALGUNOS ELEMENTOS SUSTANCIALES	20
1.3.1. Androginia	20
1.3.2. Simetría	22
1.3.3. Castigo	25
1.3.4. Muerte	26
CAPÍTULO SEGUNDO. EL NARCISISMO EN LA EVOLUCIÓN	30
2.1. VIDA	30
2.2. HOMO: SOBREVIVIR, EVOLUCIONAR...	33
2.3.	36
2.4. UTOPIÁS: LO PERFECTO FUERA DE SÍ	38
2.5. ACTUALIDAD DEL MITO	41
CAPÍTULO TERCERO. NARCISISMO Y CULTURA	48
3.1. CULTURA COMO DIVERSIDAD	48
3.2. CONDICIONANTES RACISTAS DE LA CULTURA	49
3.3. AUTORRETRATOS: APOTEOSIS DEL NARCISISMO	51
3.3.1. Algunos encuentros...	52
3.3.2. Últimos retoques	60
3.4.	60
3.5. NARCISO Y LA LITERATURA	64
3.5.1. Autobiografías, las peripecias del espejo	64
3.5.2. Narciso en otras voces	65
CAPÍTULO CUARTO. LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA	71
4.1. DESARROLLO DEL CONCEPTO	71
4.1.1. Primeros pasos	71

4.1.2. Referencias al narcisismo en la obra de Karl Abraham	76
4.1.3. Evolución posterior	80
4.2. LO ORIGINARIO	85
4.2.1. Ternura originaria	85
4.2.2. Violencia. Devoración	88
4.3. EL CAMINO A SER SUJETO: EL VÍNCULO	91
4.3.1. En el narcisismo secundario: hacia el complejo de Edipo	92
4.3.2. Vericuetos del Narcisismo	96
4.3.3. Transferencia	96
4.4. EL NARCISISMO DEL ANALISTA	98
4.4.1. Autoanálisis	99
4.4.2. Contratransferencia	100
CAPÍTULO QUINTO. EL NARCISISMO EN PSICOPATOLOGÍA	105
5.1. DÉFICIT Y CONFLICTO	106
5.2.	108
5.2.1. Núcleo depresivo: neurosis histérica y neurosis obsesiva	109
5.2.2. Núcleo confuso: neurosis fóbica	110
5.2.3. Núcleo esquizoide: hipocondría	111
5.3. TRASTORNOS DE LA PERSONALIDAD O PSICOPATÍAS	112
5.3.1. Algunas reflexiones previas	113
5.3.2. La Personalidad esquizoide	116
5.3.3. Personalidad narcisista	120
5.3.4. Personalidad histriónica y Personalidad rígida	125
5.3.5. La Personalidad límite, borderline o fronteriza	127
5.4. CUANDO LA PSICOPATOLOGÍA SE ENCARNA EN EL CUERPO	134
5.4.1. Anorexia	134
5.4.2. Lo psicosomático	135
5.5. EL ESPACIO DEL DÉFICIT. PSICOSIS, LO DIÁDICO	136
5.5.1. Paranoia	138
5.5.2. Esquizofrenia	138
5.5.3. Depresión y psicosis maníaco-depresiva	139
5.5.4. Autismo	140
CAPÍTULO SEXTO. CÓMO MODELA EL NARCISISMO LAS RELACIONES SOCIALES	142

6.1. EL DESEO IMPOSIBLE DE SER SIN EL SER DE LOS DEMÁS	142
6.1.1. Lo íntimo: un peculiar espacio compartido	142
6.1.2. Los otros: un modo de alteridad social	144
6.1.3. El otro inexistente: la pulsión de muerte	146
6.2.	148
6.2.1. Fronteras creadas y atravesadas por el hombre	149
6.2.2. La permanente oscilación Sujeto-Estado	151
6.2.3. Libertad y Derechos fundamentales	154
6.2.4. La ficción narcisista de libertad del sujeto actual	157
6.3. Tensión necesaria y generadora de conflictos	158
6.3.1. Violencia	159
6.3.2. Guerras, siempre las guerras	163
6.3.3. El peso de la religión	166
6.4. RECUPERANDO A NARCISO	169
6.4.1. Filiación. Hacia nuevas estructuras familiares	169
6.4.2. Narciso enamorado	173